
COMEDIA ROMÁNTICA
MENTIRAS
QUE TERMINAN ENAMORANDO
ARIADNA BAKER

MENTIRAS

QUE TERMINAN ENAMORANDO

ARIADNA BAKER



MENTIRAS

QUE TERMINAN ENAMORANDO

ARIADNA BAKER



Primera edición.

Mentiras que terminan enamorando

©Ariadna Baker.

©febrero, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Mentiras que terminan enamorando

©Ariadna Baker.

©febrero, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

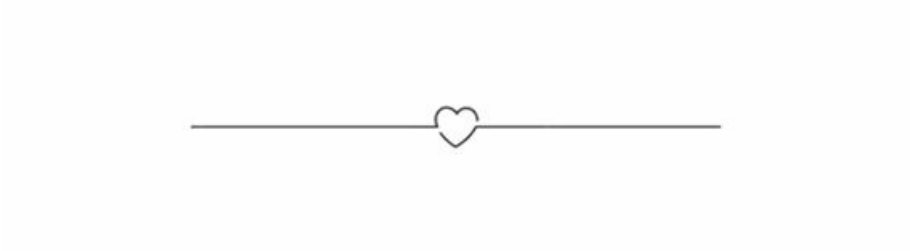
ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 1



Mientras disfrutaba de un café con hielo en la terraza de mi habitación del hotel, donde llevaba un par de horas alojada, contemplaba el color turquesa del mar de Miami Beach, que se extendía ante mí. La brisa húmeda que sentía era algo nuevo para mí, una sensación a la que aún no me había acostumbrado.

En mi vida se me había pasado por la cabeza venir a este lugar, pero estaba claro que el destino era el que se encargaba de dirigirnos.

Desde la terraza podía observar lo concurrida que estaba la zona debido a la fama que esta tenía y de la que estaba al tanto, que no solo era de día, sino que, durante la noche, la fiesta también estaba asegurada.

Me encontraba aquí para asistir a la boda de Carola, mi mejor amiga, quien estaba a punto de unirse en matrimonio con Liam, un cardiólogo estadounidense que se había cruzado en su camino nueve meses atrás durante un viaje a Roma. Mañana, él se convertiría en su marido. Su príncipe azul, como ella decía.

Todo esto tiene una historia y voy a comenzar por el principio…

Un mes antes de ese viaje a Roma, el que era entonces el novio de Carola la engañó con otra y esta lo descubrió de lleno. Imaginad el dolor tan grande que sintió cuando ella ponía la mano en el fuego por ese hombre. Indudablemente, le dijo que lo dejaba y que no quería saber nada más de él, que había muerto para ella.

Chus, que así se apodaba el susodicho, tuvo la poca vergüenza de afirmar que ella no llegaría ni a la esquina sin él, ya que la había llevado a dos viajes, los cuales, hay que señalar, fueron en coche y dentro del país. Encima de hacerle daño, la trató con una actitud arrogante, como si todo se lo debiera a él.

La cosa es que, desde dos años antes de aquel momento, nosotras habíamos estado compartiendo la compra de algunos boletos de lotería, con la fortuna de que, a la semana de ellos dejarlo, nos tocó un premio millonario que nos haría vivir libres económicamente de por vida. Imaginad lo que fue eso para nosotras en aquel momento, cuando vimos que teníamos uno de esos boletos premiados. No nos dio un infarto porque estaba claro que teníamos que disfrutar de nuestro momento de buena suerte.

Dado que era uno de los premios más grandes de la historia, decidimos mantenerlo en secreto, eligiendo el

anonimato como nuestra mejor opción. La experiencia nos dejó en *shock*, sumidas en un torbellino de emociones, sin saber exactamente cómo gestionarlo.

Hasta ese momento trabajábamos en una peluquería en la que no aguantábamos a la dueña, pero teníamos que fingir y actuar falsamente.

Era un viernes por la tarde cuando la suerte nos sonrió y ganamos el premio, justo un día antes de nuestro merecido descanso, ya que teníamos un sábado libre al mes y, casualmente, ese era el día. A Carola no se le ocurrió otra cosa que decirme que nos fuéramos de compras, lo que nos llevó a una jornada de derroche en la que adquirimos unos bolsos grandes de Louis Vuitton, unas gafas de sol de Chanel, abrigos, botas y ropa exclusiva, todo con la intención de presentarnos el lunes en el trabajo como unas auténticas diosas para dejar el puesto de trabajo. Esas cosas solo se le podían ocurrir a ella.

La cara de Teresa, nuestra jefa, esa mujer que vivía por y para amargar a sus empleados porque parecía que estuviera enfadada con el mundo, cuando nos vio aparecer como dos ricachonas fue lo más grande que pudimos vivir mientras comprobábamos cómo nos miraba de arriba abajo. Recuerdo como si fuese ahora misma, la conversación que mantuvimos…

—*¿Y vuestros uniformes?* —nos preguntó sin dejar de observar cada detalle.

—*No los necesitamos. Acabamos de ser contratadas por una multinacional que nos designará como embajadores de las reuniones que se llevarán a cabo en todo el mundo* —le dijo Carola tan descaradamente—. *Hemos venido a presentar nuestra renuncia voluntaria.*

—*Tenéis que avisar con quince días de antelación.*

—*Eso es para tener unos derechos que no queremos; por ahorrar calderilla no vamos a esperar.* —Se encogió de hombros—. *Además, no puedo permitir que mis uñas se estropeen.* —Se las observó mientras Teresa nos miraba con una intensidad que parecía querer comernos.

Carlo, después de eso y tras recibir las hirientes palabras de su ex, tomó la valiente decisión de emprender un viaje a Roma. Quería mostrar al mundo, a través de su perfil de Instagram, que era capaz de explorar y disfrutar de la vida por su cuenta, sin depender de nadie. Este viaje no solo era una escapatoria, sino una declaración de independencia y empoderamiento, un recordatorio de que su felicidad no estaba atada a nadie más.

La cosa fue que, en aquel viaje, mientras estaba tomando algo en un bar, sufrió una repentina bajada de tensión. Por suerte, Liam, que se encontraba de turismo en la misma zona, se percató de la situación. Como médico, no dudó en acercarse para ofrecer su ayuda y asegurarse de que se recuperara. Después de ese inesperado encuentro, terminaron compartiendo un café y pasando unos días en Roma juntos, lo que les permitió fortalecer su conexión. A la vuelta, decidieron mantener el contacto y ahora se encontraban en un punto en el que deseaban formalizar su relación con un emotivo «sí, quiero».

Y aquí estaba yo, en Miami, para vivir una boda de ensueño porque no había escatimado ni en el más mínimo detalle. Me había tenido al tanto de todo en este mes que se vino para ultimar todo.

El hotel era un oasis de lujo y confort, y contaba con un total de cien habitaciones, las cuales durante tres días iban a estar completamente ocupadas por los invitados al enlace. Carola me explicó que eso era regalo de los padres de Liam, quienes eran los propietarios del lugar. En mi caso, tenía la suerte de contar con la habitación disponible durante los días que quisiera, ya que mi amiga me había designado como embajadora de la boda, un título que me hacía mucha gracia.

Y no digo lo del lujo por decir, que la *suite* en la que me habían alojado era un lugar como para querer quedarse a vivir hasta que el creador me llevara a su reino. Vamos, que me tenía enamorada perdida.

El hotel estaba ubicado en el corazón de Miami, y desde mi *suite* podía disfrutar de unas impresionantes vistas al océano. La decoración era sumamente moderna, con un estilo que irradiaba elegancia y sofisticación, como si cada detalle hubiera sido cuidadosamente seleccionado para crear un ambiente de lujo absoluto, vamos, que no le faltaba un perejil, como habría dicho mi abuela.

Al entrar, se notaba ese aire sofisticado con los acabados en mármol y madera oscura, mientras que las paredes de cristal panorámico permitían una vista ininterrumpida del mar y toda la costa de Miami. Por suerte, contaba con cortina, unas de seda blanca que permitían que la luz natural inundara el espacio, y que evitaría que alguien me viera por aquellos grandes cristales en caso de querer pasearme desnuda.

La cama de tamaño *King Size,* estaba ubicada de manera estratégica para que al despertar lo hicieras con las vistas del mar, se notaba que habían pensado en cada detalle para satisfacción de los clientes. Además, contaba con sábanas de algodón egipcio y almohadas de pluma, lo que, según Carola, propiciaba un descanso de lo más orgásmico. Cosas de mi amiga.

Al lado de la cama, se encontraba una pequeña sala de estar y contaba con un sofá modular que se extendía hacia una mesa de centro de mármol pulido, no había ninguna duda de que esta estancia estaba pensada para invitarte a relajarte mientras disfrutabas de las vistas y una copa o un café. El mobiliario era de lo más moderno y minimalista, complementado con detalles de arte contemporáneo que aportaban un toque de elegancia a esa pequeña sala.

El baño en *suite* era una obra maestra de diseño; de mármol blanco con detalles en dorado y tonos grises suaves con una bañera exenta que ofrecía vistas al mar, una ducha de lluvia de alta presión y lavabos dobles de mármol. Incluso aquí se notaba que los propietarios, y suegros de mi amiga, querían lo mejor para sus clientes, pues los productos eran de lo más exclusivos y las toallas de la más alta calidad.

Por no hablar de todo el equipamiento de la *suite*, que contaba con tecnología inteligente. Tenía control de temperatura, iluminación ambiental y sistema de sonido envolvente, que se podía manejar desde una Tablet. Vamos, que los padres del futuro marido de mi queridísima Carola tenían un hotel de cinco estrellas, el cual se

destacaba entre los mejor valorados de Miami, algo que yo misma había verificado antes de mi llegada.

Pero sin duda alguna, para mí, la joya de aquella *suite* era la amplia terraza privada, equipada con cómodos muebles de exterior, donde estaba segura de que iba a disfrutar de un desayuno inmejorable al aire libre con aquellas vistas que me ofrecían del océano, la playa dorada de Miami y la vibrante ciudad.

Como dije, el lujo en aquella *suite* se veía en cada rincón y estaba más que pensada para el deleite de los huéspedes.

La boda se celebraba al día siguiente en los jardines del hotel que, aunque con un vistazo rápido, pude ver que eran toda una fantasía con todo lujo de detalles. Hasta la piscina era un lago gigante con tres barras de bar en su interior para tomar algo mientras disfrutabas de un chapuzón.

De la familia de Carola no había venido nadie, ya que a ella la trataron muy mal desde siempre y tuvo que irse a un apartamento compartido cuando comenzó a trabajar en la peluquería, pues hasta con veinticinco años, que fue cuando se independizó, le siguieron dando hostias a puñados, como ella decía. Odiaba a su familia por lo mal que la habían tratado siempre y, además, cuando ella se marchó de la casa, nunca más le volvieron a hablar.

Era una pena ver cómo las personas que más deberían amarte podían decepcionarte de la forma más dolorosa, pero ella siempre decía que me tenía a mí y con eso le bastaba para ese día tan importante y especial en su vida.

En cuanto a mi familia, bueno, yo solo tenía a mi padre, Jorge, y a mi abuela Manuela, madre de este, con los que viví hasta que me tocó el premio y me independicé comprándome una casita unifamiliar en una urbanización nueva y donde me llevé conmigo a Carola, que no quería comprarse nada porque se había enamorado del americano y no sabía dónde iba a terminar.

El caso es que no era por dinero, porque podía comprarse una aquí, otra allí y en unos cuantos lugares del mundo más, ya que la cantidad era muy grande, pero no por eso nos volvimos locas.

No les conté nada del premio, porque mi abuela estaba ya muy mayor y mal, lo que llevó a su fallecimiento tres meses después. Mi padre heredó la casa y tenía una paga buena por un accidente que tuvo unos años atrás en la empresa en la que trabajaba.

Hace algunos años, mi abuela y yo enfrentamos una situación complicada debido a la adicción a los juegos que padecía mi padre, quien gastaba todo su dinero en ello. Afortunadamente, con tratamiento logró superarlo, pero si yo le ponía una cantidad de dinero en sus manos, podría recaer en esa adicción. Le regalaba lo que le hacía falta porque le dije que trabajaba por Internet en una empresa internacional en la que lo ganaba muy bien, pero me negaba a decirle la verdad, ya que él estaba bien cubierto.

Ruth, mi madre, rehízo su vida, y hubo una época en la que le reprochaba haber elegido a otro hombre y haber formado una nueva familia, dejando atrás a la nuestra. Me costó aceptar que había priorizado su nueva vida sobre

la mía, hasta que con el tiempo entendí que era mejor dejarlo estar y no seguir esperando unas respuestas que nunca llegaban.

Tuvo dos hijos: Pablo y Álvaro, gemelos, cinco años menores que yo, por lo que ahora tenían veinticinco años. Teníamos una relación muy escasa y nunca mostraron interés en mí hasta que me aburrí de estar siempre encima de ellos y de no recibir muestras de nada. No es que me tratasen mal, pero no me veían como su media hermana o llamémoslo como queramos. Nos fuimos distanciando por completo.

De ahí y debido a nuestras situaciones, jamás contamos a nadie lo del dinero. Es más, Carola se casaba, pero sir bienes gananciales y a Liam le dijo que le había tocado un dinero, pero jamás le dijo cuánto, ya que tenía una cuenta con lo gordo y la otra con una buena suma que era de la que hablaba. Decía que no se fiaba ni de ella misma, cuanto más de un guiri por el que había perdido la cabeza, pero no sus finanzas. Y eso que él estaba de lo más cómodo económicamente, ya que tenía su clínica y una familia muy adinerada.

Me pareció bien que quisiera mantener sus espaldas cubiertas de ese modo, que sí, que el amor es muy bonito, y mucho más al principio de una relación, pero ¿y si se acababa? Pues que el guiri podría querer pillar su parte de la fortuna de mi amiga, aunque a esta le hubiera tocado aquel premio antes de conocerle.

Tenía los ojos cerrados mientras disfrutaba de esos rayitos de sol que me bañaban en ese momento, cuando me llegó un mensaje de la futura novia.

Carola: *Me ha dicho un pajarito que ya estás en tu «suite». ¿Qué te parece?*

Sonreí al leerlo, porque sabía que ella no iba a dejar de estar pendiente de mi llegada.

Ingrid: *Que igual me quedo aquí a vivir en ella una temporadita. Es una pasada, enamorada me he quedado.*

Carola: *Lo mejor para mi amiga y casi hermana, no lo dudes.*

Ingrid: *¿Serás cabrita? He visto en Internet que todas las habitaciones y «suites» son de lo más lujosas. Bueno, y tú ¿cómo estás? ¿Nerviosa, futura mujer de un reputado cardiólogo?*

Carola: *Tengo los nervios agarrados al estómago, no te digo más.*

Ingrid: *Yo sigo enfadada porque no hemos celebrado tu despedida de soltera, eso no te lo perdono.*

Carola: *Tranquila, para tu boda sí la celebraremos.*

Ingrid: *Qué fe tienes en que yo me case, qué fe.*

Carola: *Tiempo al tiempo, cariño. Te quiero.*

Sabía que así era, y yo también la quería a ella como esa hermana que siempre quise y no pude tener.

Y me alegraba por ella de que, después de aquella decepción amorosa, hubiera encontrado al verdadero amor de su vida.

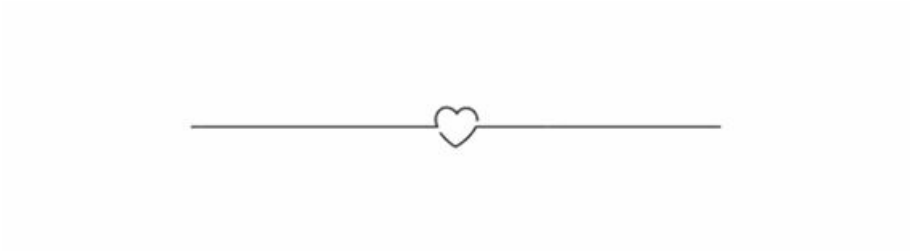
Cosa que no podía decir de mí, ya que no contaba con que ese hombre apareciera en un futuro próximo.

Sabía que así era, y yo también la quería a ella como esa hermana que siempre quise y no pude tener.

Y me alegraba por ella de que, después de aquella decepción amorosa, hubiera encontrado al verdadero amor de su vida.

Cosa que no podía decir de mí, ya que no contaba con que ese hombre apareciera en un futuro próximo.

Capítulo 2



Observaba desde la terraza que la zona de los jardines estaba de lo más animada y toda llena de mesas para cenar los invitados por el jardín.

El día soleado había dado paso al principio de una noche que invitaba a salir de la *suite* y disfrutar del lugar, además de que estaba sola aquí y la verdad que me apetecía ver un poco más de los rincones que el hotel ofrecía a los clientes, mejor dicho, a los afortunados clientes que tenían la cuenta bancaria tan grande como para poder alojarse en él.

Sí, yo la tenía, pero aquí estos días estaba de invitada de la novia más guapa del mundo, a gastos pagados y pulserita de todo incluido, así que…

Por no hablar de que a Carola no la vería hasta el día siguiente, al igual que todo el mundo, ya que los novios llegarían justo para celebrar el enlace y ya se quedarían aquí alojados hasta el día siguiente, que se iban de luna de miel por un mes a recorrer Vietnam, Camboya, Tailandia y Bali. Con decir que no iba a poder estar con ella para ayudarla a prepararse porque tenía contratadas a las mejores estilistas de Miami, lo decía todo.

Había sacado el vuelo de vuelta para dentro de diez días, ya que quería aprovechar el viaje tan largo para hacer un poco de turismo y disfrutar de este lugar que tanto glamur desprendía.

Y sí, yo era la testigo de boda junto a un amigo de Liam, ya que el enlace era civil y cada uno eligió a su parte. No me esperaba menos de ella porque siempre me mencionó como esa hermana que la vida le regaló.

Lo que peor llevaba era la humedad que había en este lugar, que te hacía sentir realmente acalorada. Decidí darme una ducha y elegí un vestido largo de tirantes muy finos que era de color blanco y estilo ibicenco. Lo combiné con unas sandalias de cuña del mismo color, que eran de dedo. La verdad es que me veía guapa, ya que estaba muy morena para ser principios de junio.

Me dirigí a los jardines donde pude comprobar que ya estaban repletos de invitados disfrutando de las instalaciones. Un montón de caras desconocidas para mí a las que se veían con mucha clase. Como ya había tenido el placer de conocer a Liam y sabía cómo era, no me sorprendía en absoluto que su familia y amigos fueran tan sofisticados, aunque eso no significaba que no tuvieran un toque moderno.

Había varios grupos dispersos por allí tomando una copa y riendo, charlando animadamente, y me fijé que muchos de ellos eran de la edad de Carola y mía, e incluso de la de Liam, todos entre los treinta y treinta y seis años.

Vi a un par de chicas que me llamaron la atención, ya que tenían una risa tan contagiosa que imposible no sonreír al escucharlas. Se notaba que las personas que estaban a su alrededor las conocían a la perfección, porque reían de buena gana, sin ninguna falsedad, como si realmente disfrutaran de su compañía y no solo estuvieran actuando para hacerles un favor.

Noté algunas miradas curiosas sobre mí, pero evité hacer contacto visual con nadie. Prefería esperar a que los novios me presentaran a los familiares y amigos de Liam. Hoy era el primer día de mi estancia en lo que podía llamar el paraíso, y quería aprovecharlo al máximo. Tenía la intención de disfrutar de unas vacaciones que prometían ser únicas, ya que realmente deseaba saborear cada uno de mis diez días allí y descubrir algunos de los mejores lugares que la ciudad tenía para ofrecerme.

Tenía en mente buscar esos lugares en el móvil mientras me tomaba una copa y hacer una lista con los que más me llamaran la atención.

—Y ahora comienza mi trabajo… —murmuró una voz detrás de mí, muy cerca de mi oído. Me asusté girándome al no entenderlo.

—¿Qué dices de trabajar? —le pregunté con gesto de sorpresa y negando aún con la mano en el corazón del susto que me había llevado. Por cierto, susto doble al ver ante mí al hombre más guapo del planeta.

Alto, de cabello castaño corto y ligeramente alborotado, con unos impresionantes ojos azules que destacaban con su tono bronceado de piel. Llevaba un pantalón vaquero y una camiseta blanca que se ajustaba perfectamente a su torso, donde se podía notar que tenía lo que mi amiga llamaba, una apetecible tableta de chocolate.

—Soy tu guardaespaldas —dijo, haciendo que saliera de mis pensamientos—. Me llamo Eric. —Estiró su mano

—¿Cómo que mi guardaespaldas? —Reí mientras le estrechaba la mano a modo de saludo—. Soy Ingrid.

—Veamos. —Me echó un vistazo de arriba abajo—: Melena negra azabache, ojos verdes de lo más llamativos, piel bronceada, sonrisa de anuncio…—. Eres tú, sin lugar a duda —confirmó de lo más convencido.

—Explícame eso.

—¿Una copa y te lo aclaro?

—No me vendría mal —suspiré con una leve risilla.

—Sígueme. —Me hizo un guiño y nos fuimos hasta una mesa donde nos sentamos y el camarero no tardó en atendernos. Me decanté por un ron cola, y eso que yo había bajado para cenar. Ya me habían liado.

—¿Y entonces? —pregunté a la que nos quedamos solos, porque eso de que fuera a ser mi guardaespaldas me tenía de lo más intrigada.

—La futura esposa de mi mejor amigo me enseñó algunas fotos tuyas y, después de decirme tu nombre, me instó, por la cuenta que me traía, a que me convirtiera en tu sombra durante los días que estés aquí.

—¿Y qué te hace creer que te lo voy a permitir? —Arqueé la ceja—. Y eso de, «por la cuenta que trae», ya me dirás a qué venía —sonreí.

—Lo último, porque me dijo que si te pasaba algo me dejaría sin mi capacidad reproductora. —Carraspeó—. Y me lo vas a permitir porque no te has visto en una situación mejor en tu vida. —Me hizo un guiño y se echó hacia atrás, acomodándose en la silla mientras sujetaba la copa vacía sobre la mesa y me miraba como si hubiera acabado de dar el golpe de su vida.

—Arrogante, prepotente, presumido… Todo lo relacionado con una persona creída —sonreí incrédula.

—Realista, soy realista —aclaró mientras me señalaba con el dedo, y en ese momento nos trajeron las bebidas —. Por cierto, me gusta tu vestido —dijo cogiendo la suya cuando el camarero se retiró de nuevo.

—¿En serio? —Puse los ojos en blanco a la vez que una leve risilla acompañaba a mi negación de incredulidad.

—¿Qué? ¿Por qué no te quitas esa coraza y te relajas? Estás protegida en Miami por mí —se señaló en el pecho con el dedo—, deberías de alegrarte.

—Si te piensas que voy a cargar contigo durante mi estancia, es que no me conoces —resoplé al tiempo que volteaba los ojos.

—No me conoces tú a mí. —Me hizo un guiño mientras sostenía la risilla que no se le quitaba.

—¿De dónde eres? —Curioseé, porque de algo tendríamos que hablar si íbamos a tomarnos una copa juntos.

—Americano —respondió tras dar un trago a su copa—. Nací aquí en Miami, al igual que mi padre, pero mi madre es puertorriqueña. ¿Alguna pregunta más?

—No lo sé, ya se me ocurrirá el rato que me dure. —Señalé mi cubata.

—Y dale, eres cabezona, ¿eh? —Se señaló a la cabeza—. Que voy a ser tu sombra hasta que regreses al

aeropuerto.

—Esto debe de ser una broma. —Me reí, negando.

—Ninguna, yo únicamente ejerzo mi trabajo, señorita Ingrid.

—No, no, por Dios, no me llames así. —Reí y a él le salió una leve risilla—. Pero imagino que estás invitado a la boda…

—Soy el padrino. —Volvió a estirar su mano a modo de presentación.

—Ah, bueno. —Me eché a reír—. Sabía que un amigo de Liam sería el padrino, estaba al tanto de ese dato.

—El mejor amigo —matizó levantando el dedo para dejar claro ese punto.

—Sí, lo que pasa es que solo me lo comentaron como tal y no me dijeron tu nombre. Me quedo más tranquila.

—Sigo siendo tu guardaespaldas. —Carraspeó.

—No creo que vayas a perder diez días siguiéndome —dije, pues imaginaba que este hombre tendría mejores cosas que hacer en un lugar como este, que seguirme a mí durante todo el día como si fuera una lapa.

—No lo dudes, es mi deber proteger a tu persona.

—Pero ¿qué me puede pasar en Miami con la fama que tiene de glamur? —Curioseé dando un trago.

—Equivócate y termina en una zona que no debes, y… después me cuentas. —Se encogió de hombros.

—A mí no me asustes —le dije a modo de advertencia levantando la mano—. Además, esta zona sí es buena.

—Siempre que no vayas por algunas zonas tú sola y a ciertas horas.

—Mira, sí, mejor ven conmigo, acepto tu compañía. —Claudiqué viendo que me iba a tener que quedar encerrada en el hotel diez días. Aunque tampoco estaría mal, que aquí había de todo para disfrutar de unas vacaciones de lo más relajada, pero para ser sincera ¿cómo no querer que me acompañase semejante bombón?

Lo que me llevaba a preguntarme en qué pensaba mi amiga cuando creyó que sería una genial idea ponerme a un tipo así pegado a mi culo todo el tiempo. Y lo de pegado al culo era una forma de hablar, ¿vale? Que no es que me lo imaginase yo en mi cama durmiendo y haciendo la cucharita abrazados, vaya.

—Prométeme que me guardarás el secreto —me pidió mientras entrelazaba las manos sobre su regazo con los

codos apoyados en los reposabrazos de la silla.

—¿Qué secreto? —Arqueé la ceja.

—Ella me dijo que fingiera y me hiciera tu amigo. Yo le dije que eso era facilísimo. No me vendas, por favor. —Juntó sus manos poniendo hasta cara de niño bueno, menudo peligro tenía—. Tienes que fingir que estás cómoda y que no soy tu guardaespaldas.

—¿Tú te estás quedando conmigo?

—Los diez días, sí.

—Sabes a qué me refiero.

—Imagina que no hemos hablado nada —dijo volviendo a coger su copa—. ¿A qué te gusta mi compañía? —Me volvió a hacer otro de sus guiños, sosteniendo esa debilidad de sonrisa que hacía que cayera rendida ante él.

—Bueno, digamos que no tengo muchas opciones, ya que no conozco a nadie.

—Eso no me vale, te has venido conmigo a la primera.

—Me tenías que explicar algo… —Me reí.

—Y encima te saco una sonrisa. Deberían de pagarme más de lo que me ofrecieron.

—No creo que Carola haya pagado nada para que me cuides. Me estás vacilando.

—Para que veas lo que te quiere tu amiga. —Hizo una expresión de lado con su cara, dando por hecho que así era.

—¿Y qué vas a dormir, en la puerta de mi habitación para que no me escape?

—No, si tengo mi habitación contigua a la tuya, que Carola ha pensado en todo. Y he activado un chip de movimientos.

—Mira, mira, ya lo que me faltaba por oír. —Me reí—. Te lo estás pasando genial vacilándome, ¿a que sí?

—Me lo estoy pasando genial cuidándote, que es distinto.

—Pues que sepas que sé cuidarme sola. Tampoco veo que te estés quebrando.

—En la naturalidad y tranquilidad reside el éxito de la operación en la que me encuentro sumergido.

—Yo te juro por mi vida que me esperaba cualquier cosa, pero no algo así. —Reí—. Y lo peor de todo es que me caes bien.

—Pues imagina, dentro de diez días, estarás de lo más enamorada de mí.

—Joder, Eric, tú tienes el ego demasiado alto. —No podía dejar de reírme.

—Realista, soy realista…

Y así había comenzado mi primera noche en Miami, donde las horas con aquel hombre, que me pareció de lo más simpático y un tanto alocado, pasaron volando. A pesar de que se mostraba con cierto aire de prepotencia, que sabía que gustaba a las mujeres, la velada se llenó de copas, algunas risas y algo de picar para la cena, que era precisamente la razón por la que había salido de mi *suite* cuando el sol empezaba a ocultarse.

—En la naturalidad y tranquilidad reside el éxito de la operación en la que me encuentro sumergido.

—Yo te juro por mi vida que me esperaba cualquier cosa, pero no algo así. —Reí—. Y lo peor de todo es que me caes bien.

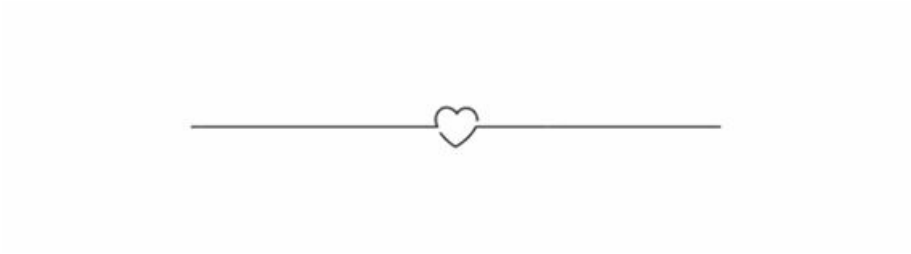
—Pues imagina, dentro de diez días, estarás de lo más enamorada de mí.

—Joder, Eric, tú tienes el ego demasiado alto. —No podía dejar de reírme.

—Realista, soy realista…

Y así había comenzado mi primera noche en Miami, donde las horas con aquel hombre, que me pareció de lo más simpático y un tanto alocado, pasaron volando. A pesar de que se mostraba con cierto aire de prepotencia, que sabía que gustaba a las mujeres, la velada se llenó de copas, algunas risas y algo de picar para la cena, que era precisamente la razón por la que había salido de mi *suite* cuando el sol empezaba a ocultarse.

Capítulo 3



Tenía una ligera resaca de la noche anterior en la que me bebí unos cuantos cubatas por culpa de Eric, ese que decía ser mi guardaespaldas, y lo que no sabía era que me hacía temblar las piernas.

Porque sí, ese hombre tenía algo que te hacía perder la cordura cuando te miraba, te sonreía o te hacía uno de esos guiños que eran de lo más sexis. Y además de guapo y muy atractivo, era un tipo de lo más simpático. Me había caído genial, esa era la verdad.

Me froté la cara antes de pedir que me trajesen un zumo de naranja para tomarme una pastilla y un café. Necesitaba volver a la vida y dejar atrás esa resaca que me había quedado de la noche anterior. Al menos me habí retirado a tiempo para descansar unas horas antes del gran día de mi mejor amiga, esa a la que me moría de ganas de poder ver y abrazar.

No tenía ni idea de cómo era su vestido, porque no me lo había dicho ni me había enviado una foto de alguno d los días que fue a hacerse las pruebas. Lo único que sabía era que se había enamorado de él a primera vista, igual que de su futuro marido, según sus palabras.

Ni diez minutos habían pasado desde que llamé para pedir, y ya estaban tocando a la puerta, cosa que agradecí porque me moría por tomar algo. No había nada peor en el mundo que una resaca con la que pareciera que tuviera una chirigota en la cabeza tocando el tambor y todos los instrumentos que hubieran podido juntar.

—Servicio de habitaciones —dijo Eric empujando el carro y entrando con él.

Llevaba un pantalón de algodón azul marino con una camiseta gris, con lo que debía haber dormido, y, por Dios, que se veía de lo más sexi e irresistible. Había que joderse con Carola, el caramelo que me ponía delante de la boca.

—Pero bueno, ¿qué es esto? —Me reí.

—Tengo que probar todo lo que tomes o comas para asegurar tu salud —contestó con toda la tranquilidad del mundo, como si fuera el guardaespaldas de un ministro, un príncipe o un jeque árabe.

—Solo he pedido un café y un zumo —negué—. Y, por cierto, ¿se puede saber qué haces tú trayéndolo?

—Cuando llamaste, pedí que lo cambiasen por dos desayunos completos y que lo trajesen a mi habitación.

—¿Me estás espiando?

—Menos mal que lo asumes —resopló, entrando en la terraza para colocarlo todo sobre la mesa.

—Yo tengo que hacer algo, me da igual venderte, pero no puedes estar así hasta que me vaya. —Me reí negando.

—Reconoce que te ha hecho mucha ilusión que fuese yo quien te lo haya traído.

—¿Cuántos cubatas nos tomamos anoche? Tengo un dolor de cabeza impresionante. —Pasé de su comentario.

—Cuatro o cinco —contestó mientras yo me tomaba la pastilla y le daba un trago al zumo antes de sentarme. Él ya se había acomodado y encendido un cigarrillo—. Por cierto, no me dijiste a qué te dedicas.

—Soy prostituta de lujo… —bromeé contestando con toda la naturalidad del mundo, al igual que había hecho él.

—¿Y por qué no me lo dijiste anoche? —preguntó con sorpresa, mirándome con los ojos muy abiertos.

—No te entiendo.

—Podrías haber sacado una buena tajada. Hubiera pagado lo que fuese por dormir contigo y no en la otra habitación.

—No suelo dormir con mis clientes y, además, estoy de vacaciones.

—¿En serio eres puta? —Curioseó antes de dar un trago a su café.

—Putísima. —Cogí un cruasán y lo pellizqué—. Y clasista, que no me acuesto con cualquiera.

—¿Conmigo no te habrías acostado?

—Depende de algunos factores, que no voy a decirte —le advertí y se echó a reír.

—Si yo hubiera nacido mujer, también sería muy puta —murmuró, causándome una carcajada—. Follar y cobrar, ¿qué hay mejor en la vida que eso?

—Nada, te lo digo por experiencia. —Aguanté la risa, porque lo que me estaba riendo a costa de esta broma no estaba pagado—. ¿Y tú a qué te dedicas, además de ser detective, y de los malos?

—De los malos dice… —Se echó a reír— Te recuerdo que anoche no tardé ni un minuto en tenerte sentada a m lado y casi has amanecido conmigo. Si hubiera insistido un poquito más… —Hizo un leve chasquido con la lengua—. Y en cuanto a ser, soy lo que tú quieras que sea. —Me hizo un guiño.

—Imagino que además de eso, tendrás alguna otra fuente de ingresos. Vamos, digo yo… Porque, a saber, con qué me sorprendes. —Cogí una tostada y le di un bocado, la resaca a mí es que me daba un hambre impresionante

—Vamos bien, ya te va interesando mi cuenta corriente…

—¿Qué dices? —Me eché a reír, pobre iluso en ese sentido.

—Eres puta y clasista, según me has dicho, por lo que estás tanteando de cuánto dinero dispongo para ver si soy un potencial cliente para ti con el que echar un buen polvo, de esos que te dejen temblando varios días. Por no hablar de eso que dicen de que las putas de lujo dejan de serlo cuando encuentran a un ricachón y seductor como yo —sonrió al tiempo que se señalaba con el dedo—. Porque tienes que admitirlo, pequeña, soy tu tipo.

—Eric, en serio ¿a qué te dedicas? —Reía porque no podía con él, tenía un sentido del humor de esos que contagiaba y hacía que las risas estuvieran presentes en todo momento.

—¿Qué te gustaría que fuese? —preguntó recostándose aún más en la silla.

—¿A mí? Tu profesión la elegiste tú, guapo, al igual que yo elegí la mía.

—Yo elegí ser feliz, vivir la vida…

—Pero imagino que no te mantienes del aire, además, tu ropa no se ve que cueste barata, precisamente. —Si lo sabía yo, que la noche anterior vi que iba de unas firmas muy conocidas, y el pijama con el que venía tampoco se quedaba atrás.

—No, no, que uno tiene que ir glamuroso, como tú dices.

—Ya haré yo de detective luego y sabré a qué te dedicas, que Carola me lo va a tener que contar, sí o sí. Después de todo, ha puesto mi vida en manos de un desconocido para mí, me lo debe —dije con una sonrisilla.

—Te estás interesando mucho por mí. —Me hizo un guiño—. Te lo dije, en diez días te tengo enamoradita d mí, ya lo verás, no vas a querer irte de Miami, ni mucho menos de mi lado.

—Joder, Eric, ¡en serio! —Me reí, negando—. Por cierto —miré el móvil y vi que eran las nueve—, se acerca la hora del evento del año, y solo tenemos dos horas para estar listos.

—Ni que fuésemos los novios, podemos hacerlos esperar.

—Te recuerdo que somos los testigos —suspiré fuerte.

—Yo no estoy seguro de testificar ese matrimonio. ¿Quién me dice a mí que tu amiga no es una oportunista?

—¿Serás gilipollas? —Me reí—. Ahora resulta que tu amigo es tonto y también estás velando por él.

—Así mismo, me contrató alguien de su entorno.

—¿Qué pasa, que vives a costa de todos ellos? —Reí, negando.

—Casi. —Se echó a reír con un descaro descomunal.

No me estaba diciendo la verdad, eso era obvio, al igual que le gustaba hacerse el interesante y hablar a medias o rodear la pregunta para salir airoso, pero había que admitir que el tío tenía su punto y a mí me parecía de lo más sensual. Era todo un pecado de hombre con el que fantasear de mil maneras.

Dentro de dos horas se casaba mi mejor amiga y yo estaba en la terraza de la habitación con un desconocido que había conocido el día anterior y que decía ser mi guardaespaldas. Si no fuese porque era el mejor amigo del novio pensaría que estaba más loca de lo que ya me mostraba, pero el caso es que me agradaba demasiado su compañía y me hacía sentir de lo más cómoda.

—Esto es vida, ¿verdad? —preguntó con los ojos cerrados mientras disfrutábamos de ese sol que nos bañaba por completo.

—Desde luego, son las vacaciones que merezco, sí.

—Si me dejas contratar tus servicios, te aseguro que puedo llevarte a otro lugar donde disfrutar de unas vacaciones mucho mejores que estas —dijo sin mirarme.

—¿Y quién dice que podrías pagarme? —Reí sin dejar de bromear con él.

—Pon un precio, y lo sabrás.

—No sé a qué te dedicas, por lo tanto, corro el riesgo de darte una cifra y que cuando llegue el momento de pagar, me dejes colgada después de saborear las mieles de mis servicios.

—Entre el modo en el que lo dices y esa mirada, mejor no te digo cómo estoy ahora mismo —dijo mientras me miraba fijamente con esos ojos azules que parecían traspasar el alma de la persona a la que mirasen.

—Ya hemos desayunado, así que, si no tiene inconveniente mi guardaespaldas, me gustaría prepararme para la boda de mi mejor amiga.

—También podemos prepararnos juntos, ya sabes, por lo de que ahorramos agua. Te tengo vigilada…

—Sal de mi habitación ahora mismo, Eric —dije con una risilla mientras me levantaba y tiraba de su mano.

—¿Puta y dominante? —Entrecerró los ojos—. Hum, mi trabajo se pone de lo más interesante.

—Sal ya, loco. —Reí.

—Nos vemos en un rato, pequeña. —Hizo un guiño antes de salir y me quedé aún más loca de lo que estaba, si es que ese hombre tenía un punto increíble, qué bueno que estaba, por favor.

En cuanto se marchó hacia su habitación, quedando en que nos veríamos en un ratito, yo aproveché para preparar mi ropa e ir directa a la ducha.

Estaba a punto de asistir a la boda de mi mejor amiga, ese momento con el que muchas veces soñó y que siempre dijo que quería que fuera algo bonito e inolvidable. Y tenía la absoluta convicción de que así sería hoy, que iba a ser testigo de la boda más bonita e inolvidable que podría soñar Carola.

—Entre el modo en el que lo dices y esa mirada, mejor no te digo cómo estoy ahora mismo —dijo mientras me miraba fijamente con esos ojos azules que parecían traspasar el alma de la persona a la que mirasen.

—Ya hemos desayunado, así que, si no tiene inconveniente mi guardaespaldas, me gustaría prepararme para la boda de mi mejor amiga.

—También podemos prepararnos juntos, ya sabes, por lo de que ahorramos agua. Te tengo vigilada…

—Sal de mi habitación ahora mismo, Eric —dije con una risilla mientras me levantaba y tiraba de su mano.

—¿Puta y dominante? —Entrecerró los ojos—. Hum, mi trabajo se pone de lo más interesante.

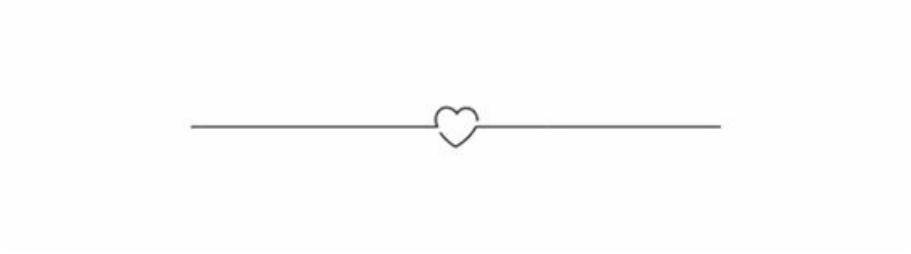
—Sal ya, loco. —Reí.

—Nos vemos en un rato, pequeña. —Hizo un guiño antes de salir y me quedé aún más loca de lo que estaba, si es que ese hombre tenía un punto increíble, qué bueno que estaba, por favor.

En cuanto se marchó hacia su habitación, quedando en que nos veríamos en un ratito, yo aproveché para preparar mi ropa e ir directa a la ducha.

Estaba a punto de asistir a la boda de mi mejor amiga, ese momento con el que muchas veces soñó y que siempre dijo que quería que fuera algo bonito e inolvidable. Y tenía la absoluta convicción de que así sería hoy, que iba a ser testigo de la boda más bonita e inolvidable que podría soñar Carola.

Capítulo 4



Aquel, sin duda alguna, era un día perfecto para celebrar una boda en Miami.

El sol brillaba sobre el horizonte, una ligera brisa se colaba entre las palmeras, y el suave sonido de las olas rompiendo en la distancia era como una dulce melodía.

Los jardines del hotel estaban impecables, con flores tropicales de todos los colores, las mesas repartidas para los invitados y luces colgando de manera perfecta en las ramas de los árboles que por la noche crearían una atmósfera de lo más mágica y romántica.

Lo que me tenía enamorada era el altar, una estructura de madera cubierta de enredaderas y orquídeas blancas mezcladas con algunas flores tropicales. Estaba ubicado en un rincón ideal, donde la vista al mar era simplemente espectacular. Sin duda, todo estaba dispuesto de manera perfecta para que mi mejor amiga pudiera disfrutar de su día tan especial.

Estaba lista para irme directa al altar que tenían preparado, ya que los testigos entraban por su cuenta. No tenía nada que ver con las bodas tradicionales, donde el padre de la novia la acompaña hasta el altar; en esta ocasión, todo era distinto.

Era temprano y me topé con Eric justo cuando Liam se acercaba de frente.

—No me vendas, todo tiene una explicación —murmuró antes de retirarse y que Liam no nos viera. No entendí nada.

Estaba guapísimo el muy jodido, con ese traje azul marino hecho a medida, una camisa blanca y la corbata de un azul un poco más claro. Pero lo que más llamó mi atención es que llevaba una rosa en el bolsillo de la chaqueta de color rosa.

—Hola, Ingrid —llamó mi atención y sonreí.

—Hola, Liam. —Nos abrazamos efusivamente.

—Este es mi mejor amigo, Clark. —Me presentó al que iba con él, un chico de su edad más o menos, rubio y con unos ojos grises que llamaban mucho la atención—, es mi testigo, irá contigo.

¿Su testigo, había dicho? Pero ¿y Eric? ¿Qué estaba pasando aquí? ¿No era el mejor amigo de Liam? ¿Me había engañado? ¿Por qué se había quitado de en medio? Ay, Dios. ¿Quién era ese hombre? ¿Era verdad que conocía a Carola o se había inventado todo?

—Hola, Clark —sonreí después de unos segundos en silencio que iban a empezar a ser sospechosos, le di un beso en la mejilla y sacó su codo para irnos al altar.

—¿Lista? —dijo con una bonita sonrisa.

—Claro, vamos allá.

Entre los invitados ya sentados en el jardín en posición de celebración vi a Eric, al que miré haciéndole un gesto para ver si me decía con otro qué es lo que pasaba porque no entendía nada. Se suponía que iba a ir hacia allí con él, no con otra persona, pero el muy descarado solo me sonrió y me hizo un guiño de ojo.

No me lo podía creer, de verdad que no, ¿a qué jugaba? ¿Por qué me habría mentido con ese descaro la noche anterior haciéndome creer que era el padrino de la boda? Tendría que hablar con Carola y que me explicase quién narices era ese hombre al que había enviado a hacer de guardaespaldas o niñera para mí, porque me había mentido con todo el descaro del mundo.

Liam se colocó en medio de los dos, estaba emocionado y se notaba no solo en su mirada, sino en esa sonrisa nerviosa que me mostraba cuando le miraba.

—Tranquilo, que va a salir todo bien —le dije mientras esperábamos a que llegara la novia.

—Eso, colega, que no se va a dar a la fuga —murmuró Clark.

—Más me vale, o me muero sin ella —confesó y sonreí.

Me gustaba saber que aquel moreno de ojos marrones como el chocolate tenía esos sentimientos tan fuertes por mi amiga. Y es que estaba claro que no era necesario conocer a una persona durante diez años para querer pasar el resto de tu vida con ella, y a ellos les habían bastado apenas unos meses para saber que estaban hechos el uno para el otro.

Cuando escuchamos aquella melodía con la que daba comienzo la ceremonia, los tres miramos hacia el lugar por el que aparecería Carola para que Liam la recibiera.

Y ahí estaba ella, sonriente y de lo más brillante, guapa y sensual. Había tenido un estilo increíble eligiendo el

vestido. Blanco, entallado, de tirantes finos, escote en forma de «V» y con una pequeña y discreta cola, por no hablar de que tenía la espalda completamente al aire. Llevaba su preciosa melena rubia recogida en una gran trenza a un lado, decorada con pequeñas florecitas blancas, y desde aquí podía ver cómo sus ojos azules brillaban de emoción y felicidad.

Carola comenzó a caminar hacia el altar, donde estábamos nosotros, y los ojos de los presentes se posaron sobre ella. Liam, a mi lado, seguía nervioso, esperándola, con esa sonrisa que no podía disimular.

Todos aplaudían y pude observar a Eric que le gritaba «guapa» y ella le sonreía, al menos conocerle le conocía, porque yo ya no entendía nada.

Carola estaba de lo más emocionada y me abrazó después de hacerlo con Liam, con el que se besó sin esperar ese momento en el que le declarasen marido y mujer.

—Ingrid, gracias por venir. No sé qué haría sin ti… Estoy cagada —murmuró mientras me abrazaba, con la voz un poco entrecortada.

—Cariño, de gracias nada, sabes que no me perdería tu boda por nada del mundo. Y recuerda, aunque te tiemble el corazón, lo que importa es que él te ama. Y te lo dice alguien que lleva años esperando a ver una boda como esta. Así que relájate y disfruta de tu momento. —Le di un beso en la mejilla y dejé que la novia y el novio se cogieran de la mano para comenzar con la ceremonia.

—Carola —dijo Liam en un tono bajo, pero que tanto Clark como yo pudimos escuchar—. Sabía que desde el momento en que te vi, mi vida sería distinta. No puedo esperar para caminar a tu lado el resto de mis días.

—Yo tampoco quiero esperar ni un segundo más, cariño. Eres mi todo —respondió ella sonriendo, con los ojos vidriosos y la misma ternura.

El oficiante comenzó a hablar, Carola y Liam se miraban, sonreían y se les veía de lo más enamorados.

Fue avanzando sin contratiempo y, antes de que nos diéramos cuenta, llegó el momento de que ambos se dieran el tan esperado «sí» que ansiaban decir.

—Liam, ¿aceptas a Carola como tu esposa, en la salud y la enfermedad, en los buenos y malos momentos, y prometes amarla y respetarla para siempre? —preguntó el oficiante.

—Sí, acepto —respondió él con voz firme.

—Carola, ¿aceptas a Liam como tu esposo, para compartir todas las alegrías y los retos que la vida te ofrezca, con todo tu corazón, y prometes amarle y respetarle para siempre?

—Sí, acepto —dijo ella con una sonrisa de lo más bonita mientras miraba al hombre de su vida.

El oficiante los declaró marido y mujer. Los aplausos y vítores resonaron en el aire, y la felicidad parecía llenar el jardín entero. Liam besó a su ya esposa suavemente, celebrando el comienzo de su vida juntos, y ella le rodeó por los hombros con el brazo para prolongar ese beso que se notaba que mi amiga no quería que acabara.

Había sido una ceremonia emotiva y corta, como ellos habían querido, y a mí me había costado contener las lágrimas, porque después de todo lo que mi amiga pasó con esa ruptura, se merecía que alguien la quisiera de verdad.

—Que me he casado, Ingrid —me dijo sonriendo mientras saltaba a mis brazos.

—Sí, cariño, ahora eres la mujer del afamado cardiólogo.

—Si me vieran ahora mis padres.

—Que les den, que seguro que irían en busca del dinero de tu marido.

—Fijo. —Rio—. Gracias, de verdad, porque tú nunca me has fallado. —Volvió a abrazarme.

—Me alegro de verte así de feliz, cariño. Y ahora, nos vamos a hacer una foto para subirla a nuestras redes. Que yo sé de uno al que le va a entrar cagalera cuando te vea así de radiante. —Le hice un guiño y soltó una carcajada.

Tenía a Clark al lado hablando con Liam, así que como padrino del novio que era, le di mi móvil para que nos hiciera una foto. Le pedí a Carola que mostrara el anillo y que se viera bien, y nos la hizo.

No tardé en subirla y etiquetar a mi mejor amiga, poniendo que ese era el día más feliz de nuestras vidas porque así estaba la novia, y yo feliz de verla.

—Va a estar con diarreas una semana —le dije entre risas mientras nos acordábamos de su ex, ese descerebrado que dijo que nunca llegaría a ser nada en la vida.

En fin, que Carola no se había casado por la fama de Liam, que ella se bastaba solita para ser famosa si quería, pero que el cardiólogo era un hombre con clase y de lo más cariñoso, no como aquel que, por llevarla a dos viajes de mierda en coche, se las daba de interesante.

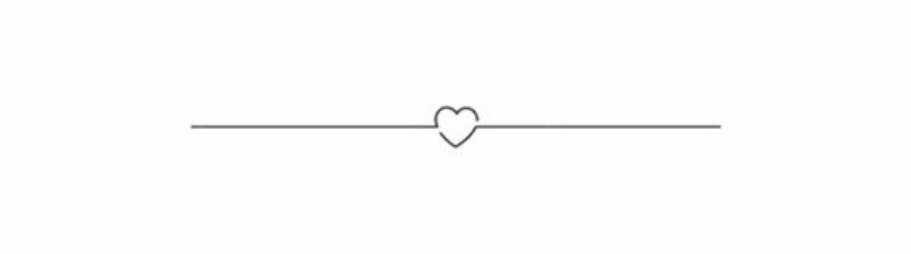
Clark y yo dejamos que los novios saludaran a los presentes, y eché un vistazo a los jardines donde se veía que todos estaban de lo más felices por la pareja de recién casados.

Y a mí lo de Eric me tenía de lo más rayada porque no podía quitar de mi cabeza el modo en el que se había quedado conmigo, que yo sabía que lo había hecho en muchas cosas, solo que le seguí el rollo. Pero no pensé que

fuera a mentirme en eso de que era el padrino de Liam, eso sí que no me lo esperaba.

fuera a mentirme en eso de que era el padrino de Liam, eso sí que no me lo esperaba.

Capítulo 5



Con la ceremonia acabada, los camareros comenzaron a repartir copas de vino, de champán o de lo que cada uno quisiera. Yo cogí una de vino y me fui directa hacia Eric, que me estaba mirando con esa sonrisa sostenida.

—A mí dime quién eres, porque desde luego que, su mejor amigo —señalé a Liam— no, y el testigo menos.

—Ahora te parezco más seductor y enigmático, ¿a que sí? —sonrió de medio lado y con la ceja arqueada el muy puñetero.

Iba a contestarle, pero me quedé con la boca abierta y las palabras queriendo salir, porque justo en ese momento nos interrumpieron.

—Hombre, mi primo favorito. —Escuchamos, y al girar la cara y ver que era Liam, Eric volvió a hacerme un guiño.

—Hola, Eric. Cuídala si no quieres perder los huevos —le dijo Carola señalándole a modo de advertencia, y me di cuenta de que confianza sí tenían, además de confirmar lo que me había comentado la noche anterior.

—Primo, ¿quién ha sido tu testigo de corazón? —le preguntó con todo el descaro.

—Tú, Eric, tú. —Se reía siguiéndole el juego.

—¿Y quién es tu mejor primo y amigo de toda la familia?

—También tú. —Reía, negando.

—Te has enterado, ¿verdad? —me dijo a mí mientras señalaba a Liam— No te mentí en nada ni anoche ni en el desayuno.

—¿Habéis dormido juntos? —preguntó Carola, que se quedó con la boca y los ojos muy abiertos.

—Yo no digo nada. —Levantó las manos Eric.

—Eres un liante muy grande. —Me reí, negando.

—Mi primo es muy peculiar —dijo Liam, agarrando a Carola para seguir saludando a los invitados.

—¿Cómo que no dices nada? ¿Por qué has dejado entrever algo que no es verdad? ¿Y por qué me has mentido? Por cierto, luego le preguntaré a Carola a qué te dedicas.

—Y de paso le pregunto yo si eres puta de verdad. —Echó una risilla.

—Espero que mañana no aparezcas en la puerta de mi habitación con el carrito de nuevo.

—Amaneceré en tu cama. —Me hizo un guiño y me tuve que echar a reír.

Encima es que el muy jodido lo decía tan campante con esa sonrisilla de seguridad que mantenía en todo momento. Eso sí, no iba a negar que gracioso era un mundo.

—¿Tú te has fumado algo antes de bajar? —Entrecerré los ojos.

—Me he fumado el perfume que emanas.

—¡Ay, la leche! —Me reí negando—. ¿Es que eres poeta? ¿Escritor o algo así? No, de verdad, no sé a qué te dedicas, ni por qué lías todo esto, pero debo admitir que arte tienes, como decimos en España.

—¿Y te pongo un montón? —Curioseó con una mano en el bolsillo y la copa de vino en la otra.

—Tienes el ego muy alto. —Volteé los ojos.

—Soy realista, ya te lo dije unas cuantas veces anoche. —Se encogió de hombros y dio un trago a su copa.

—Eres muy creído, señor a lo que te dediques, pero me caes bien —le reconocí antes de coger una mini empanadilla de langostinos que nos había ofrecido el camarero—. Ummm, qué rica está.

—Me encanta cómo gimes y cómo te queda ese vestido que te hace una silueta de lo más sensual —dijo mientras me miraba con los ojos de lo más brillantes.

El vestido era rosa, sí, del mismo color que la rosa que él llevaba en el bolsillo de su chaqueta, entallado al cuerpo, de una tela muy fresquita y con caída, con tirante fino y la espalda al aire.

—¡Eric! —negué riendo.

—Y tú, ¿no tienes nada bonito que decirme más allá de que te caigo bien? —Curioseó sin dejar de mirarme.

—Me gusta el olor que desprende tu perfume —le dije sin más.

—Menos mal que sé interpretar el lenguaje corporal y el de los ojos —contestó mientras se llevaba dos dedos en «V» a los suyos y luego a los míos.

—Pues sí que estás mal. Debes de ser el primo descarriado de Liam.

—O el más centrado. —Me miraba de lado con la sonrisilla que conseguía que se me terminara a mí escapando otra.

Me hizo un gesto con la cabeza y, tras coger una copa de vino y un canapé de uno de los camareros, lo seguí hasta un rincón donde nos acomodamos en un sofá exterior, con una mesa justo delante. El lugar estaba preparado para la hora de la comida, con elegantes sombrillas de paja que proporcionaban un ambiente fresco gracias a un ventilador que había en el centro.

Me hablaba sobre esta zona de Miami, aclarando lo no tan bueno de lo que no hablan los medios, ya que solo sacan lo bonito y lujoso del lugar. Carola se nos acercó un poco después y se sentó con nosotros.

—Amiga, ¿sabes que Eric es el mejor detective de Miami?

—¿No me jodas? —Me reí, negando mientras lo miraba con la sonrisilla de haber sido descubierto.

—Es el que resolvió el romance tan mediático del actor de Hollywood con la periodista californiana con la que le estaba siendo infiel a su mujer.

—Hostias, sí, que llevan cuatro meses sin dejar de hablar de eso. Así que este es el culpable de la ruptura. —Me eché a reír.

—Yo no, el culpable es él, que es el que le puso los cuernos a su pareja. —Se encogió de hombros.

—Por cierto, estás preciosa, que no te lo he dicho. —Le acaricié la cara.

—Quién me iba a decir que me iba a casar con un americano, cardiólogo y que me vendría a vivir a Miami —suspiró y sonrió—. Por cierto, me voy a buscar a mi marido, no sea que ahora me vaya a durar menos que la relación que hemos tenido. —Se echó a reír.

—Disfruta.

—Cuídamela, Eric, y como te dije, hazle compañía que es buena chica y lo pasaréis muy bien.

—¿Eso le dijiste? —pregunté a carcajadas.

—Te diré. —Rio la muy cabrita ladeando la cabeza.

—Para que veas que no miento —murmuró él.

—Hombre, de cuidar a que no me deje sola en diez días…

—Es que está de vacaciones, tiene tiempo —dijo Carola marchándose mientras nos decía adiós con la manita.

—No si al final era verdad —negué incrédula. La mataba, juro que la mataba. Bueno, no lo juro, lo retiro, porque en el fondo debo reconocer que no me estaba aburriendo ni lo más mínimo.

—No te miento, solo te cuento las cosas y tú las percibes de otra manera. Soy más que su mejor amigo, porque soy su primo favorito y he sido testigo del enlace, otra cosa es que no haya firmado, como has hecho tú.

—Así que, detective… —Arqueé la ceja mientras daba un trago a mi copa.

—Y tu seguridad privada.

—No, no, que yo me sé cuidar sola, quita, quita.

—Estás deseando que no me separe de ti ni un segundo estos diez días, y lo sabes…

Negué sonriendo, me acabé la copa y me puse en pie.

—¿A dónde vamos? —preguntó haciendo el intento de levantarse, pero le detuve con una mano en el pecho mientras me inclinaba ante él.

—Tú, a ningún lado —dije mirándole fijamente—. Yo a por algo de picar y otra copa.

—Soy tu guardaespaldas.

—Puedes serlo de lejos.

Me aparté y fui hacia una camarera que había por allí con una bandeja de canapés que tenían una pinta buenísima. Cogí uno que era una cestita de hojaldre rellena de ensaladilla de marisco.

Carola me vio y, tras darle un beso a su marido, le dejó hablando con sus padres que estaban al lado y me

saludaron con una sonrisa, y vino hacia mí.

—¿En serio que le has pedido que se pegue a mi culo diez días? —Arqueé la ceja.

—Que te cuide, jodida, lo de pegarse a tu culo será si tú quieres. —Rio la muy cabrita.

—Sabes que me refería a eso. —Volteó los ojos riendo—. En serio, no hacía falta, que sé cuidarme sola y pued hacer turismo.

—A ver, cariño, que estás sola en un país que no es el tuyo.

—Carola, que van a ser diez días, no un año.

—Como sea, quiero que disfrutes.

—Pues vamos a empezar a disfrutar las dos —dije mientras le cogía la mano al escuchar la canción que había puesto el DJ.

Clark, que estaba cerca, sonrió cuando pasamos y le di mi móvil para que nos grabara.

Y nos pusimos las dos a bailar y cantar *Hawái*, de Maluma, mientras mirábamos a la cámara y ella sabía perfectamente que yo iba a subirlo a mis redes para que su ex viera lo feliz que estaba.

Hasta me atreví a hacer mi propia versión de la canción, y Carola a mi lado se moría de risa.

—*No le hace falta na', de ti na' de na'. A Hawái no va de vacaciones, pero mira qué bien le va.* —Cantaba yo con una Carola que no dejaba de sonreír.

Seguimos bailando y hasta los padres de Liam se acercaron para aplaudirnos. Eran majísimos, y él se parecía mucho a su padre.

Entonces miré hacia donde se había quedado Eric y vi que nos observaba mientras se bebía otra copa de vino.

Ahora que sabía que era primo de Liam y me fijaba bien, sí que tenía algún parecido al padre de Liam, pero no mucho, dado que, salvo por los ojos, los rasgos que más destacaban en su rostro eran los de sus raíces puertorriqueñas.

Cuando acabamos y Clark me devolvió mi móvil, subí el vídeo etiquetando a Carola, que estaba aún a mi lado.

—Diarreas para un mes lleva —dije y se echó a reír.

No éramos malas, de verdad, nunca lo habíamos sido, pero es que *Chusito* había dado en hueso al hacerle daño a mi amiga, y claro, yo por ella mataba.

Cogí una brocheta de pollo de la bandeja que llevaba el camarero que pasaba por allí y, aprovechando que venía una compañera con más copas de vino y champán, cogí otra de vino.

—Madre mía, esto entra solo, Carola —dije mientras ella se tomaba otra conmigo.

—Es que fresquito entra mejor. —Rio.

—¿Bailas con el padrino, Ingrid? —me preguntó Clark y sonreí.

—Claro que sí, guapo, vamos. —Lo cogí de la mano y, mientras nos apartábamos de los novios y los padres de Liam, vi que Eric me seguía observando.

Sonaba una salsa en ese momento y me dejé llevar por Clark, que no bailaba nada mal, las cosas como eran.

El tío se movía con un ritmo y tenía un movimiento de caderas que era la leche.

Cuando acabamos, nos fuimos riendo hacia la comida y las bebidas, y allí nos tomamos una copa charlando un poco sobre la boda, lo bonito que estaba todo, lo felices que se les veía a Liam y Carola, y, cuando empezó a sona *Flowers* de Miley Cyrus, fue ella quien vino a buscarme para bailar y cantar.

No lo hicimos solas, pues algunas de las compañeras de trabajo de Liam se unieron a nosotras, y nos quedó un momento de lo más épico mientras una de las enfermeras gritaba que eso iba para el cabrón de su ex, que no la valoraba, a lo que todas aplaudimos.

Desde luego que no sabía qué pasaba, si es que había una epidemia de infieles por el mundo o qué, pero es que ¿tan difícil era encontrar un hombre que quisiera a su pareja de verdad?

Qué suerte había tenido Carola de que Liam estuviera en el momento adecuado para cruzarse en su vida.

Pasamos todas a coger una copa de champán y brindamos por la novia, esa a la que se llevó el novio para hacerse algunas fotos y saludar a más invitados.

Cogí un par de canapés y me tomé una copa de vino con las chicas, pero cuando ellas se fueron a la pista a bailar, yo me quedé un poco al margen, observándolas. Hasta que noté un par de manos en mis hombros desnudos; al girar la cabeza, me encontré con la sonrisa de Eric.

—¿Cómo va todo? —preguntó él, sin perder esa sonrisa que me hacía sentir cosas.

—Bien, no han intentado atentar contra mi vida.

—Aun así, me quedaré por aquí cerca. —Se pegó un poco más a mí, y noté que comenzaba a mecernos de un a lado al otro.

—Esto… ¿Me estás queriendo invitar a bailar? —Arqueé la ceja.

Eric se pegó aún más y sonrió de nuevo.

—Solo si no tienes miedo de que te pise. Aunque he de decir que soy un excelente bailarín, si no me equivoco. —Rio haciéndome un guiño.

—¿Excelente? Lo dudo. Pero acepto el desafío.

Sin decir nada, Eric me cogió de la mano y noté un escalofrío, me llevó hacia la pista de baile y su mirada se enganchó con la mía nada más quedar el uno frente al otro.

En cuanto comenzamos a movernos al ritmo de la música, fue inevitable que me diera cuenta de la química que había entre nosotros. Y aunque intentaba mantener una distancia prudencial, la cercanía de nuestros cuerpos era inevitable, sobre todo, por el modo en el que Eric me llevaba en esa bachata que bailaba como todo un r profesional. Joder, se notaba que su madre era latina y que llevaba el ritmo en la sangre.

No sabía qué tenía este hombre, pero poco a poco me iba sintiendo más atraída por él, y eso era peligroso, muy peligroso.

—¿Lo ves? Te dije que no me ibas a ganar en esta batalla —soltó el muy descarado mientras me miraba fijamente con esa sonrisa que me afectaba, y mucho.

—Perdona, pero yo también me he movido, que no he sido un gato de escayola —resoplé volteando los ojos.

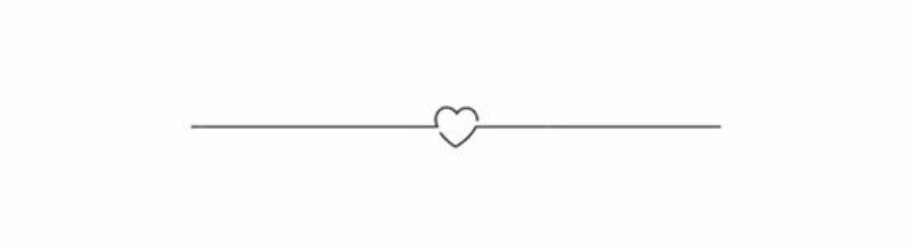
—Admite que te lo estás pasando muy bien conmigo —me dijo un poco más serio, cuando comenzó a sonar una balada, y noté su mano dando un leve apretón en mi cintura.

—Eres más divertido de lo que pensaba —admití.

Y él sonrió de nuevo, pero de un modo diferente, uno en el que me daba a entender que había algo más tras ese gesto, al que acompañaba con una mirada de lo más intensa que me hizo estremecer de nuevo.

a

Capítulo 6



Había conseguido esquivar a Eric para ir sola al baño, pero solo porque Liam le llamó para hablar con él y aproveché el momento.

Y ya que estaba sola, me quedé ligeramente escondida, oculta del resto de invitados, simplemente observando a mi amiga sonreír al lado de su marido, ese que la miraba con los ojos llenos de amor.

Sonreí al verla reír a carcajadas cuando Liam la cogió por la cintura y comenzó a girar con ella. Eso era amor, de verdad que sí.

Carola le dio un beso a Liam y todos empezaron a aplaudir y gritar.

La ceremonia había sido perfecta, de verdad que no podía imaginar nada mejor para el gran día de mi mejor amiga, y si sus padres hubieran sido de otro modo, estarían ahora aquí compartiendo la felicidad de su hija.

Pero estaba claro que la familia en la que nacíamos no se elegía.

La brisa cálida, el sol reflejándose en el mar, el altar adornado con orquídeas blancas… Sin duda alguna, todo había sido un escenario ideal para que Carola y Liam se dieran el «sí, quiero» y celebraran con todos los invitados ese momento tan feliz para ambos.

La fiesta continuaba, y por lo que tenía entendido, se prolongaría hasta altas horas de la noche.

Los camareros no dejaban de servir bebida y aperitivos, mientras todos los invitados nos relajábamos, riendo y tomando fotos con los recién casados.

Decidí salir de entre las sombras y cogí una copa de vino, eché un vistazo alrededor y sonreí al ver que Carola posaba de lo más divertida con las compañeras de Liam.

Entonces vi a Eric. Estaba de pie, solo, cerca de la pista de baile, observando a todo el mundo, al igual que hacía yo. De repente vi que sus ojos se dirigieron hacia donde me encontraba y me sonrió de ese modo que, estaba segura, haría que muchas de las mujeres de esta boda mojaran su ropa interior.

Comenzó a caminar y se acercó lentamente hacia mí, sin apartar la mirada en ningún momento.

—¿Estás tratando de huir de mí? —preguntó arqueando la ceja según se acercaba.

—No, no, Dios me libre. —Me persigné.

—¿Y dónde estabas?

—¿Me has perdido de vista? —Abrí los ojos—. Por favor, que me podrían haber hecho algo y tú ahí, sin enterarte. Menudo guardaespaldas —resoplé—. ¿Es que no has visto nunca la película de Kevin Costner? Eso es de primero de guardaespaldas.

—Te has escabullido, no me líes —dijo con una risilla mientras se acercaba aún más a mí, rodeándome con el brazo sin apartar esos ojos azules, llenos de peligro, de los míos—. Pero no va a volver a pasar —me advirtió con un tono de lo más ronco y sensual que lanzó millones de descargas por todo mi cuerpo.

Joder, es que este hombre tenía un qué sé yo, que yo qué sé, que me ponía tela. De nerviosa y de excitada, que no iba a decir lo contrario.

Eso, o que a estas horas de la tarde el vino y el champán a mí ya me tenían de lo más perjudicada, que también podía ser.

—¿Dónde estabas, pequeña escapista? —Me colocó un mechón de cabello tras la oreja y noté que sus ojos se desviaban a mis labios.

—En el baño. Allí puedo ir sola.

—Hum.

—Hum, ¿qué? —Fruncí el ceño, y Eric se inclinó para susurrarme en el oído.

—En el cuarto de baño se pueden hacer muchas cosas interesantes —dijo en un tono de lo más juguetón y jodidamente seductor.

—No puedo contigo. —Reí.

Me aparté y fui hacia las mesas para acomodarme en una de ellas, paré a un camarero y le pedí que me dejara unos canapés y otra copa de vino.

De verdad que entraba solo, estaba dulce y tenía un sabor afrutado que me estaba sentando de maravilla.

Eric se quedó un poco apartado, pero no me perdía de vista. Carola vino con una copa de vino y una bandeja de canapés para sentarse conmigo.

—¿Te diviertes, cariño? —me preguntó dándome un beso en la mejilla antes de acomodarse.

—Es una boda preciosa, y te veo feliz, así que estoy disfrutando de cada momento —sonreí.

—¿Y qué hay de Eric? —Hizo un leve gesto hacia donde estaba él.

—No sé. —Me hice la tonta—. ¿Qué hay de él?

—Que si os estáis entendiendo —sonrió.

—Me lo has puesto de niñera, y he tenido que huir como una rata de un barco a punto de hundirse para ir al baño sola. —Volteé los ojos y ella se echó a reír.

—Es un hombre muy simpático y guapo —dijo elevando ambas cejas.

—Y tú una mujer casada. —Reí.

—Con buen gusto, ya has visto a mi marido. —Me hizo un guiño.

—Amor. —Nos giramos al escuchar la voz de Liam—. Creo que es hora de la tarta.

—Ay, sí, que es de nata y trufa —dijo ella poniéndose en pie y dando palmaditas.

—Mira que has sido siempre golosa. —Reí.

—Le dijo la sartén al cazo, vamos, no me jodas. —Volteó los ojos y se fue de la mano de su marido para ese momento tarta al que todos nos unimos.

Fueron repartiendo los platos con esa tarta que estaba buenísima y cuando me comí el último bocado, vi una cuchara acercándose a mis labios.

Al mirar, vi que era Eric que me ofrecía tarta con un guiño, y sonreí negando.

Pero me lo comí, que estaba buenísima y yo golosa era un poquito, la verdad.

—Mañana te voy a dar de desayunar —dijo, y solté una carcajada que hizo que todos se giraran a mirarnos—.

No me tomas en serio, pero te digo la verdad.

—Es que no te puedo tomar en serio, Eric, de verdad, que me dices cada cosa…

—Abre. —Me acercó otro pedazo de pastel, abrí la boca y me lo dio sin apartar la mirada de la mía—. Mejor no digo lo que me acabas de provocar ahora mismo.

—Mientras no sea un calentón, no vamos mal.

—Estamos jodidos entonces —resopló y, de manera instintiva, mis ojos fueron directos hacia su entrepierna.

Joder, que sí que se había excitado, no me lo podía creer.

Carraspeé, cogí una copa de champán de la bandeja que llevaba el camarero que pasaba en ese momento por nuestro lado, y di un buen trago.

La música comenzó a sonar y vi a los recién casados cogidos de la mano para ese primer baile, una balada lenta y romántica con la que Carola cerró los ojos, apoyando la cabeza en el hombro de Liam con una sonrisa en los labios.

Ella se dejaba llevar por él, que mantenía la mejilla pegada a la frente de su mujer, y en ese momento noté mis lágrimas cayendo por las mejillas.

La voz de Christina Perri acompañaba a la pareja con su canción *A thousand years*.

Tenía los ojos completamente húmedos con esas lágrimas que caían al ver a mi amiga tan feliz. Noté la mano de Eric en mi mejilla y, al mirarle, sonrió mientras las retiraba con el pulgar.

La verdad es que aquel fue un momento de lo más bonito y emotivo que todos vivimos, y cuando la canción acabó, Carola y Liam se besaron una vez más entre aplausos.

La música cambió, ofreciendo una más marchosa, y la pista de baile se llenó rápidamente de muchos de los invitados que se atrevían a mover las caderas al ritmo de aquellas bachatas que iba poniendo el DJ.

Eric me cogió de la mano y me llevó a la pista para unirnos al grupo, dejándonos llevar por el momento, y, entre risas, mi querido guardaespaldas se iba acercando más y más, de modo que me resultaba imposible obviar lo que ese cuerpo le hacía sentir al mío.

El alcohol que llevaba encima parecía estar haciendo efecto, ya que me dejaba llevar sin pensarlo mucho, disfrutando del modo en el que Eric me tocaba, se rozaba conmigo y me miraba. Su mirada era tan intensa que no dejaba lugar a dudas de que tenía la intención de terminar la mañana compartiendo un desayuno en mi habitación.

De repente la música cambió y el DJ puso una canción lenta. Los invitados se agruparon en parejas, Eric y yo nos miramos, tragué saliva al ver el modo en el que sus ojos se clavaban en los míos y, sin decir una sola palabra, me rodeó por la cintura y entrelazó nuestras manos para pegarme a él.

Me dejé llevar sin más, disfrutando del momento mientras Eric nos mecía de un lado a otro al ritmo de aquella balada.

Su perfume me envolvía por completo, y mientras tenía los ojos cerrados y notaba su mano en mi cintura, mi mente se fue por otros pensamientos que no imaginé que tendría con un hombre al que conocía de apenas un día.

¿Cómo besaría Eric? ¿Sus labios serían tan suaves como parecían? Porque la verdad es que los tenía carnosos y de lo más sensuales, y yo…

Dios, tenía que dejar de pensar en eso, porque el vino y el champán me estaban haciendo perder la cordura.

Cuando acabó la canción, Eric me llevó de la mano hacia un rincón del jardín, donde había un par de sillones rodeados por plantas tropicales que ofrecían un lugar tranquilo lejos de los invitados, pero antes cogimos un par d copas de champán.

—Un descanso para tus pies y mis caderas —dijo cuando nos sentamos, y me eché a reír.

—Ya veo, estás mayor para esto. —Di un sorbo a mi copa.

—¿Disculpa? —Abrió los ojos, sin duda, ofendido.

—Que tienes una edad, y claro…

—¿En serio me acabas de llamar viejo? Porque solo tengo cuarenta años. —Arqueó la ceja.

—Más viejo que yo sí que eres. —Me salió una risilla.

—¿Cuánto más? Y no soy viejo, que conste.

—Eres diez años mayor que yo.

—Estoy en la flor de la vida, por favor —resopló y me reí.

O, mejor dicho, no podía dejar de reír, porque desde que conocí a Eric la noche anterior, no había un solo instante en el que no me hubiera reído con él y sus ocurrencias.

Y allí nos quedamos los dos, charlando, disfrutando de la bebida y la música que sonaba a lo lejos, y de esa química de la que no solo yo me había dado cuenta de que existía, sino que él también, porque en ese momento, sentado a mi lado, llevó la mano a mi rodilla dando un leve apretón mientras me miraba fijamente.

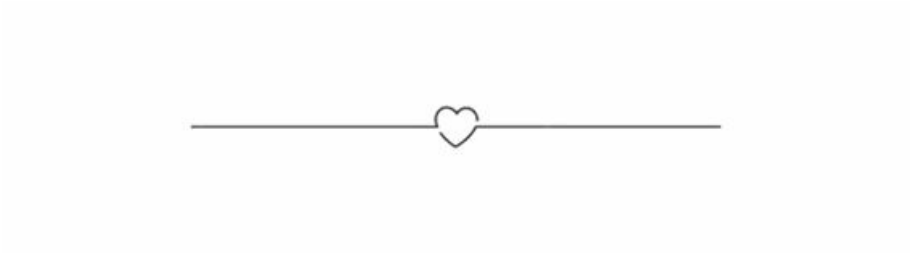
En sus ojos vi que no era la única que se preguntaba cómo sería besarle, porque la mirada de Eric se desvió en más de una ocasión a mis labios, y si me hubiera querido besar… le habría dejado.

e

Y allí nos quedamos los dos, charlando, disfrutando de la bebida y la música que sonaba a lo lejos, y de esa química de la que no solo yo me había dado cuenta de que existía, sino que él también, porque en ese momento, sentado a mi lado, llevó la mano a mi rodilla dando un leve apretón mientras me miraba fijamente.

En sus ojos vi que no era la única que se preguntaba cómo sería besarle, porque la mirada de Eric se desvió en más de una ocasión a mis labios, y si me hubiera querido besar… le habría dejado.

Capítulo 7



La fiesta continuaba en su punto álgido. Las horas fueron pasando y ya era bien entrada la noche.

Todos los invitados seguían comiendo, bailando y bebiendo, disfrutando de cada momento. Muchos se habían lanzado a cantar algunos de los temas que el DJ iba poniendo, otros simplemente estaban sentados cómodamente, esparcidos por todos los rincones.

Las luces del jardín brillaban de manera que parecían esas pequeñas estrellas que se veían en el cielo.

La música no dejaba de sonar, y las risas se mezclaban con el suave murmullo de las olas rompiendo en la distancia.

La comida y la bebida no parecían acabarse; los camareros se iban moviendo por todo el jardín entre los grupos de amigos y familiares, ofreciendo lo que llevaban en sus bandejas.

Eric y yo seguíamos allí sentados en ese rincón lejos de todos, y no dejaba de pensar en esa complicidad que había entre nosotros, además de una innegable atracción física que era más que palpable.

Carola y Liam se acercaron en ese momento hasta nosotros con una sonrisa en los labios.

—Oh, un sofá —dijo ella mientras se dejaba caer a mi lado, de modo que tuve que moverme y acabé tan cerca de Eric que él pasó el brazo por mis hombros—. Tendría que haberme traído unas deportivas. No puedo más con los tacones —resopló.

—Normal, si es que estás bailando como si no hubiera un mañana. —Reí.

—¿Y tú qué? Menudo movimiento de caderas te has marcado con aquí mi primo —sonrió la muy capulla.

—Eso ha sido cosa suya, que me ha llevado de un lado para el otro con esas bachatas.

—¿Una copa, señores? —preguntó el camarero acercándose.

—Por supuesto, que vamos a brindar por los novios —dijo Eric, cogiendo las copas de champán para entregarnos una a cada uno—. Por vosotros, pareja. —Levantó su copa.

—Y por mi amiga, que vale su peso en oro. —Carola sonrió mientras me miraba y me hizo un guiño.

—Tú sí que vales mucho, cariño. —Le pasé la mano por los hombros y le di un beso en la mejilla—. No sé las copas que llevo ya.

—No las cuentes. —Rio ella—. Además, mañana no tienes que madrugar, así que… —Se encogió de hombros y me reí.

Brindamos los cuatro y la pareja se quedó allí con nosotros charlando y bebiendo un rato.

Hasta que volvieron a reclamarles, en este caso la madre de Liam, y es que había llegado el momento de que mi amiga lanzara el ramo.

—Vamos, Ingrid, que tienes que estar ahí para cogerlo —me dijo Carola.

—No, no, deja, que yo lo veo todo desde aquí.

—Un mojón —protestó tirando de mi mano—. Tira, y te quiero ver en primera fila.

—Ay, la madre que te parió. —Volteé los ojos.

Todos los invitados nos miraban a las que esperábamos para que Carola lanzara el ramo, yo no quería luchar para conseguirlo, pero entonces noté un leve empujón y, al mirar hacia atrás cuando me quedé justo frente a Carola, vi la sonrisa y el guiño de Eric, para matarle, vamos.

—Pero que yo no quiero el ramo. —Reí.

Y él se acercó a mí con esa sonrisilla en los labios para susurrarme.

—Sí lo quieres, solo tienes que atraparlo —dijo mientras se encogía de hombros.

Carola comenzó a mover el ramo, de espaldas a todas, mientras todos los invitados contaban hasta tres.

Y cuando lo lanzó, este voló por el aire hasta caer en las manos de una de las compañeras de Liam, que lo atrapó y agitó en el aire mientras miraba al que debía ser su novio, ese que sonreía mientras algunos le daban palmadas en la espalda.

La noche iba avanzando y allí nadie parecía querer que la fiesta acabara. La pista de baile seguía llena de

invitados bailando sin parar, riendo y disfrutando, y Eric y yo nos habíamos vuelto a apartar sin darnos cuenta, hacia uno de los rincones más apartados del jardín.

Un pequeño sendero rodeado de palmeras y buganvilias nos había llevado caminando hacia una terraza íntima, donde había un par de sillas de hierro forjado, dispuestas alrededor de una mesa de madera rústica. La única luz que iluminaba el espacio venía de una pequeña lámpara colgante que titilaba suavemente, y aquel lugar me pareció de lo más romántico para una pareja.

Me dejé caer en una de las sillas, respirando profundamente, agradecida por haberme alejado de la fiesta, y es que me notaba ya bastante mareadilla por el alcohol, y agradecía estar ahí, donde el bullicio parecía alejarse dando paso a una ansiada tranquilidad que ofrecía ese rincón secreto.

Eric se quedó de pie unos segundos mirando el cielo con las manos en los bolsillos, y es que Miami por la noche tenía una atmósfera especial.

Me gustaba poder disfrutar en ese momento del sonido de las olas a lo lejos, la brisa suave acariciando mi piel y el inconfundible aroma a mar en el aire. Finalmente se sentó a mi lado.

—No pensé que acabaría pasando la noche de la boda de mi primo aquí, en un rincón apartado, con la mujer a la que debo proteger —dijo, y me salió una carcajada.

—Como si eso fuera algo malo —dije haciéndome la ofendida—. Sobre todo, después de que te hayas pasado toda la noche en modo espía conmigo, que al baño no me has seguido porque he conseguido despistarte.

—Di las cosas como son, te has escabullido como una ladronzuela.

—Uy, lo que me ha dicho —resoplé, y le salió una risilla.

—Carola tenía razón, me estoy divirtiendo contigo.

—Tendré que hablar seriamente con mi amiga, porque eso de que me llamara payasa de manera camuflada no mola.

—Vamos, admite que tú también te estás divirtiendo conmigo.

—Sí, pero sigo sin entender por qué no me dijiste desde el principio que eras el primo del novio.

—Debía parecer un hombre misterioso y enigmático, además de atractivo.

—Madre mía, sí es que tienes un ego —resoplé.

—Y tú una sonrisa preciosa —dijo acariciándome la mejilla—. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

—Pues ahora mismo, no sabría darte una respuesta a eso. No me mires así. —Me sonrojé, o quizás el calor que sentía era por todo el vino y el champán que llevaba en mi cuerpo.

—¿Y cómo quieres que te mire? No tengo otros ojos. —Rio.

—Qué bobo eres. —Reí—. Es que me pongo nerviosa.

—¿Y si te pongo de otro modo? —dijo en un tono de lo más juguetón.

—¿De qué modo? —Tragué con fuerza mientras veía el brillo de sus ojos, esos que no se apartaban de los míos

Nos quedamos los dos en silencio, mirándonos fijamente, notando esa brisa que acariciaba mi piel y que en ese momento sentí tan fresca que me erizó la piel por completo.

Pero también notaba que había algo que nos rodeaba, esa química, esa atracción que era más que palpable, y que me llevó a mirar de nuevo los labios de Eric, esos que por alguna razón que se me escapaba, quería besar.

Y sin que lo esperara, vi cómo Eric se acercaba un poco más a mí, como si el espacio entre nosotros fuera un obstáculo que ya no quería existir.

Su mirada seguía fija en la mía, y de repente fue hacia mis labios. De manera inconsciente pasé la lengua por ellos, humedeciéndomelos, mordisqueando ligeramente el inferior.

Cuando volvió a mirarme, sentí un escalofrío recorriéndome por completo, de pies a cabeza, y algo se sintió diferente en el aire, entre nosotros.

Sin previo aviso, sin decir nada, Eric se inclinó hacia mí de manera casi imperceptible, y, por un instante, el tiempo se detuvo a nuestro alrededor. El ruido de la fiesta, las voces lejanas, los pasos en la pista de baile… todo se desvaneció.

Fue él quien, con un gesto sutil pero lleno de intención, levantó una mano para retirar suavemente el cabello de mi rostro. Fue apenas un roce, pero el significado detrás de ese simple gesto fue más profundo de lo que podría haber imaginado.

Y seguimos allí en silencio, mirándonos fijamente, con nuestros rostros a escasos centímetros. Eric volvió a mirar mis labios, y yo, instintivamente, respiré más despacio pensando que iba a besarme, estaba segura de que iba a hacerlo.

El momento estaba cargado de esa tensión que surge cuando dos personas han conectado de una manera que no esperaban, y sin duda ese era mi caso.

Y lo hizo, Eric se inclinó ligeramente hacia adelante, acercándose más, y no retrocedí, no pensaba hacerlo.

El aire se llenó de una calma inesperada, y fue ese espacio de silencio, de miradas compartidas, el que permitió que sus labios se acercaran lentamente a los míos.

Eric me dio un beso suave, como si fuera una invitación a algo más, como la antesala a una noche que no había hecho más que comenzar después de todas las miradas, las sonrisas, la complicidad y esos bailes que habíamos compartido.

Podría decirse que en ese momento entre nosotros saltaron chispas, y no pude evitar dejarme llevar por ese instante, por el modo en el que ese hombre me besaba y que debía admitir que había superado mis expectativas por lo que había imaginado que podían ser sus besos.

Cuando nuestros labios se separaron, ninguno de los dos dijo nada, pero en sus ojos leía todo lo que él quería que pasara y que yo misma, de algún modo, también quería.

El sonido de la fiesta, las luces titilando en la distancia, volvieron poco a poco a devolverme al lugar en el que me encontraba.

—Creo que necesito otra copa y un baile —dije tras unos segundos mirándonos y sin que ninguno de los dos rompiera el silencio.

Eric sonrió mientras me veía levantarme, pero estaba claro que no iba a dejarme ir, así como así.

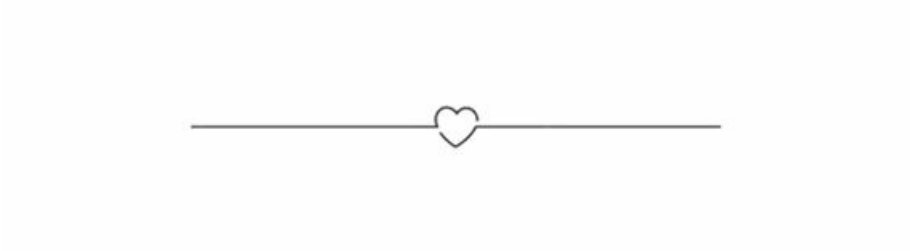
Cuando se levantó y noté su mano alrededor de mi muñeca, no tardó en atraerme hacia su cuerpo y volver a besarme, esta vez, de un modo más intenso y con unas claras intenciones.

—Una copa y un baile, y nos vamos a tu habitación, pequeña —dijo de manera autoritaria.

Pero no fue solo una copa y un baile, sino varias de ambas cosas, y es que la noche estaba para disfrutarla, y yo lo hice, porque mi mejor amiga no iba a casarse todos los días.

Y entre bailes y roces, Eric y yo nos mirábamos, nos deseábamos, y a pesar de las copas que nos habíamos tomado y de que estábamos los dos bastante perjudicados, como muchos otros invitados, ese no fue impedimento para que nos fuéramos juntos a mi *suite*, donde sin duda iban a pasar cositas…

Capítulo 8



La fiesta acabó para Eric y para mí incluso antes de que los novios se retiraran a tener su noche de bodas y disfrutar del sexo desenfrenado convertidos en marido y mujer, eso en palabras de mi amiga que, al igual que yo, iba un poquito perjudicada por el tema del alcohol.

Nosotros fuimos directos a mi *suite* y es que había quedado más que patente entre ambos que la conexión, la química y la atracción eran innegables, y por una vez en la vida no iba a mentirme a mí misma diciendo que esto no era lo que quería, porque por supuesto que quería acostarme con él, irme a la cama con Eric.

En cuanto cruzamos la puerta, noté su mano, grande y firme, apretando mi cintura para atraerme hasta él. Cerró con el pie mientras sus labios se posaban en mi hombro, besándolo de manera suave y subiendo poco a poco hasta el cuello, momento en el que cerré los ojos por completo y me dejé llevar por todas esas sensaciones que Eric me hacía sentir.

Subió la otra mano despacio en una caricia por mi brazo con la yema de los dedos, bajó el tirante de mi vestido y, poco después, noté cómo la tela del pecho también caía hacia abajo, liberando así uno de mis pechos que Eric comenzó a masajear.

Gemí de manera casi imperceptible, pero estaba claro que a Eric no se le iba a pasar nada de lo que ocurriera esta noche por alto.

Pellizcó el pezón dando un leve tirón y me mordí el labio al tiempo que jadeaba, momento en el que él se apoderó de mis labios mientras me daba un apretón en la cintura.

Bajó esa mano por mi abdomen con la misma lentitud con la que me había acariciado el brazo y noté cómo agarraba la tela del vestido para subirme la falda, esa que me iba haciendo estremecer según avanzaba rozando mi piel.

Cuando mis piernas y zona íntima quedaron descubiertas, esa mano se volvió un tanto juguetona y, tras separarme las piernas desde atrás con la rodilla en un leve toque, que no dejaba lugar a duda, pues quería que las separara, y fue lo que hice. Volví a gemir en el instante en el que traspasó la tela de mi tanga y llevó los dedos muy lentamente entre mis labios vaginales.

Se acercó aún más a mí, y noté su miembro erecto rozando mi espalda baja, movió las caderas y gemí.

Estaba claro que ninguno de los dos nos equivocábamos al pensar que entre nosotros iba a surgir una pasión desenfrenada.

Por lo que veía, todo apuntaba a que esta noche conocería lo que era sentirse libre y dejarse tocar como si fuera la primera vez.

Eric era increíble, me tocaba de un modo que conseguía prender mi cuerpo como si de una llama candente se tratase. Siguió jugando con mi pezón entre sus dedos, tirando de él, haciendo que mis gemidos acabaran en su boca mientras deslizaba la mano sobre mi sexo húmedo, haciendo que me estremeciera con cada roce de la palma sobre el clítoris.

Continuó tocándome esa zona ya sensible de mi entrepierna, penetrándome despacio con el dedo corazón mientras todo mi cuerpo temblaba entre sus brazos, de pie frente a la puerta, en la penumbra de la *suite*, sin movernos apenas para ir a otro lugar.

Sentí que mi cuerpo se preparaba para el clímax, pero en ese momento Eric se detuvo.

—Vamos a la cama, pequeña —murmuró en mi oído con tono ronco y sensual, me besó el cuello y comenzamos a caminar hacia ella.

Me giró hasta que quedamos uno frente al otro, sus ojos brillaban con ese velo de deseo cubriéndolos por completo, y volvió a apoderarse de mis labios mientras me quitaba el vestido, dejándolo caer a mis pies.

Fue llevándome hasta la cama para que me sentara, se quitó la chaqueta y la corbata mientras me observaba con ese deseo que me hacía estremecer, y tras apoyar una rodilla en el suelo, quedando entre mis piernas, cogió mi pierna izquierda y la acarició con la yema de los dedos mientras bajaba la mano hacia el tobillo, momento en el que me quitó el zapato y me besó el muslo.

Hizo lo mismo con la otra y me separó bien las piernas de manera que su rostro quedó frente a ellas. Ni se lo pensó antes de coger la tela de mi tanga con la mano y tirar de ella, haciendo que esta se rasgara, dejándome desnuda por completo.

Eric sonrió de medio lado con ese gesto tan suyo que me sacaba una sonrisilla y comenzó a dejar un camino de besos desde el tobillo hasta el interior del muslo que me iba excitando a cada centímetro que avanzaba, provocando que el calor de su boca fuera subiendo por todo mi cuerpo, haciéndome gemir mientras notaba cómo mi sexo se humedecía más y más.

—Tócate, pequeña —me pidió con un tono exigente. Fruncí el ceño mirándole y sonrió—. Masajéate los

pechos, pellizca tus pezones y no dejes de mirarme a los ojos —dijo. Tragué con fuerza y lo hice.

Llevé ambas manos a mis pechos, los cubrí con ellas y comencé a masajearlos mientras Eric me observaba atentamente. Pellizqué los pezones e incluso tiré de ellos, gimiendo para él, viendo el modo en el que sus ojos se oscurecían aún más, cargados de deseo y lujuria, lo que hacía que me dejara llevar aún más por lo que sentía y, sin apartar la mirada de la suya, me llevé primero un índice a la boca y lo lamí para después pasarlo alrededor del pezón y mantenerlo duro y erecto, haciendo lo mismo con el otro.

Sin dejar de mirarme, vi cómo acercaba el rostro a mi zona íntima y deslizó la lengua en una lenta lamida sobre mi clítoris, haciendo que mi gemido rompiera con el silencio que nos rodeaba en ese momento.

Mantenía mis piernas separadas con ambas manos agarrando mis muslos mientras seguía lamiendo y penetrándome con la lengua, observando cómo me masajeaba los pechos y pellizcaba los pezones, escuchándome jadear y gemir mientras, de manera casi involuntaria, mis caderas se movían para sentir aún más ese placer que me estaba dando con la boca.

Eric lamía con una destreza que de verdad que no había notado nunca, y por el modo en el que sus ojos se iban oscureciendo, sabía que quería ir mucho más allá de lo que estaba pasando en ese momento.

Comenzó a aumentar el ritmo, a lamer más rápido y beber de mi excitación mientras su lengua se adentraba en mi vagina, y sentí que poco a poco se iba acercando ese orgasmo al que me había llevado Eric.

Me moví más rápido, acompasando mis caderas con el modo en el que lamía entre mis labios vaginales, y grité cuando noté esa punzada de deseo atravesándome por completo.

En cuanto acabé de liberar ese clímax, Eric se puso en pie, se deshizo de la camisa y los pantalones, cogió un preservativo de la cartera y una vez colocado, volvió a besarme mientras apoyaba ambas manos en la cama y alineaba su pelvis con la mía.

Comenzó rozando despacio su miembro por mi clítoris y toda mi zona, pasando por la entrada de mi vagina sin llegar a penetrarme. Me excitaba y sentía que aquello iba a ir a más, notando cómo mi cuerpo se movía bajo el suyo buscando más placer.

Estuvo jugando así, torturándome con esos roces sin dejar de besarme hasta que se sintió satisfecho.

Se acomodó mejor entre mis piernas, agarró una de ellas por la rodilla flexionada y la colocó sobre su cadera para comenzar a penetrarme.

Lo hizo de manera suave al principio, despacio, sin prisa ninguna. Noté, con cada pequeño avance que daba, lo grueso que era su miembro y cómo se abría paso en mi estrecha cavidad.

Cada centímetro que avanzaba en esa penetración, un gemido salía de mis labios y se mezclaba en nuestras bocas con un sonido gutural suyo. Me excitaba de tal modo al sentirlo que no podía evitar clavar las uñas en sus brazos.

ı Grité en el instante en el que se adentró por completo, siguió besándome y comenzó a mover las caderas muy despacio, entrando y saliendo de mí a un ritmo suave.

Solo que la suavidad se fue quedando poco a poco en un segundo plano y empezó a moverse aún más rápido mientras su miembro entraba y salía más profundamente.

Le seguía el ritmo moviendo mis caderas, yendo al encuentro de su pelvis, mientras seguíamos besándonos y yo clavaba las uñas cada vez más fuerte en sus brazos, que esos sí que eran fuertes, madre mía.

e Había pasado un tiempo desde mi última relación, casi podría decir que se me debería haber olvidado cómo era esto de tener sexo, pero no, no había olvidado lo básico y me moría de ganas por seguir explorando todo lo que Eric quisiera mostrarme.

No dejábamos de besarnos, de acariciarnos, recorriendo todo el cuerpo que nuestras manos iban encontrando, y mi cuerpo se movía de manera estratégica buscando en cada embestida sentir aún más ese placer que me daba el hombre con el que había pasado toda la noche compartiendo un montón de tonteos.

Me llevó de nuevo a un orgasmo tan intenso que rompí aquel beso y dejé caer la cabeza mientras gritaba, disfrutando aún de sus profundas embestidas.

Me hizo sentar en la cama, se quitó el preservativo y comenzó a tocarse. Creí que querría correrse sobre mí, no sabía por qué, pero en lugar de eso llevó el pulgar a mis labios y los abrió lentamente.

Se quedó mirándome unos segundos como si de ese modo me hiciera una pregunta silenciosa, pero no necesité decir una sola palabra porque me incliné hacia delante y deslicé la lengua fuera de mi boca para lamer su longitud desde la base a la punta, donde di una última y lenta lamida.

Eric hizo un sonido ronco y me pasé la lengua por los labios, satisfecha de que eso le hubiera gustado.

No tardó en acercar mi rostro a su entrepierna y hacer que acogiera su miembro erecto en mi boca.

Le hice caso y empecé a moverme para darle ese placer que él quería en ese momento.

Enrollo mi cabello en su mano y comenzó a guiarme como a él le gustaba, lo hacía con cuidado, pero podía verle mover las caderas, embistiendo en mi boca sin parar.

Hasta que se apartó para evitar llegar al final de aquel encuentro antes de tiempo, pues estaba claro que, para los

dos, la noche no había hecho más que empezar.

Caí rendida en la cama, con los ojos cerrados y buscando llenar de aire mis pulmones por lo frenética que era en ese momento mi respiración.

Eric me cogió por la cintura y me puso de espaldas, elevando mis caderas con las piernas separadas, lo que le daba un buen acceso a eso que iba a hacer, que no era otra cosa que lamerme de nuevo mi zona de manera aún más desesperada que la primera. Así lo sentí yo, porque ese modo en el que su lengua se deslizaba rápida y juguetonamente entre mis labios vaginales me enloquecía de tal manera que comencé a mover las caderas para sentir más ese tercer orgasmo que estaba cada vez más cerca.

Al final iba a acabar pensando que el vino y el champán que nos habían dado en la boda, llevaban algún tipo de estimulante para sentir aún más esa excitación que tenía, porque esto no me había pasado a mí en la vida.

Cuando volví a correrme, Eric me hizo poner de pie nuevamente, me llevó hasta la pared más próxima que había junto a la cama y se puso otro preservativo. Elevó mis caderas y, como si él fuera un policía y yo una delincuente a la que cachear, apoyó mis manos en la pared y comenzó a penetrarme desde atrás de tal modo que sentía sus embestidas mucho más profundas así.

Me cogió de nuevo el cabello con la mano y tiró hacia él, girando mi rostro para apoderarse de mis labios mientras me seguía penetrando, lo que hizo que me excitara aún más y volviera a correrme así.

No dudó en dejarme allí apoyada en la pared tras aquel orgasmo y regresó a la cama, se sentó en el borde y, con una mirada mientras se deshacía del preservativo, me indicó que fuera hacia allí.

Me arrodillé entre sus piernas, lamí su miembro y me lo llevé a la boca sin apartar la mirada de aquellos ojos azules que no perdían el brillo del deseo en ningún momento.

Tras varios minutos disfrutando del placer que le daba con mi lengua y mi boca, me hizo arrodillarme sobre la cama con las manos apoyadas en ella también y comenzó a penetrarme con fuerza, de manera rápida y profunda, mientras se agarraba con fuerza a mis caderas.

No se detuvo en ningún momento, me folló a placer mientras los dos jadeábamos y gemíamos al ritmo que las embestidas de Eric marcaban, y llegamos al clímax juntos, dejándome completamente temblorosa bajo su cuerpo, pues se recostó sobre mi espalda y podía notar su respiración en mi cuello.

Sabía que habíamos hablado en algún momento, pero estaba tan excitada y centrada que no podía decir con exactitud qué habíamos dicho.

Se retiró, fue al cuarto de baño para deshacerse del preservativo y, cuando volvió a la cama, se recostó sobre mí para besarme con esa intensidad que me hacía querer más de él.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Mejor que bien —dije aún con los ojos cerrados—. Este ha sido el polvo del siglo, te espero cada noche en mi cama durante los días que esté aquí.

Escuché que soltaba una carcajada y lo siguiente que noté fue que me rodeaba con el brazo y me giraba para pegarse a mi espalda.

Desde luego que, con todo el ejercicio que acababa de hacer, se me iba a pasar la borrachera sin que me diera cuenta.

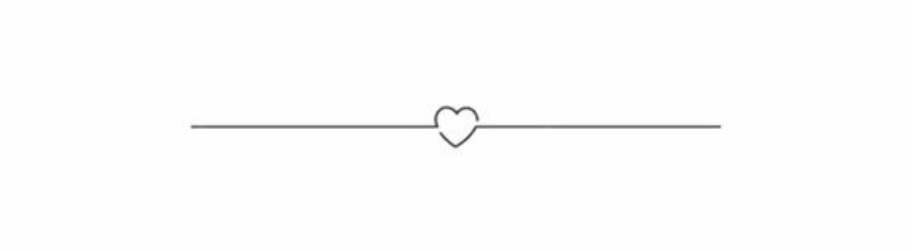
—¿Todo bien? —preguntó.

—Mejor que bien —dije aún con los ojos cerrados—. Este ha sido el polvo del siglo, te espero cada noche en mi cama durante los días que esté aquí.

Escuché que soltaba una carcajada y lo siguiente que noté fue que me rodeaba con el brazo y me giraba para pegarse a mi espalda.

Desde luego que, con todo el ejercicio que acababa de hacer, se me iba a pasar la borrachera sin que me diera cuenta.

Capítulo 9



Todo me daba vueltas y era incapaz de abrir los ojos, preguntándome cuántas copas me había dado la loca de Carola la noche anterior, porque esto era una resaca de manual, vamos.

Seguía en la cama, tan cómoda y tranquila que no me quería levantar, con los ojos cerrados, evitando esos rayos de sol que entraban por los cristales, hasta que al notar algo pegado a mí y palpar con la mano, tuve que abrirlos de inmediato para saber qué pasaba.

—¿Qué haces en mi cama y desnudo? —chillé porque no esperaba ni de broma encontrármelo allí.

—¿Segura que es la tuya y no la mía? —preguntó, sentándose con la ceja arqueada.

—Sí, es la mía —respondí con seguridad porque me conocía la *suite* que me habían asignado a la perfección—. ¿Hemos follado?

—Pues a ver, los dos desnudos, en la misma cama, no es que recuerde mucho, pero no creo que hayamos jugado a las cartas.

—Mierda. —Me froté la cara—. No me acuerdo de nada. ¡Qué desastre! —suspiré.

—Voy a pedir un desayuno completo.

—No te piensas ir, por lo que veo.

—Soy tu guardaespaldas, te lo recuerdo. —Llamó desde el teléfono de la habitación para ordenarlo.

¿Nos habíamos acostado y no lo recordaba? ¿En serio? Lo observaba mientras se ponía el bóxer y me daba cuenta de que su físico era más espectacular de lo que había imaginado viéndolo vestido. Me sentía rara. ¡Joder, quería acordarme!

Me lie en la sábana y fui a darme una ducha mientras él iba a su habitación a hacer lo mismo.

Había que joderse con el vino fresquito que entraba solo y con el champán de las narices, cómo me había subido, madre mía, qué manera de perder la memoria de toda una noche desde… Desde… ¿Qué era lo último que recordaba, además de los bailes y algunos tonteos por parte de Eric?

Dios, iba a prometer no volver a beber nunca más en mi vida, de verdad que no.

Me acababa de poner un *short* con una camiseta cuando llamaron a la puerta y era el servicio de habitaciones. Momento seguido apareció Eric.

Nos acomodamos en la terraza a desayunar y eso que era la una de la tarde. Menos mal que en el hotel todos los huéspedes eran invitados de la boda y sabían que hoy se servirían los desayunos a la hora de la comida, porque no sé a qué hora nos vinimos a la habitación, pero con la que tenía encima, estaba claro que debía haber sido hacía poquísimas horas.

—Ya me estoy acordando —murmuró con una sonrisita, captando completamente mi atención.

—Cuenta, cuenta. —Quería ver un rayito de luz al final del túnel, porque esto de no recordar nada me tenía de lo más loca.

—Tú me suplicaste delante de todo el mundo, y de rodillas, que durmiese contigo. Hubo una ovación entre aplausos y decidí complacerte.

—Y una mierda —contesté riendo. Ya lo iba conociendo y me acordaba mucho del día de ayer. Solo fueron las últimas horas, esas en las que tuvo como desenlace terminar juntos y desnudos en la misma cama.

—Bueno, entonces no te cuento más…

—Mejor, porque o te lo vas a inventar o lo contarás de una manera diferente a la realidad, como todo lo que haces.

—¿En qué te mentí?

—Disfrazaste todo.

—No, lo que pasa es que tú lo entendiste como quisiste —sonreía el descarado, ese de la sonrisa más bonita del mundo porque era de lo más seductor y jugaba con esa ventaja.

—Sí, claro, yo —negué mordisqueando el trozo de pan que me había llevado a la boca.

Un buen desayuno acompañado con el sobre que me tomé para el dolor de cabeza bastó para comenzar a encontrarme un poco mejor. Algo me decía que Eric en ningún momento dejó de recordar todo lo sucedido y me

estaba vacilando, desde el buen sentido de la palabra, pero estaba completamente segura de que jugaba con su más absoluta ironía.

Llevábamos los bañadores puestos debajo de la ropa y salimos a los jardines a despedir a los novios que se iban a su luna de miel. Fue todo muy rápido, ya que iban con el tiempo justo.

—Disfruta mucho, cariño —le dije mientras ella me frotaba la espalda.

—Y tú, diviértete estos días —sonrió.

Abracé fuerte a Carola y quedamos en estar en contacto por mensajes y que me iría enviando fotos de tan espectacular viaje que iba a vivir.

—No llores, te quedo yo… —Escuché la voz de Eric a mi espalda.

—¿¡Qué dices!? —pregunté negando y dejando las cosas en una hamaca para darme un chapuzón en la piscina.

—Ya sabes que digo la más absoluta de las verdades.

—Bueno, que nos vamos conociendo, Eric —dije, dirigiéndome por el agua a los taburetes de la barra.

—No, no nos vamos conociendo porque no te acuerdas del romance tan bonito que vivimos anoche.

—¿Qué dices? —Me reí antes de mirar al camarero—. Un cóctel que tenga muchos zumos y nada de alcohol.

—¿Resaca? —me preguntó el camarero con una leve sonrisa.

—Mucha —le sonreí.

—Ya sé qué ponerte para que te sientas mejor. ¿Y a usted?

—Yo bebí poco, tuve que hacer de niñero. —Me señaló con la cara con toda la poca vergüenza del mundo, me tuve que reír—. Me puedes poner una cerveza bien fría.

—¿De niñero tú? —le pregunté incrédula.

—Así mismito, Ingrid.

—Qué valor tienes —resoplé al tiempo que negaba.

s Sonaba música latina de fondo y Eric se movía ligeramente mientras sostenía la copa. Yo seguía sentada en el taburete cubierta de agua hasta las caderas. Eso era pura vida.

—Está riquísimo y es verdad que es mano de santo. Me ha quitado todo el ardor que sentía —le dije al camarero que se llamaba Jason y era cubano.

—Claro que sí, *mija*, eso es mano de santo.

—Mano de santo la que tiene el muy tonto —murmuró Eric cuando Jason se fue a atender a otros clientes, y levanté la ceja mirándolo.

—Está a baba caída ante ti —murmuró en mi oído.

—¿Celoso?

—Un poquito, pero el problema lo debe de tener él, que debería de estar preocupado.

—Te voy a decir una cosita —murmuré acercándome a su oreja—. Lo mismo con él, me acuerdo al día siguiente.

—Te lo has buscado. —Tiró de mí y me hizo una ahogadilla.

—¿Qué haces, tonto?

—Sin insultos, que aquí el más listo soy yo.

—Eso te crees tú.

—Ya te lo demostraré.

—¿Qué haces? —Me reí cuando me había dado un beso en los labios.

—Poco para todo lo que hicimos anoche. Y me hiciste prometer que volveríamos a hacerlo.

—Ah, ¿sí? No me lo creo.

—Mira. —Cogió su móvil y me puso un vídeo en el que yo salía diciendo que era el mejor polvo del siglo y que lo esperaba cada noche durante mis días aquí.

—¿Qué haces con ese vídeo? ¡Ya puedes borrarlo! Eso es denunciable. Yo no estaba en mis cabales. —Me estaba enfadando mucho.

—Como este hay muchos que no desearías ver ni que nadie viese… —Su tono no me estaba gustando—. O colaboras, o serás tan víctima como Carola.

ɔ

—¿Qué dices de víctima? No me está gustando tu juego. Quiero que borres todo el material que tengas y que lo hagas ahora mismo.

—No me has entendido —negó con una ceja arqueada mientras daba un trago a su cerveza—. No estás en posición de elegir, solo puedes colaborar o salir muy malparada. Para que tú y yo nos entendamos, mi objetivo es atrapar a Liam.

—Pero ¿no eres su primo?

—Para que tú me entiendas, me importáis moralmente más tu amiga y tú que ese estafador que va a pagar por todo.

—¿Por qué lo llamas así? No entiendo nada. —Me estaba entrando una ansiedad de las que hacía mucho tiempo no sentía. Hasta las lágrimas noté que estaban por salir.

—¿Dispuesta a colaborar? —Me dio un cigarrillo.

—Primero quiero saber qué está pasando y por qué me has metido a mí en tus problemas.

—Que yo sepa, no te he metido en ninguno.

—¿Y para eso te has tenido que acostar conmigo?

—¿Acaso no hay atracción entre nosotros? Pero si quieres, te pago el servicio.

—¡No soy ninguna puta! —le exclamé al oído en plan murmullo fuerte.

—Bueno, eso lo dijiste tú, pero me contenta que lo aclares y no lo dejes en el aire como lo hiciste.

—Estaba bromeando, ¡joder!

—No me chilles, eso para empezar —me dijo poniendo su mano en mi antebrazo.

e

—Me estás coaccionando y lo sabes.

—Para nada, ¿quieres ver lo que disfrutabas mirando a la cámara?

—Dime qué quieres.

—Quiero que ayudes a tu amiga a librarse del que la va a llevar a la ruina y de paso que consiga alguna que otra confesión que me valdrá para aumentar las pruebas de su expediente.

—¿Qué expediente? —Fruncí el ceño porque no estaba entendiendo nada, esto debía ser una puta broma de mal gusto, o una pesadilla de la que quería despertarme cuanto antes— Además, ¿por qué la va a llevar a la ruina si ella no tiene gran cosa?

—Punto número uno —levantó el dedo—, no me vuelvas a mentir.

—Solo te bromeé con lo de puta.

—Punto dos —levantó el otro, ignorando mi respuesta—, no te hagas la tonta y reacciona, él es más listo que ella y tú sabes lo que tenéis.

—¿Y qué tenemos, listo? —Quise no achantarme ni mucho menos confesar algo que estaba segura de que él no podía saber.

—Una suerte muy grande. —Me hizo un guiño y sonrió. Ahora me dejaba con la intriga de saber si su respuesta era fortuita o es que realmente lo sabía.

¿Habría sido tan tonta Carola de contarlo y no decirme nada?

—La misma que tienes tú de que no alce la voz y te denuncie por acoso. —Me hice la chula y me senté de nuevo mirando hacia la barra para pedirle a Jason una cerveza. Ya no tenía ni resaca.

Lo único que se me pasaba por la cabeza es que tenía un problema con este y bien grande, porque no sabía de sus intenciones ni para qué me quería utilizar. Tenía que pensar con la cabeza en frío.

—Mira, guapa, que esto os va a beneficiar a las dos.

—Explícame, porque no entiendo, qué beneficio puedo sacar yo de todo esto. —Doblé los labios hacia abajo.

—Lo primero, lo de ellos no fue algo casual, fue premeditado.

—Ah, ¿sí? ¿Me mintió también mi amiga en cómo se conocieron? —Esto es que era alucinante, en serio, me iba a volver loca si el muy capullo estaba gastándome una broma.

—Tu amiga es una víctima. Si pusieras más atención, no tendría que repetirte las cosas dos veces —murmuraba acariciándome la espalda y yo no sabía si estaba en una peli de miedo, en una comedia o definitivamente al borde

de un ataque de nervios.

—No me toques…

—Ah, no, a mí no me trates así, que deberías de estar de rodillas y agradeciéndomelo como es debido. —Hizo un guiño y, por el brillo en sus ojos, me imaginaba que lo decía por algo de lo que ocurrió la noche anterior.

—¿En serio me estás diciendo a mí eso? ¡Eres un gilipollas! —grité, captando hasta la atención del cubano, que se le quedó los labios para afuera al escucharme.

—Vuelve a chillarme y le mando el vídeo a tu padre.

—¡No me amenaces! —le chillé, obviando lo que me había dicho.

—No le hará gracia recibirlo. Primero le mandaré el más suave, y conforme la sigas cagando, iré subiendo el nivel de los vídeos que le vaya mandando. Un chillido más y le doy a enviar.

—¿Qué quieres?

—Que colabores.

—¿Cómo sabes que lo de Italia fue premeditado?

—Lo estaba siguiendo un colaborador mío de Roma.

—¿Y?

—Estaba en la mesa de atrás de ella y cuando fue al baño dejando su abrigo sobre la silla, Liam lo roció con un espray que, cuando lo olió, comenzó a sentirse mal. Fue cuando él mismo la atendió.

—Pero ¿por qué? No entiendo nada, te juro que no entiendo nada —dije llevándome la mano a la frente y frotándomela.

—Tu amiga, que no habla en voz baja —dijo con ironía—, estaba en una conversación telefónica con la que supongo que eras tú y hablaba de que aún no se creía que tuviera tantos millones en la cuenta y que, si su ex supiera que le había tocado el premio más grande de la historia, le daba un chungo. Palabras textuales —dijo, arecordándome ese momento.

»La escuchó también uno de los hombres de mi colaborador que en ese momento seguía de cerca a Liam. No e la primera vez que usa ese método; lo que pasa es que tiene mucha suerte y aún no han logrado atraparlo. Sin embargo, estoy decidido a llevarlo ante la justicia, y no solo por eso, sino también para honrar a mis padres, esos a quienes los suyos les arrebataron la parte de su fortuna de la herencia.

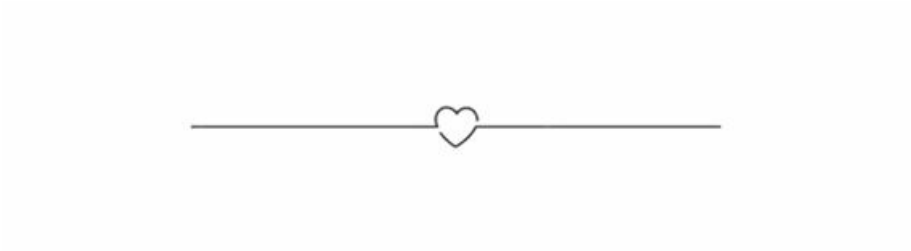
»Me lo contaron todo antes de morir, aunque ellos piensan que no lo sé. Esto también me pertenece y ya tengo las pruebas para enjuiciarlos, pero a Liam me lo voy a llevar por delante como estafador. A tu amiga la terminará dejando en la ruina si no actuamos antes. Es más, sabe que ella tiene dos cuentas, la que le contó y la que no le piensa decir jamás —dijo y a mí me entraron hasta sudores fríos, de verdad.

Sabía demasiado de todo y me estaba empezando a dar cuenta de que algo de verdad debía de haber en lo que me estaba contando.

»Me lo contaron todo antes de morir, aunque ellos piensan que no lo sé. Esto también me pertenece y ya tengo las pruebas para enjuiciarlos, pero a Liam me lo voy a llevar por delante como estafador. A tu amiga la terminará dejando en la ruina si no actuamos antes. Es más, sabe que ella tiene dos cuentas, la que le contó y la que no le piensa decir jamás —dijo y a mí me entraron hasta sudores fríos, de verdad.

Sabía demasiado de todo y me estaba empezando a dar cuenta de que algo de verdad debía de haber en lo que me estaba contando.

Capítulo 10



Me había llevado un disgusto increíble, pero al mismo tiempo no paraba de argumentarme todo y de mostrarme pruebas en su teléfono que claramente dejaban en evidencia a Liam. Entendía que no tenía muy buenas intenciones con mi amiga y que se había casado con ella a saber por qué razones; seguro que sus intenciones eran más oscuras y maquiavélicas de lo que uno podría llegar a imaginar.

Lo que más rabia me daba es que Eric tuviera esos vídeos míos que decía que eran su arma para poder ayudarlo porque de lo contrario podía contarlo todo y empeorar las cosas. De verdad que no veía necesario que me hubiera mentido de esa manera, joder, si estaba en juego la seguridad de mi mejor amiga ¿cómo narices podía pensar que no iba a ayudarle?

Si me lo hubiera contado todo desde el principio, sin mentiras ni tonterías, no me habría negado a ayudar en lo que estuviera en mi mano.

La intención de Liam, entre otras cosas, era hacerle un seguro de vida a Carola y también me lo demostró, eso es lo que peor me puso. Lo bueno dentro de lo malo era que, para que se hiciera efectivo de la manera que él quería hacerlo, tenían que llevar casados tres años, así que tenía tiempo de sobra a que regresase del viaje, reunirme con ella a solas y ponerla al tanto de todo con Eric para que ayudase a terminar de incriminarlo. No sabía cómo se lo iba a tomar, pero esperaba que no estuviera enamorada hasta las trancas de ese hombre, y ni viera más allá de él.

—¿Se te va a pasar el enfado conmigo? Ayer eras más simpática.

—Eric, por el amor de Dios, que tienes vídeos míos como Dios me trajo al mundo, y en esos momentos no estoy en mis cinco sentidos mientras hablo —protesté resoplando.

—Está encriptado, por eso solo lo puedo ver yo. Ni, aunque me robasen el móvil. ¿Un besito? —preguntó acercando sus morros.

—¡No! —Puse mis dos manos entre medias—. Por mi salud mental, no.

—¿Y por la mía?

—Eric, estoy muy agobiada. ¿Sabes toda la información que me has metido en la cabeza, y de la que hay imágenes que me involucran directamente en algo feo? —pregunté casi gritando.

—¿Es feo tener sexo?

—Me has grabado, y eso es ilegal.

—Ilegal es lo que quiere hacer mi primo con tu mejor amiga —rebatió, porque estaba claro que a cada cosa que yo le dijera, me iba a dar un argumento para contradecirme—. ¿Acaso no te da miedo por ella?

—Mucho, y quiero ayudarla.

—Pues entiende que para hacerlo me necesitas a mí. —Se señaló con el dedo en el pecho—. Soy el primero que va a por él, hay muchas cosas que hizo que no quiero que queden impunes.

—¿Y por eso has tenido que acostarte conmigo? —Sin duda, después de todo lo que me había contado, estaba claro que su intención era la de seducirme y llevarme a su cama, aunque en este caso lo que hizo fue meterse en la mía.

—Y dale —resopló cerrando los ojos—. Lo hicimos porque a los dos nos apeteció, porque nos atraemos. ¿O es que para ti no es evidente eso?

—Demasiadas evidencias para un viaje que se suponía que iba a ser tranquilo. Pobre de mí, más ilusa y no nazco —negué, pensando que, si llego a saber el resultado de este viaje, habría venido solo a la boda y me volvía para España.

—Quiero que nos ayudemos mutuamente. —Me agarró por la cintura mientras me miraba con esos ojos azules tan intensos que tenía.

Realmente sentía una debilidad por él porque cuando me acariciaba, era como si mi mundo se parase por completo. Me gustaba sentir su tacto. Me dejé llevar por ese abrazo a pesar de estar más liada que un ovillo y acabé apoyando la frente en su hombro.

—Esto es una putada, mi amiga la caga una vez tras otra —negué en sus brazos.

—Qué bonito es el amor —nos dijo Jason, que después de escucharme chillar ahora me veía abrazada a él.

—El amor, hermano, es lo que mueve el mundo —le dijo Eric y yo no sabía si reír, llorar o darle dos hostias.

Joder, reconocía que empezó bien y hasta me pareció graciosa la forma en la que me entró como si fuera el

testigo y mejor amigo, hasta ahí se lo compraba, pero no me esperaba todo lo que traía consigo.

Que yo venía de España, de una ciudad pequeñita donde lo más que pasaban eran los líos familiares. Esto me recordaba a las series policiacas y de investigación que se desarrollan en Miami. La verdad es que no estaba preparada para enfrentar estos líos en los que parecía que mi amiga estaba involucrada con el mayor mafioso y sin ningún tipo de escrúpulos.

Y claro que me daba miedo por ella, ¿cómo no iba a dármelo? Si después de lo de Chus y lo que le hizo, ella pensaba que Liam era ese gran amor que había llegado a su vida para hacerla feliz.

Me sentía mal, de verdad que sí, porque cuando se lo contara a Carola, sabía que se iba a sentir fatal por haber sido utilizada por un hombre, otra vez.

Eric me acariciaba la espalda mientras yo notaba que me comenzaban a escocer los ojos. Quería llorar por todo esto que había descubierto de un hombre que se mostraba como el más cariñoso del mundo con mi amiga, y ahora resultaba que lo más probable es que quisiera hacerle ese seguro de vida para que tuviera un accidente, que no lo fuera tanto, y heredar ese dinero y todo lo demás.

Joder, si es que eso habría sido lo que querrían sus padres de haber sabido que tenía millones en el banco, acercarse a ella diciéndole lo mucho que la querían para que les pusiera en su testamento y así asegurarse que les dejaba a ellos todo su dinero.

Salimos de la piscina y nos sentamos a comer en un rincón que era de lo más cómodo y apartado. La verdad es que me molestaba hasta el bullicio de la gente, que no es que estuvieran haciendo jaleo, pero es que hoy me sobraba todo.

—No quiero que me veas como a un enemigo —me dijo en tono tranquilo.

—Te he dado un abrazo…

—Pero sé que estás mal. No me conoces de nada, pero te puedo garantizar que puedes confiar en mí.

—Ya, pero viendo lo de las imágenes —repetí porque era lo que más me dolía.

—Es la única manera de atarte, te lo he dicho, quiero tu compromiso de que vamos a ayudar a tu amiga y me vais a ayudar a mí a cerrar este caso para que pueda ser juzgado.

—De verdad que no me entra en la cabeza que un cardiólogo de la reputación de tu primo tenga que recurrir a estas cosas por dinero —dije, y él me dio un leve apretón en la rodilla.

Tenía un mal cuerpo increíble y, aunque quería disimular, no podía. Debía reconocer que Eric intentaba calmar

esa ansiedad que me había producido, pero es que tampoco me sentía de lo más segura con él. Era difícil de explicar, ya que era un sentimiento de lo más extraño.

Me gustaba, porque eso no iba a negarlo, pero me molestaba que me hubiera mentido durante esos dos días y que me grabara. Joder, que no me acordaba de nada de lo que habíamos hecho la noche anterior después de estar en la maldita boda, y que ya hasta pensaba que alguien me hubiera puesto algo en la copa para que me desinhibiera de ese modo y él pudiera conseguir lo que había conseguido.

Pasamos el día entero en la piscina, disfrutando del sol y relajándonos en las tumbonas. Yo iba solo pedía zumos sin alcohol porque ya no me fiaba ni de mí misma. Era una sensación tan rara la que sentía de amor-odio hacia él que no me dejaba estar cómoda del todo.

Por la noche le pedí que me dejase sola en la habitación. Por su cara, no le hizo mucha gracia, pero sabía que yo necesitaba disponer de mi espacio, al menos eso, porque me sentía francamente mal por todo lo que había vivido en este día que, si pudiera, borraría de mi vida para siempre.

Respirar, pensar, asimilar… Todo eso intentaba hacer desde la terraza de la habitación, ya que no podía irme a dormir. Fumaba como si fuera un indio enfadado. Tenía ganas de chillar, partir algo o irme a buscar a mi amiga y sacarla de esa falsa luna de miel.

En ese momento me entró una videollamada de mi padre y estuve un rato charlando con él e intentando disimular el agobio tan grande que tenía. Lo conseguí a duras penas, pero claro, con él, por desgracia, era con el último que me iba a desahogar.

—Fue una boda preciosa —dije con una leve sonrisa.

—¿Y no la llevó nadie al altar?

—No, apareció ella sola. —Reí—. Pero bueno, era la boda que ella quería y la ha tenido. —Dios, es que hasta mentirle a mi padre me sabía mal.

—Ya me enseñarás las fotos cuando vengas.

—Sí, hay una que seguro que te va a gustar de las dos juntas y querrás que la ponga en tu salón.

—Eso seguro, hija. Bueno, te dejo que descanses, que seguro que estás todavía con la resaca —dijo con una sonrisa—. Y diviértete, disfruta de estos días de relax, como decís ahora.

—Sí, descuida. Adiós, papá.

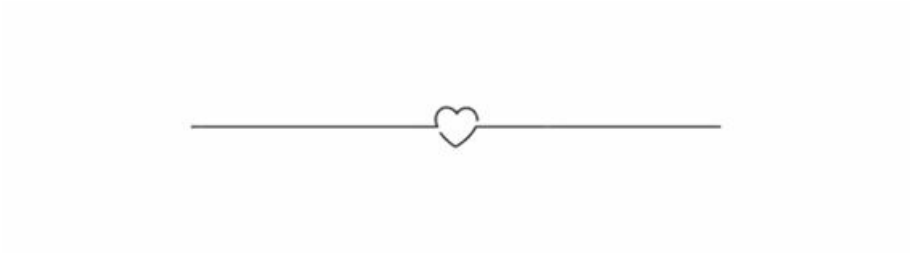
—Adiós, hija.

Me fui a la cama bastante temprano, abrazando la almohada mientras mi mente no dejaba dar vueltas. Me aterraba la idea de que mi amiga pudiera estar en peligro de alguna de las maneras. ¿En qué momento se le ocurri casarse con un desconocido al que conocía de hacía unos meses? En fin, no era momento de hacer reproches, sino de pensar en frío sobre cómo podíamos arreglar toda esta lamentable situación en la que se había metido la pobre Carola.

)

Me fui a la cama bastante temprano, abrazando la almohada mientras mi mente no dejaba dar vueltas. Me aterraba la idea de que mi amiga pudiera estar en peligro de alguna de las maneras. ¿En qué momento se le ocurrió casarse con un desconocido al que conocía de hacía unos meses? En fin, no era momento de hacer reproches, sino de pensar en frío sobre cómo podíamos arreglar toda esta lamentable situación en la que se había metido la pobre Carola.

Capítulo 11



Habían pasado tres días desde la boda y ni siquiera había puesto un pie fuera del hotel. Durante el día, me quedaba en la zona del jardín con Eric, pero no le permití quedarse conmigo en las dos noches anteriores. Estaba muy afectada y no tenía ganas de nada.

Sin embargo, hoy me desperté con un mejor ánimo y diciéndome a mí misma que mi amiga saldría de esta.

—Servicio de habitaciones —dijo Eric llamando a la puerta y entrando con el carrito del desayuno.

—Buenos días, Eric.

—Buenos días, hoy tienes mejor cara.

—¿Sí? Me alegro de que me lo digas, yo también me siento más animada, la verdad, y quiero ayudarte en todo. Eso sí, hoy necesito irme a la calle de tiendas, de paseo, darme un baño en el mar y hacer cosas.

—Iré a tres metros de ti. Te recuerdo que soy tu guardaespaldas. —Me hizo un guiño sacándome una carcajada.

—Puedes ir a mi lado, no me vendrá mal un poco de compañía.

—Te acabas de ganar un beso. —Vino hacia mí y me agarró la cara para dármelo en la boca.

Y no fue un beso y ya, ni mucho menos, sino que me dio un beso rápido, después un leve mordisquito en el labio inferior y siguió con otro beso de piquito antes de darme un beso de esos sensuales que él me daba.

Me tuve que reír porque cuando le salía esa parte tan divertida que tenía, a mí me encantaba, pero es verdad que luego recordaba lo de los vídeos y me ponía tan mal que me daban ganas de cogerlo por el cuello.

Que seguía sin entender por qué tuvo que recurrir a eso para hacer que yo le ayudara, sabiendo más que de sobra lo importante que era Carola para mí. No me entraba en la cabeza, de verdad que no.

—Déjame abrazarte, anda. —Se sentó en mi sillón, rodeándome con sus brazos y echándome con el culo hacia

el lado—. Si es que te estoy cogiendo hasta cariño. Qué afortunada eres.

—¿Afortunada? —Lo miré de lado, intentando zafarme de sus brazos y soltando una risilla.

—Por partida doble; por el premio y por encontrarme a mí.

—Bueno, eso de encontrarte es discutible —protesté sin dejar la risilla.

—Nos encontramos y surgió la chispa.

—Anda, vuelve a tu sillón y vamos a desayunar que no puedes ser más liante.

—Pero jodidamente seductor. —Me besó la mejilla antes de regresar a su sitio—. Entonces quieres pasear e ir de tiendas, a la playa y conocer un poco la zona. ¿Es así? —preguntó mientras cogía una tostada.

—Así mismo.

—Muy bien, pues me pongo el traje, la camisa, las gafas de sol y listo, ya tienes a tu Kevin Costner particular.

—Igualito, vamos. —Reí, porque el actor era bastante atractivo en sus tiempos, igual que el hombre que tenía delante, pero es que este era mucho más alto, tenía el cuerpo más bronceado, y, sobre todo, era un poquito más fibroso.

—No lo niegues, que yo podría hacer la secuela de esa película perfectamente.

—Claro, claro, ya veo los anuncios. —Carraspeé—: *«El Guardaespaldas dos, con el detective Eric y la rica Ingrid».* —Volteé los ojos—. Estás fatal.

—Oye, seguro que, como guion para una peli, nos lo compran. —Dio un trago al café.

—Quita, quita, que solo me faltaba salir en una película.

Seguí desayunando mientras volvía a pensar que, para película, la que estaba viviendo yo así, sin comerlo ni beberlo, con un cardiólogo en busca del dinero de mi mejor amiga.

Joder, si es que esto lo contaba y acabarían riéndose por lo absurdo que sonaba.

Por no hablar de que en estos días había pensado en eso que me dijo Eric sobre el modo de actuar de Liam. ¿Querría eso decir que el cardiólogo se había hecho con una fortuna a base de engañar a mujeres con dinero?

Dios mío, si es que cada cosa que se me pasaba por la cabeza era peor que la anterior, en serio.

Después de disfrutar de aquel desayuno que me supo a gloria, decidí ponerme un *short* vaquero bien cortito encima de un bañador blanco de lo más elegante, al que no cubrí con nada. Para completar el conjunto, opté por unas sandalias planas con las tiras del mismo color. Además, elegí un bolso rosa chicle con tiras grandes que me regaló Carola de la marca Tous, y que era una monada.

—¡Guau! —exclamó cuando me vio salir, ya me estaba esperando en la puerta del ascensor—. Te ves superelegante. Tienes un gran estilo. —Se apartó para dejarme paso.

—Se te da muy mal ligar.

—Como si no lo hubiera hecho desde el minuto uno. —Apretó el botón del ascensor.

—Arrogante.

—Ilusa.

Se tiró encima de mí y comenzó a darme un montón de besitos, lo que hizo que me saliera una risilla porque ese hombre, a pesar de todo, me seguía teniendo de lo más tonta, ya que despertaba en mí un montón de emociones que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

Las puertas se abrieron y había unos clientes esperando. Carraspeé saliendo y di los buenos días. Ya se habían ido todos los invitados y solo quedábamos él y yo, los demás eran nuevos huéspedes.

No habíamos puesto un pie en la calle y ya me llevaba cogida de la mano. Observaba cómo nuestras manos estaban entrelazadas y luego lo miraba a él, que tenía esa sonrisa pícara de lado. Era todo un personaje, que encima caía bien.

Pero en otras circunstancias, sin todo lo que me había contado de su primo y de lo que pudiera querer de mi amiga, si no hubiera grabado esos vídeos míos… Vaya, en un contexto diferente, habría sido genial que nos hubiéramos conocido.

—Oye, espero que tengas el detalle de regalarme algo.

—¿Y por qué debería regalarte nada? —pregunté arqueando la ceja.

—No sé; un perfume, unas chanclas, una camiseta, algo, un detalle —decía, causándome una carcajada.

—Pero dime a cuento de qué. Lo más lógico sería que me regalaras algo tú a mí. ¿O es que me has visto a mí cara de Richard Gere, y tú ahora eres Julia Roberts?

—Voy a salvar la vida de tu amiga, estoy haciendo de tu guardaespaldas y me has dejado un par de días a dos velas. ¿Y ahora resulta que soy yo el que tiene que hacerte un regalo? Tú sí que eres bien descarada. —Se notaba que algunas expresiones debían ser de su madre, que era puertorriqueña.

—Venga, te voy a regalar algo. Cuando lo veas, me lo dices.

—Eso mismo. —Señaló a un Ferrari que pasaba en esos momentos y me eché a reír a carcajadas.

—Habíamos hablado de algo normal, no eso. A ver si al final vas a ser tú peor que tu primo —resoplé.

—Las comparaciones son odiosas, lo digo a modo informativo. —Carraspeó.

—Por cierto, ¿tú crees que podría llegar a hacerle algo malo a Carola? —pregunté, temiendo la respuesta, y con más miedo que siete viejas.

—Matarla no, pero sé que le quiere hacer el seguro. Estafarla sí, y antes de un año la deja en bragas.

—Una mierda para él.

—Esa es la actitud —me dijo señalándome con el dedo y agarrando mi mano con la otra suya.

Entramos en una tienda de lencería que era una cucada total y de gran renombre. No vacilé en adquirir un par de conjuntos muy atractivos, además de un neceser de la misma marca.

—Te los quiero ver puestos.

—Si me los pagas, te dejo verlos.

Me los quitó de las manos y pagó toda la compra. Para chulo él, con dos cojones.

—Gracias —murmuré cuando salimos, mientras él llevaba las bolsas en sus manos.

—Tres conjuntos, un neceser y una bruma corporal, y no me he quejado. Te pedí solo una y me la negaste. Lo anoto.

—Un Ferrari, no te jode. No me lo compro ni yo que voy con un cochecito normal.

—Pero no vives en Miami.

—Ah, claro, que aquí hay que aparentar —resoplé—. ¿Y qué pasa, que tu trabajo de detective no te da para uno?

—No sé, no contesto.

—Haces bien en no hablar, que mira lo que le pasó a Carola —negué, volteando los ojos.

—Por cierto, ¿me vas a dejar dormir contigo esta noche?

—¿Ese es el regalo?

—Vale. —Me hizo un guiño.

—Te dejaré… —sonreí de medio lado.

—Y el Ferrari también.

—Eso sí que no.

Se puso a reír y yo no pude evitarlo, pero vamos, que si quería un Ferrari, yo le compraba uno, de esos de maqueta a escala, y que lo pusiera en una estantería de su despacho de detective.

Decidimos entrar a comer en una hamburguesería que habíamos visto al pasar, atraídos por un aroma increíble. No pude resistirme y pedí una hamburguesa enorme, llena de ingredientes, acompañada de unas patatas fritas y un refresco bien frío.

Dios, seguro que Carola había comido alguna de estas, porque, aunque nos cuidábamos bastante, de vez en cuando una comida así de grasienta, sí que nos apetecía.

Volvimos a salir a la calle y continué yendo de tiendas. Compré un par de vestidos, pantalones y camisetas, y entré en una perfumería a por unas cremas.

Después de tomarme un señor helado que estaba buenísimo, regresamos al hotel y guardé todo.

Bueno, todo no, porque me acabé probando uno de los conjuntos de lencería y me presenté ante Eric con él puesto.

Tragó con fuerza al verme y no tardó ni un segundo en cogerme por la cintura y sentarme a horcajadas sobre su regazo, comenzar a besarme y tocarme por todas partes.

Acabó por recostarme en la mesa frente al sofá, quitarme el conjunto y devorar mi zona íntima con avidez. Lamía entre mis labios vaginales sin parar mientras me penetraba con dos dedos.

Hasta que llegué al clímax y volvió a colocarme de nuevo sobre él para que le montara, pues es lo que me pidió que hiciera.

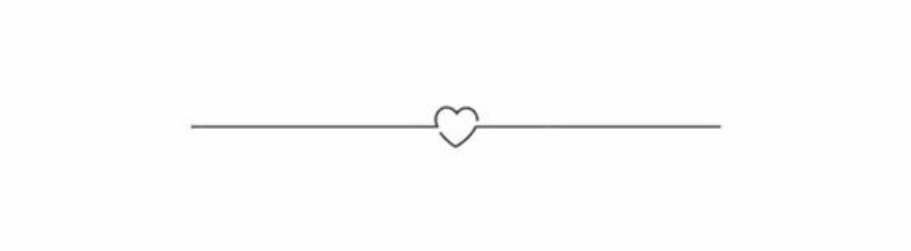
Y allí mismo, en el sofá, nos entregamos a la pasión; primero conmigo encima, disfrutando de la conexión, y luego él penetrándome desde atrás. Después de ese momento intenso, decidimos pedir algo para cenar. Nos dimos una ducha juntos, y luego nos trasladamos a la terraza para cenar al aire libre. Finalmente, nos metimos en la cama donde el deseo nos envolvió de nuevo, dejándonos llevar por la química que había entre nosotros.

1

Hasta que llegué al clímax y volvió a colocarme de nuevo sobre él para que le montara, pues es lo que me pidió que hiciera.

Y allí mismo, en el sofá, nos entregamos a la pasión; primero conmigo encima, disfrutando de la conexión, y luego él penetrándome desde atrás. Después de ese momento intenso, decidimos pedir algo para cenar. Nos dimos una ducha juntos, y luego nos trasladamos a la terraza para cenar al aire libre. Finalmente, nos metimos en la cama donde el deseo nos envolvió de nuevo, dejándonos llevar por la química que había entre nosotros.

Capítulo 12



No había ni abierto los ojos cuando escuché un ruido y me di cuenta de que no estaba a mi lado.

—¿Dónde vas? —pregunté riendo al verlo entrar con su maleta.

—Están a tope de ocupación y he ido a por mis cosas para instalarme aquí contigo, y así dejar la habitación libr —dijo mientras dejaba la maleta a un lado.

—¿Desde cuándo te importa que tus tíos pierdan beneficios? —Arqueé la ceja, porque esto era demasiado altruista a mi modo de ver.

—Desde que estás tú. —Se arrodilló con una sola rodilla y agarró mi mano, mirándome con esos ojos azules con los que traspasaba mi alma.

Me miraba de un modo tan diferente al que otros hombres lo habían hecho, que, por un lado, me sentía especial como si de verdad lo fuera para él, pero, por otro, seguía teniendo esa espinita de que me había engañado para conseguir algo de mí que podría haberle dado sin necesidad de mentirme o de contarme verdades a medias, como él quisiera decirlo.

—Estás fatal, te lo juro —negué riendo aún desde la cama, perdida en esos ojos azules tan bonitos y profundos que tenía.

—No sé de quién será la culpa. —Se encogió de hombros con una leve sonrisa.

Se levantó a abrir, ya que nos acababan de traer el desayuno y me dio un beso de piquito rápido en los labios. Aproveché para levantarme mientras lo preparaba todo; me lavé la cara y los dientes antes de salir a la terraza. Debía admitir una cosa y es que, desde que este hombre me tenía de lo más activa en cuestiones de sexo, me levantaba con un hambre que no era normal.

—¿Y cuál es el plan que tenemos hoy, amigo? Aparte de quedarte instalado en mi habitación por toda la cara — dije, cogiendo un cruasán para darle un pellizco.

—Pues eso te lo voy a gratificar llevándote a un lugar sorprendente.

—Venga, me animo. ¿Cuál es ese lugar?

—Tendrás que esperar para descubrirlo.

—Vale —sonreí porque quería disfrutar de estos días, y no llevármelos como el mayor desastre de mi vida.

Confiaba en que todo se iba a solucionar y me podría llevarme a mi niña a España, porque era como mi niña; esa amiga a la que siempre estaría dispuesta a proteger, tal como sabía que ella haría por mí. La había cagado una vez más en el amor, pero ya se demostró una vez que de todo se puede salir.

Ella lo había hecho, dejándole claro a aquel hombre que sola podía llegar donde le diera la realísima gana, y esta vez no iba a ser menos, como Ingrid que me llamaba, que no.

e

—Pero para ir a ese sitio debes de coger tus cosas porque no vamos a volver en unos días —dijo tras darle un trago al café.

—A ver, aclárame eso.

—Hay un lugar en el que podemos estar alojados y es mucho más bonito y cómodo que este. Tarde o temprano tendrás que dejar esta habitación, no vas a estar aquí un mes esperando a que tu amiga regrese de su luna de miel, cuando saben que te marchabas en diez días.

,

—Me voy contigo. Quizás sea la mayor locura de mi vida, pero ya estoy pringada y metida en el ajo hasta el cuello. —Me encogí de hombros.

—No estás pringada, estás aprovechando estos días en el país hasta que podamos hablar con Carola. ¿Y con quién mejor que conmigo?

—Dale, me tiro a la piscina.

—Hay piscina también —sonreía ampliamente.

—Estoy segura de que me vas a sorprender…

Y el muy jodido sonrió de medio lado, como dándome a entender que sí que me iba a sorprender.

-

Como había dicho, seguramente esta era una locura de esas que mejor no cometer, pero en lo de que me tendría que acabar yendo del hotel tenía razón, dado que yo solo venía para quedarme aquí alojada unos días, y si hablaba con Carola y le contaba que estaba aquí todavía disfrutando de unas vacaciones hasta que volviera, ya vería dónde

le decía que me había alojado.

Después de desayunar, me di una duchita rápida, me puse un vestido de lo más veraniego y recogimos mis cosa para entregar la llave de la habitación en la recepción, donde comuniqué que ya la dejaba.

La chica me hizo las gestiones y, a la que me iba, dijo que esperaba que hubiera disfrutado de mi estancia allí.

Desde luego que lo había hecho, si no fuera por todo ese asunto que me tenía de lo más preocupada, con mi mejor amiga al otro lado del mundo con un tipo que no es que pareciera tener buenas intenciones.

Fuimos hacia el garaje del hotel a coger su coche y era un Ferrari.

—¿En serio? —Me reí, negando—. Eres impredecible, te lo juro. Desde que te conocí juegas con el despiste de todo y terminas sorprendiéndome, es que es increíble.

—Te queda mucho por descubrir… —Me hizo un guiño y salimos del garaje.

Yo con ese guiño es que me derretía, de verdad, porque este hombre tenía la capacidad de hacerme sentir especial y única cuando estaba conmigo.

Tampoco iba a mentir, pues me gustaba a pesar de que no hubiera venido con la verdad por delante desde el principio.

Terminamos alejándonos y entrando en una urbanización privada con casas de lujo frente al mar, pero más que una urbanización, me parecía estar entrando en uno de esos resorts donde no escatimaban en lujos. Abrió una de las verjas con el mando y me di cuenta de que estábamos en su casa.

—¿A que es tu casa? —Me reí, negando y admirando la belleza de construcción de lo más vanguardista a diferentes niveles y todo acristalado. Se veía muy sobrio y elegante, para nada desorbitado en metros.

—Lo es. ¿Y dónde vas a estar mejor que aquí en este tiempo? —sonrió con un guiño— Bienvenida. Espero que te sientas de lo más cómoda —dijo una vez que aparcó.

Salimos del coche y no salía de mi sorpresa, desde luego que esto era mejor que estar en un hotel, por mucho lujo y cinco estrellas que tuviera. Ya solo el hecho de que aquí había más privacidad para todo era de agradecer.

—Joder, qué preciosidad. —Miraba la fachada admirando cada detalle.

Al entrar en la casa, se podía observar la parte opuesta del jardín, ya que toda la pared del salón estaba acristalada por completo. La vista era realmente impresionante.

Tal como dijo, tenía piscina, una pequeña pero idílica, al igual que los muebles exteriores y los rincones del jardín, al que no le faltaba ni un detalle.

s

La cocina era gigante e independiente, al igual que todos los habitáculos de la casa, pero con un pasillo de entrada por los dos lados de la casa que era de lo más amplio y luminoso, con un tragaluz que venía desde el techo.

Su habitación era como un apartamento, con un amplio ventanal en una de las paredes con esas vistas al mar que me tenían enamorada, una cama enorme, vestidor y cuarto de baño con ducha para al menos tres personas y un *jacuzzi* que tenía claro que iba a probar en estos días que me quedara con él.

Dejamos mis cosas allí, pues él no contemplaba que me fuera a dormir a otra habitación que no fuera la suya, y me dio un beso rápido antes de cogerme la mano y salir para ir hacia el porche.

Mientras disfrutábamos de un refresco, hizo un pedido a través de la aplicación para que nos trajeran unos costillares y unos chorizos criollos para hacer en la barbacoa, además de algunas cosas más. En menos de veinte minutos, ya estaban en la puerta de casa.

Preparó unas patatas que partió en cuatro trozos y las aliñó con aceite, sal, pimienta picante y luego las envolvió en papel de aluminio para ponerlas en la barbacoa junto a la carne.

Me gustaba este rincón del jardín en el que escuchábamos música de fondo mientras hacía la carne y tomábamos una cerveza bien fresca.

Eric era muy divertido y todo lo hacía con buena cara y simpatía. El caso es que estaba con sed de justicia por todo lo que le habían hecho a su familia y a otras chicas con las que él estuvo.

Es increíble hasta dónde puede llegar la maldad humana, y lo más impactante es que muchos de esos actos, llevados a cabo con tanta premeditación, quedan sin castigo.

La carne estaba riquísima. Nada como disfrutar de una buena parrillada, y es que el sabor era realmente intenso y lleno de matices. No pude evitar soltar un gemido de placer, a pesar de todas esas sonrisillas que le provocaba.

Me sentía rara porque era casi un mes lo que tenía que estar en casa de un extraño que me causaba un amor-odio a partes iguales.

Me ayudó a cambiar el vuelo para unos días después de la llegada de Carola, y yo solo esperaba y deseaba no regresar sola porque entonces me moriría de la pena de saber que mi amiga seguiría apostando por él, por un hombre que parecía haber planeado al milímetro todo lo que iba a hacerle a la persona que se había enamorado de él.

—Eric, que, si en algún momento quieres estar solo y relajado en tu casa, solo me lo tienes que decir, que yo m alquilo algo y listo.

—Disfruta de la comida, de tu estancia y de todo. Si supiera que me iba a sentir incómodo, no te habría traído.

—Vale. Gracias por la parte que me toca.

—Gracias a ti por confiar en mí.

—No me queda otra —contesté riendo.

La comida me supo a gloria, como diría mi abuela. Lo que realmente la hacía especial era la compañía, el lugar y el cariño con el que la había hecho y preparado los platos. A pesar de ser un momento que mezclaba lo dulce y lo amargo de lo que sucedía y me hacía estar aquí.

Me preguntaba, si lo de su primo no hubiera pasado, ¿se habría fijado en mí en la boda? Era una de las preguntas que más me hacía, ya que yo notaba, y sabía que él también, que entre nosotros había mucha complicidad.

—Eric, que, si en algún momento quieres estar solo y relajado en tu casa, solo me lo tienes que decir, que yo me alquilo algo y listo.

—Disfruta de la comida, de tu estancia y de todo. Si supiera que me iba a sentir incómodo, no te habría traído.

—Vale. Gracias por la parte que me toca.

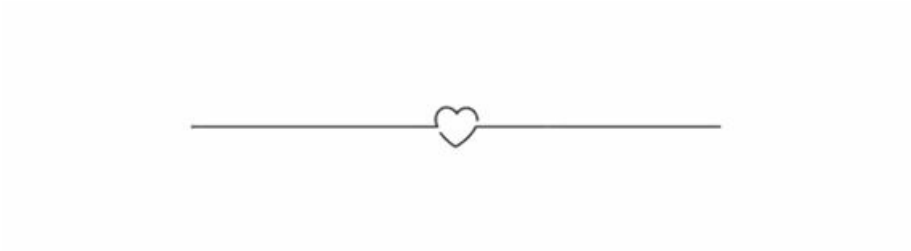
—Gracias a ti por confiar en mí.

—No me queda otra —contesté riendo.

La comida me supo a gloria, como diría mi abuela. Lo que realmente la hacía especial era la compañía, el lugar y el cariño con el que la había hecho y preparado los platos. A pesar de ser un momento que mezclaba lo dulce y lo amargo de lo que sucedía y me hacía estar aquí.

Me preguntaba, si lo de su primo no hubiera pasado, ¿se habría fijado en mí en la boda? Era una de las preguntas que más me hacía, ya que yo notaba, y sabía que él también, que entre nosotros había mucha complicidad.

Capítulo 13



Tres días habíamos pasado encerrados en la casa, la verdad es que nos sentíamos tan a gusto que ni siquiera pensábamos en salir. Todo era tan cómodo y acogedor, que no echabas de menos el exterior.

No hace falta hacía decir que durante esos días, ese hombre me había tenido de lo más relajada. Pasábamos horas en la cama, dejándonos llevar por el deseo, y era como si nuestros cuerpos se comunicaran entre sí, disfrutando de cada instante.

Lo que más me chocó, y a lo grande, mientras desayunábamos en el jardín, es que mi amiga me puso un mensaje preguntándome que qué pasó para que abandonase la estancia en el hotel. ¿Por qué los habían informado

—Te lo he dicho, están al loro de todo —me dijo, volteando los ojos.

—Pues le voy a decir que he encontrado un apartamento más cómodo y tranquilo, porque estoy harta de sentirme limitada en una habitación, así que prefiero tener la libertad de disfrutar cocinando para mí misma.

—Sí, dile eso. Si te pide fotos del apartamento, le damos las de un amigo.

—Vale, pero no creo. Ya sería muy descarado.

—Mi tía le diría a mi primo algo de que habías dejado el hotel y este quiso saber el motivo. Seguro que se hizo el preocupado y se lo dijo a ella para que te preguntase.

—Pues listo, espero que no me pida fotos porque me empezaría a mosquear.

Me respondió preguntando sobre la ubicación y le respondí con la que Eric me había dicho. Su única respuesta fue que si necesitaba algo, solo tenía que decírselo y que ella se encargaría de resolverlo con alguien de aquí. No se podían imaginar con quién estaba.

Y mejor, porque tal como dijo Eric, debíamos ser discretos para que Liam no sospechase nada, él no podía sabe que yo iba a ayudarle a conseguir esas pruebas que quería de su primo, y que acabaría metiendo a mi mejor amiga y esposa suya en el ajo.

Joder, si es que me sentía como una de esas espías de las películas donde tenían que disimular todo el tiempo, fingir una vida de ensueño por el día y ser implacablemente peligrosa de noche.

Me reía por dentro de mis pensamientos, porque es que todo el asunto tenía una guasa increíble, de verdad. Si esto lo contara, se pensarían que estaba escribiendo el guion de una serie o algo así.

Esa mañana decidimos salir a hacer una buena compra al supermercado, ya que yo le había dicho que cocinaba muy bien y que quería preparar algunas comidas. Me dijo que eso de que cocinaba muy bien tenía que comprobarlo, y me eché a reír. De verdad que Eric era un tipo de esos que, casi sin quererlo, te arrancaba una carcajada, y a mí eso me encantaba.

Fuimos a un supermercado enorme donde pude encontrar de todo lo más parecido a los productos que yo usaba Se nos fue un poco la pinza y llenamos el carro hasta arriba.

En dos horas ya estábamos de regreso, colocando todo y yo disponiéndome a hacerle una paella que le iba a quitar el hipo.

? —Que yo haciendo arroz soy muy bueno.

—Calla, que me dijiste en el súper que a la paella de marisco también le echabas trozos de carne. Para ponerte una multa, vaya. Tú mantente ahí colocando la compra en su sitio que ya me encargo yo del fondillo y de todo.

—Vale, pero recuérdame hacer esta noche o mañana unas tostas de aguacate con queso fundido y pollo que vas a tocarme las palmas, como decís en España.

—Suena bien, sí, ya me veo hasta zapateando y diciéndote: «Ole y ole, qué arte más grande tienes cocinando». —Volteé los ojos y se echó a reír.

—Tengo una especia que le termina de dar el punto para que rompa.

—Eso para cenar es genial.

—Pues no hay nada más que hablar, esta noche las preparo.

No paraba de observar cómo se iba elaborando y se le hacía la boca agua, hasta a mí se me hacía porque olía que alimentaba.

r Abrió una botella de vino y sirvió dos copas para que tomáramos mientras se hacía, además de que hablamos de
Carola, pues yo seguía preocupada por si Liam la ponía en peligro de algún modo.

Que sí, que eso de que no se necesitaban años para conocer a una persona y enamorarse de ella estaba muy bien que también sabía que, por mucho tiempo que llevase una pareja junta, nunca se terminaba de conocer realmente al otro, pero es que Liam y Carola solo se conocían de unos meses y porque él propició que así fuera, que se la jugó a mi amiga y de la peor manera solo para estafarla y dejarla sin blanca.

Es que por más vueltas que le daba no me lo podía creer, de verdad que no.

Cuando la paella estuvo lista, decidimos disfrutarla allí mismo en la cocina, lo cual fue una gran elección porque afuera el calor era insoportable y ahí estábamos mucho más a gusto. Como para no estarlo, cuando esa cocina era más bonita que cualquier rincón de un restaurante. Los taburetes, que en realidad eran sillones, eran de lo más cómodos y tenían respaldo. Lo que podríamos llamar una cocina de ensueño, y no pude evitar pensar en todas las ideas que estaba recopilando para cuando, en un futuro, me comprara otra casa y quisiera tener un espacio así de bonito.

Durante la comida, Carola me mandó un montón de fotos de esos días en Tailandia y estaba de lo más feliz con lo que estaba conociendo. La verdad es que las fotos invitaban a replantearme el ir a conocer ese lugar.

—Si todo sale bien, me voy a ir a Tailandia y a algún país más, como hizo ella. Me voy a regalar eso, creo que será muy enriquecedor para mí —murmuré.

—Todo va a salir bien, confía en mí. Si te tengo de mi parte, se resolverá todo rápido y me invitarás a ese viaje.

—Tú y tus peticiones de regalo, ¿no? —Arqueé la ceja al tiempo que sonreía.

—Hombre, ya que el Ferrari no llegó por tu parte, qué menos que un viajecito, ¿no te parece? —respondió y me eché a reír, porque no podía con él y ese sentido del humor que tenía.

—Trato hecho. —Estiré la mano por encima de la mesa.

—Dios bendiga tu receta de paella, no he comido ninguna igual de buena —gemía mientras movía su cabeza con esos bocados de placer.

—Te lo dije. —Reí, contenta por el resultado con el que me había salido.

—No, no, de verdad, esto está riquísimo, me como otro plato seguro.

—Pues sobró para que te comas unos cuantos.

—Y lo que no nos comamos, lo guardamos en el frigo y mañana lo calentamos. Esto está demasiado bueno para que acabe en otro lugar que no sea nuestros estómagos.

Se le notaba que le había gustado, muchísimo. Estaba pensando en la de platos que le podía hacer estos días y que estaba segura de que lo seguiría sorprendiendo. Al menos mi estancia en su casa no sería incómoda, pues con él tenía esa sensación de que era como un amigo de hacía tiempo.

Eric me explicó que tenía a varios hombres trabajando para él en diferentes casos, pero que en ese momento estaba implicado en este de lleno. Los otros casos los había dejado en manos de sus compañeros que se defendían muy bien.

Eric no era un tipo que anduviera escaso de dinero; de hecho, no era un pobretón que buscara hacerse rico a toda costa. Tenía lo suyo, pero como él mismo decía, lo que realmente quería era justicia para su familia, esa que había sido traicionada y despojada de todo por alguien en quien confiaban.

Detrás de esa apariencia que proyectaba por su trabajo, había un hombre noble, simpático, divertido, irónico, educado y muy atento. Siempre se esforzaba por hacerme sentir bien en todo momento. Por eso, tenía la tranquilidad de que podía no estar mintiéndome cuando me dijo que en cuanto esto pasara borraría todos los vídeos. No podía imaginar que quisiera hacerme daño con eso, simplemente no lo veía capaz.

Pero seguía molesta porque hubiera recurrido a esas artimañas cuando por mi parte no habría tenido ninguna negativa de ayudarle, siendo mi mejor amiga la que estaba en peligro junto al hombre que decía amarla tanto.

Por la noche se encargó de preparar las tostas con el pollo desmechado y una salsa que preparó, la cual era increíblemente dulce y sabrosa, creando un contraste perfecto con lo salado de lo demás. Me gustó mucho, sorprendentemente, me daba cuenta de que él también tenía talento para la cocina y que a los dos nos gustaba elaborar platos.

Teníamos una complicidad que iba más allá del morbo, de la excitación que nos provocábamos con un solo roce y de todo lo que nos ocasionábamos, porque teníamos momentos que eran de esos que se quedan grabados en el corazón. Había algo bonito, se podía sentir y era difícil de explicar con palabras dada la situación, pero me gustaba cómo me hacía sentir y me alegraba de estar conociéndolo un poco más. Agradecía que me hubiera abierto su casa y me hiciera sentir como en la mía en estos momentos en los que la incertidumbre por el bienestar de mi amiga me tenía de lo más nerviosa.

Se le notaba que le había gustado, muchísimo. Estaba pensando en la de platos que le podía hacer estos días y que estaba segura de que lo seguiría sorprendiendo. Al menos mi estancia en su casa no sería incómoda, pues con él tenía esa sensación de que era como un amigo de hacía tiempo.

Eric me explicó que tenía a varios hombres trabajando para él en diferentes casos, pero que en ese momento estaba implicado en este de lleno. Los otros casos los había dejado en manos de sus compañeros que se defendían muy bien.

Eric no era un tipo que anduviera escaso de dinero; de hecho, no era un pobretón que buscara hacerse rico a toda costa. Tenía lo suyo, pero como él mismo decía, lo que realmente quería era justicia para su familia, esa que había sido traicionada y despojada de todo por alguien en quien confiaban.

Detrás de esa apariencia que proyectaba por su trabajo, había un hombre noble, simpático, divertido, irónico, educado y muy atento. Siempre se esforzaba por hacerme sentir bien en todo momento. Por eso, tenía la tranquilidad de que podía no estar mintiéndome cuando me dijo que en cuanto esto pasara borraría todos los vídeos. No podía imaginar que quisiera hacerme daño con eso, simplemente no lo veía capaz.

Pero seguía molesta porque hubiera recurrido a esas artimañas cuando por mi parte no habría tenido ninguna negativa de ayudarle, siendo mi mejor amiga la que estaba en peligro junto al hombre que decía amarla tanto.

Por la noche se encargó de preparar las tostas con el pollo desmechado y una salsa que preparó, la cual era increíblemente dulce y sabrosa, creando un contraste perfecto con lo salado de lo demás. Me gustó mucho, sorprendentemente, me daba cuenta de que él también tenía talento para la cocina y que a los dos nos gustaba elaborar platos.

Teníamos una complicidad que iba más allá del morbo, de la excitación que nos provocábamos con un solo roce y de todo lo que nos ocasionábamos, porque teníamos momentos que eran de esos que se quedan grabados en el corazón. Había algo bonito, se podía sentir y era difícil de explicar con palabras dada la situación, pero me gustaba cómo me hacía sentir y me alegraba de estar conociéndolo un poco más. Agradecía que me hubiera abierto su casa y me hiciera sentir como en la mía en estos momentos en los que la incertidumbre por el bienestar de mi amiga me tenía de lo más nerviosa.

Capítulo 14

El sol de la mañana le daba vida a un nuevo día en la ciudad. Eric estaba preparando el desayuno, pues decía que quería hacerlo para mí, mientras yo me había acomodado en el porche para saborear el primer café del día, deleitándome con las vistas y el sonido de las olas que rompían suavemente en la orilla de la playa.

No podía dejar de pensar en Carola, pero al mismo tiempo, no podía ignorar la intensidad de lo que estaba experimentando con ese hombre que me hacía sentir más viva que nunca. Cada minuto del día que pasaba con él, a pesar de que aún quedaban muchas preguntas flotando en el aire sin respuesta, sobre todo en relación con su primo y la boda con mi mejor amiga.

Podría ser hasta chocante que me gustara estar con él, que me sintiera especial a sus ojos incluso a pesar de lo que tenía en su poder, pero así era, y no iba a negar que me gustaba, porque eso era evidente, además de que la atracción entre ambos era algo que no podíamos evitar ninguno.

—Aquí está el desayuno para la mujer más bonita del mundo —dijo saliendo con una bandeja que dejó en la mesa.

Había café, zumo recién hecho, pan tostado, un plato de huevos con beicon y yogur con cereales y frutos rojos. Sonreí porque era la primera vez que me preparaban un desayuno así, sin que fuera el de un hotel de lujo.

—Qué buena pinta tiene todo. —Cogí un trozo de beicon y me lo llevé a la boca para darle un bocado, no tardé en gemir al sentir el sabor y notarlo *crujientito*.

—Pequeña, si sigues gimiendo así con cada cosa que comas, vamos a tener un problema. —Carraspeó, sentándose a mi lado.

—¿Qué tipo de problema? —volví a gemir.

—No creo que se me baje la erección en todos los días que nos quedan juntos —resopló y me salió una risilla.

Bueno, al menos él se sentía igual que yo, que notaba muy frecuentemente ese calentón que me daba al verle, aunque solo fuera con el bóxer, que se nos notaba a los dos las ganas que nos teníamos en cuanto nos mirábamos

los ojos.

Desayunamos y me llegó un mensaje de Carola con unas fotos en las que se les veía a los dos de lo más sonrientes. Y a mí eso me daba un dolor en el corazón impresionante, porque mi mejor amiga pensaba que estaba viviendo una luna de miel de ensueño con el hombre de su vida, cuando la tenía más engañada que todas las cosas

—Ey, no te quiero ver mal —me dijo Eric dándome un apretón en el muslo.

—Es que la veo así, sonriendo ajena a todo, y me mata, de verdad.

—Bueno, tranquila que cuando vuelva se solucionará todo.

Asentí porque de verdad que esperaba que así fuera, y seguimos disfrutando de aquel desayuno mientras me preguntaba qué me apetecía hacer hoy.

Y como antes de hacer el viaje había echado un vistazo en Internet a algunos lugares que podía visitar durante los días posteriores a la boda, y esos ya habían pasado, le dije que me gustaría conocer el Distrito Art Decó de Miami.

Eric me regaló una de esas medias sonrisillas suyas que tanto me gustaban y no dudó en que iba a llevarme a conocerlo.

Me di una ducha rápida y opté por un atuendo cómodo y casual para salir. Elegí unos *shorts* vaqueros blancos, una camiseta azul celeste y las cuñas blancas, las gafas de sol y mi bolso en bandolera, y estaba lista para irnos.

Sonreí al verle en el salón esperándome, pues también se había vestido muy de *sport* y estaba guapísimo.

Condujo hasta el distrito y me quedé realmente impresionada al verlo. Aquel era un lugar lleno de historia, colores vibrantes y una arquitectura que de verdad parecía sacada de alguna de esas películas que producían en Hollywood.

Y mientras paseábamos por allí y hacía algunas fotos de los edificios, Eric me seguía mientras sonreía, pues se veía que disfrutaba de verme a mí hacerlo.

—Hazme una foto, por favor —le pedí cuando me detuve frente a un hotel histórico que era una pasada de bonito.

Eric cogió mi móvil y estuvo un buen rato haciendo fotos, en varias poses y desde varios puntos diferentes, que cuando vi, me encantaron.

a —Nada que envidiar a las que te envía Carola —dijo el muy cabrito con una sonrisa y un guiño.

—A ver, que son muy chulas, pero ella está haciendo realidad ese sueño que siempre tuvo. —Reí.

—¿Y cuál es tu sueño? —me preguntó, pasándome el brazo por los hombros mientras volvíamos a caminar.

—¿En cuanto a viajes, quieres decir?

—Sí.

—Pues mira, conocer los rincones que está conociendo ella, me gustaría. También me iría a Italia, Ámsterdam, Noruega. Pero cualquier lugar del mundo, donde me sintiera cómoda y pudiera coger aires nuevos, llenarme de vida, conocer sus costumbres, para mí sería perfecto —sonreí.

Continuamos caminando y acabamos entrando a comer a una trattoria donde me dijo que hacían la mejor pasta y *pizzas* italianas de todo Miami.

No dudé en pedir un plato de esa pasta y una *pizza* pequeña para compartir con él y tuve que darle la razón, porque tenían un sabor buenísimo.

De postre me pedí una porción de tiramisú, al igual que él, y acabamos aquella comida con un delicioso café.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —preguntó cuando salimos de la trattoria, y me cogió de la mano para ir caminando.

—Pasear —sonreí—, quiero pasear y disfrutar de la tarde.

—Eso está hecho, pequeña. —Me dio un beso en la mejilla y continuamos paseando.

Nos adentramos en Ocean Drive, una de las calles más icónicas de Miami, conocida por su vibrante ambiente y los edificios de estilo *art decó* que allí había, además de la cercanía a la famosa playa de South Beach.

En ese famoso lugar de la ciudad, podías cruzarte con músicos y artistas de todo tipo, siendo parte del ambiente que te envolvía y te invitaba a dejarte llevar.

No pude evitar bailar al ritmo de una melodía de lo más bonita y a la vez sensual que tocaban varios músicos. Eric me miró con esa sonrisilla que tenía y le di mi móvil para que lo grabara y me quedara para el recuerdo.

Después de eso seguimos paseando y compré un helado para refrescarme un poco, ya que la tarde se presentaba calurosa.

Ir con Eric, que se prestaba a hacerme bromas, así como a seguir las que yo le hacía, era una maravilla, pues con esas risas que me sacaba conseguía que me olvidara del tiempo por completo.

Y mientras continuábamos con nuestro paseo, pasamos por delante de un pintor local que tenía unas obras preciosas, además de varios retratos de parejas y caricaturas.

—Qué bonitos —dije con una sonrisa tras ver aquellas obras.

—¿Queréis un recuerdo de este día? —preguntó el hombre, que estaba concentrado en el papel donde pintaba— Hacéis una bonita pareja —dijo mirándonos a Eric y a mí.

—Claro —respondió él—. ¿Dónde nos ponemos?

—Coge esa silla, y que tu chica se siente en tu regazo. —Le indicó.

Yo en ese momento me quería morir de vergüenza, que una cosa era que me hiciera fotos y otra muy distinta que me dibujaran.

Eric se sentó y, con una sonrisa de oreja a oreja, se dio un par de palmadas en las piernas para que me sentara, cosa que hice mientras sonreía negando.

No se cortó lo más mínimo y me cogió la barbilla para darme varios besos de piquito seguidos.

—Para, que así no va a poder este hombre dibujarnos —dije entre risas.

—Tranquila, que tengo buena memoria —contestó el hombre con una sonrisa.

Mientras el pintor trabaja, las miradas entre Eric y yo no cesaban, compartiendo cada segundo esa complicidad que había entre nosotros. Por no hablar de que él no dejaba de acariciarme la espalda en ningún momento.

Cuando acabó aquel retrato, me quedé enamorada. Era apenas un folio, pero se nos veía a los dos tan reales, tan vivos. Y ese hombre había captado a la perfección la conexión que yo sentía con Eric, esa que era una mezcla perfecta de diversión, ternura y algo más profundo.

Tras despedirnos de aquel artista y pagarle incluso un poco más de lo que pedía, porque de verdad que aquel dibujo era como una foto, continuamos paseando hasta que finalmente comenzó a caer el sol y decidimos ir a cenar.

Entramos en un restaurante junto a la playa de South Beach donde decidimos pedir una ensalada y algo de pescado para compartir. Lo acompañamos con una botella de vino blanco, y aunque solo habían pasado unos días desde que nos habíamos conocido, sentía que nuestra conexión era como si nos conociéramos desde siempre.

Después de cenar quise dar un paseo por la orilla de la playa, cosa a la que mi querido guardaespaldas también

me quiso complacer para acabar el día.

Cogidos de la mano, con el sonido de las olas muriendo en la orilla y esa cálida brisa que nos envolvía, caminamos con los zapatos en la mano y sintiendo la arena en los pies con cada paso.

Aquel momento me pareció tan bonito y único, con el inmenso cielo negro y las estrellas brillando con intensidad, que no quería que acabara.

Eric se detuvo, tiró de mí suavemente y, rodeándome con el brazo por la cintura, posó sus labios sobre los míos en un beso tierno, pero a la vez apasionado, lleno de promesas de lo que ocurriría cuando volviéramos a su casa.

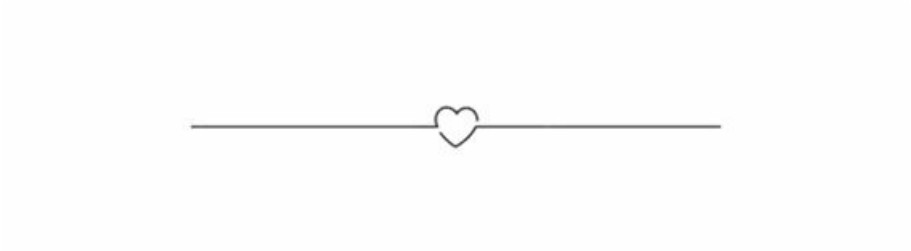
me quiso complacer para acabar el día.

Cogidos de la mano, con el sonido de las olas muriendo en la orilla y esa cálida brisa que nos envolvía, caminamos con los zapatos en la mano y sintiendo la arena en los pies con cada paso.

Aquel momento me pareció tan bonito y único, con el inmenso cielo negro y las estrellas brillando con intensidad, que no quería que acabara.

Eric se detuvo, tiró de mí suavemente y, rodeándome con el brazo por la cintura, posó sus labios sobre los míos en un beso tierno, pero a la vez apasionado, lleno de promesas de lo que ocurriría cuando volviéramos a su casa.

Capítulo 15



Cuando entramos en la casa, fui al salón a esperar a Eric, que iba a servir un par de copas de vino, porque quería que nos tomásemos una antes de irnos a dormir.

Poco después, apareció con ellas mientras yo revisaba las fotos que me había hecho durante ese día por Miami. Me quitó el teléfono de las manos y, mirarle sonriendo, lo dejó sobre la mesa. Luego, me paso la copa de vino.

—Ven, dame las piernas —dijo tras dar un trago a su copa y dejarla sobre la mesa.

—¿Para qué?

—Tú tráelas.

Di un trago al vino, dejé la copa junto a la suya y, tras quitarme las cuñas, me puse de lado en el sofá para estirar las piernas sobre las suyas.

Eric comenzó a darme un masaje en los pies y gemí.

—Dios, eso se siente genial —dije mirándole.

—Como sigas gimiendo de ese modo…

—Ya, ya, que acabamos en urgencias porque vas a tener una gran erección. —Reí.

—No. Lo que iba a decir es que pienso follarte hasta que grites y te escuchen los vecinos.

—Pues más vale que me des un megáfono, que con la distancia que hay de una casa a otra no me iban a escuchar.

—Puedes apostar que sí, que sé cómo hacerte gritar hasta dejarte sin voz.

—Uf, de momento sigue con el masaje —dije dejando caer la cabeza hacia atrás—. Oh, sí… así, Eric, así…

—Pequeña, te la estás buscando —dijo en tono ronco.

—¿Y qué pasa si quiero que me folles?

—Que solo tienes que pedírmelo —respondió con esos ojos azules tan intensos y profundos que tenía.

Cogí mi copa de vino y di un buen trago, Eric no apartaba la mirada de mí y me ponía nerviosa, pero también me excitaba porque sabía que me deseaba igual que yo a él.

Me dio aquel masaje en los pies y las piernas que me dejó como nueva, se colocó entre ellas y comenzó a besarme y desnudarme.

Empezó a masajearme los pechos mientras nuestras lenguas se entrelazaban. Me excitaba tanto estar así con él que sentí cómo mis pezones empezaban a ponerse duros y erectos. No tardó en sustituir las manos por su boca, lamiendo y mordisqueando cada uno de ellos hasta que mi respiración empezó a hacerse más pesada e inestable, y empecé a gemir.

Eric comenzó a tocarme ligeramente con dos dedos entre mis labios vaginales, deslizándolos por mi clítoris y notando esa humedad que se había ido formando con cada segundo que pasaba. No tardó en penetrarme, primero con un dedo que movía despacio, hasta que añadió un segundo dedo a sus juegos y empezó a rozarme el clítoris con el pulgar ligeramente.

La excitación de mi cuerpo empezaba a ir en aumento y, por ende, mis gemidos eran cada vez más seguidos.

—Esos gemidos… —dijo con un sonido ronco en la garganta, y me dio un mordisco en el pezón al tiempo que tiraba de él haciéndome gritar.

Bajó con suaves besos hasta que sentí sus labios sobre mi monte de Venus, deslizó la lengua entre mis labios vaginales y comenzó a lamer mi clítoris mientras seguía penetrándome con sus dedos, hasta que sentí que me llegaba el orgasmo y comenzó a ir más rápido en cada movimiento para que liberara el clímax.

Eric se puso de pie y, después de desnudarse, mientras contemplaba su miembro erecto ante mí, me mordisqueé el labio y él sonrió de medio lado.

No tardó en pedirme que me arrodillara ante él; cuando lo hice, sentí su mano acariciando suavemente mi mejilla, justo antes de que separara mis labios para deslizar la lengua por toda su longitud. Sus ojos, más oscuros de lo habitual, reflejaban un deseo palpable, igual que en los míos.

Lo acogí en mi boca y comencé a moverme mientras él lo hacía también, llevando las caderas despacio hacia m encuentro para hacer que sus embestidas fueran un poco más profundas cada vez.

No tardé en escucharle jadear, señal de que disfrutaba con lo que le hacía, y cuando le miré a los ojos, estos me confirmaron que sí, que el placer que le daba en ese momento era inmenso.

Me apartó y, tras cogerme por la cintura para que le rodeara con las piernas, comenzó a besarme de un modo que me pareció tan posesivo que algo me decía que Eric no querría dejarme marchar nunca de su lado y, siendo sincera, no creía que yo quisiera alejarme.

Caminó hasta los cristales que daban al jardín y me dejó en el suelo, haciendo que me girara.

—Te quiero así, mirando hacia la playa —dijo en mi oído y noté que me estremecía cuando sentí el calor que desprendía su cuerpo tan cerca del mío—. Estira los brazos y apoya las palmas de las manos, eso… así —murmuro cuando hice lo que me había pedido—. Ahora separa las piernas, pequeña —pidió—, un poco más. —Lo hice—. Perfecto.

Sentí las yemas de sus dedos bajando por mi espalda, despacio, acariciándome con tanta delicadeza que me estremecí mientras cerraba los ojos. Era una sensación tan buena y tierna según avanzaba hasta alcanzar mis nalgas, que cuando noté el impacto de la mano contra una de ellas, di un salto y le miré por encima del hombro tras dejar salir un grito.

—¡Oye! —protesté apartándome del ventanal.

—Es que me provocas con ese culo tan apetecible que tienes —dijo encogiéndose de hombros.

—A ver si la hostia a mano abierta te la voy a dar yo a ti. —Fruncí el ceño.

—Venga, ponte en posición que te voy a dar otro orgasmo. —Me besó mientras llevaba sus manos a mis pechos y me pellizcaba los pezones, haciendo que gimiera.

—Más vale que me eches un buen polvo, porque la nalgada me va a escocer el resto del mes —resoplé.

—Pues a mí me ha puesto cachondo.

—No tendrás una doble vida o algo así, porque me voy a un hotel, pero ya.

—No. —Soltó una carcajada—. Venga, en posición que te vas a correr a chillidos, como tú dices.

—Uy, eso me suena a amenaza.

—Es una promesa, pequeña —dijo haciéndome un guiño y volvió a besarme antes de colocarme en la misma posición.

Se arrodilló a mi espalda y noté cómo lamía mi zona, jugando con la lengua sobre mi clítoris y dando pequeños mordisquitos que me arrancaban un grito tras otro.

Me agarró con fuerza por la cadera y comenzó a penetrarme con dos dedos, momento en el que empecé a moverme para sentirlo todo más intensamente, y sí que me corrí a chillidos, sí, con la cabeza caída hacia atrás y mirando al cielo nocturno que nos acompañaba.

Volvió a cogerme en brazos y, entre besos y risas, me llevó a la habitación, donde me recostó en la cama y vi que cogía un par de corbatas.

—¿Qué haces con eso? —Fruncí el ceño.

—Es que, con eso de la doble vida, me has dado una idea —contestó mientras se colocaba a horcajadas sobre mí, y cogiendo mi mano estiró el brazo hasta el cabecero de la cama.

—No, no, a mí no me ates —protesté, intentando que me soltara la mano.

—¿No confías en mí?

—Sí, pero esto…

—Solo es un pequeño juego, no voy a hacer nada más.

—Madre mía, es que esto lo cuento y me toman por loca.

s —¿Qué sería la vida sin un poco de locura, pequeña?

—No aprietes mucho, a ver si me va a dejar marcas y va a parecer que me has tenido aquí retenida contra mi voluntad cuando vuelva Carola.

—Cama, piscina, *jacuzzi*, comida y un sexo alucinante —enumeró—. Joder, yo firmo para que me retengan así.

Y me salió una risilla al escucharle mientras dejaba que inmovilizara mis manos de tal forma que podía ponerme bocabajo o bocarriba según a él le apeteciera.

Me quedé allí recostada mientras él iba deslizando las yemas de sus dedos por todo mi cuerpo y notaba cómo la piel se erizaba a cada centímetro que avanzaba. Me mordí el labio al ver que se acercaba de manera peligrosa a mi entrepierna, esa que estaba de lo más excitada y húmeda, deseosa de sentirle dentro, y así se lo hice saber moviendo las caderas ligeramente hacia arriba.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Ya sabes qué pasa, Eric —dije entre jadeos cuando comenzó a tocarme el clítoris con el pulgar de una mano, y a penetrarme con los dedos de la otra.

—Dilo.

—Por Dios —resoplé—. ¿En serio tengo que decirlo?

—Sí —sonrió.

—Quiero que lo hagas ya.

—¿Hacer qué, exactamente? —Seguía tocándome y penetrándome despacio, preguntando con toda la tranquilidad del mundo.

—Que me penetres, Eric, que me penetres.

—Lo estoy haciendo. ¿No lo notas?

—Así no.

—¿Entonces? —Arqueó la ceja.

—Que me folles, por el amor de Dios, que me tienes de lo más excitada y esperando.

Y el muy jodido sonrió de medio lado, mirándome fijamente. Siguió jugando con sus manos en mi zona hasta que me llevó de nuevo a un orgasmo y entonces levantó una de mis piernas y, tras colocarla sobre su hombro, deslizó su erección en un roce de lo más tortuoso y excitante a partes iguales.

Se movía despacio, haciendo que mi cuerpo temblara ante esa sensación, ante esos roces que me enloquecían de un modo tan fuerte que comencé a mover las caderas al ritmo que él marcaba y así me llevó a otro orgasmo, momento que aprovechó para penetrarme y eso fue una locura aún mayor.

Eric entraba y salía de mí con esas embestidas fuertes y profundas mientras con el pulgar rozaba mi clítoris, haciendo que de nuevo me viniera un orgasmo.

Estaba segura de que acabaría perdiendo la cuenta de los orgasmos que iba a tener esta noche.

Cuando volví a correrme, se retiró e hizo que me girara hasta quedar de rodillas con las caderas elevadas. Me dio una leve nalgada y grité a modo de protesta, pero entonces me dio otra y el leve dolor se fue tras el siguiente,

en el que sentí un poco de placer al notar que con la otra mano me tocaba el clítoris.

No tardé en liberar otro orgasmo poco después. Eric se colocó a mi lado y giró mi rostro hacia él para que pudiera acoger su miembro en mi boca sin dejar de mirarme, llevando la mano a mi sexo húmedo de nuevo para tocarme y penetrarme.

Sus jadeos se mezclaban con mis gemidos ahogados, y los dos nos movíamos al mismo ritmo para sentir aún más placer. Cuando hizo que me corriera de nuevo, se retiró de mi boca y se colocó tras de mí para penetrarme de una sola embestida.

Eric me estaba llevando tan al límite, me hacía disfrutar tanto, que me movía y gemía como nunca.

Una mano se mantenía aferrada a mi cadera y con la otra pellizcaba el pezón para hacer que mi excitación fuera aún mayor.

Se recostó sobre mí y comenzó a lamer y besar mi cuello, mi hombro, sin dejar de pellizcarme el pezón. Y comenzó a penetrarme mucho más rápido, más duro, más fuerte y profundo, y acercó los labios a mi oído para susurrarme.

—Córrete conmigo, pequeña.

Y como si mi cuerpo esperara esa petición, sentí ese intenso momento en el que mi orgasmo estalló, liberando e clímax una vez más, al unísono con él.

Eric se quedó sobre mí unos instantes mientras recobrábamos el aliento, me besó el hombro antes de retirarse y liberó mis muñecas, esas que besó con ternura mientras me miraba.

¿Sería posible que me estuviera enamorando de ese hombre? Porque todo apuntaba a que así era.

Me abrazó tras recostarnos, cerré los ojos notando esas caricias que me hacía en el brazo, y sonreí.

Allí me sentía bien, no iba a mentir, y el sexo con él era toda una experiencia de lo más intensa y placentera.

—Descansa, pequeña —susurró antes de besarme.

en el que sentí un poco de placer al notar que con la otra mano me tocaba el clítoris.

No tardé en liberar otro orgasmo poco después. Eric se colocó a mi lado y giró mi rostro hacia él para que pudiera acoger su miembro en mi boca sin dejar de mirarme, llevando la mano a mi sexo húmedo de nuevo para tocarme y penetrarme.

Sus jadeos se mezclaban con mis gemidos ahogados, y los dos nos movíamos al mismo ritmo para sentir aún más placer. Cuando hizo que me corriera de nuevo, se retiró de mi boca y se colocó tras de mí para penetrarme de una sola embestida.

Eric me estaba llevando tan al límite, me hacía disfrutar tanto, que me movía y gemía como nunca.

Una mano se mantenía aferrada a mi cadera y con la otra pellizcaba el pezón para hacer que mi excitación fuera aún mayor.

Se recostó sobre mí y comenzó a lamer y besar mi cuello, mi hombro, sin dejar de pellizcarme el pezón. Y comenzó a penetrarme mucho más rápido, más duro, más fuerte y profundo, y acercó los labios a mi oído para susurrarme.

—Córrete conmigo, pequeña.

Y como si mi cuerpo esperara esa petición, sentí ese intenso momento en el que mi orgasmo estalló, liberando el clímax una vez más, al unísono con él.

Eric se quedó sobre mí unos instantes mientras recobrábamos el aliento, me besó el hombro antes de retirarse y liberó mis muñecas, esas que besó con ternura mientras me miraba.

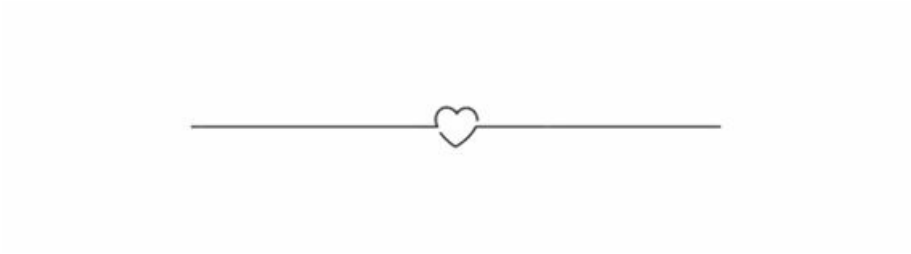
¿Sería posible que me estuviera enamorando de ese hombre? Porque todo apuntaba a que así era.

Me abrazó tras recostarnos, cerré los ojos notando esas caricias que me hacía en el brazo, y sonreí.

Allí me sentía bien, no iba a mentir, y el sexo con él era toda una experiencia de lo más intensa y placentera.

—Descansa, pequeña —susurró antes de besarme.

Capítulo 16



Los días iban pasando y cada vez me encontraba mucho más a gusto con Eric, por no hablar de que le veía con otros ojos, esos que decían que me había enamorado de él, poco a poco y de manera inesperada.

Habíamos desayunado en el porche y visto algunas de las fotos que Carola me envió. Se la veía feliz y disfrutando de esa luna de miel que, cuando volviera y le contara todo lo que Eric me había dicho de Liam, se daría cuenta de que no era más que una ilusión que ese hombre se había encargado de hacerle ver.

Eric me dijo que tenía una sorpresa para mí, pero no me dijo qué, tan solo que me pusiera traje de baño bajo la ropa y que cogiera una bolsa con todo lo que necesitara para un día de playa.

—Vamos, que me llevas a la playa —dije volteando los ojos cuando salimos de casa para subir al Ferrari.

—¿Por qué piensas eso?

—Eric, por Dios, que llevo el bolso de la playa.

—¿Y?

—Pues eso, que me llevas a la playa y le pones un misterio que parece que fuera tu playa privada o algo así.

—Ya quisiera yo una playa privada. ¿Me la regalas?

—Claro que sí, guapi, como el Ferrari —resoplé y soltó una carcajada.

Lo que menos podía esperar es que sí que fuera a sorprenderme cuando llegamos al lugar al que Eric quería llevarme.

Dejamos el coche aparcado, cogí la bolsa y en cuanto me acerqué a él, entrelazó nuestras manos para ir por ese puerto hasta un velero que era de tamaño pequeño en comparación con otras embarcaciones que se veían allí.

—¿Vamos a salir a navegar? —pregunté.

—No, vamos a dar un paseo en helicóptero —dijo el muy cabrito de manera irónica y totalmente serio, y le fulminé con la mirada.

Eric me dijo que navegaríamos por la bahía de Biscayne y que pasaríamos todo el día en ese yate, donde al parecer había comida y bebida hasta para la cena.

Salimos de allí y comenzamos a navegar disfrutando de esas vistas que ofrecía el mar.

—¿Tú estás seguro de que sabes lo que haces? —pregunté mirando a Eric, que estaba al mando del velero.

—Por supuesto —respondió con seguridad—. No es mi primera vez, soy un experto navegante… o al menos eso me dijeron en la escuela de vela.

—Ajá. ¿Y qué escuela es esa, señor detective? ¿La escuela de vela de Google?

—No me crees, pero sí que hice un curso de navegación.

—Vamos, que el detective es una cajita de sorpresas por lo que veo.

—Te apuesto lo que quieras a que cuando lleguemos al punto exacto en el que vamos a pasar el día, me vas a dar un aplauso por mi experiencia en la navegación.

—Y si terminamos varados en una isla desierta, seguro que me acordaré de este día hasta el último de mi vida —resoplé.

—Varados en una isla desierta... —Entrecerró los ojos—. No es mala idea, podríamos colonizarla.

—Claro que sí. Y nos casamos en una ceremonia exótica con vistas al mar. —Volteé los ojos sin poder evitar que me saliera esa sonrisilla que él me provocaba.

—Por supuesto, no pensarías que íbamos a vivir allí en pecado, que yo soy un hombre decente.

—Un hombre decente, qué valor. —Reí—. Y nos casamos así, sin anillos, sin cura, sin testigos…

—Eso es lo que llamarían una ceremonia íntima, sí.

—No me veo casada contigo, la verdad.

—Oh, Dios —dijo llevándose la mano al pecho—. Eso ha dolido.

—No puedo contigo. —Reí de nuevo.

Seguimos navegando, me encantaba disfrutar de la brisa en mi rostro, de ese olor a sal que nos rodeaba y, sobre todo, de la buena compañía.

Cuando nos detuvimos, vi que la ciudad no quedaba muy lejos, aunque en realidad se veía como un conjunto de pequeños puntos en el horizonte.

Aproveché para tomarme una foto mientras él bajaba, y sonreí al ver que había quedado muy bonita con esa luz del sol que me daba.

Eric me dio un zumo de frutas fresquito y sonreí al cogerlo. No tardó en situarse a mi espalda, agarrándose a la barandilla con la mano y dejándome entre sus brazos.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó.

—Sí, las vistas de la ciudad mientras nos íbamos alejando eran una pasada.

—¿De la ciudad? —Arqueó la ceja— Algo no estoy haciendo bien, entonces —suspiró.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me he quedado en bañador, mira, mira qué torso tienes a tu entera disposición.

—Por Dios. —Solté una carcajada al ver cómo se pasaba la mano por el torso—. Estás fatal, Eric, en serio.

Me dio un beso rápido en los labios y nos quedamos allí contemplando las vistas, hasta que me acabé el zumo y decidí tomar un poco el sol.

Le llamaron por teléfono y fue de nuevo a la zona de abajo para hablar, seguramente sería alguno de sus chicos que necesitara comentarle algo.

Mientras estaba allí sola, disfrutando de los rayos de sol que me bañaban por completo, pensé en Carola y en cómo se tomaría lo que tenía que contarle de su marido. Desde luego, no iba a ser plato de buen gusto saber que ese hombre del que se había enamorado a primera vista, con esa chispa que parece sacada de una película romántica, la había utilizado de una manera tan despreciable.

Si es que la pobre iba a decir que estaba gafada y con razón, que era el segundo hombre que se la jugaba en poco tiempo.

Ojalá que Eric tuviera razón y todo saliera bien.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que me quedé sola, estaba con las gafas de sol puestas y noté una sombra sobre mí. Al abrir los ojos vi a Eric sonriendo.

—Hora de darse un baño —dijo mientras me cogía por la cintura y me cargaba al hombro.

—¿Qué? No, no, no —grité porque le veía las intenciones.

Pero sí, sí que se lanzó al agua conmigo en brazos.

Menudo chapuzón me dio el muy jodido que, cuando salí a la superficie, empecé a toser y a escupir el agua que había tragado.

—Idiota, que casi me ahogo. ¿Es que eres como tu primo, que quieres casarte conmigo para quitarme del medio?

—No, no. —Rio.

—Pero no te rías, capullo. —Le di una colleja.

—Ven aquí, anda. —Me cogió por la cintura y comenzó a besarme.

De los besos pasó a las caricias bajo la braguita del bikini, hasta que me llevó a gemir mientras me tocaba y penetraba con dos dedos al correrme con fuerza.

—Mi primer orgasmo en el mar —dije con la respiración entrecortada.

—Pues vamos a por el segundo —contestó llevándome hasta el velero, donde no dudó en hacer que me agarrase a la escalera, me apartó la braguita a un lado y comenzó a penetrarme mientras me besaba con esa manera tan posesiva que últimamente me estaba mostrando.

Nos dejamos llevar de tal modo que lo hicimos incluso con él penetrándome desde atrás, y es que estaba claro que entre nosotros la pasión y el deseo eran irrefrenables.

Volvimos a subir al velero y él sacó una gran cantidad de platos que se veían deliciosos, los cuales dispuso en la mesa donde nos acomodamos a disfrutar de la comida y de una copa de vino.

Me hizo varias fotos y nos quedamos allí, abrazados, compartiendo besos y caricias, mientras conversábamos sobre la mejor manera de abordar el tema de Liam con Carola.

Observamos cómo el sol se ocultaba en el horizonte y decidí sacar mi móvil para inmortalizar aquellas preciosa

vistas, con el cielo teñido en esos tonos naranjas y rosados, con la ciudad viéndose tan lejana y donde las primeras luces que darían paso a la noche también comenzaban a verse.

—Esto es precioso —dije mientras le acariciaba el brazo, y Eric entrelazó nuestras manos a la vez que me besaba la mejilla.

—Tengo mejores vistas, la verdad. —Carraspeó, y al mirarle, vi que estaba sonriendo.

Volteé los ojos al darme cuenta de que me estaba mirando los pechos, esos que tenía bien proporcionados y que al estar bronceadita, hacían que el blanco del bikini resaltase más.

—¿Sabes que eres irresistible, pequeña? —dijo mientras se inclinaba para besarme en los labios—. Y preciosa, eres una mujer preciosa. —Me acarició la mejilla.

—No me voy a casar contigo, que no soy como Carola. No me enamoro tan fácilmente —dije, pero eso no me lo creía ni yo, porque de él me había enamorado hasta las trancas, estaba segura de ello.

—Vaya, y yo que me veía yendo a España a conocer a mi suegro para pedirle tu mano —suspiró.

Me reí, porque con Eric no podía no hacerlo. Tenía ese sentido del humor que conseguía que, aunque no tuvieras el mejor de tus días, sonrieras por cualquier tontería.

Después de cenar, pusimos rumbo de vuelta. Navegar bajo las estrellas era aún mejor que hacerlo durante el día. Eric manejaba el timón y yo estaba a su espalda, abrazándole y acariciando su torso por debajo de la camiseta.

—¿Quieres probar? —preguntó mirándome por encima del hombro.

—¿Yo al timón? ¿Y te fías? —Abrí los ojos.

—Por supuesto, no me has tirado al mar con un peso en los pies. —Me eché a reír—. Ven, ponte aquí. —Me cogió la mano y me hizo colocarme delante de él.

Llevó mis manos al timón y me fue diciendo cómo moverlo, cosa que hice despacio y con más miedo que todas las cosas.

—Si acabamos a la deriva y ahogándonos como en el Titanic, no quiero quejas ni reclamaciones.

—Si me ahogo, ¿crees que voy a poder quejarme?

—Yo qué sé, lo mismo te da por venir en espíritu a buscarme. —Me encogí de hombros.

—Me encantas, Ingrid. —Me dio un beso en el cuello—. No pierdas nunca esa chispa que tienes.

Sentí sus brazos rodeándome y sonreí esperando que no me viera, porque esa sonrisa que tenía en los labios era de las que Carola llamaría de bobalicona enamorada, y razón no le faltaba a mi amiga, porque a pesar de que hací apenas unas semanas que conocía a Eric, me había enamorado de él.

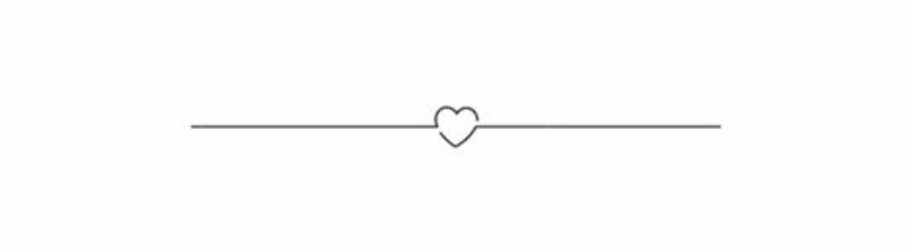
Era consciente de que la complicidad que se había ido creando entre nosotros en este tiempo no hacía más que intensificarse, aunque yo sabía que para él esto no era más que un simple amor de verano.

—Me encantas, Ingrid. —Me dio un beso en el cuello—. No pierdas nunca esa chispa que tienes.

Sentí sus brazos rodeándome y sonreí esperando que no me viera, porque esa sonrisa que tenía en los labios era de las que Carola llamaría de bobalicona enamorada, y razón no le faltaba a mi amiga, porque a pesar de que hacía apenas unas semanas que conocía a Eric, me había enamorado de él.

Era consciente de que la complicidad que se había ido creando entre nosotros en este tiempo no hacía más que intensificarse, aunque yo sabía que para él esto no era más que un simple amor de verano.

Capítulo 17



Eric y yo habíamos pasado todo el día en el jardín de su casa, comiendo en el porche, tomando el sol y disfrutando de la piscina, donde no faltaron besos y esos juegos que nos llevaban a dejar que fueran nuestros cuerpos quienes tomaran el control.

La noche estaba perfecta, seguía en la tumbona recostada viendo las estrellas mientras él preparaba la cena, esa que dijo que me iba a sorprender y que no quería verme por la cocina en ningún momento. Cualquiera le llevaba la contraria, que capaz era de darme una nalgada, o varias, y dejarme el culo rojo como un tomate.

Sonreí al pensar en eso, pero es que a Eric le fascinaba mi culo, que me lo había dicho, y lo de darme alguna que otra nalgada le gustaba todavía más.

—¿Un vino, señorita? —preguntó parándose a mi lado, con la copa en la mano.

—Claro, gracias, caballero. —La cogí y él se inclinó para besarme en los labios—. ¿Ya está la cena?

—Le queda un poco. —Se sentó a mi lado y pasó el brazo por mis hombros.

—Se está bien aquí —suspiré.

—Y conmigo al lado mucho mejor, ¿a que sí? —Hizo un guiño.

—En serio, Eric, tienes un ego muy pero que muy grande. —Reí.

—Y otras cosas también, y te encantan.

—Por Dios, no seas bruto.

—Me refería a mis manos, mal pensada. —Volteó los ojos.

—Ya.

Di un trago al vino que estaba dulce y fresquito, y en ese momento empezó a sonar mi móvil. Al cogerlo y mirar, vi que era una videollamada de mi padre.

—Anda, mira qué bien, voy a conocer a mi suegro —dijo acercando la mano para contestar.

—Ni se te ocurra —grité poniéndome en pie.

—Pero si le voy a caer muy bien, ya verás cómo dice que soy el yerno perfecto.

—Quédate ahí, o vuelve a la cocina, pero no se te ocurra asomar la cara por la pantalla, o me voy a un hotel de verdad.

—Pequeña, que te quede clara una cosa —dijo acercándose y sin que yo pudiera responder—. Donde tú vayas, iré yo, así sea a los confines de la tierra. —Me dio un beso y un mordisquito en el labio antes de irse y que yo pudiera hablar con mi padre.

En cuanto Eric estuvo lo suficientemente lejos de mí, pulsé para aceptar la llamada.

La cara de mi padre apareció en la pantalla y no tardó en sonreír al verme.

—Hola, papá —sonreí a mi vez.

—¿Te pillo ocupada? Como has tardado en responder…

—No, no, es que estoy disfrutando de la noche en la piscina, tenía los pies en el agua y el móvil en la tumbona.

—¿Y qué tal por allí estos días, hija?

—Muy bien, papá —sonreí—. Estoy saliendo a visitar todo cuanto puedo.

—Eso está bien, mi niña, que hagas turismo.

—¿Qué tal tú?

Mi padre se acomodó en el sillón y soltó un suspiro.

—Pues… La vecina ha empezado a poner música a todo volumen otra vez. No sé qué tiene en la cabeza esa mujer. Ya te digo que el día que tenga que ir a denunciarla, será con una botella de vino en la mano.

Se me escapó una risita, y es que mi padre con la vecina tenía una relación de lo más peculiar.

—¿Otra vez la señora de la música? ¿Y no has hablado con ella?

—No, hija, ya me dirás de qué me iba a servir. Sabes que con ella todo es una guerra de desgaste. Como los niños pequeños, se hace la tonta y yo termino por rendirme. Además, tengo mis tácticas secretas… que no te puedo contar, hija, es cosa de hombres.

—Papá, ¡¿acabas de decir tácticas secretas?! Eso suena muy sospechoso —dije levantando la ceja, la verdad es que mi padre tenía también un sentido del humor que me sacaba más de una risa.

—¿Qué? No sabes lo que es el arte de la guerra vecinal. Te lo enseñaré algún día —contestó haciéndose el interesante.

Y como en muchas otras ocasiones, acabamos los dos riendo con ganas.

—Bueno, y aparte de la guerra con la vecina, ¿qué tal estás? —pregunté mientras seguía caminando por el jardín, vigilando la casa para que Eric no apareciera y se presentara ante mi padre.

—Lo mismo de siempre. Pero con algo nuevo… A ver, me he apuntado a un curso de jardinería. Ya sabes que las plantas y yo muy bien no nos llevamos, no puedo mantener ni una con vida, y me dije, Jorge, a ver si este año aprendes algo útil…

No pude evitar soltar una carcajada al ver la cara que puso, con los ojos casi en blanco y a modo de resignación

—No me digas que te has vuelto un «jardinero de Instagram». —Reí—. ¿En serio?

—Aún no, pero poco me falta. —Le salió una risita—. Sabes cómo es esto, en unos días todos se convierten en expertos en cualquier cosa. Pues yo solo quiero lograr que, aunque sea un cactus, sobreviva en casa. Tengo unas petunias muy bonitas, ya las verás, y una vecina me ha preguntado sobre jardinería. Al final, terminaré siendo un verdadero experto.

—Y acabarás firmando autógrafos cuando escribas un libro, lo veo —dije con una risilla, pero me gustaba ver que mi padre al menos se mantenía entretenido en algo.

—Sí, sí, yo también lo veo. —Carraspeó—. *El jardín de Jorge* —sonrió—. ¿Qué te parece como título?

Nos quedamos mirando con esa risa contenida, como nos había ocurrido en otras ocasiones. Es cierto que mi padre lo pasó mal y que hubo veces que no le entendí, pero él siempre estuvo ahí para mí, no me falló como la mujer que me dio la vida, y aunque en algunos momentos pudimos chocar, como es normal entre padres e hijos, me alegraba de tenerle en mi vida.

—Entonces, ¿el curso va bien? —Curioseé.

—Y tanto que sí. ¡Mañana me entregan mi primer diploma! —dijo, mientras levantaba la mano con una sonrisa de oreja a oreja, y no sabía si me tomaba el pelo o lo decía en serio—. Aunque cuando entro en el centro alguna vez me confunden con el conserje, se ve que soy demasiado mayor para estar en un curso. —Frunció los labios.

—¿Qué dices de mayor? Pero si estás genial, papá —sonreí—. Un día de estos me dices que tienes novia. La vecina de la música, por ejemplo. —Carraspeé aguantando la risa cuando le vi abrir los ojos con terror.

—¿Con esa mujer? Claro, hija, para que me deje sordo con la música en dos días si entro en su casa, uf. —Volteó los ojos—. Entonces, cariño, por allí todo bien, ¿no? Mira que en las noticias a veces se oyen cosas de turistas por el mundo y… me entra terror.

—Sí, papá, todo bien —sonreí—. Me muevo solo por zonas seguras, no te preocupes.

—Vale, entonces me quedo tranquilo. Que me acuesto pensando que lo mismo me llaman para decirme que te han secuestrado.

—¿Quién iba a querer secuestrarme a mí? —sonreí— No soy famosa ni me he casado con un millonario.

—A saber, hija, que hay gente que no tiene la cabeza en su sitio —suspiró—. Me alegro de ver que estás bien, mi niña, aunque no te voy a mentir, te echo de menos. Pero los padres tenemos que dejar ir a nuestros hijos, aunque siempre estemos aquí para lo que necesiten.

Sonreí con un poquito de tristeza al escuchar esas palabras. Desde que me había independizado no nos veíamos tan a menudo, pero siempre sacaba un huequito para ir a su casa a comer o tomar un café, y él me miraba con ese amor de padre que veía ahora también en sus ojos.

—No te preocupes, que pronto me tendrás por allí contándote todo lo que he hecho en mis días en Miami —sonreí.

—Aquí estaré esperándote, cariño. Ahora te dejo que sigas disfrutando de la noche.

—Mantén vivas las petunias hasta que vuelva —le advertí, y se echó a reír.

—De momento lo están —sonrió—. Te quiero, hija. Adiós.

—Y yo, papá. Adiós.

Suspiré al colgar con un nudito en la garganta porque esto de ocultarle cosas a mi padre se estaba convirtiendo en una costumbre, pero claro, él conocía a Carola y, si le contaba todo lo que Eric me había dicho, se preocuparía

por ella tanto como yo.

Regresé a la tumbona y me bebí el vino casi de un trago. Eric estaba apoyado en la puerta, esperando en el porche, al menos me había hecho caso y no se había acercado a mí.

Fui hacia él y me recibió con los brazos abiertos para abrazarme, me besó en el cuello y suspiré al sentir que con él estaba segura, aunque siguiera teniendo esos vídeos míos que pretendía enviarle a mi padre.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondí mirándole y sonreí.

—La cena ya está lista. Voy a por ella —dijo antes de darme un beso rápido en los labios.

Había preparado la mesa en el porche y me senté a esperarle. Cuando regresó, lo hizo con una bandeja de lasaña que olía que alimentaba.

Hizo un guiño mientras la dejaba y fue a por el vino, ese con el que llenó las copas y brindamos.

—Por el mejor mes de tu vida —dijo acercando su copa a la mía.

—¿Y si no lo está siendo? —Arqueé la ceja.

—¿Con mi compañía, y en esta casa? Por favor, estás mejor que un resort del Caribe —resopló, volteando los ojos.

Me salió tal carcajada que estuve un rato riéndome casi sin aire, y es que ese hombre tenía cada cosa que era imposible no reírse, de verdad.

Y aunque no lo admitiría delante de él, este sin duda estaba siendo un buen mes, no me atrevería a decir que el mejor porque posiblemente viviera muchos más de ahora en adelante que fueran mejores, pero a Eric y los días que me estaba haciendo vivir a su lado, no los iba a olvidar nunca, de eso sí que estaba completamente segura.

por ella tanto como yo.

Regresé a la tumbona y me bebí el vino casi de un trago. Eric estaba apoyado en la puerta, esperando en el porche, al menos me había hecho caso y no se había acercado a mí.

Fui hacia él y me recibió con los brazos abiertos para abrazarme, me besó en el cuello y suspiré al sentir que con él estaba segura, aunque siguiera teniendo esos vídeos míos que pretendía enviarle a mi padre.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondí mirándole y sonreí.

—La cena ya está lista. Voy a por ella —dijo antes de darme un beso rápido en los labios.

Había preparado la mesa en el porche y me senté a esperarle. Cuando regresó, lo hizo con una bandeja de lasaña que olía que alimentaba.

Hizo un guiño mientras la dejaba y fue a por el vino, ese con el que llenó las copas y brindamos.

—Por el mejor mes de tu vida —dijo acercando su copa a la mía.

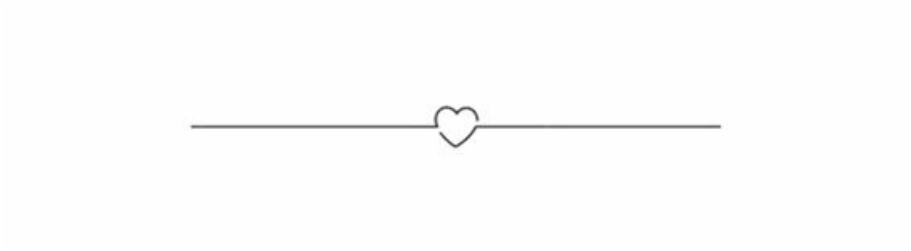
—¿Y si no lo está siendo? —Arqueé la ceja.

—¿Con mi compañía, y en esta casa? Por favor, estás mejor que un resort del Caribe —resopló, volteando los ojos.

Me salió tal carcajada que estuve un rato riéndome casi sin aire, y es que ese hombre tenía cada cosa que era imposible no reírse, de verdad.

Y aunque no lo admitiría delante de él, este sin duda estaba siendo un buen mes, no me atrevería a decir que el mejor porque posiblemente viviera muchos más de ahora en adelante que fueran mejores, pero a Eric y los días que me estaba haciendo vivir a su lado, no los iba a olvidar nunca, de eso sí que estaba completamente segura.

Capítulo 18



Aquella mañana me levanté con ganas de salir a la calle e ir a conocer Coconut Grove, ese barrio tan bohemio de Miami que había visto en Internet y que quería visitar.

Así que, después de desayunar y ponernos ropa cómoda, salimos de casa para ir hasta esa zona donde tenía pensado pasar toda la mañana.

Era un miércoles de lo más soleado, y mientras paseábamos, no podía evitar sonreír al ver cómo el cielo despejado de Miami se reflejaba en las ventanas de los elegantes edificios que iba encontrando por Coconut Grove.

Eric me llevaba bien pegada a él, con su brazo por encima de mis hombros, caminando despacio mientras disfrutábamos del ambiente relajado de uno de los barrios más bonitos de la ciudad.

—Me apetece ir de tiendas —dije al ver algunos de los escaparates por los que iba pasando.

—O sea, que quieres quemar tarjeta. —Rio.

—Sí, sí, pero la tuya. —Hice un guiño de lo más atrevido, y Eric soltó una carcajada.

—¿Disculpa? —Arqueó la ceja—. ¿Tengo que recordarte que eres tú la que tiene una cuenta bancaria de lo más suculenta?

—Y tú tienes un Ferrari, que descalzo no vas, majo. —Volteé los ojos.

—Sabía que no tendría que haberlo alquilado —suspiró.

—¿El Ferrari es de alquiler? —chillé— Qué fuerte, otra mentira más que me cuentas —resoplé.

Eric soltó una carcajada y acabé contagiándome, porque estaba claro que el Ferrari era suyo, ya que como detective no debía irle nada mal.

—Solo voy a echar un vistazo, no compraré nada, lo prometo —le dije mientras nos dirigíamos a una tienda de lo más *chic* que había llamado mi atención.

La tienda tenía una vitrina llena de vestidos, pantalones, camisetas y sandalias de tacón que desde luego estaba segura de que hacían las delicias de cualquiera que pasara por aquí.

Al entrar, sonreí, pues tenía un ambiente de lujo sin llegar a lo excesivo, con un aire relajado pero sofisticado. Fui directamente hacia la zona de ropa femenina, donde vi varias prendas de las que me enamoré a primera vista.

—Voy a probarme algunas cosas —le dije a Eric mientras cogía un vestido largo, de un suave tono coral, que sin duda resaltaría sobre mi piel—. ¿Tú vas a probarte algo? —pregunté, mirándole por encima del hombro.

—Yo me quedo aquí vigilando, que para eso soy tu guardaespaldas.

—Me voy a sentir como una diva de Hollywood. —Reí.
Fui hacia el probador mientras él se acomodaba en un sillón, dejándose caer, mirando el móvil de manera distraída, pero observando todo a nuestro alrededor.

Sonreí al entrar en el probador y comencé a quitarme la ropa para ponerme aquel vestido. Me hice una foto poniendo una pose de lo más elegante y a la vez sensual, y abrí para ir a que Eric me diera su opinión.

El vestido era una pasada, quedaba ajustado de modo que realzaba mi figura. Llevaba el pelo suelto y este caía en ondas suaves sobre mi espalda, lo que me hacía verme bien.

Le vi en el sofá con el móvil en la mano, parecía escribir algo, así que caminé hacia él con seguridad, como si fuera una modelo de pasarela.

—¿Qué tal? —pregunté, llamando su atención, haciendo una pequeña vuelta cuando levantó la vista del móvil y me miró a mí.

Eric sonrió, y un brillo en sus ojos que solo se podía interpretar como admiración se instaló en ellos.

—Creo que ese vestido tiene potencial —me dijo mientras se acercaba para darme un beso rápido en los labios —. Aunque no sé si es el vestido realmente lo que me está conquistando, o tú. —Noté su brazo alrededor de mi cintura mientras me miraba con unos ojos que no dejaban lugar a dudas, me deseaba en ese momento.

—No me disgusta, pero… —Fruncí el ceño mientras me miraba en el espejo de cuerpo entero.

—¿Pero? —Curioseó.

—Voy a probarme otro. ¿Tienes paciencia? —pregunté, mirándole por encima del hombro.

—¿Aquí tienen *whisky*? —Miró alrededor en busca de una dependienta y me reí.

—O champán, quién sabe.

Me perdí un rato entre aquellas prendas hasta que escogí un conjunto que decidí llevarme al probador.

Cuando volví a salir para que Eric me viera con ese conjunto bohemio de pantalones de lino *beige* y una blusa suelta de manga larga en color azul marino, vi su mirada recorriendo mi cuerpo, observando detenidamente cada uno de mis movimientos.

—¿Cómo me veo? —le pregunté con una sonrisilla— Es muy cómodo, perfecto para cualquier ocasión.

Eric se levantó del sillón y caminó hacia mí, volviendo a rodearme por la cintura con el brazo de nuevo.

—Te sienta muy bien, se amolda a cada centímetro de tu cuerpo perfectamente —susurró antes de inclinarse y besarme el cuello—. Estoy tentado de quitártelo en el probador y hacerte gemir.

—Vaya con el guardaespaldas, qué poco profesional. —Reí.

—El guardaespaldas no puede pensar en otra cosa que no sea en ti, desnuda, mientras se hace gemir —dijo en un tono ronco y sensual que hizo que me estremeciera, al mismo tiempo que imaginaba muchas de esas cosas que me hacía para llevarme al clímax una y otra vez, por lo que noté que corría el riesgo de humedecer mis braguitas.

Le miré a los ojos y ahí estaba ese deseo que no desaparecía, que siempre mostraba al tenerme delante.

Y antes de que pudiera decir nada, se acercó más, acortando la distancia, posando sus labios en los míos para darme un beso suave, pero que consiguió que en ese instante el resto del mundo desapareciera a nuestro alrededor

Era impresionante el modo en el que Eric lograba hacerme olvidar todo lo que nos había llevado a estar estos días juntos, y que solo pudiera pensar en lo mucho que me gustaba estar con él y compartir cada instante a su lado

Me separé de Eric, pero no sin antes darle una mirada acompañada de una sonrisilla de lo más pícara por la idea que se me acababa de pasar por la cabeza.

—¿Por qué sonríes de ese modo, pequeña? —Arqueó la ceja—. Mira que ese gesto empieza a darme un poquito de miedo.

—Es que se me ha ocurrido algo —dije, con un tono de lo más juguetón—. Voy a hacer que este sea un desfile de moda privado para ti —susurré en su oído y me atreví a darle un pequeño mordisco en el lóbulo.

— ¿Un desfile privado?

—Ajá, uno que estoy segura de que no olvidarás nunca. —Le hice un guiño y, dicho eso, me giré para ir al probador.

Dejé a Eric en el sofá y sonreí al saber que, en cuanto me viera, sí que querría desnudarme allí mismo. Pero igual que él podía estar juguetón, yo también podía.

Había cogido varias prendas y escogí minuciosamente cada una de ellas para ir probándome. Sin duda, ese desfile privado no iba a tener nada que envidiar a los de las modelos de pasarela, por no hablar de que ese hombre iba a tener que salir de la tienda para ir directo a darse una ducha fría, estaba segura.

Cuando salí del probador, le vi mirando el móvil, así que carraspeé para llamar su atención.

En el momento en el que levantó la vista y me vio con una falda corta y un top que dejaba ver solo un poco de mi vientre, Eric abrió los ojos de tal modo que pensé que se le salían, y por el modo en el que tragó saliva, juraría que se había quedado hasta sin respiración.

Caminé hacia él como si de verdad estuviera en una pasarela, con una mano en la cintura, girando con elegancia y mostrándome de tal modo que él pudiera verme desde varias posiciones.

El top, de color turquesa, hacía que resaltara el color de mis ojos, por lo que había visto en el probador, y la falda acentuaba mis piernas haciéndolas parecer más largas y esbeltas.

—¿Qué opina mi guardaespaldas? —pregunté dando una pequeña vuelta— ¿Te gusta?

Eric me miró con una sonrisa de lo más pícara, aún desde el sofá, mientras yo estaba parada frente a él, tan cerca, que si quisiera, podría tocarme las piernas.

—No me gusta, me encanta. Y ahora mismo… —Miró a nuestro alrededor comprobando que nadie podía vernos— Me tienes tan excitado que te haría gemir en ese probador —dijo mientras subía ambas manos por mis piernas en una lenta pero excitante caricia.

Me mordí el labio inferior mientras mi mente iba a esa visión que me estaba dando con sus palabras. Miré por toda la tienda y volví a mirarle a él cuando sentí sus dedos adentrándose por mi braguita.

—Separa las piernas para mí, y sé discreta, pequeña —murmuró mientras me atraía aún más hacia él, dejando un beso en mi vientre.

Y el muy cabrito comenzó a tocarme en esa zona del modo en el que él sabía que me llevaría al clímax.

—Eric, pueden vernos —murmuré.

—No lo harán —respondió, y comenzó a jugar con el pulgar rozándome el clítoris mientras me penetraba con dos dedos de manera rápida.

No tenía la menor duda de que me quería llevar al orgasmo y cuanto antes, y el jodido lo estaba consiguiendo.

Me agarré con fuerza a sus hombros mientras nos mirábamos a los ojos, deseaba que me besara, que me tocara los pechos, que lamiera mis pezones y acabara follándome como él sabía. Le vi sonreír y fruncí el ceño.

—Sé lo que estás pensando, y no dudes en que si me lo pides, lo haré —dijo con un tono ronco y bajo que me hizo estremecer y tragar con fuerza.

—Eric…

—Dímelo, pequeña.

—Llévame al probador.

—Ahora mismo.

Retiró la mano de mi entrepierna, se puso de pie mientras entrelazaba nuestras manos y entramos en el probador, quedando ocultos de miradas indiscretas.

Comenzó a besarme mientras me quitaba el top, masajeó mis pechos y lamió mis pezones mientras yo dejaba la cabeza caída hacia la pared, gimiendo bajito completamente excitada mientras le miraba, y entonces se desabrochó el pantalón, me quitó el tanga y no dudó en levantarme por las caderas para que le rodeara con mis piernas.

Se adentró en mí con fuerza, cubrió mi boca con la mano para que nadie pudiera escuchar mis gritos y me folló con fuerza hasta que los dos llegamos al orgasmo.

Nos quedamos jadeantes con la frente apoyada en la del otro hasta que recobramos el aliento, perdidos en la mirada del otro.

—¿Vas a probarte algo más? —preguntó sin retirarse aún.

—No lo descarto, la verdad —sonreí.

—Pues vamos a tener un problema, entonces.

—¿Un problema? ¿Por qué?

—Porque como te quede tan jodidamente sexi, no vamos a salir de ese probador en todo el día.

—¿Tanto te excita verme la ropa puesta? —Reí.

—No es solo la ropa —me dijo con un brillo diferente en los ojos—. Cualquier cosa que te pongas se ve jodidamente bien. Pero no es solo por la prenda o la tela —me acarició la mejilla—, es por ti. La forma en que te mueves al llevarla, luciéndola como si fuera diseñada exclusivamente para ti, como si tú estuvieras hecha para est lugar, para Miami, para…

Antes de que dijera nada más, le interrumpí dándole un beso en los labios, fue un leve roce, pero cargado de todo lo que sentía por él.

Cuando Eric salió del probador, lo hice yo también para coger otro vestido que me había gustado, era blanco de tirantes finos, entallado hasta la cintura y con la falda con mucho vuelo.

Salí con él puesto, Eric sonrió, le dije que me lo llevaba porque en sus ojos vi algo diferente a lo que había cuando me vio con las otras prendas, y sonrió.

No dijo nada, simplemente me miró y me hizo sentir como si en este preciso instante, yo fuera lo único que le importaba.

Salimos de la tienda y seguimos paseando por allí, entrando en otras tiendas solo para echar un vistazo, pero acabé comprando unas sandalias blancas que eran una preciosidad que combinaban perfectamente con el vestido que llevaba en la bolsa.

Y ya sabía cuándo lo iba a estrenar, pues habíamos hablado de salir el sábado a cenar, así que no había mejor ocasión que esa.

Después de recorrer varias tiendas, decidimos hacer una parada para disfrutar de unos deliciosos perritos calientes acompañados de patatas fritas y alitas de pollo. Me apetecía un poco de comida grasienta y él me dio el gusto.

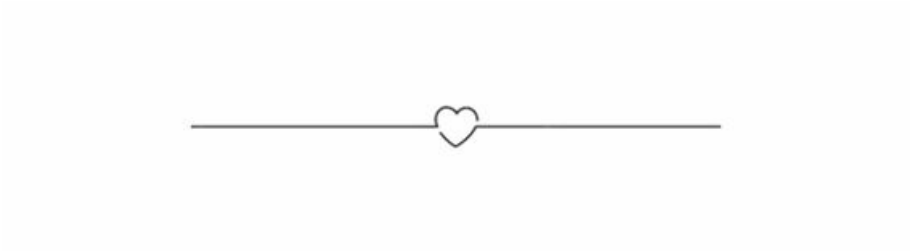
El día se nos pasó rápido; paseando, riendo y charlando, compartiendo esa complicidad que teníamos desde el minuto uno en el que nos conocimos hacía apenas unas semanas.

Regresamos a casa al atardecer, nos dimos un baño en la piscina y preparamos una ensalada ligera para cenar.

A la hora de irnos a la cama, y como no podía ser de otra manera, ese deseo incontrolable se apoderó del momento y nos dejamos llevar, entregándonos a él sin límite alguno.

e

Capítulo 19



Llegó el sábado y esa mañana había recibido más fotos de Carola y el viaje de ensueño que estaba viviendo, o a menos eso era lo que ella pensaba.

La verdad es que yo con esas fotos me quedaba un poco más tranquila sabiendo que Liam no le había hecho nada.

Eric y yo habíamos pasado el día en la piscina, disfrutando del sol, zumos de frutas y comiendo una carne que hizo en la barbacoa que estaba buenísima, de lo más jugosa y tierna.

Después de una siesta, donde dormir dormimos poco porque las ganas de sexo pudieron al cansancio, nos preparamos para salir a cenar fuera, tal como habíamos hablado días atrás. Yo estrené el vestido blanco y las sandalias que me compré en Coconut Grove.

La noche había caído sobre Miami y la ciudad cobraba vida con luces brillantes que danzaban al ritmo de la suave brisa marina.

Cuando llegamos a la zona donde estaba el restaurante en el que había reservado Eric, dejamos el coche y caminamos por la calle con las manos entrelazadas, algo que a él le encantaba hacer cuando íbamos juntos a algún lado.

Abrió la puerta para dejarme entrar primero y sonreí al verlo.

Era un lugar acogedor y se encontraba escondido entre las coloridas fachadas de los edificios, con una terraza al aire libre que daba directamente a la bahía.

Me enamoré de ese rincón, y no pude evitar pedirle a Eric que me hiciera una foto dándole mi móvil. Él sonrió al cogerlo y me hizo varias fotos.

El sonido de las olas y la suave música que tocaba un grupo en vivo en la misma terraza hacían que todo fuera perfecto.

—Esto es precioso —dije mirando alrededor mientras nos sentábamos en una mesa junto a la baranda, desde donde se podía ver el resplandor de las luces reflejadas en el agua—. Es un bonito lugar para una cita —sonreí.

—Lo sabía —dijo inclinándose al tiempo que me guiñaba el ojo—. Quería que esta noche fuera algo memorable para ti.

—No sabía que de verdad esto fuera una cita. —Arqueé la ceja sin poder dejar de sonreír.

—Obvio que lo es. —Volteó los ojos—. ¿O porque estés alojada en mi casa no podemos tener citas?

—Sí, sí, claro. —Reí.

No tardó un camarero en acercarse para preguntarnos qué íbamos a beber, y dejé que Eric se encargara de elegir, pues de vinos entendía un poco más que yo.

Nuestra cita de sábado noche con vistas a la bahía comenzó con una botella de vino blanco refrescante que disfrutamos charlando mientras echábamos un vistazo a la carta que nos acababa de dar.

Ese restaurante ofrecía una propuesta de cocina fusión con ingredientes afrodisíacos, desde mariscos exóticos hasta especias de las que no había oído hablar en mi vida.

Y como Eric había escogido el restaurante y tuvo buen gusto al hacerlo, pensé en dejarle escoger, aunque leí las propuestas que más me habían llamado la atención.

—¿Alguna vez has comido ostras? —pregunté.

—Ostras, ¿eh? —dijo con la ceja arqueada y una sonrisilla de lo más juguetona— Dicen que las ostras son afrodisíacas.

—Nada de ostras entonces —contesté y él soltó una carcajada—. Ceviche de mariscos con aguacate y pétalos de rosa. —Leí—. Con esos pétalos podría decorar mi salón.

—Tienen platos interesantes.

—Deberías escoger tú, imagino que habrás venido aquí más veces, en citas —dije mirando la carta, y me sentí tonta por un momento al pensar e imaginar a Eric en citas con otras mujeres, esas que volvería a tener cuando yo regresara a España.

—No había venido nunca, pero sí me han hablado bien de este sitio, lo busqué y supe que te iba a gustar.

—¿Saben qué van a tomar, o quieren que les recomiende? —preguntó el camarero con una sonrisa de lo más

amable.

—¿Tú qué dices, pequeña? —Eric me miró—. ¿Elegimos o mejor que nos recomiende?

—Pues… —Eché un vistazo a la carta de nuevo y, dado que no terminaba de decirme, preferí que nos recomendara— ¿Qué nos recomienda? —sonreí mirando al camarero.

—Como entrante, les sugiero las ostras —dijo y Eric y yo nos miramos con una sonrisilla—, además del tartar de atún con yuzu y chile.

—Suena bien, lo queremos —sonreí.

—Perfecto —dijo mientras lo anotaba—. Y como plato principal, les sugiero el risotto de langosta.

—Pues que sea risotto, entonces —contestó Eric.

—Enseguida se lo sirvo, señores. —El camarero asintió al tiempo que recogía las cartas y se fue para hacer el pedido en cocina.

En cuanto nos quedamos solos, Eric se inclinó hacia delante con una sonrisa de lo más traviesa. Di un trago a m copa de vino y supe que este hombre iba a decir alguna de las suyas.

—Entonces, ¿no sabías que las ostras son uno de los ingredientes más conocidos por sus propiedades afrodisíacas? —preguntó, mirándome con una cara de lo más pícara.

—Lo sé, lo sé —respondí riendo—. ¿Crees que voy a necesitar una dosis extra de afrodisíaco para irme a la cama contigo? Si no hemos dejado de tener sexo ni un solo día desde que estamos en tu casa. Incluso en la tienda el otro día lo tuvimos. —Volteé los ojos.

—Imagina que ahora, con un par de ostras y una copa de vino, estamos listos para un asalto. —Hizo un guiño y me salió una carcajada.

—Ni que fuéramos a luchar en un ring de boxeo. Tal vez deberías haber pedido una bandeja, en vez de solo un plato para compartir, y comprobar si realmente son tan afrodisíacas como dicen.

—¿Estás insinuando que haríamos el experimento aquí, en público? —Arqueó la ceja.

—No sería la primera vez, que parece que lo del probador se te ha olvidado —contesté, y Eric sonrió de esa manera juguetona que me dejaba claro que no se le había olvidado, y que si pudiera, el muy jodido repetiría la experiencia.

El camarero no tardó en volver con los primeros entrantes, trayendo las ostras frescas elegantemente dispuestas sobre hielo.

Ambos le dimos las gracias, miramos las ostras con una sonrisilla que sin duda dejaba claro que pensábamos en qué efecto iban a tener en nosotros.

Cogimos una ostra cada uno, me la llevé a la boca cerrando los ojos por un momento y disfruté de la textura y e sabor del mar. Cuando abrí los ojos de nuevo, vi que Eric me miraba con esa sonrisa juguetona que no parecía perder nunca.

— ¿Qué tal? —preguntó.

—No está mal. Sabe a mar, pero no te puedo decir si me está haciendo efecto el afrodisíaco o no.

—¿Te sientes más seductora? —preguntó con tono divertido, vamos, que se estaba riendo a mi costa una barbaridad el muy cabrito.

—¿Es que no me veo atractiva? —Arqueé la ceja.

—Más que ninguna otra mujer en todo el restaurante —respondió con ese brillo en los ojos que me hacía saber ¡lo mucho que le gustaba y le atraía.

Tras acabar con las ostras y media botella de vino entre risas y bromas, el camarero nos trajo el tartar de atún que también disfrutamos.

Decidimos pedir una segunda botella de vino, y no sabría decir si realmente todo lo que estábamos probando esta noche tendría un efecto afrodisíaco en nosotros o no, pero sí que con cada mirada de Eric y esas cosas que me decía, me sentía más juguetona.

—¿Sabes qué me gustaría hacer ahora? —dijo tras dar un trago a su copa cuando acabamos de comernos el risotto.

—A saber. —Me salió una risilla.

—Darte un orgasmo —murmuró sin apartar sus lujuriosos ojos de mí.

—Eric, que esto no es como el probador.

—No me digas que no te da un poquito de morbo. —Estaba a mi lado y noté su mano dando un leve apretón en mi muslo.

—Hay mucha gente, podrían vernos.

—No nos verán, puedes estar tranquila —subió la mano por el muslo hasta que noté que la dejaba en mi ingle, rozando descaradamente mi zona por encima de la tela.

—Eric…

—Quiero que vayas al baño y te lo quites, vuelvas, te sientes con las piernas separadas y te limites a tomarte la copa de vino mientras te llevo al orgasmo.

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo aquí, por Dios?

—Mira a tu alrededor —me pidió, y lo hice—. ¿Ves algo por debajo de las mesas?

—Los manteles, que son largos.

—Exacto. Ahora, fíjate en la pareja de la mesa que hay tres más a la derecha de mí.

Con discreción, porque yo no era descarada como Carola, mientras daba un sorbo a mi copa, miré hacia donde me decía y vi a una pareja cenando. Ella era preciosa, con una melena pelirroja de lo más llamativa, pero lo que llamó mi atención fue que se mordisqueaba el labio inferior mientras miraba a su acompañante con las mejillas sonrojadas y los ojos de lo más brillantes.

—Él la está masturbando, y como en esa mesa, puedo decirte al menos otras diez.

—¿Qué dices? —Le miré con los ojos muy abiertos.

—Vamos, ve a quitártelo que quiero notar lo húmeda que ya estás para mí —dijo dándome otro apretón en el muslo.

Cuando Eric apartó la mano, le miré con incredulidad porque no me podía creer que de verdad me acabara de pedir eso, pero sí que lo había hecho.

Cogí el bolso, me levanté y fui hacia el cuarto de baño mientras me preguntaba si era cierto que había más parejas haciendo eso que él quería hacer.

Entré y, tras comprobar que no había nadie, me quité el tanga y lo guardé en la bolsita de los pañuelos. Si Carola me viera en este momento, seguramente me diría que estaba perdiendo la cabeza. Pero en cierto modo así era, porque con Eric estaba descubriendo la sexualidad de una manera muy diferente a como la conocía hasta ahora.

Cogí aire, salí de nuevo y caminé hacia la mesa mientras Eric me observaba con una sonrisa de lo más pícara.

—Dámelo —me pidió, extendiendo la mano y dejándola sobre mi pierna.

—Pero ¿cómo lo voy a sacar ahora del bolso, loco?

—Dámelo.

Suspiré, saqué la bolsita donde lo había guardado y, sin que nadie me viera, se lo di.

—Buena chica —sonrió mientras se lo guardaba en el bolsillo del pantalón—. Ahora, pequeña, separa las piernas y disfruta.

Y sin más palabras que esas, Eric llevó la mano a mi muslo de nuevo, levantando la falda del vestido ligeramente, y comenzó a jugar con sus dedos entre mis labios vaginales, deslizándolos despacio sobre el clítoris.

—Mírame a mí, Ingrid —me pidió—. No mires a ningún otro lado.

Noté que empezaba a excitarme y cómo, poco a poco, la humedad iba a más. Eric me penetró con el dedo y me mordí el labio controlando un gemido.

—Acércate —dijo mientras se inclinaba e hice lo mismo—. Ahora puedes gemir, pero no grites. Tienes que ser discreta.

—No sé si voy a poder —murmuré entre jadeos.

—Me encanta notarte así, tan húmeda. ¿Quieres moverte, pequeña?

—Sí.

—Muévete, pero con cuidado. Nadie puede saber lo que estamos haciendo.

—Dios, Eric —susurré mientras movía las caderas al notar sus penetraciones, y tuve que agarrarme con fuerza a su muslo.

—Va a ser rápido, pequeña, porque quiero llegar a casa y follarte toda la noche.

Cuando me hablaba de ese modo, me excitaba aún más, ya que mi mente se imaginaba todo lo que podría hacerme.

No tardé en sentir que estaba llegando al clímax, apreté aún más fuerte su muslo y me susurró que me dejara llevar y me corriera.

Lo hice, controlándome tanto como pude para no gemir ni gritar, para que no me escuchara nadie.

Eric me miró mientras aún tenía la respiración demasiado entrecortada, y no dudó en besarme con esa mezcla d ternura y pasión que siempre empleaba.

Cuando se apartó, cogí mi copa de vino para dar un buen trago, momento en el que apareció el camarero para ver si queríamos tomar algo de postre.

—Ese nos lo tomamos en casa —contestó Eric con toda la naturalidad mientras sonreía. Yo me ponía roja como un tomate, y el camarero disimulaba una leve sonrisilla.

Desde luego que a descarado, a este hombre no le ganaba nadie. Pero me gustaba, porque era un descaro pícaro y gracioso que me sacaba la mejor de las sonrisas.

a

Lo hice, controlándome tanto como pude para no gemir ni gritar, para que no me escuchara nadie.

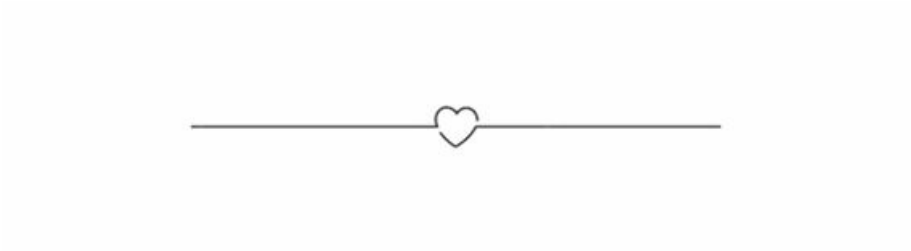
Eric me miró mientras aún tenía la respiración demasiado entrecortada, y no dudó en besarme con esa mezcla de ternura y pasión que siempre empleaba.

Cuando se apartó, cogí mi copa de vino para dar un buen trago, momento en el que apareció el camarero para ver si queríamos tomar algo de postre.

—Ese nos lo tomamos en casa —contestó Eric con toda la naturalidad mientras sonreía. Yo me ponía roja como un tomate, y el camarero disimulaba una leve sonrisilla.

Desde luego que a descarado, a este hombre no le ganaba nadie. Pero me gustaba, porque era un descaro pícaro y gracioso que me sacaba la mejor de las sonrisas.

Capítulo 20



El sol de Miami brillaba en ese jueves, pero el calor era lo de menos.

Los días habían ido pasando y la fecha en que Carola regresaría de su viaje se acercaba cada vez más. Ella lo estaba disfrutando al máximo, viviendo una experiencia que parecía de ensueño. Sin embargo, sabía que cuando l contara lo que Eric me había revelado sobre su primo, esa ilusión se transformaría en una auténtica pesadilla.

Yo me encontraba entre la espada y la pared, como solía decirse, ya que, por un lado, quería que Carola llegara ya, mientras que, por el otro, solo pensaba en que no quería que mis días con Eric llegaran a su fin, porque, en cuanto le contara todo a ella, tanto si decidía venir como si no, yo tenía la intención de volver a España, por lo qu Eric sería solo un romance de verano más, como tantos otros que había por todo el mundo.

Estos días los pasábamos en su casa, relajados en las tumbonas bajo el sol, disfrutando de la piscina o dejándonos llevar por la pasión en cualquier rincón de la casa. También salíamos a explorar la ciudad, aprovechando cada momento para hacer turismo y disfrutar de lo que el lugar tenía para ofrecer, como lo haríamo hoy.

Había visto en Internet que hacían excursiones a los Everglades, un lugar donde, según ponía, durante el paseo en bote podías disfrutar de las vistas del parque, el contacto con la naturaleza y la tranquilidad que ofrece el paisaje, sin olvidarnos de que íbamos a estar rodeados de caimanes…

Vale, quizás no había sido esa la mejor idea que había tenido en estos días, pero ¿qué podía pasarnos? No íbamos a ir solos en el bote, así que ¿quién dijo miedo?

Después de un paseo en coche desde casa de Eric hasta llegar aquí, la aventura en los Everglades comenzaría er el mismo momento en el que nos subiéramos al bote.

—¿De verdad que esto va a ser seguro? —le pregunté al guía, mirando el estrecho bote en el que haríamos ese recorrido.

Vale, que había sido idea mía y que no tenía que temer nada porque no estaríamos solos, pero es que viendo el bote, y sabiendo que los caimanes tenían unas fauces de lo más voraces… Daba un poco de miedito ahora que lo

pensaba bien.

Eric, que cuando quería era un poco capullo, me miró con una sonrisa mientras repetía las mismas palabras que yo le había dicho.

—Claro, ¿qué podría salir mal?

Resoplé, porque cuando hacía eso era tan insoportable que me sacaba de mis casillas.

Mike, el guía, un hombre robusto, pero con mirada amable y un sombrero de ala ancha, comenzó a hablar sobre los caimanes.

—Recordad, los caimanes son más inteligentes de lo que parecen —iba diciendo mientras yo me subía al bote donde, tal vez, perdiera la vida en un día de verano precioso a mis treinta años.

—Eso no me ayuda, Mike —protesté, y él sonrió.

—No se acercarán al bote si no los molestamos, así que puedes estar tranquila.

—Vale, entendido, a estos es mejor no llamarles como si fueran gatitos, como el típico *«michi, ven, bonito»* —dije nerviosa, y Mika se rio.

—Mejor que no, pequeña —contestó Eric, que también se estaba divirtiendo a mi costa.

—Si veis uno, no os asustéis, pero tampoco le lancéis una piedra. Os aseguro que ese no será un buen momento para comprobar si podéis correr más rápido que un caimán —lo dijo con una sonrisa para tranquilizarme, pero su tono dejó claro que no estaba bromeando del todo.

—¿Estás escuchando eso, pequeña? —me susurró Eric, burlándose como siempre al tiempo que se ajustaba el sombrero.

—¿El qué? ¿Que no debo lanzarles piedras? —Arqueé la ceja—. Si se me acerca un caimán, fingiré ser una lechuga, que para eso voy de verde camuflaje.

Eric soltó una carcajada mientras me miraba con incredulidad. No era para menos porque cuando me ponía un poquito nerviosa, como era el caso, decía tonterías sin sentido.

Y empezamos el recorrido, subidos en ese bote que se deslizaba por las tranquilas aguas de los Everglades, momento en el que el aire se llenó del sonido de las aves y el crujir de las hojas.

El paisaje que teníamos ante nuestros ojos era tan vasto y surrealista, que no podía evitar sentirme pequeña en

medio de toda la naturaleza que nos rodeaba. Por no hablar de los caimanes.

—¿De verdad que hay caimanes aquí? —pregunté mirando alrededor, alerta por si uno nos sorprendía emergiendo del agua y se lanzaba a por nosotros como si fuéramos un par de pollos.

—Sí. Y si se acercan, yo te protejo. Recuerda que soy tu guardaespaldas —me dijo el muy loco.

—¿Protegerme de qué, de un caimán que me verá como su desayuno? —Arqueé la ceja—. Desde luego que sería todo un espectáculo ver si tus habilidades de protección son tan buenas como siempre me has dicho.

—Deberías preocuparte más por ti misma, que, con esas piernas tan largas y suculentas que tienes, podrías ser una excelente cena. —Y por el modo en el que Eric me miraba, era más como si él fuera un león y yo esa inocente gacela que está a punto de ser devorada.

—Espero que hayas entrenado bien tu papel de guardaespaldas, que no quiero ser la cena de ningún caimán.

El bote seguía avanzando lentamente y entonces el guía fue señalando hacia diferentes puntos en el agua. Me acerqué más al borde, porque no podía ver nada, y en ese momento el guía levantó un dedo en señal de silencio.

—Ahí está, un caimán —dijo con un brillo de emoción en los ojos, mientras yo miraba hacia esa dirección.

Me incliné un poco más, intentando ver algo más allá que el brillo del sol en la superficie.

—¿Lo ves? —me preguntó Eric.

Le miré con una sonrisa en los labios y asentí, sin poder evitar que se me escapara un pequeño suspiro de satisfacción.

—Sí, pero prefiero verlo desde aquí, gracias. No tengo ganas de hacer una «amiga» caimán.

Eric se echó a reír y yo continué observando el paisaje.

Al pasar por un recodo en el agua, vi que una gran sombra se deslizó rápidamente cerca de nosotros, casi al mismo tiempo que el movimiento del agua, por lo que acabé dando un leve grito de sorpresa.

—¡Ahhh! ¡Eso estuvo muy cerca! —dije con una mano en el pecho y con la otra apretando el brazo de Eric porque tenía el corazón a mil.

—¿No has escuchado a Mike decir que los caimanes son rápidos? —Arqueó la ceja con una leve sonrisa.

Y yo, que no había dejado de agarrarme con fuerza a su brazo por el susto, lo miré con los ojos abiertos.

—Te juro que, si ese caimán sube al bote, más vale que sepas correr, porque… «¡Sálvese quien pueda!», van a ser mis últimas palabras para ti.

—¿Estás diciendo que te lanzarías al agua antes que quedarte aquí conmigo? —Le salió una risilla.

—No, estoy diciendo que te vas a arrepentir de no ser más rápido que yo —bromeé.

Nos reímos y, como era ya algo natural para mí, con cada mirada cómplice, cada comentario juguetón que salía de su boca o la mía, me hacía estar cada vez más convencida de que me había enamorado de Eric, hasta las trancas.

El bote avanzaba guiado por Mike, quien no paraba de observar el entorno con atención. Estaba claro que nuestro guía quería poder avistar un caimán para que lo viésemos.

—Os daré un dato que os servirá de ayuda en caso de que caigáis al agua —dijo Mike mientras señalaba una zona en el agua donde se habían visto varias sombras.

—Espero que eso no pase, con lo mona que me he puesto para la excursión —contesté, y los dos rieron.

—Los caimanes pueden alcanzar una velocidad de treinta y dos kilómetros por hora nadando.

—¿Y tú me dices que no me preocupe? —Señalé a Eric—. Eso no son caimanes, son Velociraptores.

Eric sonrió negando y entrelazó nuestras manos. Que no iba a ser eso de mucha ayuda en caso de que un caimán hambriento quisiera subirse al bote a por la cena para esta noche, pero al menos me hacía saber que con él podía estar segura, dentro de lo que cabía, claro.

Mike nos dijo que llegábamos a un área conocida por su gran cantidad de caimanes. Eric y yo nos acercamos al borde del bote, mirando al agua, esperando por si alguno se dejaba ver, aunque fuera de lejos y sin querer acercarse.

—Ahí está. —Mike señaló una silueta flotante—. ¿Lo veis? Un caimán adulto, al sol.

Nos quedamos en silencio observando cómo el caimán permanecía inmóvil, tan tranquilo que más bien podría ser confundido una estatua.

—¡Es enorme! —dije, y por un momento entré en un pequeño ataque de pánico— ¿Qué pasa si empieza a venir hacia nosotros?

—Podemos hacernos un selfi con él, no me digas que no sería un buen recuerdo de este día —dijo el muy

jodido con una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué divertido. ¿Y luego qué? ¿Nos lanzamos al agua como si estuviéramos en un parque acuático y el caimán fuera una colchoneta? Por Dios, tómatelo un poquito más en serio. —Fruncí el ceño, pero es que me tuve que reír de imaginarnos a los dos en el agua, subidos al caimán como si fuera una colchoneta.

—Si se acerca, te lanzo a ti primero y después me tiro yo. Pero solo si es necesario.

—¡Qué generoso por tu parte! La madre que te parió. —Volteé los ojos y le escuché reír por lo bajo.

Nos quedamos mirando al caimán y vimos cómo se giraba, deslizándose lentamente en el agua, para continuar con su tranquilo día tomando el sol, y Mike nos llevó a continuar con ese paseo por las tranquilas pero infestadas aguas de caimanes de los Everglades.

Vimos algunos caimanes más: solitarios tomando el sol como ese, grandes, pequeños, grupos de cuatro e incluso alguno miraba hacia el bote de tal modo que por un momento pensé que se lanzaría a por nosotros, pero afortunadamente no lo hizo, porque ya me veía siendo la cena de alguno de ellos.

No, no me atraía nada la idea de morir allí como si fuera una pobre chica en una película de terror de serie B. Había viajado a Miami con la intención de celebrar una boda y, en el camino, había conocido al hombre del que me había enamorado, aun sin deber hacerlo; realmente no se podía ser más tonta. No había venido hasta aquí para terminar siendo un bocadillo para un caimán.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte y cuando vi el cielo teñirse con esos bonitos tonos naranjas y rosados, mientras el bote avanzaba hacia el final del trayecto de un paseo que no iba a olvidar nunca, cogí el móvil para hacer una foto a esa preciosa imagen que tenía ante mí. Eric, me lo quitó para hacerme una a mí con ese bonito cielo de fondo. Sonreí al verla porque había quedado preciosa, y más lo hice cuando se acercó a mí para darme un beso suave en los labios antes de pasarme el brazo por los hombros.

Aún sentía ese amor-odio por él, aún me dolía que me hubiera mentido de ese modo y que tuviera unos vídeos de lo más comprometidos con los que asegurarse que iba a ayudarle con el asunto de Liam, y a pesar de todo, entre sus brazos podía decir, sin miedo a equivocarme, que me sentía muy segura.

jodido con una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué divertido. ¿Y luego qué? ¿Nos lanzamos al agua como si estuviéramos en un parque acuático y el caimán fuera una colchoneta? Por Dios, tómatelo un poquito más en serio. —Fruncí el ceño, pero es que me tuve que reír de imaginarnos a los dos en el agua, subidos al caimán como si fuera una colchoneta.

—Si se acerca, te lanzo a ti primero y después me tiro yo. Pero solo si es necesario.

—¡Qué generoso por tu parte! La madre que te parió. —Volteé los ojos y le escuché reír por lo bajo.

Nos quedamos mirando al caimán y vimos cómo se giraba, deslizándose lentamente en el agua, para continuar con su tranquilo día tomando el sol, y Mike nos llevó a continuar con ese paseo por las tranquilas pero infestadas aguas de caimanes de los Everglades.

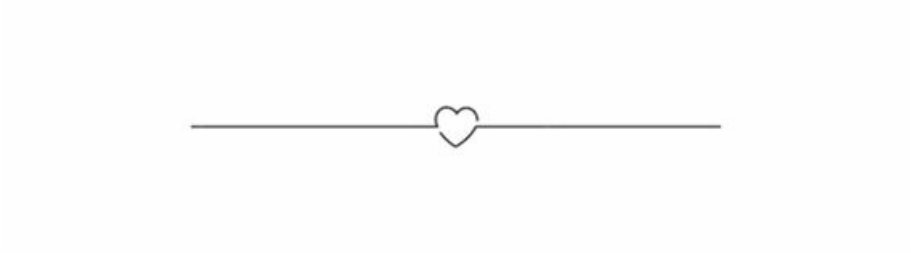
Vimos algunos caimanes más: solitarios tomando el sol como ese, grandes, pequeños, grupos de cuatro e incluso alguno miraba hacia el bote de tal modo que por un momento pensé que se lanzaría a por nosotros, pero afortunadamente no lo hizo, porque ya me veía siendo la cena de alguno de ellos.

No, no me atraía nada la idea de morir allí como si fuera una pobre chica en una película de terror de serie B. Había viajado a Miami con la intención de celebrar una boda y, en el camino, había conocido al hombre del que me había enamorado, aun sin deber hacerlo; realmente no se podía ser más tonta. No había venido hasta aquí para terminar siendo un bocadillo para un caimán.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte y cuando vi el cielo teñirse con esos bonitos tonos naranjas y rosados, mientras el bote avanzaba hacia el final del trayecto de un paseo que no iba a olvidar nunca, cogí el móvil para hacer una foto a esa preciosa imagen que tenía ante mí. Eric, me lo quitó para hacerme una a mí con ese bonito cielo de fondo. Sonreí al verla porque había quedado preciosa, y más lo hice cuando se acercó a mí para darme un beso suave en los labios antes de pasarme el brazo por los hombros.

Aún sentía ese amor-odio por él, aún me dolía que me hubiera mentido de ese modo y que tuviera unos vídeos de lo más comprometidos con los que asegurarse que iba a ayudarle con el asunto de Liam, y a pesar de todo, entre sus brazos podía decir, sin miedo a equivocarme, que me sentía muy segura.

Capítulo 21



Según avanzaban los días, me ponía peor.

Porque sí, porque estaba nerviosa por cómo se tomaría Carola lo de Liam, y porque eso para mí supondría tener que poner fin a un mes lleno de risas, de momentos tiernos, de cariño y de pasión.

Me había enamorado de Eric, pero es que ese hombre me hacía sentir viva, especial, única a sus ojos. Me miraba como ningún otro hombre me había mirado antes, y cuando me acunaba entre sus brazos, sentía una paz inmensa.

Pero debía hacerme a la idea de que esto llegaba a su fin, y que lo nuestro había sido algo bonito el tiempo que había durado.

Esta noche habíamos decidido salir a cenar fuera, como tantas otras, y después me apeteció pasear, de ese modo me aseguraba el poder compartir más tiempo con Eric mientras estaba despierta, porque, por desgracia, la cuenta atrás se había puesto en marcha y no podía detener el tiempo por mucho que quisiera hacerlo.

La calle parecía estar viva con el bullicio de la noche, y en el aire flotaba una mezcla de cigarro cubano, café recién hecho y la cálida música de los tambores que se escuchaba más con cada paso que nos acercábamos a ellos

Las luces de neón en las ventanas de los bares brillaban de tal modo que parecían invitar a todo aquel que pasara por delante de ellas a unirse al ritmo de la noche.

Little Havana, la zona a la que habíamos llegado paseando, realmente estaba llena de vida, y el pequeño grupo que se encontraba tocando en aquella esquina lo sabía.

—¿Un baile, mi querido guardaespaldas? —pregunté con una sonrisilla pícara y juguetona.

—¿Estás segura de que sabes bailar salsa? —Eric arqueó la ceja, y una sonrisa traviesa asomó a sus labios.

El muy jodido sabía cómo bailar porque llevaba el ritmo latino en las venas, pero ya había comprobado en la boda de su primo y mi mejor amiga que yo sabía defenderme bien en estos bailes.

—Obvio, así que dale, sígueme el ritmo —dije cogiéndole de la mano y le llevé hacia la zona donde había varias parejas que sí se veían profesionales en este tipo de bailes.

—Sabes que bailar así resultará peligroso, ¿verdad? —preguntó en un susurro bajo, tan cerca de mi oído, que me estremecí al sentir su cálido aliento acariciándome el cuello.

—El que tiene peligro eres tú, no el baile —respondí mirándole por encima del hombro y soltó una carcajada antes de besarme.

Fuimos hacia el centro de la improvisada pista de baile que habían formado aquellas parejas frente al pequeño grupo de músicos locales, sintiendo cómo la melodía suave de la salsa llenaba el aire, haciendo que todos los que bailaban allí se movieran con la facilidad de quienes parecían haber nacido bailando.

—Mi madre decía que el baile se basa en la conexión de las dos personas. Ambas tienen que sentir la música y el ritmo, y moverse dejándose llevar por ellos —me dijo mientras nos hacía girar a los dos.

Era alucinante verle bailar, ese movimiento de caderas que tenía, el modo en el que me llevaba me hacía girar como si no pesara nada, como si de una simple pluma entre sus manos se tratase.

Por un momento me perdí en sus ojos, esos que brillaban con lo que sin duda era una mezcla de felicidad y nostalgia. Pero entonces me miró a mí, sonrió y sentí que en ese momento nada más le importaba, nada excepto yo.

Me sentía libre en ese momento, feliz, viva como nunca antes, sin la timidez que una vez tuve, sin el miedo de que me fallaran de nuevo, sintiendo la música bajo mi piel como estaba segura de que diría la madre de Eric, guiada por él en cada paso y el calor de su cercanía.

A nuestro alrededor el resto de la gente seguía bailando, pero en este momento me sentía como si él y yo estuviéramos en nuestro propio mundo, ese para el que apenas quedaban unos días para que se desvaneciera.

Estaba segura de que no habría nadie como Eric para llevarme en estos bailes, y nunca más bailaría con nadie del modo en el que lo hacía ahora con él.

La música acabó y nos quedamos ahí por un momento, mirándonos, sabiendo que la noche podía continuar todo lo que nosotros quisiéramos, siendo libres de bailar, de besarnos, de sentir nuestros cuerpos de ese modo tan sensual.

—¿Qué te parece si seguimos bailando? Veo que tienes mucho que enseñarme —dije con una risilla.

—Solo si me prometes una cosa.

—¿Qué?

—Siempre me vas a mirar así, que nunca dejarás de sonreírme de ese modo —respondió mientras sus ojos azules me atravesaban el alma y hacía que me enamorase un poco más de él, si es que eso era posible.

Y entre aquellas parejas que eran mucho más profesionales que nosotros, Eric y yo seguimos bailando, como si el resto del mundo no existiera, tan solo esta cálida noche en Little Havana.

No podía dejar de sonreír, y es que me sentía tan a gusto y feliz en este momento con Eric, que no se me iba esa sonrisilla de los labios.

Seguimos bailando al ritmo de la música, haciendo esos movimientos y giros en los que Erica tenía todo el control mientras yo me dejaba llevar.

Así estuvimos durante un par de canciones más, hasta que escuché los acordes de una que conocía bien y que sonó en la boda de Carola.

No tardaron los de aquel grupo local en comenzar a cantar esos versos que Marc Anthony y La India cantaran años atrás.

Mientras bailaba, me quedaba con partes de esa canción que me recordaban a lo que estaba viviendo en estos días con Eric.

«Y vivir, vivir lo nuestro. Y amarnos hasta quedar sin aliento…»

Como tantas veces en este mes que había pasado con él, volvía a pensar que, ojalá, Eric y yo nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, que no me hubiera mentido para acercarse a mí y que no fuera el primo detectiv del marido de mi mejor amiga, quien quería abrirle los ojos y acabar con esa felicidad que ella creía estar viviendo.

En ese momento de la noche, rodeados de desconocidos, pero sin dejar de mirarnos, de querer besarnos y de qu las ganas de sentirnos se hicieran aún más presentes, el ritmo de la salsa se apoderó de tanto de nosotros que parecía que lleváramos bailando juntos toda la vida.

Seguimos con esas risas que no nos abandonaban, pero también con las miradas cómplices que compartíamos y que en este momento vi que la suya era más intensa que de costumbre.

Giramos hacia el centro de la pista con nuestros cuerpos muy pegados, sumidos en el ritmo de la música que no envolvía, inmersos el uno en el otro, en esos roces, en esos gestos, en la manera en que parecía acariciarme con la mirada.

La música iba cambiando y las parejas a nuestro alrededor seguían bailando, había quienes pasaban por la zona paseando y se quedaban a vernos a todos, aplaudiendo cada vez que una canción acababa y daba comienzo a otra.

Eric me mantenía bien pegada a él, me rozaba con la rodilla entre mis piernas y sonría de ese modo pícaro y seductor a partes iguales que tan nerviosa me ponía.

Me guiaba de tal manera que cuando me hacía girar y volvía a atraerme hacia él, acababa a solo unos centímetros suyos y ambos nos mirábamos los labios queriendo besarlos.

Fue él quien se inclinó tras quedarnos quietos en el centro de aquella pista de baile, apoderándose de mis labios en un beso tan apasionado que sentí que todo mi cuerpo se estremecía.

Llevó la mano a la parte baja de mi espalda y me pegó aún más a él, haciendo que notara el modo en el que su miembro me rozaba y que deseara tenerle desnudo, entregándose por completo a mí.

Esa noche resultó ser simplemente mágica; me di cuenta una vez más de que entre nosotros existía una química y una conexión. Era evidente que este hombre, del que me había enamorado de manera inesperada y sin buscarlo, dejaría una huella imborrable en mi corazón.

No quería llorar, no lo había hecho delante de él ni una sola vez estos días, a pesar de que en muchas ocasiones tuve ganas de hacerlo. Sin embargo, sentía el modo en el que se me formaba ese nudito en la garganta y se me humedecían los ojos al pensar que en poco tiempo, en apenas unos días, todo esto habría terminado y quedaría atrás en nuestras vidas, esas que seguirían adelante sin tener al otro al lado.

—Te dije que bailar así resultaría peligroso —susurró mirándome fijamente mientras me acariciaba la mejilla.

—¿Y cuál ha sido el peligro, si puede saberse?

—Que estoy deseando llegar a casa para tenerte desnuda y a mi merced en mi cama —respondió con un tono ronco y bajo que me resultó sensual y excitante a partes iguales.

La música iba cambiando y las parejas a nuestro alrededor seguían bailando, había quienes pasaban por la zona paseando y se quedaban a vernos a todos, aplaudiendo cada vez que una canción acababa y daba comienzo a otra.

Eric me mantenía bien pegada a él, me rozaba con la rodilla entre mis piernas y sonría de ese modo pícaro y seductor a partes iguales que tan nerviosa me ponía.

Me guiaba de tal manera que cuando me hacía girar y volvía a atraerme hacia él, acababa a solo unos centímetros suyos y ambos nos mirábamos los labios queriendo besarlos.

Fue él quien se inclinó tras quedarnos quietos en el centro de aquella pista de baile, apoderándose de mis labios en un beso tan apasionado que sentí que todo mi cuerpo se estremecía.

Llevó la mano a la parte baja de mi espalda y me pegó aún más a él, haciendo que notara el modo en el que su miembro me rozaba y que deseara tenerle desnudo, entregándose por completo a mí.

Esa noche resultó ser simplemente mágica; me di cuenta una vez más de que entre nosotros existía una química y una conexión. Era evidente que este hombre, del que me había enamorado de manera inesperada y sin buscarlo, dejaría una huella imborrable en mi corazón.

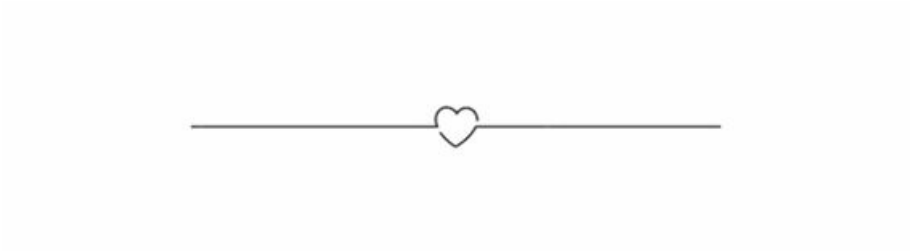
No quería llorar, no lo había hecho delante de él ni una sola vez estos días, a pesar de que en muchas ocasiones tuve ganas de hacerlo. Sin embargo, sentía el modo en el que se me formaba ese nudito en la garganta y se me humedecían los ojos al pensar que en poco tiempo, en apenas unos días, todo esto habría terminado y quedaría atrás en nuestras vidas, esas que seguirían adelante sin tener al otro al lado.

—Te dije que bailar así resultaría peligroso —susurró mirándome fijamente mientras me acariciaba la mejilla.

—¿Y cuál ha sido el peligro, si puede saberse?

—Que estoy deseando llegar a casa para tenerte desnuda y a mi merced en mi cama —respondió con un tono ronco y bajo que me resultó sensual y excitante a partes iguales.

Capítulo 22



El mes se estaba acabando, en solo dos días todo llegaría a su fin.

La luna de miel de mi mejor amiga, todo lo que su marido había maquinado para llegar hasta ella y su dinero, lo que fuera que hicieron los tíos de Eric en el pasado, lo que el propio Liam hizo con otras mujeres como Carola, y lo que había entre Eric y yo.

Eso era lo que peor llevaba porque no quería separarme de él. Si se pudiera detener el tiempo, lo haría, o me quedaría en bucle viviendo este último mes a su lado, compartiendo esos momentos de risas, de miradas que me hacían sentir única, viva, de esos besos y caricias que me llevaban al cielo y con los que, cada día que pasaba, me daba cuenta de que mis sentimientos por él, a pesar de cómo había empezado todo, eran cada vez más fuertes.

Porque sí, ahora entendía a Carola y que se hubiera enamorado de un hombre en apenas unas semanas, porque eso mismo me había ocurrido a mí.

¿Por qué tenía que ser la vida tan injusta? ¿Por qué nos ponía delante a esa persona a la que nuestro corazón elegía amar para después arrebatárnosla?

Aquellos que nunca han experimentado el amor verdadero no pueden comprender la profunda tristeza que se siente al tener que despedirse de esa persona especial.

Yo tenía mi vida en España y estaba claro que podría mudarme donde quisiera, pero si Carola me creía y no quería quedarse aquí al lado de un hombre que tan solo la había utilizado y quería seguir haciéndolo durante años, volveríamos las dos a casa dejando todo y a todos atrás.

Mi parte del trato al que había llegado con Eric mediante el chantaje con esos vídeos que tenía en su móvil estaba llegando a su fin. Hablaría con ella y conseguiría lo que pudiera sobre Liam para ayudarle, pero hasta ahí.

Y en el proceso, hasta llegar a ese momento, me había enamorado de él de tal manera que no quería marcharme

De locos, sí, a quien me dijera que todo esto era de locos le daba la razón, pero ¿quién no se había enamorado de alguien de tal manera que hubiera hecho lo impensable por estar al lado de esa persona?

La brisa cálida del mar acariciaba suavemente mi piel mientras caminaba con Eric por la orilla de la playa de South Beach. La luna llena iluminaba el cielo, reflejándose en las aguas tranquilas cuyas olas susurraban, acercándose hasta nuestros pies. Era una noche tranquila, la última que habíamos decidido salir de casa, pues al día siguiente queríamos dejar todo lo que iba a contarle a Carola bien atado para que no se me olvidara nada.

Habíamos cenado en un restaurante allí cerca, y como en las últimas noches que salimos de casa, yo no quería volver a encerrarme en ella para quedarme dormida y perder ese tiempo al lado de Eric, así que le pedí dar un último paseo nocturno por esa playa que nunca olvidaría.

—Me quedaría aquí a vivir —dije en un susurro mirando el horizonte, ese lugar donde el cielo y el mar se fundían en una línea tenue y difusa—. Bajo este cielo, con la brisa, las palmeras… —suspiré, porque sin duda estaba soñando despierta.

Eric se detuvo en seco, lo que me llevó a hacer lo mismo, y se colocó frente a mí, fijando su mirada en mis ojos Aquellos ojos azules, que siempre me habían fascinado, me observaron con un brillo cálido que me envolvió por completo.

—¿Y por qué no te quedas? ¿Quién te lo impide? —preguntó en tono bajo mientras me acariciaba el interior de mis muñecas dado que me tenía cogida por ambas manos.

Sonreí mientras volvía a mirar hacia la inmensidad del mar, suspiré y hablé con calma.

—No es que me lo impida nada ni nadie, pero sabes que quiero a mi amiga lejos de ese hombre —dije volviendo a mirarle—. Ella no merece que la utilicen, ya sufrió por culpa de su ex y no quiero que lo haga de nuevo.

Eric se acercó un poco más a mí sin apartar esos bonitos ojos de los míos, llevó la mano a mi mejilla y cuando noté ese tacto suave y cálido, cerré los ojos unos breves instantes para disfrutarlo, porque cuando todo esto acabara, no iba a volver a sentirlo nunca más.

—Todo va a salir bien, pequeña —me dijo antes de inclinarse y darme un beso suave en los labios.

—Estos días han estado bien, y no me fui a ningún hotel. —Le escuché reír—. Me he sentido a gusto, Eric.

—Si te hubieras ido a un hotel, te habría seguido, y lo sabes.

—No, eso lo hacen las personas que están enamoradas y nosotros no lo estamos. — Reí.

—Pero algo sentimos. —Me miró con una sonrisa ladeada—. ¿Acaso vas a negar que entre nosotros hay una química y una conexión muy fuertes?

—No, eso no, a la vista está. Pero de ahí a sentir algo…

—Yo sí que siento —dijo, y me quedé sin palabras por un momento hasta que conseguí encontrar voz para preguntar.

—¿Qué sientes exactamente?

—Siento que cada momento que paso contigo es más real que cualquier cosa que haya vivido antes. Siento que cuando te miro, veo una gran persona, una mujer fuerte y valiente que haría lo que fuera por no ver sufrir a las personas que quiere. Siento lo que hay entre nosotros desde el primer momento que te vi. —Me acarició la mejilla.

No, aquella no era una declaración de amor ni mucho menos, pero sí que era abrir el corazón a otra persona.

.

Esa forma en la que me miraba, como si fuera la única persona en el mundo que le importara en este instante. Como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido y solo estuviéramos nosotros dos bajo el cielo estrellado de esa noche en la playa.

No lloré, pero ganas no me faltaron, esa era la verdad. Porque no podía tener lo que quería con él, y eso dolía, dolía mucho.

—¿Alguna vez has sentido que no estabas completo? —pregunté, abriendo mi corazón sin decirle realmente lo que sentía por él.

—Las personas pasan por la vida buscando algo que les haga sentir completos, y de repente —respondió con la mirada fija en mí—, llega alguien que lo cambia todo. Alguien que te hace reír, que te da ese cariño que sentías que te faltaba, y que hace que cada segundo cuente y sea perfecto.

Mi corazón se detuvo, así, tal cual, al escuchar aquello. Por cómo lo decía y cómo me miraba ¿sería posible que se hubiera enamorado?

No quería hacerme ilusiones porque seguro que Eric en el fondo era como su primo, un hombre que no se ataba a nadie y que posiblemente estuviera cada mes con una mujer diferente.

—Ha sido un mes muy bonito —dije sonriendo, controlándome para no llorar y sin apartar los ojos de él—. Gracias por cada momento que me has hecho vivir, y por tratar de que olvidara un poco todo eso a lo que vamos a enfrentarnos en un par de días.

—Me alegra escuchar eso, porque para mí también han sido momentos muy especiales, pequeña. —Volvió a acariciarme la mejilla mientras yo deseaba que no acabara el mes, que no continuara avanzando el tiempo. Eric se

inclinó y me besó de nuevo.

Me mataba todo esto, porque ese hombre me hacía sentir tantas cosas que nunca había experimentado.

Con una sonrisa suya hacía que la mía aflorara, con un abrazo conseguía que el mundo a mi alrededor desapareciera, que solo existiéramos nosotros en ese instante.

Y cuando me miraba como si fuera lo único que existía para él, mi corazón siempre comenzaba a latir más rápido. Era algo inexplicable porque para quien no había sentido todo aquello, esto no sería más que una locura.

Con el mar como testigo, así como la luna y las estrellas, mientras sentía la arena bajo mis pies, dejé que Eric me besara suavemente, sin prisas, como si el tiempo se hubiera detenido, que era lo que me gustaría que ocurriera de verdad.

El beso fue lento, tierno y cálido, uno que hablaba de todo lo que había vivido con él en este poco tiempo.

Cuando nos separamos, y mientras él me rodeaba entre sus brazos, le miré fijamente, quería grabar cada detalle de su rostro en mi mente, a pesar de que lo había hecho cada día que habíamos pasado juntos.

—Voy a echar esto de menos —dije con un suspiro—. Pasear, disfrutar de cada rincón de Miami, de las noches bajo el cielo caminando por la arena.

—¿Y a mí? —preguntó, haciendo que mi corazón latiera aún más fuerte.

Claro que le iba a echar de menos, pero no podía decirlo tan abiertamente porque, cuando esto acabara, él no me acompañaría a España por mucho que dijera.

—Puede que un poquito sí, la verdad. Has sido una buena compañía después de todo.

—¿Solo una buena compañía? Algo he hecho mal en este mes, entonces —resopló y me eché a reír.

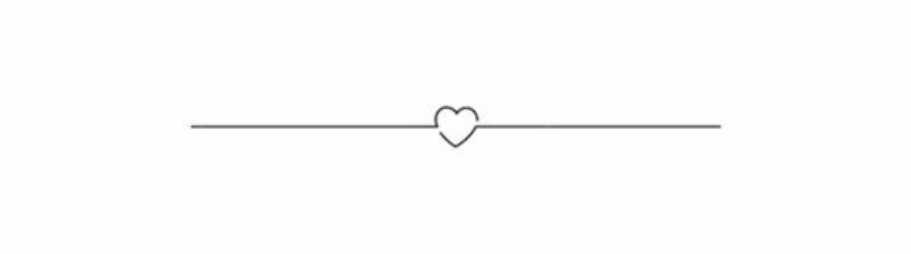
No, él no había hecho nada mal, salvo por los primeros momentos en los que me mintió para utilizarme contra su primo, pero no podía confesarle que me había ido enamorando cada día un poco más con su manera de ser, de actuar y de tratarme.

Volvió a entrelazar nuestras manos y seguimos caminando juntos, bajo el cielo estrellado que cubría South Beach, acompañados por el mar, las olas, la luna…

No podía dejar de sentir que el amor me había llegado de la manera más sorprendente, y que por mucho que quisiera no podría tener al hombre del que me había enamorado.

e

Capítulo 23



Por fin había llegado el momento de encontrarme con Carola. Ella regresó el día anterior y habíamos quedado para desayunar juntas en una cafetería de Miami Beach. El caso es que ella fue la que me dijo de quedar tempranito.

Iba nerviosa. Eric me dejó a escasos metros y dijo que aparecería un poco más tarde para que me diera tiempo a hablar con ella un poco y ponerla al tanto de todo, ya que con los dos se podía asustar más.

—Relájate y explícale todo —me dijo antes de que me bajara del coche.

—Dios, estoy tranquila porque es mi amiga y sé que confía en mí, pero por otro lado me da mucho miedo…

—Shhh… Nada de miedo. Lo harás genial.

—Bueno, ahora te aviso.

Me dirigí hacia la terraza en la que habíamos quedado y me acomodé en un rincón que había libre, donde estaríamos más tranquilas. Me encendí un cigarrillo mientras la esperaba y me traían el café.

Apareció abriendo los brazos. Levanté la mano para saludar a Liam, que estaba dentro del coche y ya se marchaba. Solo había venido a traerla.

—¿En serio llevas un mes aquí? Te juro que estoy flipando, hermana —me decía sentándose y agarrando mis manos—. No sabes la alegría que me da verte.

—Y a mí también. Tenemos mucho de lo que hablar…

—No lo sabes tú bien —suspiró.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Que la he cagado, Ingrid, que la he cagado.

—¿Con qué?

—Casándome con Liam.

—Ay, Dios, que pensé que la bomba la iba a soltar yo.

—¿Qué bomba?

—Nada, nada, cuenta tú primera —le pedí nerviosa.

—Liam no es como yo creía que era, he descubierto muchas cosas en este viaje que me han dolido mucho, pero he tenido que disimular.

—¿Cosas como qué?

—¿Has estado con Eric?

—Sí, ¿por?

—Porque lo ha tenido al tanto de todo. Yo sabía que estabas en su casa y que me estabas mintiendo.

—¿Cómo que lo ha tenido al tanto de todo?

—Nos están engañando a las dos… Creo que saben que tenemos mucho dinero.

—Pero según Eric…

—El malo era Liam —dijo cortándome—. Ha estado ganando puntos para más adelante aprovecharse de ti, estoy segura.

—Ay Dios, pero si me enseñó pruebas… ¿Y cómo sabes todo eso?

—Un par de días antes de la boda, descubrí unos mensajes que me pusieron bastante nerviosa. Decidí no comentar nada al respecto, pero durante el viaje noté que hacía llamadas cuando pensaba que yo estaba dormida y se escabullía al balcón o a la puerta. Eso fue durante los tres primeros días que estuvimos en Tailandia.

La cuestión es que conseguí escaparme un rato fingiendo que me había perdido en Bangkok, y aproveché para comprar un dispositivo más fino que un folio y pequeño que logré esconder en la funda del móvil de Liam. Desde mi teléfono, pude escuchar con unos auriculares todo lo que estaban hablando, y mencionaron algo sobre la necesidad de asegurar nuestro dinero.

—Pero tiene vídeos míos…

—Están hechos con inteligencia artificial, se mofaron de ello. ¿No te diste cuenta?

—Ay, Dios, me va a dar algo.

—El problema es que el día antes de la boda descubrí que estaba embarazada…

—¿Estás embarazada?

—De casi tres meses, pero él no lo sabe ni lo puede saber. Tenemos que irnos de aquí. Dime que no tienes el pasaporte en su casa.

—No, lo tengo conmigo, siempre lo llevo en mi bolso.

—Yo también.

—El problema es que Eric está por aquí esperando a que lo llame para venir a enseñarte esas pruebas que ya sé que son mentira. —Solté el aire—. Estás embarazada, amiga. —Cogí el aire y lo solté de nuevo, porque esto sí que daba un giro a todo.

—Ponle un mensaje diciéndole que vamos a pasear toda la mañana y comeremos juntas, que luego lo avisas, ya que necesitas tiempo para ir poco a poco hablando conmigo.

—Vale.

Le escribí el mensaje y me contestó que, sin problemas, que así él aprovechaba y pasaba por su despacho para revisar unas investigaciones.

No me fiaba ni un pelo y salimos por la puerta de atrás como si entrásemos al servicio. Ya nos esperaba un taxi que habíamos pedido y que nos llevó directas al aeropuerto donde, después de volvernos locas con varias compañías, conseguimos unos asientos en un avión que salía en seis horas. Las azafatas fliparon cuando dijimos que no llevábamos equipaje.

Todas nuestras cosas se quedaban atrás, bueno, lo peor era de ella, que lo tenía todo en la casa de Liam, pero no quería ir ni a recogerlo. Como decía, por suerte tenía dinero para llenar rápido el armario.

—Lo amaba, Ingrid —murmuró con tristeza cuando estábamos acomodadas en el sillón del avión.

—Y yo —confesé con un nudo en la garganta.

—¿Lo amabas?

—Sí, me hizo sentir muchas cosas y ya hasta lo echo de menos.

—Hijos de puta. Nos destrozan el corazón, intentan dejarnos sin nada y, para colmo, estoy embarazada. ¿Te lo puedes creer?

—Y también casada, que te recuerdo que deberás divorciarte. Tendremos que buscar unos abogados compatibles con América o como sea, pero hemos de averiguarlo lo antes posible para que puedas resolver tu situación.

—Pues no quiero darle el divorcio, mejor lo dejo puteado.

—No empieces con tus niñerías. Tienes que desarraigarte de él por completo.

—Pero voy a tener un bebé de él, es una faena, no quiero que se entere, pero ¿y si lo hace y tira de cuentas? Va a saber que es el padre.

—Vamos a relajarnos, retomar nuestras vidas, buscar unos abogados y que nos asesoren en todo.

—¿Y si vienen a España a buscarnos?

—¿Y si, dices? —resoplé— Seguro que vienen, vamos, me arriesgo a decir que sí, pero debemos estar preparadas y en nuestro terreno. Allí nos movemos mejor.

—¿Y si me ve redondita?

—Joder con la niña de los «y si…». —Volteé los ojos y solté el aire—. Y si te ve, que se curre todo su papel como padre y ya. No vamos a estar con ellos, pero, hija, te hizo un bombo, sus derechos como padre los tiene.

—¿Me estás diciendo que se va a llevar a mi bebé?

—Ya empezamos con las novelas de drama del mediodía. —Volteé los ojos—. Nos han engañado, tenemos que hacerles ver que los queremos muy lejos y, a partir de ahí, si quiere ver a su bebé y ser un padre presente, tendrá que pedirlo a los tribunales.

»Que le den el derecho no significa que te lo quitará, sino que tendrá sus visitas y cuando sea más mayor habrá fechas en que se lo podrá llevar a Estados Unidos. No creo que un juez os dé la custodia compartida estando tan lejos, pero vamos, eso lo tendrá que decir un abogado. Todo saldrá bien, el caso es que estemos alejadas de ellos.

Una parte del vuelo la pasamos durmiendo, pero la otra, comiéndonos el coco, tristes y un tanto preocupadas. A

estas alturas ellos sabían de sobra que estábamos volando hacia España, lo tenía más que claro.

Desde el momento en que decidimos abandonar el país, tiramos nuestras tarjetas móviles por la carretera de camino al aeropuerto. En mi caso, había adquirido una tarjeta americana solo para estos días, ya que mantenía mi número de España, el cual ninguno de los dos lo tenía. Carola tendría que conseguir una nueva cuando llegásemos, ya que la anterior la dio de baja antes de mudarse definitivamente a Miami. No había forma de que pudieran localizarnos, pero Liam conocía mi dirección porque había estado en mi casa una vez.

Aterrizamos cuando apenas eran las siete de la mañana y tomamos un taxi hasta mi casa. Una vez allí, nos dimos una ducha, nos vestimos con mi ropa y salimos a hacer la compra. Pero antes, hicimos una parada para disfrutar de un buen desayuno, ya un tanto más relajadas.

Después de hacer la compra, regresamos a casa para dejarlo todo. Ella se quedó organizando las cosas mientras yo aproveché para visitar a mi padre un ratito. Se puso muy contento al verme.

—Hija, qué guapa y morenita estás.

—Papá, yo a ti sí que te veo bien. —Nos dimos un abrazo antes de entrar.

—Tenía ganas de hablar contigo personalmente. Por teléfono ya sabes que no me gusta hablar ciertas cosas.

—¿Pasó algo?

—Me estoy viendo con una mujer desde hace un tiempo, y cada vez estamos más unidos.

—Papá, eso es genial, me encanta que estés viviendo un momento así. —Le acaricié la cara—. ¿Y quién es la afortunada? No será la vecina de la música —sonreí, y me miró con cara de terror.

—No, no, esa mujer me volvería loco en otro sentido. —Rio—. Se llama Isabel, tiene cincuenta y cuatro años y lleva tres décadas trabajando como limpiadora en el hospital. Tiene una hija de nueve años, fruto de su matrimonio con un hombre que falleció antes de que Kara, su hija, pudiera conocerlo.

—¿La conoces?

—Sí, es muy divertida y cariñosa.

—Papá, disfruta sin remordimientos y sé muy feliz.

—Hoy he quedado con ella para comer y pasar el sábado en la calle.

—Qué bueno. Ya me las presentarás.

—Cuando quieras, cariño.

Estuve un ratito con él antes de regresar a mi casa, en donde me encontré a Carola preparando unas albóndigas en salsa de champiñones que le salían riquísimas.

Le conté lo de mi padre y se quedó tan a cuadros como yo. La verdad es que no nos lo esperábamos para nada, y la sorpresa había sido enorme. Eso le vendría genial para cambiar un poco el estilo de vida tan sedentario que tenía.

—Nunca me imaginé que tu padre estuviera en una situación así —dijo Carola, mientras movía las albóndigas con una cuchara de madera.

—Yo tampoco, amiga. Pero me alegra verlo tan feliz. Es como si de repente todo encajara para él. Tenías que haberle visto la cara, esa mirada y la sonrisa que tenía —dije.

Carola asintió, pero su expresión seguía siendo pensativa. Parecía que había algo más en su mente, algo que no terminaba de soltar.

—Ingrid, ¿tú crees que todo lo que hicimos fue lo correcto? —preguntó de repente, sin mirarme directamente.

—¿A qué te refieres exactamente? —respondí, sorprendida por el tono serio que había empleado.

—A todo. Dejarlo todo atrás, huir. No me malinterpretes, sé que no teníamos muchas opciones, pero… siento que lo que hemos hecho es escapar, y ya. —Carola dejó la cuchara a un lado y se sentó junto a mí. Sus ojos se llenaron de una tristeza que no había notado antes.

—¿Qué más podíamos hacer? Si nos quedábamos, nos habrían destruido, Carola. Nos usaron y nos mintieron. No nos dejaron otra alternativa.

—Lo sé, pero ¿y el futuro? ¿Qué pasa ahora con nosotras? ¿Y mi bebé? —siguió, apretando los labios como si estuviera buscando una respuesta que no encontraba.

—El futuro… —repetí, pensativa— Ahora lo que tenemos es la oportunidad de empezar de nuevo. Debemos cuidar de nosotras mismas y de ese bebé, buscar algo que nos llene y que no tengas que depender de Liam.

Carola me miró fijamente, como si fuera la primera vez que realmente escuchaba esas palabras. Su rostro se suavizó y dejó escapar un suspiro.

—Tienes razón. Pero me duele que sea el segundo hombre que me falla así, como si yo no valiera nada.

—Vales mucho y lo sabes. Has podido comprobar por ti misma que puedes lograr lo que te propongas, así que es momento de volver a vivir y disfrutar de la vida. Por el bebé no te preocupes, porque tiene a su madre y a su tía Ingrid que siempre estarán ahí para cuidarlo y darle todo lo que necesite.

Carola asintió, pero su rostro seguía preocupado. Aún no entendía cómo el destino nos había arrastrado a todo esto, pero sabía que no podíamos quedarnos esperando a que alguien más tomara el control de nuestras vidas. y Necesitábamos tomar decisiones por nosotras mismas, y todo empezaba por dejar atrás a esos hombres que nos habían hecho tocar el cielo para después dejarnos caer sin el más mínimo remordimiento.

Estábamos juntas en esto y lo que viniera desde ahora, lo enfrentaríamos y resolveríamos.

El futuro podía ser un tanto incierto, pero parecía mucho más brillante cuando lo compartíamos con otra persona.

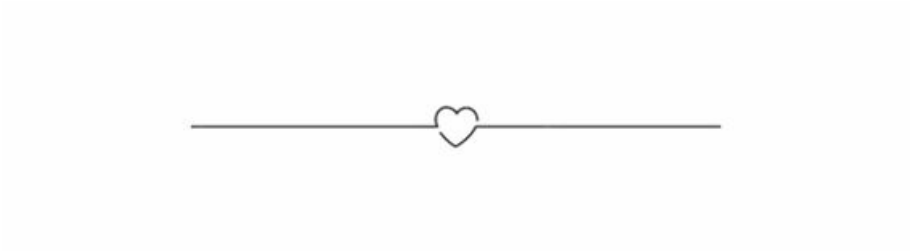
—Vales mucho y lo sabes. Has podido comprobar por ti misma que puedes lograr lo que te propongas, así que es momento de volver a vivir y disfrutar de la vida. Por el bebé no te preocupes, porque tiene a su madre y a su tía Ingrid que siempre estarán ahí para cuidarlo y darle todo lo que necesite.

Carola asintió, pero su rostro seguía preocupado. Aún no entendía cómo el destino nos había arrastrado a todo esto, pero sabía que no podíamos quedarnos esperando a que alguien más tomara el control de nuestras vidas. Necesitábamos tomar decisiones por nosotras mismas, y todo empezaba por dejar atrás a esos hombres que nos habían hecho tocar el cielo para después dejarnos caer sin el más mínimo remordimiento.

Estábamos juntas en esto y lo que viniera desde ahora, lo enfrentaríamos y resolveríamos.

El futuro podía ser un tanto incierto, pero parecía mucho más brillante cuando lo compartíamos con otra persona.

Capítulo 24



Llevábamos una semana instaladas en España y aún no teníamos noticias de los chicos. Estaba claro que tontos no eran, ya que Eric sabía que algo no había salido como esperaba y que nos habíamos quitado de en medio. Como decía Carola, si nada temieran, ya hubiésemos salido en los medios americanos, como mínimo, como chicas desaparecidas. Pero claro, ¿qué iban a denunciar ellos? ¿Que estaban buscando a las que los habían pillado con el carrito de los helados y que podíamos exponerlos mediáticamente como estafadores?

Eric me había fallado por completo al hacerme vivir algo que seguramente él no sintió como sí lo hice yo. De la misma manera que Liam lo hizo con Carola, que también lo estaba pasando francamente mal y tenía un problema mayor, ya que le unía a él algo de por vida.

Íbamos de camino a la ginecóloga donde habíamos conseguido una cita el mismo día que aterrizamos en España. La verdad es que seguía luciendo muy delgada dado el poco tiempo del que estaba.

La doctora nos recibió con una preciosa sonrisa y procedió a hacerle la eco, cuando en su cara pudimos ver algo que no nos gustó.

—¿Has tenido algún manchado excesivo o si al ir al baño has notado algo que no sea normal?

—No —murmuró ella.

—Es que no veo ni el más mínimo rastro de que haya habido siquiera un embarazo.

—¿No estoy embarazada? —preguntó ella, completamente sorprendida, levantando tan rápido la cabeza que parecía que iba a salir volando.

—No, no lo estás. ¿Cómo te enteraste de que estabas embarazada?

—Fui a un laboratorio a hacerme una prueba, y a las dos horas me dieron los resultados por teléfono.

—¿Por teléfono? —preguntó la doctora asombrada.

—Sí, y me dijeron más o menos de cuántas semanas estaba.

En ese instante, mi amiga y yo intercambiamos miradas y supimos que todo esto tenía la mano de Liam detrás. Seguramente la siguió y, vete tú a saber, lo que hizo para conseguir esos resultados que no tenían nada que ver co la realidad. No me cabía la menor duda de que, gracias a todos los contactos que tenían, les hubieran hecho el favor.

—Bueno, doctora, un placer. No me verás para la siguiente eco de este no embarazo, pero sí para la revisión del año que viene —dijo Carola, causando una carcajada en las dos—. Y eso que ya me había hecho a la idea de que iba a tener que cargar un carrito —suspiró.

—Ya te compro yo un bebé *reborn* y un cochecito de capota —dije tirando de ella y despidiéndome de la ginecóloga que se reía por la situación que acabábamos de vivir.

—Ya le vale, ya le vale —resopló Carola, dando por hecho que todo fue cosa de Liam—. Además, ese día me dejó cerca del laboratorio, estoy segura de que me siguió. ¡Qué cabrón!

La doctora me comentó que hay varias razones por las cuales puede que no baje la regla, y que es bastante común, especialmente por el estrés. Sin embargo, a bote pronto, todo parecía estar bien, aunque había que esperar los resultados de la citología para tener un diagnóstico más claro.

Después de ese gran descubrimiento, llegó otro, que ocurrió cinco días más tarde, cuando nos dimos cuenta de que el matrimonio de Carola no estaba registrado en España, lo que significaba que no tenía validez aquí. Sin su autorización él no podía registrarlo. Así que, a raíz de eso, decidimos investigar si la boda en los Estados Unidos había sido legal y estaba debidamente registrada como tal. Resultó ser el último gran descubrimiento… La boda había sido una pantomima.

En *shock*, así nos quedamos, completamente atónitas, con la mente a mil por hora, tratando de procesar la increíble información que nos acababan de dar. No podíamos creer que habíamos estado en compañía de dos tipos que no solo eran unos estafadores, sino que además eran unos manipuladores sin ningún tipo de escrúpulo.

En esos momentos hasta nos acordábamos de *Chusito*, su ex, que había quedado como un santo al lado del demonio que era Liam.

Tres semanas en España habían sido suficientes para descubrir todo, y para nuestra sorpresa, ese sábado por la mañana, justo cuando estábamos a punto de disfrutar de nuestro primer café del día, sonó el timbre de la calle.

Miré por el videoportero y vi que era un repartidor cargado de cajas e incluso mis maletas, esas que identifiqué nada más verlas. Nos quedamos las dos sorprendidas, sin poder creerlo.

Salimos a recoger los paquetes y las maletas. Le firmamos al chico y él nos ayudó a meter las cajas en dos veces

con un carrito de metal. Las maletas las cargamos nosotras mismas.

Cuando se marchó, comenzamos a revisar todo y no había nada que echásemos en falta, inclusos los regalos qu nnos habían hecho venían en esas cajas o maletas. Pero se delataban con ese gesto de enviarlo todo junto.

Lloramos porque era todo tan frustrante y de locos, que, si nos lo hubieran contado en vez de vivirlo, no nos lo creeríamos.

—Me dan ganas de coger las maletas y perderme por el mundo.

—No hay cojones —murmuré, sintiendo que yo también lo haría, y de buena gana.

Desde ese momento, nos dejamos la vida en planear un viaje para las dos que nos llenara de alguna manera. Queríamos vivir una experiencia única que nos trajera de vuelta esa chispa de frescura que tanto necesitábamos en nuestras vidas.

Nos unimos a varios grupos de Facebook dedicados a viajes de voluntariado organizado. La verdad es que nos resultó muy inspirador, y después de ver las fotos y leer las experiencias que compartían, decidimos lanzarnos a un proyecto que estaba a la vuelta de la esquina y que todavía tenía algunas plazas disponibles.

—¡Nos vamos a la selva de México! —gritó Carola y yo me reía, negando.

Era una locura total, pero nos hacía especial ilusión y estábamos súper entusiasmadas con esa idea. Hicimos el pago del proyecto, que incluía la donación y los vuelos, allí nos prepararían la comida todos los días, además nos darían nuestro alojamiento en una cabaña bastante decente.

Nos dedicamos a comprar cositas para llevar a los niños, ya que estábamos informadas de todo y sabíamos que siempre era de gran utilidad los cuadernos, colores, lápices y algunos juegos con los que poder hacer actividades allí con ellos.

Quedé con mi padre un día antes de irnos para que me presentase a su nueva ilusión. Habíamos quedado en vernos en una cafetería para merendar.

La cafetería estaba tranquila, con la luz suave y dorada de la tarde entrando a través de los amplios ventanales. En una mesa cercana, me encontré con mi padre, Isabel y su hija Kara, quienes, a bote pronto, me parecieron muy agradables.

La niña era un verdadero encanto y mostraba una educación increíble. No me sorprendió en absoluto ver lo bien que se llevaban; al contrario, me hizo sonreír verlos tan cómodos y felices juntos. Mi padre tenía la mirada brillante, la sonrisa fácil y se notaba que estaba completamente relajado allí con ellas.

Isabel tenía una mirada cálida y le hablaba con entusiasmo sobre algo. La niña mientras tanto, con su carita redonda, jugaba con una servilleta, escuchando en silencio, casi con una cierta prudencia.

Ambas eran preciosas, con una bonita melena de color castaño y los ojos marrones.

—Papá, ¡qué guapo estás! —le dije cuando me acerqué a la mesa, provocando que mi padre me mirara de inmediato y me dedicara una sonrisa orgullosa.

—Ah, ¿sí? —respondió, guiñándome un ojo— Es que hoy tengo una cita especial.

Isabel rio suavemente, y Kara levantó la vista de su servilleta para mirarme. Era increíble lo educada que se veía para su edad. Se me acercó tímidamente, como si estuviera evaluando si era lo suficientemente buena para hablarme.

—Hola, Ingrid —dijo con una vocecita dulce. Yo la miré con cariño y me agaché a su altura.

—Hola, Kara. Eres preciosa, ¿lo sabías?

—Tú también eres muy guapa.

—Ay, muchas gracias. —Le di un abrazo y ella me lo devolvió.

Me senté tras saludar también a Isabel y la conversación entre los cuatro fue de lo más fluida, la pequeña sonreía, me miraba y yo no podía evitar hacerle caricias en la mejilla.

Isabela era encantadora, y no me extrañaba que mi padre estuviera como estaba.

Le veía diferente, feliz como hacía años que no estaba, y eso me alegraba mucho, porque todo el mundo merece una segunda oportunidad en la vida para ser feliz, ¿verdad? ¡Lo que hacía el amor! Daba alegría verlo tan arreglado y con esa sonrisa que no se le quitaba de la cara.

La pequeña me estaba cautivando por completo, no había más, era un amor de niña.

—¿Puedo llamarte «Tata Ingrid»? —preguntó con la carita iluminada por la curiosidad, tras varios minutos de charla entre los cuatro, pillándome por sorpresa.

Mi corazón se detuvo por un momento, emocionada por su gesto. Nunca había tenido una hermana pequeña, y la idea de ser parte de la vida de Kara me llenó de ternura.

—¡Claro! Siempre he querido tener una hermana pequeña. Será un honor —dije, mientras sentía cómo el amor de este momento comenzaba a envolverme.

Isabel sonrió con dulzura, orgullosa de su hija, mientras mi padre observaba la escena con una mirada de satisfacción.

—¿Sabes, Ingrid? —comentó Isabel, mientras se inclinaba ligeramente hacia mí— Kara es como un sol. Te va a encantar ser parte de su vida. Y no solo eso, tú también vas a hacer que la nuestra brille más. Estoy tan feliz de que todo esté encajando.

Mi padre, que hasta ese momento había permanecido en un estado de tranquilidad absoluta, ahora me miraba con ojos llenos de un brillo especial, ese que había visto a mi vuelta de Miami.

—Estoy muy contento, hija. Y me alegra que lo veas. No había sido tan feliz en mucho tiempo —dijo, casi como si lo estuviera confesando por primera vez.

Pude ver en su rostro lo que no había visto en años: una paz y una calma que no conocía, como si finalmente hubiera encontrado su lugar. Me hizo inmensamente feliz verlo así. Todos merecemos una segunda oportunidad para ser felices. Nadie debería quedarse atrapado en el pasado, pero de verdad que era sorprendente lo que hacía el amor…

Isabel me preguntaba con emoción sobre el viaje que estaba contándoles que iba a hacer, y me animaba a vivir la experiencia. Kara, inocente, preguntó, como si todo fuera lo más natural del mundo.

—¿Por qué tienes que irte, Ingrid?

—Cariño, Ingrid tiene un gran viaje por delante. Pero ya verás, nos vamos a ver pronto, ¿verdad, Ingrid? —dijo Isabel.

Asentí y me levanté de la silla para darle un abrazo a Kara.

—Claro que sí, pequeña, pronto. Ya sabes, tata Ingrid siempre estará cerca —le dije, mientras la niña me devolvía un abrazo tímido pero sincero.

Al despedirme, quedamos en que a la vuelta haríamos una comida juntos y me marché para terminar de prepara las cosas, ya que salíamos al día siguiente y aún me quedaban por rematar algunas cositas.

Los nervios los teníamos las dos a flor de piel, y es que estábamos tan ilusionadas que queríamos que pasaran las horas rápidas.

Apenas pegamos ojo en toda la noche, ya que nos levantamos un montón de veces. Al final, terminamos por quedarnos a las seis de la mañana levantadas, tomándonos un café.

Era todo un tanto agridulce, pero prometimos que saldríamos de esta porque lo que era el corazón, nos lo habían dejado bien tocado y hundido.

Un taxi nos llevó al aeropuerto donde, después de facturar las maletas, nos dimos una vuelta por el exterior, ya que íbamos sobradas de tiempo. Compramos un café antes de salir para acompañarlo con el cigarrito.

—Es increíble todo lo que hemos vivido desde que me dejó mi ex —recordó el comienzo de todo justo antes de que nos tocara el premio que dio un inicio a tantas cosas.

—Ya te digo, y parece todo de película. Yo creo que escribimos un libro contando nuestras vivencias y nos toman por locas.

—¿Acaso no lo estamos?

—Pues sí, pero no me veo a las dos escribiendo una novela.

—Pero sí un mejor destino. Lo mismo lo próximo que nos tiene preparado la vida es algo tan bonito que nos hace olvidar de golpe a esos dos indecentes.

—Ojalá —suspiré antes de darle una calada al cigarro.

—¿Tú crees que aguantaremos un mes en la selva? —Se rio.

—No nos queda otra. —Me reí a carcajadas, porque la ilusión era tan grande que no habíamos considerado de verdad los contras de estar aisladas del mundo en unas condiciones un poco extremas.

Pero bueno, que si ella había podido pasar un mes fingiendo no saber nada de lo que le ocultaba su marido, y yo viviendo un amor de mentira con el hombre del que estaba enamorada hasta las trancas, podíamos con la selva y lo que nos pusieran por delante.

Una vez que pasamos todos los controles y nos montamos en el avión, Carola tuvo un golpe muy grande cuando nos acomodamos en primera clase y nos recibieron con una copa de champán.

—Ingrid, tía, esto no es normal, de vacaciones solidarias y en primera clase. Menos mal que las azafatas no lo saben o nos mirarían raro —dijo produciéndome una carcajada.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? Tenemos corazón y vamos a hacer algo muy bonito y especial, en unas condiciones, no precisamente de resort. ¿Por eso tenemos que renunciar a viajar de manera cómoda? Tú está fatal —le dije sin poder parar de reír.

El avión despegó y no tardaron en traernos la comida. Carola se estaba quedando dormida mientras intentaba

ı ingerir el bocado, estaba que se caía de sueño, y le tuve que dar dos codazos para que espabilara.

Tal y como terminamos de comer, pusimos nuestros asientos totalmente estirados y nos quedamos dormidas hasta que nos despertaron para decirnos que íbamos a aterrizar. Y es que, después de la noche que tuvimos, nos habíamos pasado el vuelo durmiendo.

›

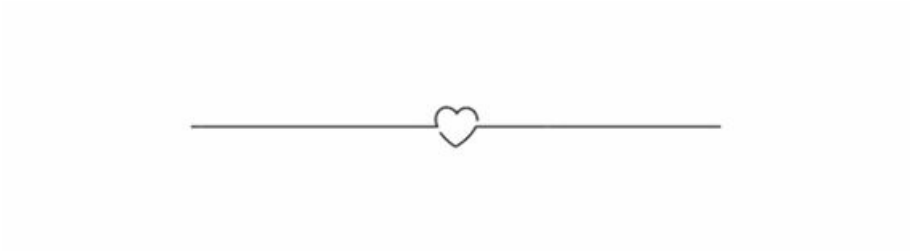
›

s

ingerir el bocado, estaba que se caía de sueño, y le tuve que dar dos codazos para que espabilara.

Tal y como terminamos de comer, pusimos nuestros asientos totalmente estirados y nos quedamos dormidas hasta que nos despertaron para decirnos que íbamos a aterrizar. Y es que, después de la noche que tuvimos, nos habíamos pasado el vuelo durmiendo.

Capítulo 25



La humedad que hacía en este país era de lo más agobiante, me recordaba a Miami, ya que estaba relativamente cerca.

Pasamos el trámite y recogimos las maletas, listas para encontrarnos con el conductor que nos estaba esperando con un cartelito en la mano. Nos llevó hasta el coche, donde metió nuestro equipaje en el maletero. Mientras nos fumábamos un cigarrillo, nos estuvo hablando, de una forma muy amable y simpática, sobre la aldea a donde nos dirigíamos.

Habíamos aterrizado en el aeropuerto de Cancún y ahora nos quedaba un largo recorrido por unas carreteras de lo más salvajes hasta llegar a nuestro destino.

Lo único que se me pasaba por la cabeza es que, si nos llegan a secuestrar en ese momento, no se hubiese enterado ni el tato. Estábamos adentrándonos en la selva más densa y oscura que os podáis imaginar.

Por lo menos, aproveché para hacer algunas fotos, así cuando pudiera enviárselas a mi padre, él tendría algo para saber dónde había desaparecido su única hija.

—Carola, no me comió un caimán en Miami, y aquí lo mismo muero devorada por una anaconda.

—¿Pero hay de eso? —Frunció el ceño.

—Yo qué sé, estamos en la selva, digo yo que aquí habrá toda clase de bichos.

—¿Y qué hacías tú con un caimán?

—Varios, que fui de excursión a verlos.

—Ya te vale. —Rio.

Tres horas tardamos hasta que finalmente llegamos a la pequeña aldea, que estaba compuesta por diferentes cabañas, unas más grandes que otras. Al acercarnos, vimos a unos niños que levantaban las manos emocionados

para darnos la bienvenida. Lo más bonito de todo es que la aldea estaba justo al lado de una cascada, que le daba mucha vida a ese lugar.

Gerardo, el conductor, nos presentó a Yamil, la sonriente cocinera, y también a su marido Balam, que a su vez nos comentó que el nombre significaba jaguar y brujo. Eran matrimonio y los dos trabajaban para la aldea; ella se encargaba de la cocina y él del mantenimiento. Contaban con un pequeño vehículo proporcionado por la ONG con la que habíamos venido, en caso de que surgiera alguna emergencia.

Ocho menores, casualmente, cuatro eran niños y cuatro eran niñas. Se fueron presentando en castellano ya que, por los proyectos, llegaban muchos españoles y le enseñaban su lengua, aunque realmente ellos allí hablaban solo el maya.

Algunos nombres eran de origen maya y me temía que nos iba a costar la vida aprenderlos, pero sabía que al final lo conseguiríamos. El que sí que se me quedó fue el de Kabil, el más pequeño del grupo, con apenas dos años y una sonrisa que nos tenía cautivadas.
El mayor de los niños tenía nueve años.

La historia de estos niños era realmente desgarradora, ya que un año atrás presenciaron el brutal asesinato de sus padres, quienes se negaron a irse de las tierras que consideraban su hogar y que eran un punto estratégico para el cultivo de marihuana.

Mientras el gobierno decidía sobre su futuro, los trajeron a esta parte de la selva, donde la ONG con la que habíamos venido se encargaba de ellos. Había dos grupos de hermanos: tres de ellos, Graciela, Miguel y Jorge, por un lado y mientras que los otros cinco, Leo, Nayeli, Mariana, Camila y Kabil, formaban el segundo grupo. A pesar de las sonrisas que nos regalaban continuamente, en sus ojos se podía observar el sufrimiento que llevaban dentro.

Eran unos ángeles, y todos con unas caritas donde, a pesar de lo dura que estaba siendo su vida, podía verse la inocencia de la infancia.

Les entregamos una bolsa de chuches a cada uno, sin que ellos supieran la cantidad de regalos que les íbamos a ir dando a lo largo de estos días. Se pusieron de lo más contentos.

Entre ellos había una niña que se llamaba Camila y que solo tenía cuatro años. Ella me agarró de la mano y me llevó hacia la cabaña que compartiría con Carola. Me hizo mucha gracia.

Balam nos ayudó con el equipaje y nos enseñó nuestro alojamiento, que nos impresionó por lo limpito que nos lo habían dejado y la de detalles que nos habían puesto para colocar la ropa y demás. Se notaba que la habían preparado con un inmenso cariño.

En la cabaña contigua estarían los demás participantes, ya que, según las bases, cada proyecto contaba con un

grupo de entre tres y cuatro voluntarios, que generalmente eran italianos y españoles. Yamil nos dijo que llegaríar en un rato.

Si algo me animaba de verdad, era la cascada, que tenía un lago precioso donde podríamos darnos un chapuzón y refrescarnos cuando nos apeteciera.

—Yo voy a echar de menos las cervecitas —decía Carola mientras sacábamos nuestro equipaje y todo lo que habíamos traído para los niños, para irlo dando poco a poco.

Había una carpa grande que es donde se hacían juegos, clases y demás, estaba con mesitas y una pizarra. Justo al lado, otra carpa con la cocina y las mesas para hacer las comidas.

—¿Y no era más fácil llevarlos a la ciudad? —me preguntó Carola mientras terminaba de sacar lo último.

—Esto es por la lucha que tienen algunas familias mayas para mantener sus tradiciones. Son muchos los que no están ni registrados y para el gobierno son un problema.

—Entiendo. Se nota que te has informado.

—Me gusta saber dónde voy. —Me reí.

Escuchamos un barullo y vimos un coche acercándose que era un todoterreno gigante. Tocaban el pito y los niños aplaudían.

—Son los que faltaban del proyecto —dijo Yamil.

—¡No me jodas! —gritó Carola y la miré sin entender nada— ¡No me jodas! —volvió a gritar y fue cuando me di cuenta de a lo que se refería.

—Esto es coña —murmuré, negando y viendo como Eric y Liam se bajaban del coche sonrientes, y comenzaban a sacar un montón de maletas y cajas.

Yamil nos miraba sin entender nada y esperando descifrar nuestras caras y expresiones.

—Estos nos van a asesinar aquí, lo estoy viendo.

—¿Cómo que asesinar? Son voluntarios —dijo Yamil, causándome una carcajada nerviosa.

—Tenemos un problema muy grande. No hay forma de que podamos regresar, y ellos han llegado en su propio coche, que fijo han alquilado. Tampoco podemos abandonar el proyecto sin motivo alguno; aunque lo tenemos, es difícil que alguien pueda explicarlo y, por si fuera poco, esperemos que nos crean. No es solo un problema, es un

verdadero marrón —contestó Carola, mientras ambas dirigíamos la mirada hacia ese par de cabritos que parecía que no se habían quedado satisfechos con jodernos la vida como lo habían hecho.

—Tranquilas, que hasta ahora no tenemos ningún antecedente por habernos comido a nadie —gritó Liam.

—Se me acaban de caer las bragas —soltó en bajito Carola y resopló agobiada.

—Eric me está mirando, el muy descarado.

—Tía, ¿qué podemos hacer ahora? Que esto no es normal, Ingrid, no es normal.

—No creo que nos vayan a matar por matar, pero que vienen con intenciones malas, eso seguro. Vamos a mantenernos atentas y a ganar esta guerra. Si tenemos que irnos cagando leches, ya veremos cómo les quitamos las llaves del coche.

Pasaron por nuestro lado para meter sus cosas en su cabaña y otras directamente en la carpa donde se hacían las clases y juegos. Venían cargados, cargados.

—No me jodas, está sacando hasta un congelador. Estos se creen que van de campin —murmuró Carola, consiguiendo que me entrase un ataque de risa más grande.

En la cocina había dos amplias neveras, similares a las que se encuentran en los bares y la comida la traían una vez a la semana, pero estos venían con otra nevera cargada directamente y, por lo que le decían a Balam, estaba llena de una variedad de carnes de primera calidad, perfectas para asar a la parrilla y preparar deliciosas comidas para varios días.

Aquí la electricidad se conseguía mediante unos paneles solares que pusieron los de la ONG, para facilitarles un poco la vida a todos.

Carola no dejaba de murmurar diciendo tonterías mientras yo intentaba salir del *shock* en el que estaba.

Nos apartamos un poco al lado de la cascada a fumarnos un cigarrillo, aunque las niñas nos habían seguido y estaban sonriendo y hablando entre ellas a unos metros de nosotras.

—¿Cómo cojones se han enterado? —me preguntó como si yo fuera adivina.

—¿Me ves una bolita de cristal o algo? —Arqueé la ceja—. No lo sé, pero fijo que te metió en la cartera o tu bolso algún dispositivo de escucha.

—No creo, pero también te lo pudieron meter a ti, que te recuerdo que Eric dice ser detective. —Soltó el aire, agobiada—. ¿Qué crees que querrán?

—No lo sé, pero no me fío de ellos ni un pelo. Y encima se me hace un nudo en la garganta. Me siento gilipollas. Es como si, por un lado, estuviera molesta, por otro, triste, y al mismo tiempo, llena de rabia.

—Los vamos a tener pegados a nuestros culos un mes. Yo no sé si sobreviviré a eso.

—Carola, ahora mismo no tenemos muchas salidas.

—¿Qué le pasa al karma con nosotras?

—No sigas así, escúchame. Vamos a hacer que abandonen antes de tiempo, vamos a demostrarles que, ni nos achantan, ni nos vamos a venir abajo y, mucho menos, van a poder con nosotras. ¿Entendido?

—Que empiece el juego —dijo ella viniéndose arriba.

—No van a poder con nosotras —repetí—. Nos la han vuelto a jugar, pero si salimos la otra vez, esta también. Hay que volverles a demostrar que ya no pintan nada en nuestras vidas.

—Niñas, venir —les dijo a las pequeñas que nos observan curiosas—. Os vamos a poner en la mayor tesitura de vuestras vidas.

—¿Qué es *tesisterst*…? —preguntó Camila, intentando decir la palabra.

—Vosotras escuchar —sonrió quitándole importancia—. ¿Os gustaría mañana hacer un taller de maquillaje con un montón de productos que hemos traído para que nos pongamos bien guapas?

—¡Síií! —gritaron todas.

—Pero tenéis que hacer un reto para conseguir cada día que hagamos algo impresionante.

—¡Queremos reto! —gritaron todas al unísono.

—Vale, pues a partir de este momento tenemos todas un reto secreto, porque solo es para chicas.

—¡¡¡Bien!!! —gritó Camila, que era muy divertida.

—Habéis visto a los dos hombres que han venido de voluntarios, ¿verdad? Pues no vale decirles nada, pero no podemos hablarles y hay que ignorarlos. Si os preguntan algo, solo responder sí o no. Hay que intentar no estar a su lado y demostrar que las mujeres mandamos en este lugar.

—Eso es muy fácil —contestó de nuevo Camila y las demás afirmaban felices.

—Y que nadie se vaya de la lengua porque entonces no sacaremos muchas cositas que hemos traído.

—Tampoco hace falta que las chantajees. —Me reí, negando mientras todas estaban de lo más felices.

Mariana, otra pequeña de cinco años, se notaba que le seguía mucho el agua a Camila, al igual que Graciela y Nayeli, de ocho y siete años respectivamente, que se les notaba mucha afinidad.

Los niños, como dije, el más pequeño de dos años era Kabil, luego estaba Jorge de tres, Miguel de siete y Leo, el mayor, con nueve años. Ellos habían seguido a los chicos y veían cómo seguían descargando de todo.

Yamil fue repartiendo unos sándwiches riquísimos que había preparado para cenar, que eran a base de pollo y verdura con una salsa de guacamole y una especie de yogur que estaba riquísima.

Según nos contaba Graciela, por las noches hacían sándwiches, perritos o bocadillos que cenaban donde querían, sin embargo, el desayuno y la comida se hacían en la carpa, todos sentaditos.

Cenamos junto a la cascada y después comenzamos a avisar a todos los niños de que era hora de la ducha. Uno a uno, fueron pasando y solo ayudamos a los más pequeños, ya que los demás ya habían aprendido cómo hacerlo gracias a los otros voluntarios. Las niñas, por su parte, se lavaban el pelo que daba gusto.

Estuvimos muy apartados de Eric y Liam, que junto a Balam todavía estaban organizando todo, ya que habían traído un montón de cosas para el área de aprendizaje y juegos.

Después de la ducha, los niños empezaron a corretear alrededor de las cabañas, algunos con el cabello mojado, otros secándose con toallas, mientras que alguno incluso se escapaba para esconderse detrás de las rocas y que no pudiéramos pillarlo.

—¡A dormir, que ya es tarde! —gritó Carola, pero como era de esperar, siendo este el primer día que los niños pasaban con nosotras, nadie hizo caso.

Al contrario, todos comenzaron a correr y dar gritos.

—Ingrid, que estos tienen más marcha que nosotras —me dijo Carola con un suspiro.

—Ya lo veo, ya. —Reí.

Decidimos improvisar un juego para antes de dormir, a fin de cuentas, ellos seguían con la emoción de la llegada de los nuevos voluntarios.

Y «El juego de las sombras» finalmente fue un éxito. La idea era de lo más simple.

Con la linterna y las manos, teníamos que hacer una figura en la pared de la cabaña y los demás tenían que adivinar qué era. Incluso los más pequeños, con la ayuda de los mayores, lograron crear sombras que parecían monstruos gigantes.

—¡Eso es un dinosaurio! Nooo, espera, ¿es un dragón? —preguntó Miguel, que tenía una cara de pillín…

Mientras tanto, los otros niños se morían de risa, y en medio de todo el caos, hasta Eric y Liam se acercaron, aunque solo para reírse y decirnos que, en vez de ayudarnos, estaban trabajando en la sala de juegos.

Los niños seguían divirtiéndose al crear sombras que provocaban risas interminables, tanto en ellos como en nosotras. Decidimos dar la noche por terminada antes de que esos pequeños nos tuvieran jugando y contando historias hasta el amanecer.

—¡Ahora sí, a dormir! —dijo Carola, y los ocho se pusieron en pie, siguiéndonos a las dos para irse a la cama.

Era realmente doloroso ver por lo que habían pasado esos pequeños. Por eso, me sentía feliz de haber tomado la decisión de venir aquí; quería ofrecerles un poco de amor, un poco de ese calor humano que tanto necesitan, y compartir con ellos todo lo que estuviera a mi alcance. Para hacerles ver, como hicieron el resto de los voluntarios que habían venido a esta aldea, que no todos los seres humanos eran malos.

Con la linterna y las manos, teníamos que hacer una figura en la pared de la cabaña y los demás tenían que adivinar qué era. Incluso los más pequeños, con la ayuda de los mayores, lograron crear sombras que parecían monstruos gigantes.

—¡Eso es un dinosaurio! Nooo, espera, ¿es un dragón? —preguntó Miguel, que tenía una cara de pillín…

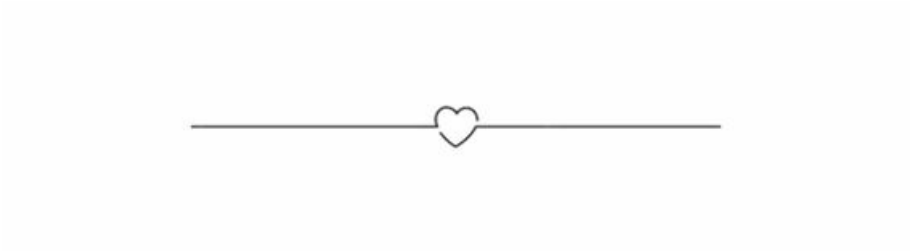
Mientras tanto, los otros niños se morían de risa, y en medio de todo el caos, hasta Eric y Liam se acercaron, aunque solo para reírse y decirnos que, en vez de ayudarnos, estaban trabajando en la sala de juegos.

Los niños seguían divirtiéndose al crear sombras que provocaban risas interminables, tanto en ellos como en nosotras. Decidimos dar la noche por terminada antes de que esos pequeños nos tuvieran jugando y contando historias hasta el amanecer.

—¡Ahora sí, a dormir! —dijo Carola, y los ocho se pusieron en pie, siguiéndonos a las dos para irse a la cama.

Era realmente doloroso ver por lo que habían pasado esos pequeños. Por eso, me sentía feliz de haber tomado la decisión de venir aquí; quería ofrecerles un poco de amor, un poco de ese calor humano que tanto necesitan, y compartir con ellos todo lo que estuviera a mi alcance. Para hacerles ver, como hicieron el resto de los voluntarios que habían venido a esta aldea, que no todos los seres humanos eran malos.

Capítulo 26



Amanecimos bien temprano, ya que apenas eran las seis y media de la mañana y ya estábamos como búhos. Desde afuera, se escuchaban risas y el bullicio de algunos niños jugando y corriendo.

La noche anterior nos acostamos bien temprano, encerrándonos en la cabaña y alucinando con lo que habíamos vivido.

Kabil, al vernos salir, se lanzó hacia nosotras para darnos un abrazo. Morí de amor con el más pequeñín, que era un niño sumamente cariñoso. Lo abracé mientras le daba un montón de besos.

Nos dirigimos hacia la zona del comedor, donde estaba la cocina. Yamil ya estaba preparando una cafetera para servirnos el café. Las niñas estaban de lo más emocionadas con el taller de maquillaje.

Eric y Liam aparecieron saludando a todos con un «buenos días», y todos contestaron menos nosotras. La cara de Yamil al darse cuenta fue de lo más divertida, pero es que si ella supiera… Me miró y, en respuesta, me encogí de hombros.

Los chicos no eran tontos y se dieron cuenta de que algo pasaba, pero actuaron con la mayor naturalidad, acomodándose en sus sillas y preparándose una tostada del pan que ya había calentito en la mesa y alrededor un montón de productos para untar o añadir por encima.

Intentaba actuar con normalidad, pero el cuerpo se me paralizaba por completo. Había vivido demasiadas cosas bonitas junto a Eric y, aunque no quisiera, se me venían todos los recuerdos constantemente a la cabeza. Lo peor de todo, es que lo tenía a escasos metros de mí como si nada de la locura que pasó hubiera sucedido.

¿Qué querían? ¿Por qué dejaban sus vidas paralizadas por un mes para venirse a vivir esto que no les pertenecía ni iba con ellos? Sus intenciones debían de ser tan maquiavélicas como ellos.

Me angustiaba todo y veía que, aunque queríamos disimular, Carola también lo estaba pasando fatal.

Terminamos de desayunar rápido y nos sacamos otro café para tomarlo fuera mientras nos fumábamos un cigarrillo. Luego haríamos un taller de maquillaje para las niñas, ya que los niños habían hablado con los chicos

que iban a hacer un juego de puzles.

—Te voy a decir una cosa. No me fío ni un pelo de estos, aun así, deberíamos plantarles cara y soltarles de todo para quedarnos a gusto.

—Carola, es lo que quieren, provocarnos, y no lo van a conseguir. Cuenta hasta mil y respira, sacando el dedo corazón mentalmente y regalándoles una peineta.

—Se las hago, pero nada de mental, en todas sus narices. ¿Por qué quieren nuestro dinero y se piensan que nos lo van a quitar?

—No tengo ni idea, están mal de la cabeza, pero después de esto, no seré yo quien vaya a un lugar remoto otra vez, porque estos nos atrapan rapidito —resoplé—. Aunque, si me provocan, no dudaré en atarlos a un árbol o algo por el estilo.

—Pues anoto la idea.

Cogimos las dos un neceser con maquillajes y nos fuimos a la carpa donde ya nos esperaban las niñas, con las mesitas juntas y alrededor de ellas para hacer el tutorial que les habíamos prometido.

Al otro lado, estaban los niños con ellos dos haciendo puzles y a carcajadas limpias. No me extrañaba porque, conociendo a Eric, sabía que era capaz de hacer reír a un muerto si se lo propusiera.

—Deja de pensar que le estás haciendo un marco a la niña —me referí a Camila, que era a la que estaba pintando.

—Tía, que es muy fuerte, que fingió una boda, me hizo creer que estaba embarazada y que quiso hacerme un seguro de vida. Me da a mí que… ¡Estos nos terminan torturando! —gritó bien fuerte esto último, llamando la atención de todos, incluso de ellos.

Liam y Eric nos miraron y las niñas comenzaron a gritar con las caras pintadas que eran unos torturadores. Joder, que les habíamos dicho que no les hablaran, pero se pasaban tres pueblos a coro gritándolo como si fueran los hinchas de un partido de fútbol.

Yamil y Balam se asomaron al oír los gritos, pues el grupo de los niños comenzó a llamarnos brujas, mientras se lanzaban insultos cruzados de los unos a los otros. Se marcharon riendo cuando les hice un guiño, indicando que todo estaba bajo control. En fin.

Mandamos callar a nuestro equipo y ellos hicieron lo mismo con el suyo. Claramente se habían hecho dos bandos, y esto no había hecho más que empezar.

Las niñas nos hicieron un maquillaje que nos transformó en nuestra versión menos favorecedora, pero intentamos que todo fluyera, evitando que la situación se saliera de control. Sin embargo, se podía sentir la tensión en el ambiente, y los niños se habían venido muy arriba con esto de los dos equipos.

Una hora después, nos fuimos con las niñas a la cascada para darnos un chapuzón y allí mismo jugar con ellas de manera didáctica para que aprendiesen los continentes. Nos costó un rato, pero conseguimos que todas lo dijeran sin equivocarse, hasta Camila, que, pese a sus cuatro años, retenía todo muy bien.

—Por mi vida que estas salen diciendo hasta todos los países con sus capitales —murmuré, causando una risa en Graciela y Carola. A las otras no las veía muy convencidas, que digamos.

Vimos que Eric y Liam venían con los niños hacia la cascada, con la intención de bañarse.

—¡Salir, que vienen los torturadores y nos van a ahogar! —gritó Nayeli saliendo y dirigiéndose rápido hacia tierra firme.

—¡Venimos a por las brujas! —gritó Eric y tuve que contener el soltar una carcajada.

Ni nos movimos, las niñas sí que salieron y se pusieron delante de la zona de bajada para que no pasaran, pero fue para nada porque casi las saltan.

—Hemos pensado que, por el bien de esta comunidad maya que no tiene culpa de vuestras locuras, deberíamos tener una reunión los cuatro para organizarnos con las actividades de los niños —dijo Eric.

—¿Este gilipollas nos acaba de llamar locas? —preguntó Carola con cara de «qué me estás contando».

—Sí. —La miré incrédula—. Nadie se atrevió a tanto…

—No nos dirijáis la palabra —les advirtió esta, hasta con el dedo hacia arriba.

—Estamos en el mismo barco… —murmuró Eric.

—Si estuviéramos en el mismo barco, yo ya me hubiera tirado al agua hace horas, así me comieran los caimane —contesté negando, y vi que el muy cabrito se aguantaba una risilla al recordar, igual que yo, aquella excursión que hicimos, mientras veía que ellos llegaban hasta nosotras y se ponían delante.

—¿Queréis ver lo que os dura vuestro apoyo? —me preguntó Eric mirándome bien cerca.

—¿Las vas a chantajear?

—¿Acaso vosotras las habéis llevado a misa? —preguntó Liam a la vez que miraba de lado en todo momento a

Carola, que estaba de lo más nerviosa.

—¡Atentos todos! —gritó Eric, captando la atención de todos, que lo miraron de golpe— A partir de ahora, la regla de convivencia durante este mes será fácil y clara. Si alguien vuelve a hacer un desprecio o indiferencia hacia cualquiera de los cuatro monitores, perderá su premio de la noche por un día, y os garantizo que eso os dolerá, porque tenemos helados, golosinas y un montón de sorpresas que no os podéis ni imaginar.

—Eso duele —dijo Leo, el más mayor de todos, causando una risa conjunta.

—Los monitores pondremos todos los días actividades —prosiguió—, y se harán conjuntamente, sin mirar edad, género ni si es hermano o hermana de otro. Tanto vosotros ocho como nosotros cuatro, somos un equipo, no dos equipos enfrentados diciéndose tonterías. Aquí estamos para aprender los unos de los otros, no para llenarnos de basura interior.

—Mira quién fue a hablar —dije sin poder contenerme y se me escapó una carcajada.

—Aquí cuando haya un problema lo vamos a enfrentar al momento y de cara —proseguía, pero a mí se me escapó otra gran carcajada—, no huyendo para no enfrentarse a las cosas que pueden llevar a muchos malentendidos, y eso aquí no va a pasar.

—¡Olé! —gritamos al unísono Carola y yo, aplaudiendo con ironía, pero consiguiendo que todos los niños hicieran lo mismo.

—Dejadme terminar. Necesito expresar desde ya que quiero a todos implicados en hacer de este mes el mejor de nuestras vidas, ese que no olvidaremos jamás y que consiga sacar lo mejor de todos.

—Este se ha fumado cualquier hierba que se encontró por aquí —murmuré negando.

—Porque la realidad es que, si este y yo fuésemos unos torturadores, asesinos o cualquiera de esas cosas que se nos imputan a la ligera sin ser jueces, no seríamos tan estúpidos de estar aquí ni hacerlo en un lugar en el que estamos involucrados como voluntarios. Vamos, que podéis dormir todos tranquilos —me miró—, que aquí lo único que queremos es una convivencia que demuestre quién es quién.

—Cállate un poquito que vaya flores te estás echando —le dijo Carola, causándonos a todos una risa, hasta a él.

—Pero tú, estás reprimiendo las lagrimillas, porque, aunque hayas abandonado a mi primo sin motivos…

—¿¡Sin motivos!? —le pregunté yo, cortándolo porque precisamente él fue el que me dijo las intenciones que tenía Liam con ella.

—No me cortes a chillidos, recuerda que aquí el lema es la buena convivencia. Y si quieres, me dejas terminar.

—Di otra tontería más para limpiar tu imagen, que aún puedes.

—Que ni los malos son tan malos, ni las buenas unas santas. Dicho esto. A partir de ahora trabajaremos en equipo todos juntos y también de manera independiente nosotros para preparar las actividades.

—¿Votos a favor? —preguntó con ironía Carola, volteando los ojos, y los niños levantaron la mano por unanimidad— No me pilla por sorpresa…

—Entonces que yo me aclare, ahora los tenemos que llamar San Liam y San Eric. ¿No es así? —le pregunté a ella, pero en tono que ellos también se enterasen.

—No asesinos, porque no vendrían hasta aquí para matarnos —repitió las palabras de este con tono irónico.

—¿Podemos tomar un café en el comedor y preparar una rutina para los niños? —preguntó Liam.

—Id vosotros, que ahora iremos nosotras —le contesté yo y afirmaron marchándose hacia la zona de cocina que eran donde estaban las mesas.

—No vamos a ir, ¿verdad?

—Efectivamente —le contesté riendo.

Nos encendimos un cigarrillo sentadas en el borde de ese lago tan cristalino y turquesa que era una belleza de admirar. Hablábamos sobre lo extraño del comportamiento de estos y a cuento de qué venía que ahora fueran tan aliados, cuando Eric había vendido una película como la que vendió.

Di una calada al cigarro y solté el humo hacia el cielo, observando cómo se dispersaba en el aire. Carola no dejaba de mirar el agua, casi hipnotizada, y no era para menos.

El reflejo del sol sobre la superficie la hacía brillar de una manera preciosa e intensa.

—Es raro, ¿no? —dijo, rompiendo el silencio, mientras tiraba una piedrita al agua— Después de lo que Eric te contó de Liam, ¿tú ves normal que se lleven tan bien?

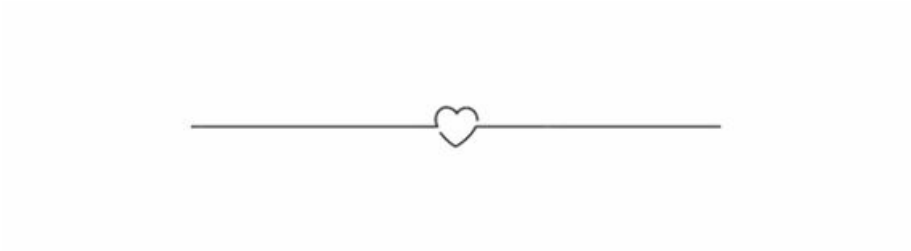
—A saber, qué razones tienen. Pero ahora que lo pienso fríamente, te juro que no sé qué es peor. Si pensar que todo lo que hizo fue planeado desde el principio con Liam, o si en realidad es como me contó la historia. Porque si fue todo un montaje, entonces sí que nos engañaron bien.

Carola se quedó en silencio, observando el agua, dejando que el murmullo de la cascada cayendo fuera lo único que las acompañaba en ese momento.

Era evidente que ambos estaban tramando algo, y de ahí que se aguantasen entre ellos, lo cual me hacía sospechar. O incluso podría ser peor aún, que se llevasen tan bien porque todo esto era un plan para aprovecharse de nosotras, como ya había comenzado a pensar. El caso es que aún dudábamos de todo y, dado que sabíamos que no habían jugado limpio, ¿quién podía asegurarnos que no intentarían engañarnos de nuevo?

Era evidente que ambos estaban tramando algo, y de ahí que se aguantasen entre ellos, lo cual me hacía sospechar. O incluso podría ser peor aún, que se llevasen tan bien porque todo esto era un plan para aprovecharse de nosotras, como ya había comenzado a pensar. El caso es que aún dudábamos de todo y, dado que sabíamos que no habían jugado limpio, ¿quién podía asegurarnos que no intentarían engañarnos de nuevo?

Capítulo 27



Durante la comida nos reprocharon el no habernos reunido con ellos y el no haber participado en la elaboración de las actividades del día siguiente. Veía cómo Balam y su mujer nos miraban desde la cocina sonriendo porque ya estaban al tanto de que nos conocíamos de antes y que nos llevábamos a matar.

Escuchábamos mientras comíamos cómo se desahogaban llamándonos irresponsables y caprichosas de mil maneras, hasta Eric se atrevió a decir que con la mentalidad tan infantil que teníamos esto se nos quedaba grande.

Oye, que aguantamos toda la comida escuchándolo. Eso sí, no levantábamos la cara del plato.

—¿Ya has terminado? —le pregunté levantándome cuando acabé de comer.

—Podría decirte muchas cosas más, pero es difícil hablar con personas que no quieren escuchar.

—Menos mal que te das cuenta —sonreí con ironía y fui a lavar mis cubiertos.

Carola me siguió y vi cómo los peques nos miraban sin decir nada. Estaban al tanto de que entre ellos y nosotra las cosas no estaban bien.

—Vamos a tener que poner de nuestra parte —murmuré cuando estábamos en la cascada con el cigarrillo de después de la comida.

—Lo sé, por los peques, esos no tienen culpa de nada. Pero me da rabia que ahora vayan de dignos y como si ellos fueran nuestras víctimas.

—Y a mí, además, que lo estamos pasando mal. Esos dos cabrones nos dejaron enamoradas hasta las cejas.

—Pero son malos, muy malos.

—Ay, Dios mío de mi vida. ¿Por qué es tan difícil todo en esta vida?

Observábamos cómo venían hacia nosotras y el pequeño Kabil les seguía. Cogimos el aire y lo soltamos por

inercia, las dos a la vez.

—Me pones enferma, Eric —dije cuando se me acercaba con esa sonrisa de medio lado.

—Me abandonaste y la enferma eres tú. Lo que hay que oír…

—No te hagas la víctima, tú sabes lo que me dijiste de este. —Señalé a Liam—. Y ahora estás con él como si de verdad fuera tu mejor amigo y si nada pasara. ¡Eres igual que él!

—También estás con tu amiga, quien fue la que te convenció de alejarte de mí.

—¡Tú a mí no me nombres, desgraciado! —le gritó Carola y escuchamos una ovación de los niños que ya estaban por nuestro alrededor revoloteando— Que tú y este nos habéis querido dejar sin un euro de nuestro dinero ¡Estafadores! ¡Sinvergüenzas!

—Carola, por favor… —le pidió Liam.

—¡Vete a la mierda! Hasta nuestra boda fue una farsa que no es legal. ¡Eres un bicho de persona!

—¿Cómo iba a ser legal si teníamos que registrarla a la vuelta del viaje y tú te quitaste de en medio? Te lo dije nada más llegar a la luna de miel, que lo primero que haríamos al volver sería legalizarla a través de mi bufete de abogados. ¡Te apartaste! Sabías que el trámite era diferente al tú ser extranjera. ¿Qué me estás contando? Ahora suelta otra tontería más de las que tú misma has causado.

—Me hiciste creer que estaba embarazada. ¡Lo sé todo!
s

—No, ese fui yo —soltó Eric.

—¿Que hiciste qué? —le preguntó Liam mirándolo de manera fulminante.

—La idea era gastarte una broma, pero se me fue de las manos. ¿Te acuerdas cuando te reíste de mí diciendo que yo tendría un hijo antes que tú? Y aquella vez me gastaste una broma muy pesada con la californiana. Pues te lo quise devolver porque sabía que me lo contarías de inmediato y te diría que era broma, pero ella no te lo contó y eso me tuvo preocupado. Se me fue de las manos, lo siento mucho.

—Eres un gilipollas, Eric —dijo este negando.

—¿Y qué hay de lo que sabías sobre mi dinero y por eso me provocaste el desmayo? Porque él se lo contó a Ingrid. Además, querías hacerme un seguro y tenías conocimiento de mis dos cuentas.

—Eso se lo explicas tú —le dijo Liam a Eric.

—¿Un cigarrito? —preguntó Eric y lo miramos las dos queriéndolo matar.

—¡Qué hables! —le gritamos al unísono.

—Chicos, iros y decirle a Yamil que os dé un helado a cada uno. —Los echó Liam. Balam le hizo un gesto de que él se encargaba. Parecía que nos olían.

—Bueno, a ver… —murmuró Eric.

—Rapidito que no tengo los nervios como para crearles más tensión —exigió Carola.

—Todo lo que le dije fue una mentira para retenerla más tiempo a mi lado… —soltó con la voz entrecortada— Lo tomé como un juego que se me fue de las manos y que pensaba confesar cuando me llamase después de hablar con Carola. Juro por mi vida que nada es cierto; no hay herencia de hotel ni de nada por el estilo, porque mis padres heredaron otras cosas que ahora son mías.

»Tampoco necesitamos vuestro dinero. Con el que tenemos nosotros nos sobra para vivir de mil maneras. Hice muchos vídeos utilizando inteligencia artificial, que en eso soy experto, cosa que no te mencioné. No tenía pruebas de nada, ni siquiera te grabé a ti.

—Espera, que van de listos —dijo Carola—. ¿Y cómo sabíais lo de que teníamos un premio de lotería?

—Porque eso te lo escuché yo antes de que te desmayaras, estaba a una mesa de ti y hablabas con ella. Jamás te he preguntado por eso y he aceptado lo que me has dicho respetando tu privacidad, pero ¿en serio te pensaste que toda esa película era verdad? Yo estoy flipando con los tres. —Nos metió en el ajo a su primo y a mí.

»Te he amado con el corazón y habéis montado una película dando por hecho cosas que el loco este dijo y, como siempre, la anda liando —dijo a modo de reproche—. ¿En serio crees que me importaba tu dinero? ¿Cuánto quieres que te regale? ¿Quieres que ponga mi casa a tu nombre?

»¿Qué quieres, Carola? Pídemelo, pero no me hagas sentir una mala persona, que podré ser muchas cosas, pero eso no. —Tiró una piedra hacia la cascada y se salió del agua muy enfadado—. Y si estoy aquí es porque no sé vivir sin ti.

—La que has liado, tío —le reproché negando a Eric.

—Solo quería estar más tiempo contigo.

—Eres una mala persona, Eric. Encárgate de los niños. —Me marché detrás de Carola, que se fue a la cabaña rota de dolor.

¿En serio todo era así, y ya? ¿En serio mi amiga había roto un matrimonio por unos malentendidos sin pies ni cabeza?

—No llores, amiga, que hemos sido unas idiotas.

—La que hemos liado, la que hemos liado —repetía muy triste y sin consuelo.

—Joder con Eric, es que lo conocí liándola, pero no sabía hasta qué punto era capaz de liarla más.

—Me da vergüenza hasta ir a pedirle perdón, pero es que me da pena lo que hice con él.

En ese momento llamaron a la puerta y fui a abrir. Era Eric.

—Solo quería deciros que, si no os sentís cómodas aquí, tenéis la libertad de iros cuando queráis. Esta ONG es nuestra. Pero, si decidís quedaros, sois bienvenidas en este proyecto, donde esos niños se merecen contar con los mejores cuidadores, que en estos momentos somos nosotros cuatro y no lo que estamos representando. Lamento profundamente el daño que he causado —murmuró serio y, tras un gesto en su rostro, se marchó cabizbajo.

Entré de nuevo en *shock* y sin saber qué decir.

—¿He escuchado que son los dueños de la ONG? —preguntó Carola con los ojos muy abiertos, impactada tanto como yo ante ese nuevo giro.

—Sí —murmuré cabizbaja.

—Pero ¿cuánto dinero tienen esos dos? Madre mía, Ingrid, madre mía. —Lloraba mientras yo me quedaba allí sentada a su lado sin saber qué más hacer.

Que el de Eric era un humor diferente, desde luego que lo sabía desde el principio, pero de ahí a que se montara aquella historia y la mantuviera durante todo un mes, consiguiendo que las dos nos la creyéramos como idiotas, es que era para darle collejas un mes entero. Qué valor tenía el muy cabrito, qué valor…

Nos quedamos toda la tarde encerradas en la cabaña, y los niños vinieron a traernos la cena. Los ocho entraron y nos llenaron de abrazos como si entendieran que no estábamos en nuestro mejor momento.

Me quedaban muchas preguntas en el aire, pero otras, en cambio, tenía claras que habían sido producto de una broma de muy mal gusto por parte de Eric, por muy bonito que fuese lo de que me quería retener a su lado.

Estaba en *shock*, al igual que Carola, que no dejaba de llorar y de insultarse a sí misma. No tenía consuelo.

La abracé muy fuerte y dejé que llorase para que soltara todo lo que tenía encima.

—La gran culpa la tiene Eric, pero nosotras también. Debimos haber enfrentado el problema y que se hubiera

resuelto en ese momento. Todos hemos perdido, pero tenemos por delante un mes en el que podemos mostrar nuestra mejor versión.

—Me miró muy mal cuando se fue —se refirió a unos momentos antes.

—Mañana saldrá de nuevo el sol y lo hará para todos. Vamos a dar lo mejor de nosotras, y a dejar el orgullo de lado.

—Lo amo con todo mi corazón —dijo con las lágrimas cubriendo sus mejillas por completo.

—Y él también a ti, cariño.

—¿Crees que me perdonará?

—No lo dudo, de lo contrario no estaría aquí —sonreí mientras le retiraba las lágrimas.

Al ver a Liam abriéndose en canal para decir todo aquello, vi en su mirada ese amor que había en los ojos de mi padre cuando le vi con Isabel y la pequeña Kara.

Ese hombre estaba enamorado de ella hasta las trancas, igual que ella de él, de lo contrario, como le había dicho, no habría cruzado el cielo para venir a estar con ella y contarle la verdad.

resuelto en ese momento. Todos hemos perdido, pero tenemos por delante un mes en el que podemos mostrar nuestra mejor versión.

—Me miró muy mal cuando se fue —se refirió a unos momentos antes.

—Mañana saldrá de nuevo el sol y lo hará para todos. Vamos a dar lo mejor de nosotras, y a dejar el orgullo de lado.

—Lo amo con todo mi corazón —dijo con las lágrimas cubriendo sus mejillas por completo.

—Y él también a ti, cariño.

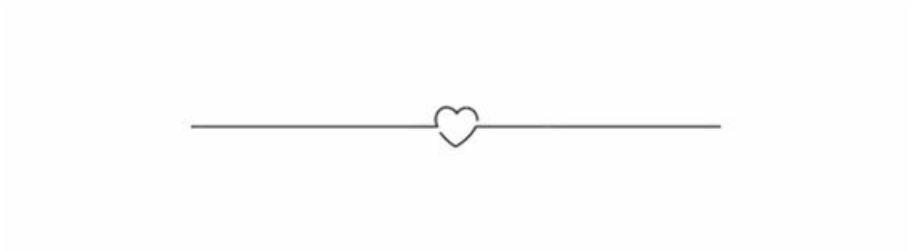
—¿Crees que me perdonará?

—No lo dudo, de lo contrario no estaría aquí —sonreí mientras le retiraba las lágrimas.

Al ver a Liam abriéndose en canal para decir todo aquello, vi en su mirada ese amor que había en los ojos de mi padre cuando le vi con Isabel y la pequeña Kara.

Ese hombre estaba enamorado de ella hasta las trancas, igual que ella de él, de lo contrario, como le había dicho, no habría cruzado el cielo para venir a estar con ella y contarle la verdad.

Capítulo 28



—Buenos días, cariño —dije sentándome al filo de su cama y abrazándola.

—Buenos días, amiga.

—Levanta el ánimo, sonríe y saca ya todos los pensamientos feos. Te he escuchado llorar toda la noche.

—Me siento una estúpida. ¿Con qué cara me planto ante él?

—Pues con la que tienes. Ahora vamos a ir a desayunar con buena actitud y mostrándonos cooperativas. Ya tendremos tiempo de matar a Eric… —sonreí.

—Tú también lo amas con todo tu corazón.

—Sí, a pesar de que es un peliculero de primera —suspiré.

—Se hizo el gracioso, pero se le fue mucho la mano —decía entre lágrimas.

—No tiene perdón, pero sé que lo acabaremos perdonando.

Salimos de la cabaña y nos encontramos a Kabil y Camila, los dos más pequeños de los cinco hermanos. Estaban sentados en nuestra puerta esperándonos.

—¡Qué sorpresa! —dije, aplaudiendo y sacándoles una sonrisa.

Los cogimos en brazos y nos dirigimos al comedor donde ya estaban todos. Dimos los buenos días sonriendo y en general. Eric y Liam asintieron con una media sonrisa. Los niños levantaban sus manitas saludando de lo más felices.

—¿Qué actividades os apetecen hoy? —les pregunté a los niños.

—¡Comer chuches! —gritó Mariana, y todos rieron.

—Sabes que son tontos —murmuró en alto Eric.

—Bueno y, aparte de comer chuches, que eso será el premio a la participación en las actividades, ¿qué más os apetece hacer?

—Maquillar a los niños —dijo Nayeli.

—Y luego nosotros a ellas —respondió con contundencia Leo, el mayor, y Miguel aplaudió.

—Me apunto —comentó Liam, afirmando.

—Fijo que me dejan como un payaso —murmuró con resignación Eric.

—Bueno, veo que os vais animando, así que creo que la primera actividad puede ser maquillaje en grupo —dije —. ¿Qué tal os parece si la segunda actividad consiste en aprender algunas ciudades importantes de Europa y que os hablemos un poco de ellas?

—¡Sí! —gritaron todos al unísono.

—Y luego a comer —contestó Camila, que siempre pensaba en lo mismo.

—Mira, esta parece hija tuya. —Rio la cabrita de Carola mirándome.

—Y los voluntarios os tenéis que pintar entre vosotros también —puntualizó Miguel.

—Esto al final acaba en tragedia —murmuró Eric, consiguiendo sacarnos a todos una carcajada a la vez.

—No más tragedias —pidió Carola con tristeza y Liam la miró apenado.

—Yo quiero que me hagan un maquillaje en la cara de un árbol —dijo Camila.

—Serpiente —dijo Jorge con sus tres añitos y esa boquita que era de lo más graciosa.

—Yo, el símbolo del dólar, por lo que se dice por ahí de que soy un estafador —soltó Liam en tono cabizbajo pero irónico.

—Si me dejas, te maquillo yo —le pidió Carola y a mí se me hizo un nudito en la garganta.

—Claro, cómo no —le contestó, pero no muy animado. Se le veía muy afectado.

Salí a fumarme un cigarrillo con otro café antes de irnos a las actividades. Los chicos hicieron lo mismo mientras los niños terminaban de desayunar. Se pusieron al otro lado de la puerta, un poco apartados.

Era realmente frustrante tener ese sentimiento de culpabilidad; por un lado, me sentía mal, pero por otro, sabía que no tenía la culpa de las locuras de Eric. Pero joder, es que salimos huyendo como si nos estuvieran siguiendo dos asesinos en serie. Para matarnos, todo resultaba tan cómico y, a la vez, desesperante, que no sabía si reír o llorar.

Cuando preparamos todo, se asignaron parejas para pintarse los unos a los otros. En nuestro caso, ella con Liam y yo con Eric.

—Espero que dejes la maldad de lado… —murmuró, sentándose, ya que yo lo iba a maquillar primero.

—¿No te fías de mí?

—Digamos que te veo igual de lianta que yo.

—No, por ahí no. Pocas personas te pueden superar. —Carraspeé—. ¿Me dejas hacerte lo que quiera?

—¿Sin pedirme perdón? —bromeó tirando para otro lado.

—No te lo voy a pedir jamás —sonreí—. Confía en mí.

—Pues está la cosa difícil.

—Tienes una cara impresionante. —Reí negando.

Comencé a hacerle dibujos en la cara. El hacer maquillaje artístico siempre había sido una habilidad mía. Desde pequeña maquillaba a mis amigas para los carnavales, o simplemente para hacerles una fantasía de Disney en la cara, o cuando éramos más mayores, maquillarlas para salir de fiesta.

Se me ocurrió pintarle mi nombre formando un arco en su cara, pero cada letra en relieve y con fantasía.

—¿Me estás haciendo un arco?

—No, para nada. —Me reí.

—¿Una putada para vengarte?

—Putada es la que tú me hiciste a mí burlándote de esa manera.

—No me quise burlar, solo que no supe hacerlo mejor para retenerte a mi lado.

—Pues conseguiste al final que me fuese —le contestaba mientras seguía maquillándolo.

—Y que mi primo perdiese a su mujer…

—La has liado parda.

—Siempre. No me explico la habilidad que tengo para hacerlo, pero siempre la ando cagando.

—¿Y cómo has conseguido que nos apuntásemos a vuestra ONG?

—Dejasteis comentarios por las redes pidiendo información. Te recuerdo que soy detective. Un trabajador mío entabló conversación contigo, te proporcionó los enlaces de los proyectos, y terminó por convenceros.

—Qué fuerte. ¿Nos habéis estado vigilando en las redes?

—Es más fácil de lo que piensas.

—¿Desde cuándo tenéis esta ONG?

—Desde hace cuatro años. Estamos en varios puntos del planeta. Por poco elegís la India, pero mi trabajador, advertido por mí, os quitó las ganas.

—¿Qué pasa con la India?

—Que ya estuve el año pasado, y era muy duro.

—¿Has estado en más proyectos?

—Luego te enseño las fotos.

—¿Seguro que no están hechas con inteligencia artificial? —pregunté arqueando la ceja mientras le miraba.

—No, además te enseñaré un truco infalible para que detectes cuándo lo es.

—Ah, bueno, al final te tendré que dar las gracias y todo —bromeé, terminando de pintarlo—. Ya puede usted mirarse en su móvil.

—Miedo me da. —Carraspeó poniéndolo en modo selfi y cuando lo vio se sacó una foto—. Me esperaba otra cosa, reconozco que me has sorprendido. No me lo pienso quitar hasta que me duche por la noche —decía sacándome una risilla suelta.

Luego le tocó a él pintarme la cara y me sorprendió con su creatividad para sorprenderme, no es que hubiese descubierto nada nuevo, pero en este momento sí que no me lo esperaba. Se pintó los labios de varios colores que fue dejando impregnados en mi cara que llenó de besos. Fue muy divertido y me reí un montón a pesar de estar un tanto triste por todo lo que se había liado.

Me fui a tirar una foto y se colocó detrás, arqueando la ceja. No dudé en inmortalizar el momento.

Los niños se pasaban un espejo unos a otros para verse cuando escuché el llanto de Jorge, el de tres añitos.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunté acercándome a él y cuando se giró… tuve que aguantar la risa— ¿Quién te maquilló?

—Graciela —se refirió a su hermana mayor, la de ocho años.

Le había pintado claramente dos mojones, uno en cada mejilla.

—Graciela, ¿por qué le has dibujado eso? —le pregunté, acercándome con Jorge de la mano y un Eric que estaba a nuestro lado, atento a lo que pasaba.

—Quería hacerle unas montañas —murmuró, y escuché a Eric detrás de mí soltar una carcajada, lo que provocó que Jorge llorase más aún.

—Esto es caca —decía Jorge sin consuelo.

—¿Tú ves lo guapa que está Ingrid? —le preguntó Eric al pequeño.

—Sí —dijo este con toda la tristeza.

—Puedo intentar hablar con ella y que te haga besos por toda la cara como le hice yo.

—Vale —le decía el pobre inocente.

Me agarró del brazo y me separó unos metros, haciendo el papel de que hablaba conmigo, y así calmó el llanto del niño que nos miraba impaciente para saber si yo aceptaba.

—Pues como tengo que disimular y hacer ver que te pido que le des besitos —se señaló a la cara para seguir fingiendo—, de paso quiero pedirte perdón por todo lo que hice.

—Vale.

—¿Vale y ya está?

—Sí, le voy a dar besitos en la cara y arreglar lo que le han hecho.

—Te estoy pidiendo perdón. —Se reía, negando.

—Y tenemos que disimular que hablamos de él, por eso muevo la cabeza y digo que sí.

—¿A lo de él o a lo de mi perdón?

—Vamos a darle con toallitas húmedas y le hacemos los besos.

—Pero ¿me has perdonado? —me preguntó cuando nos acercábamos a los niños.

—Él no ha sido, ha sido ella —dijo el pobre Jorge, señalando a Graciela, pensando que lo del perdón era porque me pensaba que era culpa de él.

—Vamos a dejarte muy guapo —le dije limpiándolo con las toallitas húmedas.

—¿Me vas a responder? —insistía.

—Sí, claro, pero con la condición de que empecemos de nuevo y no me mientas más.

—¿Somos novios?

—¿¡Qué dices!? —Me reí a carcajadas—. No sé ni quién eres, quiero conocerte, simplemente.

—Sí sabes quién soy, solo te falta algún datillo sin importancia.

—¿Eres detective? —le pregunté al oído.

—Tengo de detective lo mismo que tú de puta —murmuró en mi oído, recordándome cuando lo conocí y le dije que era puta de lujo.

—Miedo me da saber a qué te dedicas.

—A lo mismo que tú. —Carraspeó.

—Yo era peluquera.

—Y yo tengo tres carreras, pero actualmente ¿a qué te dedicas?

—A vivir, que no es poco —resoplé volteando los ojos.

—Pues yo también tengo derecho, que no me tocó la lotería, pero en herencia cogí una fortuna. A cada uno le viene la suerte de algún lado —dijo, causándome una risilla.

—¿Y qué tres carreras se supone que tienes?

—La carrera de fiestero, mujeriego y la de vividor, pero ya las acabé todas con éxito. Ya soy un hombre nuevo.

—Estás fatal, te juro que estás fatal —dije antes de dejar el último beso en la frente de Jorge, que ya estaba más animado.

—Pero que no las pienso ejercer, ya he cambiado —decía con esa risilla contagiosa.

En el fondo era como un niño pequeño, no decía dos frases seguidas en serio…

Después de finalizar la actividad de maquillaje, organizamos a todos los niños en sus mesitas, como si estuvieran en una escuela. Luego, los cuatro nos pusimos de pie frente a ellos, listos para enseñarles un poco de geografía.

—Vamos a centrarnos en el globo terrestre, o sea, nuestro planeta —dije yo, decidida a intentar explicarles un poco.

—¿Por qué se le llama globo?

—Graciela, cariño, porque es redondo —sonreí.

—La tierra no es redonda porque si fuera así nos caeríamos y el agua de los océanos se vaciaría y saldría disparada hacia el universo —dijo Graciela.

—¡Toma ya! ¿Quién dijo que en la selva no había terraplanistas? —soltó Eric, muerto de la risa.

—Bueno, hablemos mejor de los cinco continentes. —Carraspeé.

—Son siete —me aclaró Leo—. Asia, África, América del Norte, América del Sur, Europa, Antártida y Oceanía.

—¡Toma ya! Dos de dos. —Me señalaba riendo Eric.

—Hombre, si nos ponemos a dividir también la Europa del norte y la del sur, así como los demás continentes, a final saldrán diez o doce —contestó Carola, no muy convencida por lo del niño.

—Verás que vas a tener que pasar directamente a los planetas —soltó de nuevo Eric.

—Eso es muy fácil: Marte, Mercurio, Venus, Saturno, Urano, Neptuno —decía Nayeli, que se quedó un poco pensativa después—. Me falta uno.

—La tierra, te falta la tierra —le contestó Mariana con solo cinco años.

—Pero si estos niños parecen salidos de Harvard —dijo Carola llorando de la risa.

—Nuestros monitores siempre nos enseñan muchas cosas. Sabemos hablar tres idiomas: inglés, español y francés —contestó Leo.

—Y maya, y maya —le recordó Camila, que también estaba de lo más atenta a todo.

—Y creíamos que veníamos a enseñarles a ellos —murmuré poniéndome la mano en la cara.

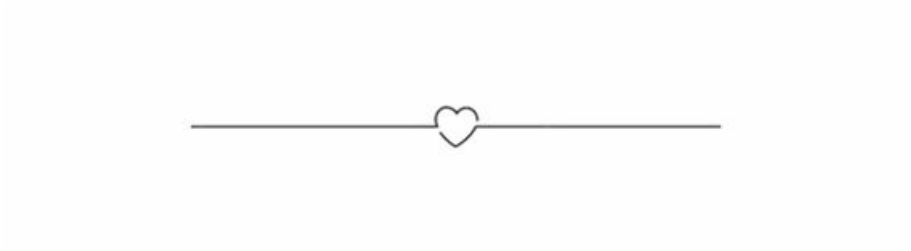
—Nos podéis poner ya mismito un examen —propuso Miguel y todos se pusieron a aplaudir.

—Y encima nos provocan —murmuró Carola mientras yo ya no podía llorar más de la risa.

Pasamos toda la mañana entre carcajadas con los peques que hicieron de profes y nos enseñaron todo lo aprendido con los demás voluntarios, para así podernos estructurar mejor las actividades. Los más graciosos eran Kabil y Jorge, con sus dos y tres añitos, que repetían todo lo que decían los otros como si fueran dos loritos. A estos teníamos claro que con ponerlos a colorear íbamos más que bien, al igual que a Camila y Mariana, que las pondríamos a sumar.

Desde luego que era increíble ver cómo, sin nada más que lo poco que traían los voluntarios y la ONG, estos niños habían aprendido tanto. Y más alucinante aún era que, con todo el dolor que cargaban a pesar de ser tan pequeños, se mostraran tan cariñosos y risueños con aquellos que los acompañaban durante los días que duraba el voluntariado de quienes venían aquí.

Capítulo 29



La tregua que habíamos firmado entre los cuatro seguía vigente, como decía Carola, solo que ella y Liam aún estaban un tanto bajos de ánimo.

Los entendía, porque esos dos estaban enamorados el uno del otro desde el día que se conocieron.

Menudo lío había formado Eric con la broma, que esto les podía costar un disgusto a los dos, uno mayor, quería decir, porque si se divorciaban…

Habían pasado un par de días desde esa tregua y las actividades con los niños se hacían de una manera más organizada.

Por no hablar de que cada día con ellos vivíamos una nueva aventura, como la que estábamos a punto de emprender hoy.

Y es que a Eric se le había ocurrido montar una especie de búsqueda del tesoro para ellos. Lo hablamos entre los cuatro la noche anterior y supimos que eso iba a resultarles muy divertido y entretenido, dado que esos dos días habían estado de lo más centrados con las tareas que les poníamos en clase.

Eran unos niños muy listos, se quedaban con todo lo que les íbamos enseñando y estaba claro que, con los medios adecuados, todos llegarían a ser unos grandes adultos con una gran formación.

Yamil y Balam habían servido un desayuno de campeones, como decía Camila, que era la más pizpireta de todas. Les tenía mucho cariño a los ocho, pero debía admitir que Camila y Kabil eran mi debilidad absoluta.

Ellos también andaban siempre pendientes de mí, incluso en alguna ocasión había pillado a Camila observándome por la rendija de la puerta de la cabaña si iba sola a por alguna cosa.

En cuanto acabamos de desayunar, los reunimos a todos, sentaditos de manera obediente en las mesas de clase.

—¿Qué actividades nos tenéis preparadas para hoy? —preguntó Nayeli.

—Hoy os vamos a dar un premio —contestó Liam.

—¡¡Chuches!! —gritaron Camila y Mariana.

—No, eso para la tarde —dijo Carola.

—Joo. —Para verlas a las dos, con el puchero que habían puesto.

—Vamos a ir en busca del tesoro —anunció Eric.

—¿Un tesoro? —preguntó Miguel— ¿Como si fuéramos piratas?

—Sí, pero sin patas de palo ni parches en el ojo, a ver si por ir con la mitad de la visión acabáis en el agua —contestó Carola.

—Eso es una pista, el tesoro está en el agua —dijo Camila.

—Entonces lo encuentra Leo seguro, es el único que se atreve a bucear —dijo Graciela con una sonrisilla.

—A ver, a ver, que aquí no va a bucear nadie —dije—. Carola, no me líes a los niños, que se van a pensar que todo lo que digas, son pistas para encontrar el tesoro.

—Ah, que encima la culpa es mía, qué valor, amiga —resopló.

—De que me dejaste abandonado como a un cachorro, sí tienes la culpa —comentó Liam.

—No empieces, primo —le pidió Eric con una sonrisilla.

—¿Qué? Es que es verdad.

—¿Seguimos con el tesoro? —intervine— Gracias.

—Entonces qué, chicos ¿os apetece buscar el tesoro? —preguntó Eric.

—¡¡Sí!! —gritaron todos al unísono, incluso Kabil y Jorge, que no entendían apenas nada, pero que se mostraban entusiasmados como los más mayores.

Eric comenzó a explicarles en qué consistía la búsqueda del tesoro, ya que no se trataba de un simple juego.

En lugar de buscar objetos comunes, cada pista que encontraran los llevaría a un rincón diferente de la selva,

donde nosotros cuatro habíamos escondido pequeñas sorpresas.

Había una piedra brillante, una flor exótica, y hasta un trozo de corteza que, según Eric, era el auténtico mapa del tesoro. Cosas de su mente que era de lo más ingeniosa y fantasiosa, porque menuda historia nos contó en su momento.

—¿Estáis preparados para la aventura? —preguntó Liam, mientras sacaba del bolsillo de sus bermudas lo que se suponía que eran varios mapas del tesoro. Con una sonrisa, empezó a repartirlos, aunque en realidad eran unos dibujos que había hecho él mismo para compartir con todos.

—¡¡Sí!! —gritaron de nuevo todos al unísono, y comenzó la aventura, o, mejor dicho, el caos, porque poco podíamos imaginar los cuatro cómo iba a acabar aquel juego.

En el primer intento de seguir el mapa, Eric, que se había autoproclamado líder de la expedición, trató de dirigirnos a todos hacia un claro que había cerca de la cascada. Pero algo no salió como él esperaba.

—Creo que estamos yendo en la dirección equivocada —dijo Eric, mirando su mapa mientras caminaba en círculos.

—A ver, primo, que el mapa está al revés —dijo Liam señalando las instrucciones que claramente estaban desordenadas.

Los niños comenzaron a reírse al ver cómo esos dos adultos trataban de orientarse, pero la risa se incrementó cuando Eric, tratando de resolver el problema, terminó atrapado en unas ramas. Los niños lo rodearon como si fuera el personaje de una película de aventuras, y no pudo evitar reírse de sí mismo.

—¡Esto es un desastre! —dijo entre risas.

—No, es una oportunidad para aprender —respondí tras ver en mi mapa lo que sin duda alguna era una pista, señalando una roca grande cerca del agua, y todos corrieron hacia allí.

Así pasamos toda la mañana, mirando el mapa, siguiendo las señales que veíamos, y los niños encontraron toda y cada una de las pistas que les fuimos dejando para llegar al tesoro.

En un momento en el que estábamos descansando en la cascada antes de que Yamil y Balam sirvieran la comida, Camila se acercó a mí y sonreí, abriendo mis brazos para que se sentara entre mis piernas y la abracé con fuerza.

—Oye, Ingrid.

—Dime, cariño.

—¿Crees que la selva tiene secretos que nadie conoce? —me preguntó, con la mirada perdida en el agua cristalina.

—Claro, todo lugar tiene secretos… y a veces los secretos más bonitos son los que descubrimos cuando nos detenemos a observar —respondí sonriendo.

—Me recuerdas a mi mami —murmuró con una vocecita de lo más dulce.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Ella también me abrazaba así. La echo de menos.

—Es normal, mi niña. —Le di un beso en la mejilla—. Pero ¿quieres que te diga un secreto?

—Sí. —Me miró sonriendo.

—Ella te ve, y por las noches, si miras al cielo y ves una estrella brillar más que las demás, esa es tu mamá.

—¿De verdad?

—Claro, porque, aunque no esté con vosotros, siempre seguirá aquí —dije llevando mi mano a su pecho, en ese lugar donde se encontraba su pequeño corazón.

Le di un beso en la mejilla y, casi de inmediato, vimos a Kabil acercándose a nosotras, corriendo y riendo a carcajadas mientras escapaba de Eric.

No tardó en alcanzarle, y en el momento en que lo atrapó en el aire, el pequeño soltaba gritos mezclados con risas que era para verle.

—Mira, Kabil, eres un avión —dijo Eric mientras hacía que el pequeño planease en el aire como si de verdad lo fuera, y se partía de risa el pequeñín.

—Eric, yo quiero planear —le pidió Camila, poniéndose en pie y corriendo hacia él.

—Venga, vamos a planear, preciosa —dejó a Kabil en el suelo, que vino a mis brazos, dándome un beso de eso que solo él sabía darme para hacerme sonreír.

Eric cogió a Camila y, mientras la llevaba por los aires, ella se reía diciendo que estaba planeando como un avión.

Verle con los niños era una maravilla, y es que con ese humor tan suyo y la manera de ser que tenía, se los había ganado a todos. Y a mí, a mí simplemente me hacía sonreír al ver cómo trataba a esos pequeños. No tenía la menor duda de que Eric algún día sería un gran padre.

—¿Dónde están Miguel y Mariana? —preguntó Carola acercándose a nosotros, pues había estado con los otros cuatro niños y con Liam mojándose los pies en el agua.

—¿No estaban con vosotros? —Fruncí el ceño.

—No, creímos que estaban aquí —me dijo Liam.

—A ver, que muy lejos no se han podido ir —comentó Eric.

Me levanté llevando a Kabil en brazos y empezamos a buscarlos todos por allí, sin éxito, porque no se les veía por ningún lado.

Hasta que llegamos a la zona de las cabañas y…

—¡Pero bueno! —grité al encontrarme a ese par dándose un beso.

—¿Qué pasa? —preguntó Carola apareciendo a mi espalda.

—Que se estaban dando un beso.

—¿Qué? —Me miró con los ojos abiertos.

—Lo que oyes. Aquí el joven —señalé a Miguel— estaba apoyado con la mano en la pared, donde está ella, y le estaba dando un beso.

—Nosotros… —Empezó a decir Miguel.

—Sois muy pequeños para hacer esas cosas —le corté.

—Ingrid, ponte en su lugar. —Escuché que me decía Eric y arqueé la ceja—. Mujer, son niños y curiosos.

—Es que anoche vimos a Liam y Carola, y queríamos probar —dijo Mariana con esa inocencia propia de la edad.

—¿Qué has dicho, cariño? —Arqueé la ceja.

—Ha soltado una bomba. —Rio Eric.

a

—¿Carola? —Miré a mi amiga en busca de una respuesta, pero con ver sus mejillas rojas como tomates, no necesité que dijera una sola palabra.

—Vas a tener que buscar otro escondite, primo. —Volvió a reír Eric mirando a Liam, que se hacía el despistado.

—Ya os vale a vosotros. —Les señalé a ambos, y me fui con los niños para comer.

Ya podría haberme contado mi amiga que había tenido un acercamiento con su marido, ya que ambos continuaban unidos en matrimonio y así permanecerían hasta que la muerte los separase, sin duda alguna.

Comimos sin que nadie dijera nada, y Eric manteniendo esa sonrisilla tan pícara mientras miraba a su primo y a Carola de manera alterna.

Esa tarde, mientras el sol se escondía detrás de las montañas, Graciela comenzó a cantar una canción tradicional mexicana que hizo que los niños se unieran en coro, mientras nosotros disfrutábamos de ese momento.

Después de la cena y de que los niños se dieran su baño, llegaba el final de otro día en la aldea. Miré a los pequeños y comprendí que este verano iba a ser especial. Había magia en el aire, y no solo por la belleza del lugar, sino porque esos niños lograban crearla al compartir sus vidas con nosotros, haciéndonos sentir parte de su mundo y transformando este viaje en una experiencia que quedaría grabada en mi memoria para siempre.

e

—¿Carola? —Miré a mi amiga en busca de una respuesta, pero con ver sus mejillas rojas como tomates, no necesité que dijera una sola palabra.

—Vas a tener que buscar otro escondite, primo. —Volvió a reír Eric mirando a Liam, que se hacía el despistado.

—Ya os vale a vosotros. —Les señalé a ambos, y me fui con los niños para comer.

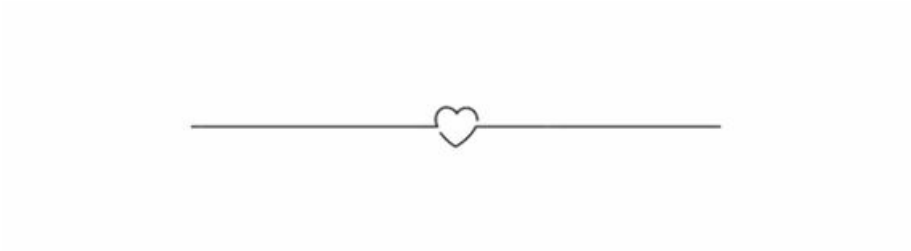
Ya podría haberme contado mi amiga que había tenido un acercamiento con su marido, ya que ambos continuaban unidos en matrimonio y así permanecerían hasta que la muerte los separase, sin duda alguna.

Comimos sin que nadie dijera nada, y Eric manteniendo esa sonrisilla tan pícara mientras miraba a su primo y a Carola de manera alterna.

Esa tarde, mientras el sol se escondía detrás de las montañas, Graciela comenzó a cantar una canción tradicional mexicana que hizo que los niños se unieran en coro, mientras nosotros disfrutábamos de ese momento.

Después de la cena y de que los niños se dieran su baño, llegaba el final de otro día en la aldea. Miré a los pequeños y comprendí que este verano iba a ser especial. Había magia en el aire, y no solo por la belleza del lugar, sino porque esos niños lograban crearla al compartir sus vidas con nosotros, haciéndonos sentir parte de su mundo y transformando este viaje en una experiencia que quedaría grabada en mi memoria para siempre.

Capítulo 30



Lo de Carola y Liam nos había dejado en *shock* días atrás, pero es que esa noche mi amiga me confesó que se habían besado porque Liam la acorraló y la pilló con las defensas bajas.

Lo que tenía una que escuchar, madre mía. Ahora me reía, pero es que mi amiga tenía un morro…

El caso es que desde que era consciente de que ese beso había tenido lugar, ahora los observaba más a menudo y veía entre ellos esas miradas de complicidad que no dejaban lugar a duda.

A pesar de todo lo que había pasado, seguían queriéndose con locura, y aunque los dos estaban dolidos por toda la situación en la que se habían visto envueltos por esas bromas de Eric, era innegable que lo que sentían el uno por el otro era algo que todos a su alrededor podían ver claramente.

En cuanto a Eric y a mí, le tenía en cuarentena. Hablábamos por el bien de los niños y, en ocasiones, como esta, se acercaba tanto a mí que mi cuerpo se estremecía al sentirle tan cerca.

—¿Me das un besito? —preguntó a mi espalda con la barbilla apoyada en mi hombro.

—Pero ¿qué dices? —Me reí mientras le miraba.

—Dijiste que me perdonabas, así que me puedes dar un besito.

—Estás fatal, Eric, en serio —negué.

—Sí, pero porque me mata tenerte tan cerca y a la vez tan lejos.

—¿De quién es la culpa? Me mentiste, Eric.

—Y me arrepiento, pero no quería que te fueras.

—Lo acabé haciendo igualmente —suspiré.

—Sí. ¿Y dónde estamos ahora los dos?

—En mitad de la selva, rodeados de mosquitos, arañas y un sinfín de insectos más.

—Exacto. ¿Y sabes por qué estamos aquí los dos, pequeña? —me preguntó, usando ese apodo que solía decirme antes.

—Yo, porque me quería despejar y de paso hacer una buena labor con estos niños —sonreí—. Tú, porque es el fundador de la ONG y querías traer materiales.

—Sí, pero por algo más.

—¿Qué más?

—Por ti —confesó mirándome con esos ojos azules que me imponían cuando los tenía tan cerca—. Porque, como te dije, donde tú vayas iré yo, así sea a los cofines de la tierra. —Y lo hizo, Eric se atrevió a inclinarse y darme un beso rápido en los labios para, tras apartarse, hacerme un guiño.

No me lo podía creer, me había dejado en *shock* con lo que me había dicho, y más aún con ese beso.

Carola se acercó diciéndome algo, pero no la escuchaba, y como me había quedado en aquel estado de estupor, la vi chasquear los dedos delante de mi rostro para hacerme reaccionar.

—Ingrid, por Dios, que si te da un chungo aquí, en el camino te me mueres —dijo—. ¿Quieres reaccionar?

—Lo siento, lo siento —murmuré volviendo en mí.

—¿Qué te ha pasado? Te has quedado como si hubieras visto un fantasma.

—Pues casi —suspiré—. ¿Un café y un cigarrito?

—Venga, y a cotillear, como las marujas.

Salimos al exterior mientras los chicos se quedaron adentro con los niños, terminando de desayunar antes de que los lleváramos a hacer alguna actividad divertida.

—Eric me ha dado un beso de piquito, y me ha dicho que él está aquí porque estoy yo —dije, y le conté aquello de lo que habíamos hablado en Miami y sonrió.

—Si es que está pillado por ti, Ingrid.

—Yo también lo estoy, no te creas que no.

—No. ¿En serio? No me había dado cuenta. —Volteó los ojos—. Tenéis que hablar y arreglarlo.

—Lo mismo podías aplicarte tú, bonita. Vosotros estáis casados.

—No se llegó a inscribir, así que eso fue un espectáculo y ya.

—Un mojón para ti. Esa boda fue tan real como que Liam te está mirando el culo ahora mismo.

—¿Qué dices? —Se giró y él sonrió de medio lado.

—Mira, entiendo que todavía no queréis dar ese paso y acercaros demasiado, pero en serio, Carola, estáis hechos el uno para el otro.

—Lo mismo te digo. Deberías hablar con Eric, que la cagó mucho, sí, pero es un buen hombre. Si no lo fuera, ¿de verdad crees que yo le habría pedido que se acercara a ti? Claro que, de haber sabido que se iba a inventar esas cosas, no se lo habría dicho —negó.

Sonreí mirando a Eric y el muy jodido me hizo un guiño que… Madre mía, si es que no podía evitar sentirme completamente atraída por él.

Liam llamó a los niños y decidimos que las actividades de ese día las haríamos al aire libre, algo que a todos les encantó y disfrutaron mucho.

Después de una mañana de lo más didáctica y que se nos pasó volando, decidimos organizar una competencia de cocina, algo que los niños no habían hecho nunca.

—Hoy vamos a hacer algo especial, ¡una competencia de cocina en equipo! —anunció Liam mientras los niños le miraban con curiosidad.

—¿Una qué? —preguntó Camila.

—Una competencia de cocina, cariño —sonreí.

—¿Y qué es eso? —Curioseó Mariana.

—Vamos a tener que cocinar —contestó Graciela.

—Exacto, pero con cuidado que sois muy pequeños —dijo Carola.

En cuanto Liam les dijo en qué consistía aquella competencia en particular, los niños se mostraron emocionados con la idea. Miguel fue el primero en levantarse y se ofreció como líder de su equipo, seguido rápidamente por Camila, quien se encargó de ir a buscar hojas grandes para usar como platos improvisados. Desde luego que esa pequeña tenía una mente de lo más despierta.

Lo que había que hacer era muy sencillo. Cada equipo debía preparar el platillo más sabroso utilizando ingredientes locales que encontrarían en los alrededores. Liam, que dijo que no tenía nada que envidiarles a los mejores chefs del mundo, pensó que su equipo podría ganar sin problemas.

—Nosotros ganamos, seguro —dijo, frotándose las manos mientras los niños que estaban con él, que resultaron ser Graciela y Miguel, se reían.

—Más vale que sea cierto —le advirtió Carola, quien también estaba en su equipo.

Fuera como fuese, el resultado de este juego improvisado tenía la certeza de que los niños se lo pasarían en grande, sin importarles quién ganara.

Yo estaba en el equipo de Eric, con Leo, Nayeli, Mariana y Camila, y los dos pequeños, Kabil y Jorge, se quedaron sentados a un lado con sus cuadernos y pinturas.

—A ver, chicos —dijo Eric mirando a los niños—. ¿Quiénes son los mejores? —preguntó.

—Cocinar no sabemos, así que… —contestó Mariana encogiéndose de hombros, y los dos nos tuvimos que reír

—Me refiero al equipo.

—¡Nosotros! —gritó Camila.

—Exacto. —La señaló Eric y ella sonrió—. Vale, veamos qué podemos preparar. —Se quedó pensando un momento.

—Primo, no te esfuerces, que os vamos a ganar nosotros. —Escuchamos decir a Liam.

—No, no, vamos a ganar nosotros —contestó Nayeli.

—Miguel, si nos dejáis ganar, te doy otro beso luego —soltó Mariana, y nos quedamos los cuatro mirando a la niña con los ojos muy abiertos.

—Nada de besos, por Dios —les advertí.

—Pero ellos se dan besos —dijo Miguel señalando a Liam y Carola.

s

—Carola, no me fastidies —protesté, y ella se puso roja como un tomate.

—Le doy besos porque es mi mujer —contestó Liam.

—¿Igual que Yamil y Balam? —Curioseó Camila.

—Venga, venga, vamos a cocinar, chicos. —Di un par de palmadas y todos asintieron.

Ya les valía a ese par. A ver, que me parecía bien que se reconciliasen, pero donde no los pudieran ver los niños.

Volvimos a centrarnos en la preparación de la comida, y a Eric se le ocurrió como plato ganador lo que él llamó «tacos voladores». En su mente seguramente que sonaba bien, pero es que con lo alocado que era este hombre, a saber, qué saldría de aquello.

Leo y Nayeli comenzaron a repartir ingredientes por todas partes. La idea de «tacos voladores» no tenía sentido pero eso no los detenía. Y como Mariana y Camila eran más pequeñas, pero querían ayudar, les dijimos que ayudaran a los dos equipos a preparar las mesas para que después Yamil y Balam, quienes harían de jurado, pudieran probar también los platos.

Para ver a Liam mezclando en un cuenco, queriendo hacer una masa para tortillas, según dijo Graciela.

.

—¿Tú estás seguro de que sabes lo que estás haciendo, Liam? —preguntó Carola, viendo cómo su marido intentaba quitarse la masa pegajosa de las manos.

—Esto se llama creatividad, cariño —contestó.

—Yo diría más bien masa pegajosa, pero vale. —Rio Carola, y los niños dejaron salir una risilla.

Y mientras un primo se peleaba con la masa tratando de quitársela de las manos, el otro, o sea, Eric, echó demasiadas especias al fuego y provocó una pequeña explosión de humo. Eso sí, lejos de asustarse, los niños empezaron a reírse a carcajadas.

—Pero ¿qué has hecho? —grité, cubriéndome la cara con las manos mientras me agachaba tosiendo para evitar tragar más humo.

—Es el toque especial, pequeña, les va a encantar —me dijo el muy descarado con un guiño.

—Toque especial, la madre que te parió.

—Primo, no eches a arder la aldea, que salimos en las noticias de todo el mundo.

—Mira, por estafadores no, pero por destruir una aldea, seguro que sí vais a la cárcel —comentó Carola mientras troceaba algunas verduras.

—Mientras vengas a verme —dijo Liam.

—Tú quieres que vaya para que te dé besos —soltó Mariana y nos tuvimos que reír.

Y al final, el resultado de los platillos que habíamos preparado fue lo de menos, porque en ese rato entre fogones, como dijo Eric, los niños disfrutaron entre risas y bromas, así como con las locuras de esos dos hombres.

Yamil y Balam nos acompañaron en la mesa para comer y, por la cara de ella, que era la experta cocinando, por mucho que a los demás se nos diera muy bien, parecía que nos daba el visto bueno. Eso sí, algunos ingredientes habían quedado un poquito duros o poco cocidos.

Por no hablar de las tortitas de Liam, que se habían quedado tan blandas que parecían chicle.

—Bueno, parece que todos ganamos, ¿no? —dije sonriendo mientras veía a los niños radiantes de felicidad y asintiendo con entusiasmo.

El resto de la tarde lo pasamos en la cascada, disfrutando de un baño, del sol que se colaba entre las hojas, de más risas y bromas, y de un día más de los muchos que nos quedaban por pasar allí, esos que estaba segura de que serían los mejores de mi vida.

—Primo, no eches a arder la aldea, que salimos en las noticias de todo el mundo.

—Mira, por estafadores no, pero por destruir una aldea, seguro que sí vais a la cárcel —comentó Carola mientras troceaba algunas verduras.

—Mientras vengas a verme —dijo Liam.

—Tú quieres que vaya para que te dé besos —soltó Mariana y nos tuvimos que reír.

Y al final, el resultado de los platillos que habíamos preparado fue lo de menos, porque en ese rato entre fogones, como dijo Eric, los niños disfrutaron entre risas y bromas, así como con las locuras de esos dos hombres.

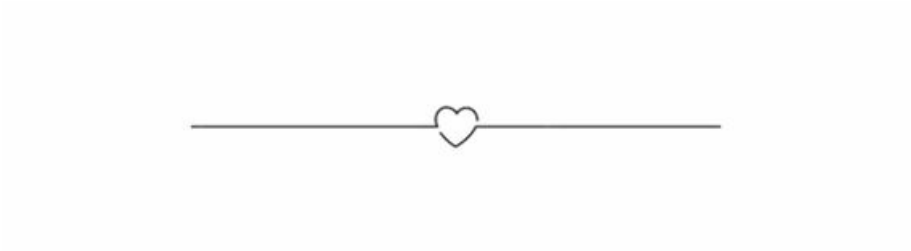
Yamil y Balam nos acompañaron en la mesa para comer y, por la cara de ella, que era la experta cocinando, por mucho que a los demás se nos diera muy bien, parecía que nos daba el visto bueno. Eso sí, algunos ingredientes habían quedado un poquito duros o poco cocidos.

Por no hablar de las tortitas de Liam, que se habían quedado tan blandas que parecían chicle.

—Bueno, parece que todos ganamos, ¿no? —dije sonriendo mientras veía a los niños radiantes de felicidad y asintiendo con entusiasmo.

El resto de la tarde lo pasamos en la cascada, disfrutando de un baño, del sol que se colaba entre las hojas, de más risas y bromas, y de un día más de los muchos que nos quedaban por pasar allí, esos que estaba segura de que serían los mejores de mi vida.

Capítulo 31



Los días en la aldea iban avanzando de tal manera que apenas nos dábamos cuenta de ello.

Estos pasaban entre risas y momentos de lo más locos y divertidos, mientras los niños decían que no querían que nos fuésemos nunca, que éramos los mejores monitores de voluntariado que habían tenido.

Eran para comérselos, de verdad, y, siendo sincera, me tenían todos enamorada por su forma de ser y ese cariño que nos daban a todos.

Estaba a punto de salir de la cabaña, pues Carola lo hizo antes para ayudar a Yamil con los desayunos, cuando llamaron a la puerta. Al abrir, me encontré a Eric con una sonrisa en los labios de esas que hacen que te tiemblen las piernas.

—Buenos días —dijo, y vi que tenía ambas manos en la espalda.

—Buenos días. ¿Pasó algo?

—No, todo está bien.

—¿Y qué haces aquí?

—Traerte un regalo. —Y me mostró un par de flores silvestres preciosas que cogí mientras me salía una sonrisilla en los labios.

—Gracias.

—¿Un besito? —dijo poniendo morritos mientras se acercaba hacia la puerta.

—¿Y si te cierro en las narices? Mira que, con la puerta, te dejo la nariz chatita. —Arqueé la ceja.

—¿En serio me darías con la puerta en las narices, aun habiéndote traído flores?

—No quieras comprobarlo. —Reí.

—Pues, si no me das un beso, de concederme una cita, ni hablamos —suspiró.

—¿Una cita? ¿En medio de la selva? —Me eché a reír a carcajadas, porque desde luego que este hombre tenía cada cosa que no era normal.

—Claro. Imagina: una noche en la cascada, cenando a modo de picnic, bajo las estrellas, y acabamos la velada con un baño. Dijiste que querías conocerme mejor.

—Y lo estoy haciendo, cada día que pasamos aquí.

—¡Ingrid! —Escuchamos gritar a Camila, y vimos que ella y su hermano Kabil venían corriendo hacia la cabaña.

—Buenos días, cariño —sonreí, y el pequeño no tardó en echarme los brazos para que le cogiera—. Hola, mi niño. —Me lo comí a besos y él se partía de la risa.

—*Ini* —dijo con esa lengua de trapo que tenía, y a mí me llenó de emoción al escucharle.

—Parece que ha intentado decir tu nombre —comentó Eric.

—Se lo he enseñado yo —Camila sonrió de lo más orgullosa por lo que había conseguido, y le pasé el brazo libre por los hombros mientras ella me abrazaba.

—Mi niña, pero qué bonita eres —sonreí, notando un nudito en la garganta.

—Ven, preciosa. —Eric la cogió por la cintura y se la sentó en los hombros—. Vamos a desayunar —dijo, y me tendió la mano.

Me quedé mirándola unos segundos. Eric quería que le cogiera de la mano y camináramos juntos de ese modo en el que tantas veces lo hicimos durante el tiempo que estuve en Miami.

Quería hacerlo, de verdad que sí, quería porque siempre fue lo que quise, caminar con él de la mano y no separarme nunca, aun sabiendo que nuestro tiempo juntos era de lo más limitado.

—Dale la mano, Ingrid, que él nos lleva —me dijo Camila, y nos reímos.

—Me llevo yo que voy andando, no me lleva en brazos —sonreí.

—¿Quieres que te lleve en brazos? Puedo hacerlo, ¿eh?

—No, no, que lo mismo nos caemos.

—Camila, agárrate fuerte un momento —le dijo, y la niña no tuvo otro sitio donde hacerlo que con las manitas en sus orejas.

—Ay, Dios. —Me eché a reír y Kabil también, a pesar de que el pequeño no sabía el motivo, solo veía la cara que estaba poniendo Eric—. Mejor te doy la mano, tú sujeta a la niña, anda.

—¿Lo he hecho bien, Eric? —le preguntó ella inclinándose hacia adelante para mirarle a la cara.

—¿Cómo que si lo has hecho bien? —Fruncí el ceño.

—Uy. —Esa pequeña *diablilla* se tapó la boca con las dos manos.

—Nos ha pillado, Camila —suspiró Eric.

—¿En serio, Eric? No me lo puedo creer. —Reí, mientras él se encogía de hombros.

Fuimos a desayunar y allí estaban todos los niños sentados mientras Liam y Carola servían el desayuno.

La mirada que me dedicó mi amiga al vernos llegar juntos con los pequeños, y esa sonrisilla pícara que puso, fueron suficientes para decirme que después tendríamos que hablar.

Desayunamos entre risas, porque ahí, si no decía una tontería uno, la decía otro, y pasamos a la clase para ponerles diferentes actividades a cada uno, con un examen sorpresa.

Eso sí, después de que todos lo aprobaran sin apenas fallos, les dimos una alegría al decirles que íbamos a hacer una carrera de sacos.

Para verlos a todos preparados en la línea de salida, sujetando el saco, con Liam y Eric, uno en cada extremo, listos para correr con ellos.

Mientras tanto, Carola y yo nos quedamos con Jorge y Kabil, quienes no paraban de animar y aplaudir al verlos correr.

—¡Eso es trampa! —gritó Miguel al ver a Mariana que se había caído y salió corriendo, pero sin saco.

—Luego te doy un beso, Miguel —le contestó ella.

—¡No! —gritamos Carola y yo al unísono, muertas de risa.

Al final, cuando Mariana llegó a la meta, tuvimos que darlo por no válido, como era lógico, así que hicieron otra carrera.

El caso es que les habían dicho los chicos que el premio era una bolsa de chuches y, claro, todos la querían.

Lo que no sabían es que tendrían una cada uno, que tan malos no éramos.

—Bueno, qué —dijo Carola—. ¿Tienes algo que contarme?

—¿De qué?

—No te hagas la loca, que no cuela.

—¿Y tú? Porque eso de que os dais besos…

—Nos estamos acercando, poco a poco, pero nos acercamos —sonrió—. Sigo enamorada de él, Ingrid, y si me puedo ir de aquí con él de la mano, mejor.

—Ya verás como sí —sonreí.

—¿Qué pasa con Eric?

—Ha ido a la cabaña, me ha regalado dos flores silvestres y quería invitarme a cenar en mitad de la selva. —Reí.

—Pues es muy romántico, qué quieres que te diga. Dile que sí, total, no tenéis nada que perder. Además —se giró para mirarme—, mírame a los ojos y dime que no sigues enamorada de él y que cuando le ves, no se te caen las bragas.

—¡Hala! Pero qué bruta eres.

—Dime que es mentira. —Arqueó la ceja.

Cuando acabaron la carrera, que ganó Camila y sin salirse del saco en ningún momento, vinieron todos corriendo hacia nosotras y se lanzaron de tal modo que acabamos Carola y yo tiradas en el suelo con los ocho niños encima.

Muertas de risa conseguimos salir de debajo de aquella avalancha y fuimos a comer ese guiso que había preparado Yamil.

—¿Qué vamos a hacer esta tarde? —preguntó Nayeli.

—¿Qué os parece si vamos de excursión? —propuso Carola— Cogemos unos bocadillos y nos lanzamos a la aventura.

—Pero que no se pierda nadie, ni se escabulla a darse besos —advertí mirando a Miguel y Mariana.

—¿Por qué nos miras a nosotros?

—Miguel, que os voy conociendo. —Reí.

—¿Y a ellos no les riñes? Que se *escapullan* para darse besos —dijo Mariana y nos echamos a reír.

—Escabullen, cielo —la corrigió Carola—. Pero no, ya no hacemos eso.

—¿Os habéis enfadado? —preguntó Graciela— No podéis, sois marido y mujer, tenéis que quereros.

—Eso, como se querían nuestros padres —dijo Nayeli.

—Tranquilos que a Carola yo la quiero mucho, y de aquí me la llevo para casa, así tenga que atarla a mí.

Y le creía, porque estaba claro que Liam eso lo decía en serio.

Después de comer no hubo manera de que se echaran un rato a dormir, así que acabamos preparando unos bocadillos que echamos en las mochilas con botellas de agua, nos pusimos gorras y fuimos de excursión por la selva.

—No nos encontraremos un monstruo, ¿verdad, Ingrid? —preguntó Camila, que iba conmigo de la mano.

—¿Monstruos? No, cariño —sonreí.

—Bueno, aquí hay una leyenda… —comenzó a decir Leo.

—¿Una leyenda? —Curioseó Carola.

—Sí. Mi padre nos la contaba mucho.

—Leo, papá nos la contaba para que no saliéramos solos de casa —le dijo Nayeli.

—El nuestro también —comentó Graciela.

—¿Qué leyenda es esa? —preguntó Eric, que llevaba a Kabil sentado en sus hombros, al igual que Liam llevaba a Jorge.

—Dicen que en lo profundo de la selva vive un monstruo que sale por la tarde buscando comida.

—Pues aquí tiene frutas y hierbas comestibles para hartarse —dijo Carola.

—Sí, pero es que el monstruo prefiere comer niños —soltó Graciela.

—¿Nos va a comer un monstruo? —chilló Camila.

—No, mi niña, que yo te protejo.

Seguimos adentrándonos por la zona y poco después escuchamos unos ruidos. Camila se agarró con fuerza a mi mano y Eric vino a nuestro lado.

Entonces Leo desapareció, y Miguel también. Estuvimos llamándolos, pero los muy jodidos no aparecían, por lo que Carola y yo entramos en pánico pensando que lo del monstruo no era una leyenda.

Los ruidos seguían y entonces se oyeron una especie de rugidos que hicieron que Mariana y Camila empezaran a gritar como si fueran a comerlas de verdad.

—Leo, Miguel, ¡salid ahora mismo de donde estéis! —gritó Liam.

Ni rastro de ese par, que ya sabíamos nosotros que lo que hacían era meterles miedo a los más pequeños, porque Kabil y Jorge también estaban mirando a todos lados pensando que iba a venir el monstruo a comernos a todos.

—¡Os cuento tres y, como no salgáis, os dejo sin helado lo que queda de mes! ¡Y no es broma! —gritó Carola.

Silencio, nada de ruidos, ni rugidos, hasta que…

—¡¡Grrrr!!

—¡Sus muelas! —grité al sentir las manos de Leo en mi cintura mientras soltaba ese rugido— Te mato. —Me giré mirándole.

—Ya os vale. —Rio Eric, que seguía con Kabil en brazos.

—Pero no te rías, desgraciado. —Le di una colleja.

—Auch —protestó mientras se frotaba la nuca.

—A mí me da un infarto, os lo digo. —Escuché decir a Carola—. Estos niños me provocan un infarto y aquí me enterráis, total, no me iban a echar de menos mis padres. Si es que ya veo mi lápida. —Carraspeó—: «Carola, no le dio un infarto al ganar la lotería, pero sí por los disgustos de los niños en la selva».

—Eso es muy largo. —Reí.

—Pero es la verdad. —Se encogió de hombros.

Nos quedamos en un claro para comernos los bocadillos, y Leo y Miguel nos pidieron perdón por habernos hecho esa pequeña broma.

Eran niños, al fin y al cabo, y lo que nos hacía sentir bien a nosotros era que ellos disfrutaran de los días que pasaban en nuestra compañía.

Yo me estaba encariñando con todos, pero era cierto que sentía debilidad por esos cinco hermanos, en especial por Camila y Kabil, los más pequeños.

Cuando regresamos a la aldea, las dos pequeñas le contaron a Yamil y Balam lo que habían hecho su hermano y Miguel. Ellos los miraron con ese gesto de padres que reñían en silencio y los dos les dijeron que no volverían a gastar una broma así.

La verdad es que ese matrimonio cuidaba de los niños cuando había voluntarios como lo harían unos padres, y eso era de agradecer, la verdad.

Tras la cena y la hora de la ducha, todos se fueron a dormir porque estaban agotados de aquella excursión donde habíamos caminado durante un buen rato.

Carola y yo nos despedimos de los chicos y lo hicimos con un beso en la mejilla.

—Ahí tienes tu beso —le dije a Eric con una sonrisa.

—No, no, yo lo quiero aquí. —Se señaló los labios.

—Mala suerte. —Me encogí de hombros, girándome para ir a mi cabaña.

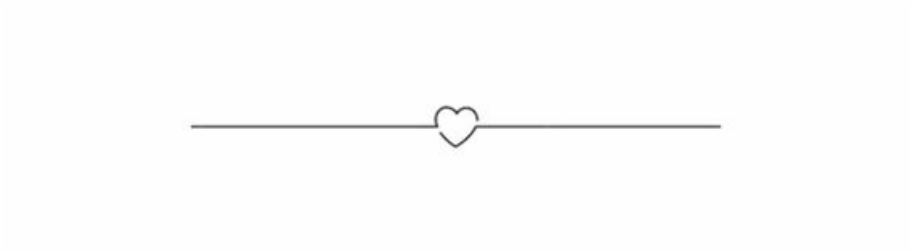
—Me lo vas a dar, pequeña, y lo sabes —dijo—. No puedes vivir sin mis besos.

—Anda que no. —Reí mientras le miraba por encima del hombro.

Eric sonrió de medio lado y negó, pero es que, en parte, tenía razón, porque echaba de menos sus besos y sobre todo esos abrazos que me daba y en los que me sentía en casa.

Eric sonrió de medio lado y negó, pero es que, en parte, tenía razón, porque echaba de menos sus besos y sobre todo esos abrazos que me daba y en los que me sentía en casa.

Capítulo 32



Esa noche de viernes iba a ser diferente, y es que habíamos pensado en organizar una fiesta de verano.

Carola y yo nos pondríamos los bikinis y un pareo con nuestras sandalias, mientras que los chicos iban a ir en bermudas y camisa, al igual que iban a vestir a los niños, mientras que nosotras nos encargaríamos de las niñas.

Llevábamos pareos más que de sobra, así que los usamos para ponérselos a ellas a modo de vestido y nos hicimos todas un par de trenzas que adornamos con flores y quedamos todas guapísimas.

Carola cogió el móvil y empezó a sacar fotos de todas nosotras, dentro de nuestra cabaña, mientras las niñas posaban de lo más divertidas.

Habíamos pasado la tarde decorando la aldea con hojas, flores y cintas de colores que había guardadas en una caja de cuando celebraron el último cumpleaños.

Yamil y Balam habían preparado la mesa del comedor fuera, y estaba todo precioso.

Liam y Eric iban a hacer la carne a la brasa, esa que acompañaríamos con unas patatas que cocinarían también ahí, y una ensalada que Yamil iba a preparar.

Al salir de la cabaña, vimos a los chicos junto a los niños con toda la carne ya lista para hacerse. Y, por Dios, no puedo evitar admitir que cuando vi a Eric con la camisa desabotonada, sentí una punzada de deseo en lo más profundo de mi ser.

No iba a mentir porque seguía deseando a ese hombre con cada célula de mi cuerpo, y me moría por besarle y que me tocara como solo él sabía hacer, pero debíamos ir poco a poco tal como estábamos haciendo desde la tregua, días atrás.

Me seguía pidiendo besos, esos que me negaba a darle en los labios, pero sí dejaba en su mejilla. Lo que peor llevaba era cuando compartíamos esa cercanía, cuando me abrazaba o me cogía de la mano, y yo simplemente me moría de ganas de más, pero no quería tirarme a la piscina.

—Pero qué guapas estáis todas —dijo Yamil al vernos, con una sonrisa en los labios.

—Tú llevas un vestido muy bonito también —sonreí.

—Balam, pero, tú ¿de dónde has sacado esos abdominales? —preguntó Carola y estallamos todos en carcajadas

—Correr detrás de estos niños es una buena manera de hacer ejercicio y de mantenerme en forma.

—Madre mía, pues a partir de mañana me voy a poner a correr con ellos, porque aquí me voy a poner de lo más redondita con todos los platos que prepara tu mujer.

Cuando la carne estuvo lista, Liam y Eric la fueron sirviendo en todos los platos, junto con las patatas. Comimos y bebimos, disfrutando de la noche y de la buena compañía, mientras Balam explicaba anécdotas de su infancia. Las historias que contaba mantenían a los más pequeños completamente entretenidos, quienes no paraban de hacer preguntas sobre las aventuras que había vivido con sus primos.

Después de la cena, los niños nos sorprendieron con una actuación que habían preparado, y que no esperábamos ninguno de los cuatro. Yamil y Balam sonrieron, y de inmediato nos dimos cuenta de que ellos habían estado detrás de todo esto, ayudándoles a preparar el espectáculo.

Las niñas se pusieron delante y comenzaron a bailar al ritmo de la música que iba sonando, mientras Leo y Miguel, detrás de ellas, tocaban unos improvisados tambores, al igual que Jorge y Kabil, solo que ellos, más que tocar, lo que hacían era dar manotazos con fuerza.

Cuando acabaron con ese baile, vimos a Camila ponerse al frente de todos y, tras aclararse la garganta, comenzó a cantar.

Sonreí al escucharla, porque tenía una vocecita infantil tan dulce, que esa canción sonaba preciosa.

—Es una nana que solía cantarle su madre —me dijo Yamila, que estaba sentada a mi lado—. Ella se la canta mucho a Kabil cuando tiene alguna pesadilla.

—¿Kabil tiene pesadillas? —pregunté frunciendo el ceño.

—Desde que estáis aquí, no —sonrió.

Miré a Camila y Kabil, eran los más pequeños de los cinco hermanos, a pesar de que Mariana tenía uno más que Camila, pero se notaba que eran quienes más extrañaban el calor de un abrazo de su madre.

Cuando Camila acabó de cantar, abrí los brazos para que se acercara a mí, y ella lo hizo con una sonrisa.

—Qué voz tan bonita tienes, cariño —le dije acariciándole la espalda.

—¿Te ha gustado?

—Mucho. —Le di un beso en la mejilla.

En ese momento noté un nudito en la garganta y, a pesar de estar de fiesta, necesité apartarme un poco y fui a la cascada a fumarme un cigarrillo.

Se me saltaron las lágrimas porque me parecía injusto y cruel que esos pequeños hubieran tenido que pasar por la pérdida de sus padres del modo en el que lo hicieron.

—Ingrid. —Escuché la voz de Carola y me sequé las lágrimas—. Ay, cariño. —Me dio un abrazo.

—Les voy a echar de menos cuando nos vayamos —dije entre sollozos.

—Yo te digo una cosa, si me lo ponen fácil, los adopto.

—¿A todos? —La miré con los ojos abiertos.

—No estaría mal, pero ¿te imaginas una casa con ocho niños? —Hizo la que se desmayaba y me eché a reír—. Adoptaría a los tres hermanos, estoy enamorada de Jorge —sonrió.

—Liam también se ve que tiene mucha complicidad con él, y con Miguel.

—Y Graciela, es una hermana mayor increíble.

—Igual que Leo y Nayeli.

—Tú adoras a Camila y Kabil —sonrió.

—¿Tú crees que a mí dejarían adoptarlos como madre soltera?

—Hombre, si la Pantoja pudo. —Volteó los ojos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Mariana y vimos que venían las cuatro juntas.

—Ingrid, que quería un poco de aire.

—Pero si estábamos cenando al aire libre. —Nayeli volteó los ojos y me reí, ese gesto lo hacía muy a menudo y

me recordaba a mí a su edad.

—¿A quién le apetece darse un baño? —preguntó Carola.

—¡A mí! —gritaron las cuatro al unísono.

—No se hable más. ¡¡Niñas, al agua!! —gritó mi amiga mientras se quitaba el pareo.

Las niñas hicieron lo mismo mientras se quedaban con los bañadores y salieron todas corriendo detrás de Carola mientras yo sonreía de verlas así de felices.

Se tiraron al agua entre risas y, al ver que yo seguía donde estaba, me dijeron que me uniera a ellas.

Ni tiempo me dio a quitarme el pareo cuando noté unas manos cogiéndome en brazos y, al mirar, vi que era Eric.

—No se te ocurra lanzarme al agua, por Dios —le pedí, con una mezcla de miedo y diversión que me hizo sonreír por los nervios.

—¡Sí, sí, tírala! —gritó Mariana.

—¡Pero bueno! —grité, y todas se rieron.

Liam, Leo y Miguel se lanzaron al agua con Jorge y Kabil, mientras que Eric se zambulló llevándome con él. Aquello me recordó tanto al día que me llevó a navegar en el velero cuando estuvimos en Miami, que no pude evitar que se me saltaran un poquito las lágrimas. Lo bueno es que, como estaba completamente mojada, nadie notó que lloraba.

—Casi me ahogas —protesté.

—Jamás dejaría que pasara eso. Siempre seré tu salvavidas, pequeña —dijo mientras me rodeaba por la cintura, mirándome fijamente con esos ojos azules que allí, en mitad de la noche y con la luna como única luz que nos iluminaba a todos, brillaban de ese modo que lo hacían cuando los dos sentíamos esas ganas de besarnos y entregarnos el uno al otro.

Por un momento me olvidé de todo, de dónde estábamos, de quién nos podía ver y de que ese hombre me había mentido durante un mes solo para que no me fuera de su lado.

Le rodeé con mis brazos por los hombros y se inclinó apoyando la frente en la mía. Nuestros ojos se encontraron unos segundos y yo los cerré cuando sentí que Eric me apretaba más contra él.

La sensación de su pecho junto al mío, el modo en el que los dos respirábamos en ese instante, el calor que nos envolvía a pesar de estar completamente cubiertos de agua me hizo recordar tantas cosas que no pude evitar dejar que pasara lo que tenía que pasar.

Eric llevó dos dedos a mi barbilla, me levantó el rostro y, al abrir los ojos, me encontré con esa mirada que me hacía estremecer, con esos ojos azules que se habían oscurecido como tantas otras veces lo habían hecho.

Se inclinó, posó sus labios en los míos en un leve roce, un beso suave y tierno, y se apartó poco después. Volvimos a quedarnos enganchados en la mirada del otro y nos acercamos al mismo tiempo para compartir otro beso, uno más profundo y que habló por nosotros.

Con ese beso nos dijimos lo que había que decir, que yo le había perdonado y que este era un paso más para llegar a eso que los dos queríamos tener.

Que él iba a cumplir con eso de que siempre sería mi salvavidas, y yo dejaría que lo fuera.

Porque me había enamorado de él a pesar de las mentiras, porque le seguía amando y porque estaba claro que no iba a dejarme marchar nunca, que, tal como dijo, me seguiría así fuera a los confines de la tierra.

—¡¡Se están dando un beso!! —gritó Mariana.

—¡Hala! Y luego nos riñe a nosotros —dijo Miguel.

Eric y yo nos apartamos y acabamos riendo. No tardaron en venir Camila y Kabil hasta nosotros, poco después se unieron también sus otros tres hermanos. Y al verle a él así, rodeado de esos niños, sonreí pensando en que iba a ser un gran padre algún día.

Las risas siguieron entre zambullidas y juegos, hasta que Carola puso orden y dijo que era hora de que todo el mundo se fuera a la cama.

Salimos del agua y, tras los turnos de ducha, metimos a los niños en la cama antes de irnos a nuestra cabaña.

—Sabes que de aquí te vas a Miami con él, ¿verdad? —me dijo Carola con una sonrisilla antes de que nos metiéramos en la cama.

—Y tú con Liam —respondí, y ella sonrió aún más.

No estaba segura de si me iría a Miami de la mano de Eric, pero sí que definitivamente deseaba volver a tener a menos una pequeña parte de lo que una vez tuvimos. Lo amaba profundamente, y sin él, sentía que mi corazón no podría abrirse a amar a nadie más que no fuera él.

Capítulo 33

El tiempo en la aldea se acababa y apenas faltaban unos días para que los cuatro tuviéramos que volver a la realidad.

Desde la noche de la fiesta, en la que Eric y yo nos besamos finalmente, no había habido un solo momento en que no nos abrazáramos, nos diéramos algún beso y me pidiera esa cita a la luz de la luna en la cascada, porque decía que quería que nuestra primera cita oficial fuera aquí, donde nos habíamos reconciliado.

Fue el día anterior cuando finalmente acepté tener esa cena, y lo que me reí cuando el muy jodido dijo que no me había escuchado bien, que por favor se lo repitiera. Lo hice, y es que fue para verle corriendo por la aldea gritando que le había dado una cita.

Ese hombre era un caso perdido, de verdad que sí, pero me ganó desde el minuto uno en el que nos conocimos con ese sentido del humor que tenía.

Me había puesto un vestido blanco y fresquito con las sandalias, llevaba el cabello recogido y un poco de maquillaje.

—Estás muy guapa, Ingrid —dijo Camila y sonreí.

—Sí. Eric se va a enamorar de ti —comentó Nayeli con una sonrisilla.

—Eric ya está enamorado de ella, pero es que esta mujer es un poquito cabezona —resopló Carola.

—Mira quién habla, la que no da su brazo a torcer tampoco.

—Oye, bonita, que me he reconciliado con mi marido y hemos tenido un encuentro de lo más…

—Carola, ya. —Reí al ver por dónde iba.

—Pues eso.

—Entonces, ¿volvéis juntos a Miami? —Curioseé.

—Igual que vas a volver tú, ya lo verás. —Me hizo un guiño—. Venga, sal, que te está esperando tu futuro marido.

—¿Os vais a casar? —preguntó Mariana.

—No, no, que Carola corre mucho. —Reí.

Cuando salimos de la cabaña, vi a Leo apoyado en la pared.

—Qué guapa —sonrió—. Eric me ha pedido que te acompañe.

—¿Se cree que no puedo ir sola? —Arqueé la ceja.

—Es que no quiere que veas lo que ha preparado. —Carraspeó el pobre.

Y fue cuando vi que llevaba un pañuelo en la mano. Carola me lo puso de manera que no pudiera ver nada, y le di la mano a Leo, que me llevó hasta la zona de la cascada.

—Eric te quiere mucho, Ingrid —me dijo aquel niño antes de irse, haciendo que se me dibujara una sonrisa en los labios.

Me quedé allí parada sin ver nada hasta que noté una caricia de Eric en mi brazo y noté que me estremecía. Sentí sus labios sobre los míos y dejé que me besara mientras me quitaba el pañuelo.

—Estás preciosa, pequeña —dijo cuando nos miramos a los ojos.

Al apartarse, me quedé sin palabras. La mesa estaba preciosa, en el centro, con un par de velas encendidas y una flor en mi lado.

Eric me cogió de la mano y nos acercamos a la mesa, retiró la silla para que me sentara y sonreí cuando me dio un beso en la mejilla.

La noche no podía ser más perfecta. La luna llena iluminaba el paisaje y su reflejo en el agua parecía vivo mientras este se movía despacio.

No me podía creer que estuviera de nuevo con Eric, a solas, disfrutando de una cena, como tantas que habíamos compartido en Miami.

—Nunca pensé que terminaría cenando bajo la luna junto a una cascada —sonreí.

—Lo que te has hecho de rogar, mujer —resopló, y me salió una risilla.

—A ver, que me mentiste durante un mes. Tenía que hacerte sufrir un poquito.

—Pues lo has conseguido, porque casi me voy de aquí sin una primera cita con cena romántica.

—¿De verdad no habrías esperado a tenerla en otro sitio? —pregunté mientras cogía mi copa de vino.

—¿Dónde habría sido? ¿En Miami o en España? —quiso saber, mirándome fijamente.

—No lo sé. Mi vida está en España.

—Pero podría estar en Miami. Dijiste que te quedarías allí a vivir si pudieras.

—Mi padre está en España, y ahora tiene pareja con una niña, quiero conocerlas más.

—¿Y si me voy yo? —preguntó.

—¿Qué se te ha perdido a ti en España? —Reí.

—Qué, no, quién. Donde tú vayas, iré yo. —Se encogió de hombros.

Cogí un poco de la ensalada que había preparado Yamil, y Eric dio un sorbo al vino. Comenzamos a cenar y a disfrutar de la compañía del otro, de aquella deliciosa comida y de las risas que él me arrancaba como nadie.

—Me alegra ver que te ríes de mí —dijo en tono dramático.

—No, no, me rio contigo. Nunca conocí a nadie como tú, que me hiciera reír con tanta facilidad.

—¿Y que te ponga nerviosa? —Curioseó.

—Nerviosa no, me sacas de mis casillas. En eso eres experto. —Volteé los ojos.

—Y en excitarte, en eso también soy experto.

—Madre mía, sigues con el mismo ego —resoplé.

—Pero me quieres —dijo con una sonrisa de medio lado—. Aunque sea un poquito, sé que me quieres.

—La verdad es que tengo un amor-odio contigo bastante grande. Me hiciste pensar que me chantajeabas con

unos vídeos y por eso te odiaba. Pero me gustabas —suspiré.

—¿Y ya no te gusto?

—¿Tú te crees que si no me gustaras te habría besado estos días? El caso es que te sigo odiando porque me mentiste, y eso me duele. Pero me duele más sentir que, si no eres tú, no querré a nadie más. Y por eso te odio —dije mirando hacia mi plato.

Eric me cogió la mano por encima de la mesa, lo hizo con firmeza mientras me miraba antes de hablar.

—He pasado toda mi vida pensando que el amor era algo que solo estaba en las novelas y películas. Pero todo cambió cuando te conocí —sonrió—, porque vi a la mujer que, con una sola foto, logró mover cada fibra de mi ser. Y cuanto más tiempo pasaba contigo, más descubría que el amor existe y que está en las pequeñas cosas, en algo tan simple como una mirada, una leve sonrisa, un beso robado o un abrazo.

»Te prometí que donde tú fueras, yo te seguiría. Pero no quiero vivir un solo día más sin verte sonreír. Sé que la cagué, pequeña, y no hay un solo instante en el que haya estado lejos de ti que no me haya arrepentido.

Las palabras de Eric sonaban tan sinceras que sentí cómo el corazón comenzaba a latirme más rápido. Miré la luna, luego la cascada y de nuevo a él. Sus ojos me observaban con ese brillo que había visto en tantas ocasiones, y en ese instante comprendí que debía dejar atrás cualquier rencor y perdonarlo de corazón.

—Yo tampoco —confesé.

Eric se puso en pie y vino hacia mí sin soltarme la mano. Hizo que me levantara y me besó. Ese gesto era una promesa, estaba segura, como también sabía que él no iba a romperla nunca.

Eran tantas las ganas que teníamos y el tiempo que llevábamos reprimiendo nuestros deseos, que allí mismo nuestras manos comenzaron a tocar al otro, a acariciarse mientras nos despojábamos de la ropa, y acabamos desnudos bajo la luna.

Eric me recostó en el suelo y comenzó a besarme por todo el cuerpo, a lamer y mordisquear mis pezones mientras me arrancaba un gemido tras otro, hasta que esa lengua juguetona comenzó a bajar por mi cuerpo dejando suaves lamidas. Me separó más las piernas y comenzó a lamer entre mis labios vaginales. Gemí de nuevo arqueando la espalda y acabé por llevar mis manos a su cabello, agarrándole y tirando levemente de él mientras seguía llevándome al orgasmo.

La guinda del pastel la puso al comenzar a penetrarme con dos dedos, por lo que mis gemidos pasaron a ser gritos mientras me movía en busca de su lengua y sus dedos, hasta que me corrí con intensidad.

Eric no dudó en penetrarme con fuerza y de una sola embestida, devorando mis labios mientras se movía rápido llegando a lo más hondo de mi ser con esas frenéticas embestidas.

No tardamos mucho en llegar juntos al clímax, compartiendo un beso cargado de promesas que no era necesario decir.

—Te amo, Ingrid —dijo mirándome fijamente—. Te amo más de lo que jamás imaginé.

Sonreí notando ese nudito que era la antesala al llanto, pero me contuve cuanto pude.

—Yo también te amo, Eric. Y tal vez, solo tal vez, este sea el principio de algo aún más hermoso —dije y él soltó una carcajada.

—Lo será, por mi vida que lo será, así tenga que demostrarte cada día que tu lugar es mi lado, pequeña. —Volvió a besarme y acabamos dejándonos llevar de nuevo.

Las caricias y los besos que compartimos decían más que mil palabras, nuestros cuerpos se entregaban el uno al otro, y tras ese segundo momento de ardiente pasión, decidimos darnos un baño bajo la cascada, donde no pudimos y tampoco quisimos reprimir las ganas.

Esa noche, la luna y las estrellas en aquella profunda selva en México, fueron testigos del inicio de algo especial, algo que esperaba que no acabara nunca, porque amaba a Eric con todo mi corazón y me quería salir de aquí con él de la mano.

',

No tardamos mucho en llegar juntos al clímax, compartiendo un beso cargado de promesas que no era necesario decir.

—Te amo, Ingrid —dijo mirándome fijamente—. Te amo más de lo que jamás imaginé.

Sonreí notando ese nudito que era la antesala al llanto, pero me contuve cuanto pude.

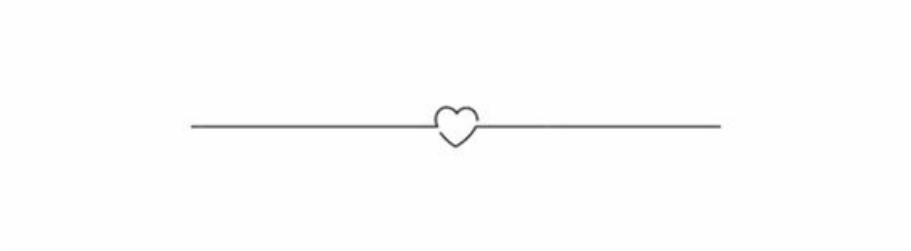
—Yo también te amo, Eric. Y tal vez, solo tal vez, este sea el principio de algo aún más hermoso —dije y él soltó una carcajada.

—Lo será, por mi vida que lo será, así tenga que demostrarte cada día que tu lugar es mi lado, pequeña. —Volvió a besarme y acabamos dejándonos llevar de nuevo.

Las caricias y los besos que compartimos decían más que mil palabras, nuestros cuerpos se entregaban el uno al otro, y tras ese segundo momento de ardiente pasión, decidimos darnos un baño bajo la cascada, donde no pudimos y tampoco quisimos reprimir las ganas.

Esa noche, la luna y las estrellas en aquella profunda selva en México, fueron testigos del inicio de algo especial, algo que esperaba que no acabara nunca, porque amaba a Eric con todo mi corazón y me quería salir de aquí con él de la mano.

Capítulo 34



Había llegado el momento de irnos, se cumplía ese mes de voluntariado para nosotras y los chicos, y tocaba despedirnos de esos niños que nos habían robado el corazón.

Justo había terminado de recoger mis últimas pertenencias y no podía dejar de llorar, porque los iba a echar mucho de menos a todos. Esos niños realmente habían logrado tocar mi corazón de una forma increíble.

Abrí la puerta para salir cuando vi a Leo.

—Hola, cariño —sonreí.

—Ingrid, ¿está Camila contigo? —preguntó.

—No, suponía que estaba con todos en el comedor.

—No la hemos visto desde el desayuno.

—¿Qué? —Entré en pánico y salí de la cabaña, no tardé en ver a Carola y Eric que se acercaban.

—¿Está contigo? —gritó Eric.

—No, no está aquí.

—Joder —resopló frustrado, pasándose las manos por el pelo.

—¿Dónde puede estar, Leo? —preguntó Carola— Es tu hermana, la conoces mejor.

—No lo sé, nunca se había escapado antes. Siempre que se van los voluntarios, es la primera en despedirse y darles un dibujo.

Me iba a dar un ataque, la pequeña no estaba por ningún lado y yo así no podía irme. Me daba igual si perdíamos el vuelo, ya cambiaríamos el billete, pero sin saber que mi niña estaba bien, no me movía de esta jodid

selva.

Mientras todos fueron de nuevo a buscarla, caí en la cuenta…

Comencé a caminar alejándome de la cabaña, dirigiéndome hacia ese rincón especial que a ella tanto le encantaba y donde habíamos disfrutado de algunas tardes juntas leyendo ese cuento que tanto le gustaba.

No tardé en verla sentada junto a la roca, con el cuento en las piernas, y estaba llorando.

—Hola —dije en tono bajito para no asustarla, y me miró con sus ojos bañados en lágrimas—. ¿Sabes que todo te están buscando? —Me senté con ella.

—No me importa. No quiero decirte adiós, por eso he venido hasta aquí —contestó llorando.

—¿No quieres despedirte de mí? Eso hará que me ponga triste.

—No quiero que te vayas. —Volvió a secarse las lágrimas—. ¿Por qué tienes que irte? ¿Por qué no te quedas aquí con nosotros para siempre?

—Cariño, no puedo hacer eso. —Le pasé el brazo por los hombros y se abrazó a mí, llorando sin consuelo.

—No quiero que te vayas, Ingrid. Yo te quiero mucho y quiero que te quedes.

—Mi niña. —No pude reprimir más mis propias lágrimas, y acabé llorando yo también.

Si ella supiera lo duro que estaba siendo para mí tener que irme y dejarlos aquí.

—Pronto vendrán otros voluntarios —dije tras secarme las mejillas—. Y será tan divertido con ellos como lo ha sido con nosotros.

—No, nadie es más divertido que Eric. Hace muchas locuras.

—Lo de las locuras es cierto. —Reí.

—Ojalá fueras mi mami —dijo abrazándome aún más fuerte y eso me terminó de romper por completo.

Le di un beso en la cabecita y lloré en silencio igual que hacía ella, abrazándola mientras notaba cómo se sacudía su pequeño cuerpecito.

Escuché un ruido y al mirar vi que era Eric. Se acercaba despacio, con las manos en los bolsillos del pantalón, y se sentó a nuestro lado.

—¿Qué les pasa a mis chicas? —preguntó acariciando el brazo de Camila.

—No quiero que se vaya Ingrid —dijo sin apartarse de mí.

—¿Y si te prometo que la traigo de vuelta pronto?

—No. —Seguía llorando y a mí me mataba.

—Cariño, es que mi papá y mi hermanita pequeña también quieren verme.

—¿Tienes una hermanita? —preguntó, pues hasta ahora no había hablado de eso con los niños.

—Sí, de la edad de Leo.

—Es mayor, entonces, no te echará de menos —dijo, y a Eric y a mí se nos escapó una risilla.

—Yo puedo venir otra vez aquí, pero ahora tengo que irme.

—Es que no quiero. Y si te vas, Kabil volverá a tener pesadillas.

—¿Por qué dices eso, preciosa? —Curioseó Enric.

—Se queda tranquilo por las noches porque Ingrid le da un beso, como hacía nuestra mamá —contestó entre sollozos—. Nadie lo hace y por eso tiene pesadillas.

Miré a Eric, sintiendo que mi corazón se rompía aún más por lo que la niña acababa de decir. En ese instante, me paré a pensar en que tal vez no me permitiera hacer lo que quería, porque iba a ser todo muy complicado y probablemente pensase que estaba mal de la cabeza, pero…

—Eric, ¿tú podrías mover los papeles para que pueda adoptarlos?

—¿A Kabil y a ella? —preguntó.

—No, a los cinco, quiero adoptar a los cinco. Son hermanos y separarlos sería inhumano.

—¿Qué es adoptar? —Escuché la vocecita de Camila, y la miré con una leve sonrisa en los labios.

—Eso es que, si me dejan, os vendríais conmigo a mi casa.

—¿Quieres que nos vayamos contigo?

—Si me lo permiten, sí —sonreí.

—Vamos, tenemos que hacer nuestras mochilas, entonces —dijo secándose las lágrimas mientras se levantaba.

—Espera, espera. —Rio Eric, cogiéndola para sentarla en su regazo—. No podríais iros ahora, preciosa. Habría que preparar muchos papeles.

—¿Pero nos dejarían irnos con ella?

—Lo más seguro es que sí —dijo, y yo sentí un vuelco en el corazón.

—Entonces me espero a que nos dejen.

—¿De verdad quieres que os lleve a mi casa? —le pregunté y ella asintió— Me convertiría en vuestra mami.

—¿Y tú serías nuestro papi? —Miró a Eric.

—No.

—Sí.

Respondimos al unísono y arqueé la ceja al escuchar ese «sí» que había dicho él con tanta seguridad.

—¿Sí o no? —insistió ella, al ver que no nos poníamos de acuerdo.

—Eso habría que discutirlo mucho —sonreí.

—¡¡Camila!! —gritó Leo y vimos que corría hacia nosotros, con todos los demás, incluidos Liam y Carola— Qué susto nos has dado.

—Leo, nos va a adoptar Ingrid —dijo ella feliz mientras su hermano le daba un abrazo.

—¿Qué es adoptar? —preguntó Marina, que era igual de curiosa que su hermana pequeña.

—Que nos va a llevar a su casa y será nuestra mami —contestó Camila sin perder la sonrisa.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Nayeli mirando a Eric.

—Sí, costará un poquito, pero sí —sonrió él.

—Toma ya, vas a ser madre soltera de familia numerosa. —Rio Carola.

—Soltera, no, que yo estaré con ella —aclaró Eric.

—¿Y a nosotros también nos vas a adoptar? —preguntó Miguel.

—No, cariño, a vosotros tres os adopto yo —le dijo Carola con una sonrisa.

—¿Lo dices de verdad, Carola? —preguntó Graciela, que tenía los ojos ya vidriosos y estaba a punto de llorar.

—Sí, mi niña, lo digo de verdad. —Le dio un abrazo mientras la niña comenzaba a llorar—. Que os he cogido mucho cariño, e irme sin vosotros me da mucha pena.

—¿Así que vamos a ser padres, amor? —dijo Liam, pasándole el brazo por los hombros a Carola.

—Si no inscribes la boda, no, pero vamos, que igual se te ha pasado el plazo. —Se encogió de hombros.

—Pues nos casamos otra vez, ya ves qué problema.

—¿Y si no quiero? Mira que me has dado un mesecito que… —resopló— Primero me querías mucho, luego, ni un poquito, después volvías a quererme y si yo decía algo te molestaba porque me sentía insegura.

—Te quiero con todo mi corazón, Carola, que me vine a la selva profunda en tu busca.

—Solucionado —dijo Eric poniéndose en pie y me ayudó a levantarme—. Vinimos aquí en busca de las mujeres de nuestras vidas, y nos vamos convertidos en padres de familia. No me digáis que no ha sido un mes maravilloso y lleno de sorpresas.

—Y de mentiras, primo, que con esa historia que te inventaste, digna de una película de Hollywood, casi acabamos en el calabozo por estafadores y me cuesta el divorcio.

—Lo del divorcio no lo descartes —comentó Carola—. Que sé valerme por mí misma y tengo capacidad suficiente para ser madre soltera de tres niños.

—Pero ¿cómo te vas a querer divorciar de mí? —preguntó Liam mientras comenzábamos a volver hacia la aldea.

—Pues divorciándome, firmando un papelito y ya.

—Qué bonito es el amor —dijo Eric con un suspiro mientras me pasaba el brazo por los hombros—. No me digas que, al verlos, no te dan ganas de casarte mañana mismo.

—¿Para acabar como ellos? Ni loca, antes me quedo soltera, vamos. —Volteé los ojos y él soltó una carcajada.

Cuando regresamos a la aldea, Yamil y Balam se alegraron de ver a la pequeña Camila, pues incluso ellos se habían preocupado mucho pensando que podía haberle pasado algo.

Nos despedimos de todos con besos y abrazos, y con la promesa de que en cuanto pudiéramos volveríamos a vernos.

Recogimos nuestras cosas y los cuatro nos subimos al coche en el que habían llegado Liam y Eric un mes atrás.

El camino al aeropuerto lo hice llorando y viendo las fotos de aquellos ocho ángeles que nos habían demostrado que, a pesar de todo el dolor que sentían, su corazón era tan grande que daban todo el amor que tenían.

Cuando por fin subimos en el avión, Eric entrelazó nuestras manos, le miré y sonrió mientras me acariciaba la mejilla.

Quién hubiera imaginado que aquel hombre que dijo ser detective era, en realidad, un rico heredero que había fundado, junto a su primo, una ONG dedicada a ayudar a esos niños que lo habían perdido todo.

Hacía meses que recibí el mayor premio de lotería que podía haber soñado jamás, y tenía claro que lo iba a destinar a darles los mejores cuidados a esos cinco niños que, esperaba que fuera pronto, se convertirían en mis hijos.

El vuelo se hizo largo y cansado, ya que apenas dormí, pero volvía a casa para ver a mi padre y estar con su nueva pareja y la hija de esta, quienes sabía que ya eran parte de nuestra familia.

Sí, Eric y Liam venían con nosotras para quedarse unos días en mi casa, así lo habíamos hablado en la aldea un par de días antes, y es que los dos tenían claro que nos querían de vuelta en Miami.

Iba a presentárselo a mi padre como mi pareja, pues es lo que éramos, aunque esta vez nos lo tomaríamos con tiempo y calma, o eso esperaba, porque quién sabía por dónde y con qué nueva locura podría salir el alocado Eric.

—Qué bonito es el amor —dijo Eric con un suspiro mientras me pasaba el brazo por los hombros—. No me digas que, al verlos, no te dan ganas de casarte mañana mismo.

—¿Para acabar como ellos? Ni loca, antes me quedo soltera, vamos. —Volteé los ojos y él soltó una carcajada.

Cuando regresamos a la aldea, Yamil y Balam se alegraron de ver a la pequeña Camila, pues incluso ellos se habían preocupado mucho pensando que podía haberle pasado algo.

Nos despedimos de todos con besos y abrazos, y con la promesa de que en cuanto pudiéramos volveríamos a vernos.

Recogimos nuestras cosas y los cuatro nos subimos al coche en el que habían llegado Liam y Eric un mes atrás.

El camino al aeropuerto lo hice llorando y viendo las fotos de aquellos ocho ángeles que nos habían demostrado que, a pesar de todo el dolor que sentían, su corazón era tan grande que daban todo el amor que tenían.

Cuando por fin subimos en el avión, Eric entrelazó nuestras manos, le miré y sonrió mientras me acariciaba la mejilla.

Quién hubiera imaginado que aquel hombre que dijo ser detective era, en realidad, un rico heredero que había fundado, junto a su primo, una ONG dedicada a ayudar a esos niños que lo habían perdido todo.

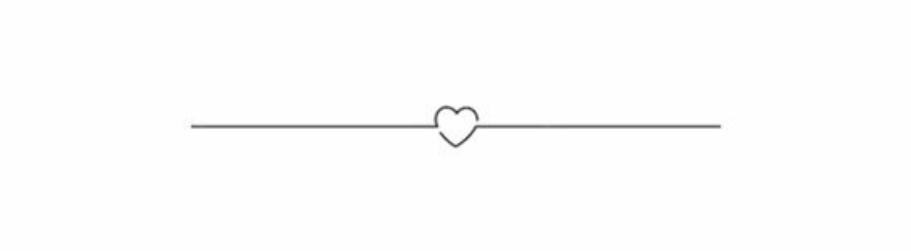
Hacía meses que recibí el mayor premio de lotería que podía haber soñado jamás, y tenía claro que lo iba a destinar a darles los mejores cuidados a esos cinco niños que, esperaba que fuera pronto, se convertirían en mis hijos.

El vuelo se hizo largo y cansado, ya que apenas dormí, pero volvía a casa para ver a mi padre y estar con su nueva pareja y la hija de esta, quienes sabía que ya eran parte de nuestra familia.

Sí, Eric y Liam venían con nosotras para quedarse unos días en mi casa, así lo habíamos hablado en la aldea un par de días antes, y es que los dos tenían claro que nos querían de vuelta en Miami.

Iba a presentárselo a mi padre como mi pareja, pues es lo que éramos, aunque esta vez nos lo tomaríamos con tiempo y calma, o eso esperaba, porque quién sabía por dónde y con qué nueva locura podría salir el alocado Eric.

Capítulo 35



Dos meses después…

Los días desde la vuelta de la aldea en la selva de México habían pasado demasiado lentos a mi modo de ver, porque quería poder tener a los niños conmigo cuanto antes.

Pero, empecemos por el principio mejor, por ese regreso a España con los chicos para instalarse en mi casa con Carola y conmigo mientras organizábamos todo para irnos a Miami.

Quedé con mi padre para presentarle a Eric, y le conté la verdad; le dije quién era, que había estado conociéndole durante el mes en Miami y aproveché para confesarle ese pequeño secreto que tenía sobre el dinero que nos había tocado a Carola y a mí.

Lejos de enfadarse porque no se lo hubiera dicho antes, me agradeció el no hacerlo para evitarle caer de nuevo en aquello que fue su ruina tiempo atrás.

Aunque ahora estaba bien, mucho más estable y, además, ilusionado con una mujer que se veía que le quería mucho, así que decidí ponerle un dinero en la cuenta para que se mantuviera bien cubierto y respaldado.

Eric le dijo que tenía buenas intenciones conmigo, que no se preocupara porque no iba a volver a cagarla para no perderme una segunda vez, y él sonrió diciéndole que más le valía porque, de lo contrario, se las tendría que ver con él.

Con lo que casi me lo cargo del susto fue cuando le dije que iba a adoptar a cinco hermanos, el pobre tuvo que sentarse en el sofá, y Carola corrió a la cocina a por un vaso de agua.

Eso sí, después del *shock* dijo que se alegraba de que con el dinero que tenía, quisiera darles un mejor futuro a esos niños.

Me apoyó en la decisión de irme a Miami y me dijo que, si me arrepentía en un mes, él mismo iría a buscarme allí para traerme de vuelta a casa.

A Isabel y Kara también les presenté a Eric, y al igual que a mí, le acogieron con mucho cariño.

Me costó despedirme de los tres, pero les prometí que los llamaría a menudo y que los visitaría siempre que pudiera. Mi vida y mi futuro ya estaban en Miami desde el momento en que le dije a Eric que me iba con él de la mano hacia allá.

Durante seis semanas, cuatro de ellas instalados en su casa de Miami, sumadas a las dos que pasamos en España, estuvimos completamente enfocados en organizar todo. Eric trabajó sin descanso preparando toda la documentación necesaria para que Carola y yo pudiéramos adoptar a los niños. Bueno, Carola y Liam, ya que los abogados de él pudieron gestionar todo lo necesario para formalizar su matrimonio y hacerlo oficial desde el punto de vista legal.

Y sí, hacía apenas unos días que los niños, los ocho, estaban viviendo en Miami.

La casa de Eric era grande, pero con los niños se nos había quedado un poco pequeña, por lo que llevaba unos días buscando una más grande, y esta había decidido venderla.

Y no penséis que los niños vinieron solos, que va a ser que no, ya que Yamil y Balam también se instalaron en Miami. De momento estaban en un apartamento y venían todos los días a nuestra casa para ayudarnos, puesto que Carola y Liam habían contratado a una mujer para que se encargara de ayudarles.

Entre las propiedades que estaba viendo Eric, había una con una casa de invitados que a mí me parecía perfecta para Yamil y Balam, así que era muy probable que compráramos esa.

Esta noche, Eric quería que saliéramos a cenar. Decía que habíamos estado tan ocupados con todo lo relacionado a la llegada de los niños que era hora de tomarnos un respiro. Quería disfrutar de una noche conmigo como esas que solíamos compartir cuando me quedé tras la boda de Carola con él.

Mis pequeños estaban entusiasmados con la idea de que saliera con Eric, por lo que Yamil y Balam se los llevaron al apartamento a cenar perritos calientes.

Mi padre ya los conocía a todos, al igual que Isabel y Kara, porque el mismo día que llegaron a casa hice una videollamada con él para que los viera, y dio la casualidad de que ellas estaban con él en su casa. Sobra decir que los tres estaban deseando poder verlos en persona, al igual que mis pequeños querían conocer a su abuelo.

Y ahí estábamos, Eric y yo, llegando al restaurante en el que íbamos a cenar.

Cuando entramos, una chica de lo más amable nos llevó hasta nuestra mesa, que al igual que las demás tenía dos velas encendidas en el centro que le daban un toque romántico e íntimo. Mientras esperábamos el vino, me fijé en lo elegante que era todo.

La tenue iluminación de las lámparas que colgaban del techo creaba un juego de sombras en las paredes de ladrillo rústico, donde las fotos de parejas felices colgaban en una secuencia interminable.

La decoración era acogedora, con tonos cálidos, mientras la melodía de un cuarteto de cuerdas resonaba por todo el restaurante, haciendo que aquella fuera una noche perfecta para todas las parejas que habían decidido ir a cenar allí.

Tras pedirle una botella de vino, nos quedamos los dos viendo la carta, hojeando cada plato, y debía admitir que todos, pero todos, me llamaban la atención. De vez en cuando le pillaba mirándome y los dos sonreíamos, momento en el que a mí me comenzaba a latir mucho más fuerte el corazón.

El camarero, un hombre joven con una sonrisa encantadora, se acercó poco después para tomarnos nota.

Nos acabamos decantando por una ensalada para compartir y unos raviolis rellenos de carne con salsa de tomate y albahaca que me sonó delicioso.

Nos sirvió las copas de vino y cuando nos volvimos a quedar solos, Eric se recostó en su silla y comenzó a jugar con el borde de su copa antes de darle un sorbo.

—Creo que deberíamos hacer esto a menudo —comentó.

—¿Hacer qué?

—Salir a cenar al menos una vez al mes. Ahora que tenemos cinco niños, deberíamos apuntar una noche al mes en el calendario para *cenxo*.

—Cen ¿qué?

—*Cenxo* —repitió—. Ya sabes, cena y sexo. —Y me hizo un guiño.

Solté una carcajada al escucharle, y es que este hombre no cambiaba, de verdad, con él todo eran bromas y días llenos de alguna nueva locura que se le hubiera pasado por la cabeza.

—Estás fatal, Eric, en serio, deberías ir a un especialista.

—Ya sabes lo que dice mi primo, a mí no hay quien me arregle. —Se encogió de hombros.

—Desde luego que no, hijo, desde luego que no. —Volví a reírme.

—Hoy, por ser nuestra primera salida como padres sin niños…

—Te recuerdo que los he adoptado yo sola. —Arqueé la ceja.

—Sí, sí, pero es solo cuestión de tiempo que quieras darme ese papel a mí.

—¿Y si no quiero que seas el padre de mis hijos?

—Pues, que no me quedará más remedio que secuestrarte y llevarte a la selva profunda de México durante un mes, solos tú y yo, hasta que te convenza.

—O eche a correr y me escape.

—Imposible, porque será en un lugar tan remoto, que allí nos dejan con un helicóptero y nos recogen un mes después del mismo modo.

—Madre mía, si es que lo peor de todo es que te creo capaz de hacerlo. —Me salió una risilla.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. —Se encogió de hombros y en ese momento nos trajeron la ensalada.

Comenzamos a cenar mientras hablábamos de los niños y de lo bien que se habían adaptado al cambio, lo felices que estaban con nosotros y lo buenos que eran.

Tras la ensalada nos trajeron los raviolis, que estaban buenísimos, y seguimos charlando.

—Bueno, al final no me has comentado qué tenías en mente para hoy, considerando que es nuestra primera salida sin los niños.

—Cierto, y es algo grande lo que tengo planeado —dijo tras dar un trago al vino.

—¿Algo grande? —Curioseé.

—Sí.

—¿Qué tienes pensado?

—Tendrás que esperar al postre —sonrió de medio lado.

—Cuánto misterio. —Reí.

El camarero se acercó para retirar los platos y nos preguntó si queríamos tomar postre. Yo opté por un mousse de chocolate blanco con frutos rojos, mientras que Eric pidió un *coulant* de chocolate, y todo porque él sabía que

siempre le quitaba una cucharada del que se pidiera. Además, también pidió una botella de champán para acompañar la celebración.

—¿Champán y todo? Tú quieres que me emborrache como en la boda de Carola y Liam. —Reí.

—Bueno, quiero brindar contigo, porque ya ves que tenemos cinco motivos de peso para hacerlo —sonrió al igual que yo—. Aunque puede que sean seis. —Carraspeó.

No supe a qué se refería y tampoco pregunté, puesto que en ese momento llegó el camarero con nuestros postres.

En cuanto los dejó en la mesa y sirvió las copas de champán, vi que Eric dejaba una cajita justo al lado de mi copa.

—¿Y eso? —pregunté.

—Si no lo abres, no lo ves.

Cogí aquella cajita de terciopelo rojo y me estremecí. No podía creer que lo que estaba pensando pudiera ser cierto, algo que había presenciado en un sinfín de películas.

Sentía que se me iba a salir el corazón del pecho, ese que cada vez latía más rápido con cada segundo que pasaba con la cajita en mis manos y sin abrir.

—¿No vas a abrirla? —preguntó y le miré, tragando con fuerza porque sí, quería abrirla, pero no, no me atrevía

—No sé si debería, Eric. —Me salió una risilla nerviosa.

—Sí deberías, sí, o no tendremos un sexto motivo por el que brindar.

Cogí aire, lo solté y abrí aquella pequeña cajita roja donde encontré un anillo precioso. Era de oro y tenía varios pequeños diamantes incrustados que brillaban bajo la suave luz de la lámpara.

Sentí un nudo en la garganta y los ojos comenzaron a humedecérseme, me temblaban las manos y ni siquiera podía encontrar la voz para decir algo.

Por suerte fue él quien habló primero.

—Sé que lo nuestro no empezó de una manera convencional, que te mentí y no sé ni cómo conseguí que me perdonaras, pero cada uno de los besos que te di, las caricias, los abrazos y esos momentos en los que éramos solo tú y yo, fueron reales, Ingrid.

»Tan reales como que me fui a la selva profunda para buscarte, como te buscaría en cualquier rincón perdido del mundo. Porque te amo, y sé que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, quiero que seas la madre de mis hijos y que me permitas demostrarte cada día que no ha habido ni habrá otra a la que ame tanto como a ti.

»Así que, Ingrid. —Me cogió la mano y yo le miraba con los ojos cubiertos de lágrimas—. ¿Me harías el inmenso honor de casarte conmigo?

—¿No te vas a arrodillar para pedírmelo? —dije entre lágrimas y él se echó a reír.

—Si me levanto, pequeña, con lo nervioso que estoy, acabo cayéndome, que no me responden las piernas.

Ahí la que tuve que reír fui yo, no solo porque Eric fuera así de bromista, sino porque de verdad que me creía esas palabras, porque si estaba la mitad de nervioso que estaba yo en este momento, desde luego que podrían acabar fallándole las piernas.

—Entonces pónmelo, al menos que vea cómo me queda.

—Pero ¿me vas a decir que sí? A ver si luego te quedas el anillo y me dices que no.

—Tú pónmelo, arriésgate —sonreí.

Eric sacó el anillo de la cajita y me lo puso en el dedo. Los dos nos quedamos mirando aquellos pequeños diamantes brillando bajo la luz, y de nuevo me cayeron unas lágrimas.

—Sí, Eric, claro que me caso contigo —dije sin poder contener la emoción que me embargaba en ese momento.

Eric sonrió soltando el aire ante mi respuesta, se llevó la mano donde me había puesto el anillo a los labios y la besó mientras me miraba con ese amor que desprendían sus ojos.

Sí, lo nuestro empezó de un modo para nada convencional, con una serie de mentiras que me dolieron mucho cuando supe la verdad, Sin embargo, ahora me atrevería a decir que en esta vida hay ciertas mentiras que, de alguna forma, pueden llegar a enamorar a quien las escucha.

»Tan reales como que me fui a la selva profunda para buscarte, como te buscaría en cualquier rincón perdido del mundo. Porque te amo, y sé que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, quiero que seas la madre de mis hijos y que me permitas demostrarte cada día que no ha habido ni habrá otra a la que ame tanto como a ti.

»Así que, Ingrid. —Me cogió la mano y yo le miraba con los ojos cubiertos de lágrimas—. ¿Me harías el inmenso honor de casarte conmigo?

—¿No te vas a arrodillar para pedírmelo? —dije entre lágrimas y él se echó a reír.

—Si me levanto, pequeña, con lo nervioso que estoy, acabo cayéndome, que no me responden las piernas.

Ahí la que tuve que reír fui yo, no solo porque Eric fuera así de bromista, sino porque de verdad que me creía esas palabras, porque si estaba la mitad de nervioso que estaba yo en este momento, desde luego que podrían acabar fallándole las piernas.

—Entonces pónmelo, al menos que vea cómo me queda.

—Pero ¿me vas a decir que sí? A ver si luego te quedas el anillo y me dices que no.

—Tú pónmelo, arriésgate —sonreí.

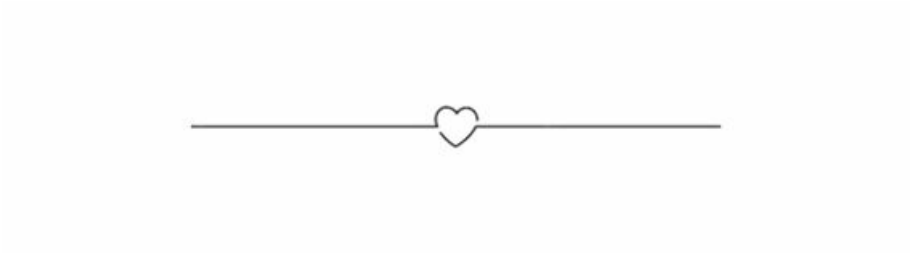
Eric sacó el anillo de la cajita y me lo puso en el dedo. Los dos nos quedamos mirando aquellos pequeños diamantes brillando bajo la luz, y de nuevo me cayeron unas lágrimas.

—Sí, Eric, claro que me caso contigo —dije sin poder contener la emoción que me embargaba en ese momento.

Eric sonrió soltando el aire ante mi respuesta, se llevó la mano donde me había puesto el anillo a los labios y la besó mientras me miraba con ese amor que desprendían sus ojos.

Sí, lo nuestro empezó de un modo para nada convencional, con una serie de mentiras que me dolieron mucho cuando supe la verdad, Sin embargo, ahora me atrevería a decir que en esta vida hay ciertas mentiras que, de alguna forma, pueden llegar a enamorar a quien las escucha.

Capítulo 36



Un mes después…

Sí, un mes, ese era el tiempo que habíamos tardado Eric y yo en organizar la boda.

Para este día habían venido mi padre, Isabel y Kara, que estaban deseando verme caminar por el altar.

Ojalá también estuviera mi abuela, pero sabía que desde ahí arriba, ella me veía y sonreía feliz.

El hotel donde me casaba con Eric, con su elegante fachada de mármol blanco y sus imponentes columnas de estilo *art decó*, se alzaba ante el brillante sol de Miami.

Todo estaba perfecto para mi gran día, ese que pensé que no tendría nunca, pero finalmente había llegado y con la persona que menos me esperaba.

Qué ciertas eran las palabras de que de una boda siempre sale otra boda.

Acababa de terminar de arreglarme y continuaba observándome en el espejo de cuerpo entero que tenía ante mí el cual me devolvía el reflejo de una mujer radiante y feliz.

El vestido era blanco y fluido, adornado con un delicado encaje en las mangas que le daba un aire romántico. La falda, confeccionada con una tela suave, caía en cascada mientras que un delicado cinturón de perlas marcaba mi cintura, complementado por una cola discreta que añadía un aire de elegancia.

La peluquera me había recogido el cabello en un moño bajo, con algunos mechones sueltos que caían suavemente sobre mi rostro.

Estaba nerviosa, pero, aun así, no podía dejar de sonreír al verme tan radiante en el que iba a ser el día más feliz de mi vida.

—Me han dicho que aquí hay una novia que necesita un zumo de frutas —dijo Carola entrando en ese momento.

—Sí, por favor. —Le quité el vaso de la mano y me bebí aquel zumo casi de un trago.

—Respira, chiquilla, que te vas a quedar sin aire.

—Es que estoy nerviosa, Carola.

—Coño, y yo también lo estaba el día de mi boda, pero mira qué bien salió todo —sonrió.

—Hasta que nos fugamos después de tu luna de miel.

—Calla, por Dios, la que me lio tu futuro marido. Ese hombre habría sido un buen guionista de cine. —Rio.

—¿Y los niños?

—Con Isabel y Kara, no te preocupes, que están bien vigilados y cuidados, que Yamila y Balam también están pendientes.

—¿Ya ha bajado Eric?

—Sí, está esperando a su futura mujer hecho un manojo de nervios. Vamos, que estáis los dos como para ir a robar panderetas, como decía tu abuela.

—Dime que no la estoy cagando, por favor, que conozco a Eric desde hace solo unos meses y ya me voy a casa con él.

—¿Y yo qué? Ni que hubiera estado con Liam nueve años antes de casarnos. —Volteó los ojos—. Os queréis, y estáis hechos el uno para el otro, así que, ahora vamos a bajar al salón donde te casas, y vas a disfrutar de tu gran día. ¿Entendido?

—Vale —suspiré.

—Pues venga, que verás cuando te vea tu padre, cómo se echa a llorar.

Salimos juntas de la habitación y bajamos al salón donde ya estaban todos esperando a que empezara la ceremonia. Carola entró con Liam, pues eran nuestros testigos, y yo me quedé esperando mi turno.

—Hija. —Me giré al escuchar la voz de mi padre.

—¿Qué haces aquí? Pensé que estabas dentro.

—Me da igual que aquí las bodas sean diferentes, yo no me quedo sin llevar a mi hija mayor al altar.

—Ay, papá. —Me reí—. No tienes idea de cuánto te lo agradezco, porque con los nervios que tengo, me aterraba la idea de tropezar y terminar con los dientes en el suelo.

—Pues venga —me puso el brazo—, agárrate fuerte que allá vamos.

Cuando se abrieron las puertas para que entráramos, todos sonrieron al verme del brazo de mi padre.

El salón estaba precioso, decorado con miles de flores blancas y rosas, aportando un aire delicado pero lleno de vida. Las mesas estaban distribuidas por todo el salón, cubiertas con manteles de lino y adornadas con velas encendidas, que daban un toque cálido. Sin duda alguna, todo estaba listo para la ceremonia.

En ese momento, mis ojos se fueron directos a donde me esperaba Eric, con su traje negro, la camisa blanca y la pajarita, junto a su primo Liam y Carola.

Observé a mis niños, mis cinco preciosos ángeles que habían llegado a mi vida para enseñarme que el amor puede ser verdaderamente infinito. Ellos sonreían sentados en primera fila, acompañados de Isabela, Kara, los padres de Liam y los hijos de mi amiga.

Cuando llegamos junto a Eric, vi que tenía los ojos ligeramente vidriosos, sonrió y cogió mi mano, esa que le dio mi padre.

r —Cuídamela, Eric, que mi niña vale millones.

—Ni que lo jures, Jorge —comentó Carola—. No descartes que ya le haya hecho un seguro de vida para quedarse con sus millones.

Nos echamos a reír, pues todos nuestros familiares estaban al tanto de la broma que Eric había montado. La madre de Liam no se podía creer que su sobrino hubiera liado aquello, pero dijo que ya de pequeño era el más revoltoso de todos los niños del barrio.

—La cuidaré con mi vida, suegro, no te quepa duda —dijo Eric, y mi padre asintió antes de ir a sentarse con los demás—. Estás impresionante, pequeña.

—Tú también te ves muy guapo —sonreí.

—¿Estás segura de que quieres casarte conmigo?

—Eso, que todavía estás a tiempo de salir corriendo, Ingrid —me dijo Liam, y me reí.

—Sí, estoy segura.

—Es que te tengo que querer. —Eric se inclinó para besarme y el oficiante carraspeó—. Perdón, pero es que, con esta mujer, no hay quien se resista.

Sonreí, y nos dispusimos a empezar con la ceremonia.

Yo no podía escuchar apenas nada porque los nervios me tenían fatal, de no ser porque Eric me sujetaba de la mano, ya estaría por los suelos.

En cuanto llegó el momento de los votos, empezó él.

—No sé qué podría decirte que no te haya dicho ya. Que te quiero, que siempre lo haré y que, si te vuelves a ir a la selva, yo voy a buscarte.

Todos rieron, y Eric me hizo un guiño.

—Yo también te quiero, y si algún día decido irme, será solo porque los dos queramos mudarnos con nuestros hijos.

—Ahora, la pregunta del millón —dijo Carola, y volvimos a reír.

—Eric, ¿quieres a Ingrid como esposa y prometes amarla y respetarla todos los días de tu vida? —preguntó el oficiante.

—¿Y serle fiel y no mentirle? —añadió Liam, y estallamos en carcajadas.

—Sí, quiero.

—Ingrid, ¿quieres a Eric como esposo y prometes amarle y serle fiel todos los días de tu vida?

—¿Y si te miente, le pides el divorcio y le mandas a él a la selva? —añadió Carola.

—Vaya dos. —Reí, negando—. Sí, quiero.

—Por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer.

—¡¡Bésala!! —gritaron nuestros hijos y los de Carola, y Eric sonrió de medio lado.

No tardó en rodearme por la cintura y, dejándome caer hacia atrás ligeramente, me besó de un modo suave y apasionado a partes iguales.

—Siempre he querido darte un beso así —dijo mirándome fijamente.

—Creo que he mojado el tanga —susurré, y soltó una carcajada.

—Madre mía, eso es un beso de cine y no los que se ven en la tele —dijo Carola.

Nuestros niños vinieron corriendo para darnos abrazos y besos como si hiciera años que no nos veían, y no dejaban de decirme lo guapa que estaba.

Nos hicimos fotos con ellos, con mi padre, con Isabel y Kara, con nuestros padrinos y sus pequeños, y con los padres de Liam.

a

Nos dieron una copa para ese primer brindis, el fotógrafo nos hizo alguna foto más y pasamos a disfrutar del cóctel antes de la comida.

Yamil y Balam estaban felices de vernos convertidos en marido y mujer, ambos habían pasado estas semanas con nosotros preparando todo y cuidando a los pequeños, y eran dos miembros más de nuestra familia.

Comenzó a sonar música y todos los niños se pusieron a bailar, algunos amigos y conocidos de Eric que me había presentado en estos meses no dudaron en acercarse a ellos y bailar también, y es que la energía que desprendían esos nueve niños, porque Kara se había integrado de maravilla con los otros ocho, era de lo más contagiosa.

Pasamos a sentarnos en las mesas y disfrutamos de aquellos deliciosos platos del menú.

Había hojaldres con queso crema y salmón, tostas de paté, marisco y, como plato principal, una carne asada que estaba deliciosa.

—Un brindis —dijo Liam poniéndose en pie—. Por Eric e Ingrid, dos personas que estaban destinadas a encontrarse y enamorarse a pesar de las mentiras.

—¡¡Vivan los novios!! —gritó Carola.

—¡¡Viva!! —Corearon los demás al unísono.

Y así, entre brindis, risas y peticiones de que nos besáramos, disfrutamos del banquete de nuestra boda hasta que llegó el momento del pastel.

Era una preciosidad, con cuatro pisos, cubierta de chocolate y trufa con flores comestibles en rosa y blanco, así como perlitas plateadas también comestibles.

Más fotos que nos hicimos delante del pastel, junto a nuestros niños, y con una copa de champán en la mano para brindar.

Fueron repartiendo platos con un buen trozo para cada invitado, y los niños se quedaron por allí merodeando.

—Vosotros, escuchadme bien —dijo Carola—. Nada de repetir, que luego os duele la barriga y acabáis como la niña del exorcista.

—¿Se suben por las paredes? —preguntó Isabel, que también tenía un humor de lo más peculiar.

—No, no, vomitando como si no hubiera un mañana —suspiró Carola.

Nos reímos, pero es que era verdad, porque alguna que otra vez que nos habíamos juntado en su casa o en la nuestra, acababa alguien poniéndose malo.

Se conformaron con un solo trozo, por suerte, y en cuanto comenzó a sonar de nuevo la música, volvieron a irse a bailar.

Hasta que vimos a Miguel con el DJ y le pidió el micrófono.

—Esta canción se la dedico a mis padres —dijo, y Carola sonrió emocionada.

Pero cuando el niño empezó a cantar…

—Dios mío, que alguien le quite el micrófono a mi hijo que va a acabar lloviendo —dijo mi amiga, haciendo que todos nos riéramos a carcajadas.

Fue casi corriendo, sujetándose la falda del vestido violeta que llevaba, y le dijo al niño que ella también le quería mucho, pero que, mejor, no se dedicara a cantar nunca.

Pobre niño, al final mi amiga le iba a crear un trauma de por vida.

Leo fue quien se subió después para cantar también, y al final acabaron allí los nueve niños gritando y saltando.

—Se me está yendo la boda de las manos, pequeña —me dijo Eric rodeándome con ambos brazos desde atrás y me besó el cuello—. ¿Y si nos fugamos a la Antártida?

—¿Tú eres tonto? Con el frío que hace allí, por Dios. Anda que dices que me vas a llevar al Caribe. —Volteé los ojos.

—Pues, hombre, te habría llevado, pero dijiste que no querías ir de luna de miel.

—Y no quiero, que tengo una razón de peso.

—Sé que es por los niños, y no me importa, ya tendremos tiempo de irnos cuando sean un poco más mayores.

Si él supiera la verdadera razón…

Seguimos disfrutando de aquella fiesta, rodeados del amor de nuestros familiares, riendo y bailando, y llegó el momento de que lanzara el ramo.

—A ver, solteras y solteros en posición, que llega el momento de saber quién se casa el próximo —dijo Carola.

—¿Nosotras nos podemos poner también, mami? —me preguntó Camila.

—Claro que sí, cariño —sonreí.

—¡Graciela, Nayeli, Mariana! ¡Que ha dicho que sí! —gritó mientras corría hacia ellas.

—Qué pulmones tiene tu hija, ella sí que puede ser cantante de mayor —me dijo Carola.

—Sí, y Miguel mejor que sea cirujano como su padre —contesté mientras señalaba al niño, que estaba al lado del pastel con el cuchillo en la mano.

—¡¡Miguel, por Dios!! —chilló ella y salió corriendo.

—Con ese niño no gana para disgustos la pobre Carola. —Rio mi padre.

—Es que es un revoltoso mi nieto, me recuerda a Eric cuando era pequeño —dijo la madre de Liam.

—Sí, sí, está claro que tiene mis genes —soltó mi marido, que se quedó tan ancho.

Fui a ponerme en posición delante de todos los que esperaban que lanzase el ramo, empecé a contar y, al llegar a tres, lo lancé.

—¡¡Es mío!! ¡¡Es mío!! ¡¡Es mío!! —gritó mi hija Mariana, que empezó a correr por todo el salón con el ramo en alto.

—Me da que va a por mi hijo —dijo Liam, y ahí que fue ella.

—Miguel, tengo el ramo. ¡Tengo el ramo!

Y Miguel sonrió, como si en vez de dos niños fueran ya una pareja de enamorados.

—Ingrid, que yo ahí veo boda, ¿eh? —me dijo Carola.

—Y yo, y yo. —Solté una carcajada.

—Primo, mantén las manos de tu hijo lejos de mi hija, advertido quedas —dijo Eric señalándole.

Lo dijo serio, pero es que mi marido no podía estar serio ni dos minutos, así que acabó por soltar una carcajada al igual que los demás.

Nos tomamos otra copa y fui donde estaba el DJ, que ya sabía lo que yo quería hacer en ese momento, así que me dio el micrófono.

—¿Hola? ¿Me oís? —pregunté, y todos me miraron— Lo primero, gracias por venir a celebrar con nosotros este día.

—¡¡Guapa!! —gritó Leo.

—Ay, mi niño, que te como esa cara —sonreí—. Bueno, os preguntaréis qué hago aquí, pero es que tengo dos regalos para mi marido. Sí, no me mires con esa ceja arqueada, Eric. El primero, espero que te guste, y el segundo deseo que te haga la misma ilusión que a mí, y tan feliz como soy yo. Rezad para que no llueva, que voy a cantar —dije, y todos empezaron a reírse.

Miré al DJ, asentí como señal y comenzó a sonar la música. En cuanto Eric reconoció esa melodía, sonrió, y yo empecé a cantar.

—*En un llano tan inmenso, tan inmenso como el cielo…*

Aquella canción la consideraba nuestra canción, esa que siempre formaría parte de nuestra vida desde el momento en el que la bailamos en la calle en Little Havana tanto tiempo atrás. Continué cantando sin apartar la mirada de él, dejándole claro que todas y cada una de esas palabras las sentía y se las decía desde lo más profundo del corazón.

—*Y vivir, vivir lo nuestro. Y amarnos hasta quedar sin aliento. Soñar, soñar despiertos…*

Eric me miraba con una sonrisa en los labios que no se le quitaba, con ese brillo en los ojos que me dejaba claro que me amaba con todo su corazón, al igual que yo.

Y llegué al final de aquella canción, sonriendo y gritando como bien decía la letra en esos últimos versos.

—*Voy a gritar que yo te quiero. Para que el mundo ya sepa que yo te amo.*

Todos empezaron a aplaudir y cogí aire antes de pronunciar mis siguientes palabras.

—Espero que estés preparado para pasar noches sin dormir, para cambiar pañales y dar biberones porque… ¡Vamos a ser padres! —sonreí.

Eric vino corriendo y me sostuvo ambas mejillas entre las manos, y al ver que a él le brillaban los ojos con esas lágrimas que parecían querer salir, las mías comenzaron a brotar despacio.

—¿Estás embarazada, Ingrid?

—Sí.

—¿Seguro? No será una broma.

—No, no es ninguna broma. —Reí—. No me bajaba el periodo y lo asocié a los nervios por la vuelta, esperar a los niños, todo eso, pero cuando comencé a vomitar hace un par de semanas, fui a hacerme un chequeo. Estoy embarazada desde aquella noche en la cascada, Eric.

—Mi vida, vamos a ser padres —dijo con los ojos cada vez más vidriosos y asentí.

Nos besamos, y ese fue solo el comienzo de una nueva vida para nuestra familia, pues todos, sin excepción, estaban felices por la llegada de nuestro bebé.

Y llegué al final de aquella canción, sonriendo y gritando como bien decía la letra en esos últimos versos.

—*Voy a gritar que yo te quiero. Para que el mundo ya sepa que yo te amo.*

Todos empezaron a aplaudir y cogí aire antes de pronunciar mis siguientes palabras.

—Espero que estés preparado para pasar noches sin dormir, para cambiar pañales y dar biberones porque… ¡Vamos a ser padres! —sonreí.

Eric vino corriendo y me sostuvo ambas mejillas entre las manos, y al ver que a él le brillaban los ojos con esas lágrimas que parecían querer salir, las mías comenzaron a brotar despacio.

—¿Estás embarazada, Ingrid?

—Sí.

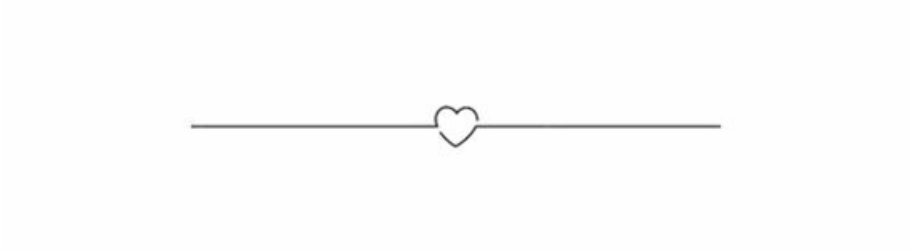
—¿Seguro? No será una broma.

—No, no es ninguna broma. —Reí—. No me bajaba el periodo y lo asocié a los nervios por la vuelta, esperar a los niños, todo eso, pero cuando comencé a vomitar hace un par de semanas, fui a hacerme un chequeo. Estoy embarazada desde aquella noche en la cascada, Eric.

—Mi vida, vamos a ser padres —dijo con los ojos cada vez más vidriosos y asentí.

Nos besamos, y ese fue solo el comienzo de una nueva vida para nuestra familia, pues todos, sin excepción, estaban felices por la llegada de nuestro bebé.

Capítulo 37



El modo en el que pasaba el tiempo aún seguía sorprendiéndome.

Parecía que fue ayer cuando Eric y yo celebramos nuestra boda, donde le di la noticia de que estaba embarazada, una sorpresa que no habíamos planeado y que no fue buscado por ninguno de los dos, puesto que ya teníamos cinco preciosos hijos a los que queríamos con locura, pero este había sido un regalo con el que no contábamos.

Como le dije, me había enterado poco antes de nuestra boda, la verdad es que no me apetecía irme de luna de miel porque estaba viviendo mis primeros momentos como madre y para viajar siempre tendríamos tiempo, pero cuando supe lo del bebé, eso me confirmó que lo mejor era quedarme en casa y tomarme el embarazo con calma.

Ya estábamos disfrutando de nuevo de un verano que para mí iba a ser especial, y es que mi padre, junto con Isabel y Kara, habían decidido dejar España para instalarse en Miami hacía un par de meses, de modo que cuando la niña acabó las clases, cogieron un vuelo para mudarse a su nueva casa, una que estaba cerca de la nuestra y que yo quise regalarles.

Isabel había sido de mucha ayuda durante estos meses de embarazo, aunque hubiera estado al otro lado del teléfono. Cualquier duda o temor que me asaltaba, le mandaba un mensaje y ella me llamaba de inmediato.

La verdad es que es una gran mujer y había comenzado a percibirla como la figura materna que me faltó durant tantos años de mi vida.

También conté con los consejos de la madre de Liam, pues como tía abuela de mis hijos que era, decía que en l que pudiera ayudarme lo haría, igual que hacía con Carola.

Lo que más nos llenaba a Carola y a mí, era que los chicos contaban con nosotras para todo lo relacionado con la ONG, encargándonos de hablar con los voluntarios, recaudar fondos, material para los niños, ropa y cualquier otra cosa que hiciera falta en cada lugar donde la ONG estuviera presente.

Los días en la nueva casa con los cinco niños y toda la preparación de la habitación del bebé habían sido una mezcla de caos, risas y ternura, pero es que todos estaban deseando que naciera su nuevo hermanito.

Acabábamos de terminar de comer, mi padre, Isabel y Kara estaban pasando el día con nosotros, y los niños reían en el porche con esas historias que mi padre les contaba, esas que nunca parecían acabarse, aunque me daba la sensación de que muchas se las inventaba, cuando al entrar en la cocina noté un pinchazo que hizo que me quedara parada junto a la isla llevándome la mano al vientre.

Aún faltaban unos días para que nuestro bebé naciera, ese del que no quisimos saber el sexo porque realmente nos daba igual, pero al notar un segundo pinchazo, ligeramente más intenso que el primero, empecé a sospechar que se estaba preparando para nacer.

—¿Estás bien, Ingrid? —me preguntó Eric al verme allí cuando entró.

No dije nada, porque esto podía ser solo una molestia, pero entonces noté otro dolor que me atravesó por completo y las palabras salieron solas.

—Eric, creo que el bebé está a punto de nacer.

—¿Qué? ¿Ahora? —gritó con los ojos muy abiertos mientras miraba hacia mis piernas, como si pensara que iba a salir de ahí dentro de un momento a otro.

—¡No! —Reí— Ahora y aquí, no… Tengo molestias, y se supone que no es su hora, pero creo que ha decidido que el día, es hoy.

En su cara se notaba la preocupación, pero no estábamos solos en casa, y sabía que Isabel nos ayudaría.

—¿Llamo al hospital ahora? —preguntó mientras ya iba a buscar las llaves del coche.

—Pero no corras, por Dios, que parece que esté a punto de caer un meteorito y tengamos que huir de casa —resoplé—. Vamos a hablar con Isabel, y no te pongas nervioso.
e

—No estoy nervioso, estoy de lo más tranquilo, actuando normal.

›

—Claro, por eso en vez de coger las llaves del coche, has sacado el abrebotellas con el que tu primo abre sus cervezas. —Reí, y Eric miró su mano soltando un suspiro.

—Soy padre primerizo, aunque tengamos cinco hijos, este es nuestro primer parto. ¿Es que tú no estás nerviosa

—Como el día que nos casamos, sí, pero si entro en pánico, me pongo a chillar como una histérica y los niños se alteran. ¿Queremos eso, amor mío? —pregunté arqueando la ceja mientras me cruzaba de brazos.

—Vale, no, no queremos eso.

—¿Sabes? Resulta sexi verte así de serio y nervioso —dije en un tono juguetón mientras me acercaba para darle un beso en la mejilla—. Vamos a hablar con Isabel.

Fuimos al porche donde mi padre e Isabel observaban a los niños jugar en el jardín y les puse al tanto de lo que pasaba. Los dos se levantaron de inmediato y ella me dijo que lo mejor era ir al hospital solo por precaución, que, si era una falsa alarma, al menos nos quedábamos más tranquilos y estaríamos más preparados para cuando llegara el momento.

Así que Eric y yo nos organizamos para ir al hospital, mientras que ellos se quedarían en casa cuidando a los niños, junto con Yamil y Balam.

En cuanto nos vieron todos con la bolsa que ellos mismos habían ayudado a preparar, corrieron hacia el porche.

—¿Va a nacer el bebé, mamá? —preguntó Leo, nervioso.

—No estamos seguros, pero parece que sí —sonreí mientras le acariciaba la mejilla.

Él era el mayor y, a pesar de tener solo diez años, esos que cumplió unos meses atrás, era un niño muy responsable en lo que a sus hermanos se refería.

De repente, se hizo un silencio que sin duda era motivado por la preocupación. Esos niños hacía poco que vivían con nosotros y estaba claro que les daba un poco de miedo perder a otra madre. Fue Camila quien dio voz a los pensamientos de todos, mientras cogía de la mano al pequeño Kabil.

—No va a pasarte nada malo, ¿verdad, mami? No nos vas a dejar solos, ¿a qué no?

—Cariño, por supuesto que no os voy a dejar solos. —Le di un abrazo y Kabil se agarró a mi pierna. Él no entendía todo esto, pero estaba muy unido a Camila y, si a ella la veía triste, él se ponía igual.

—Niños, mamá va a estar bien y el bebé también, no tenéis nada de lo que preocuparos —dijo Isabel—. Y ahora, mientras ellos van a que ayuden al bebé a nacer, vosotros y yo vamos a preparar un cartel de bienvenida para cuando vuelvan con él a casa. ¿Qué os parece?

—Vale —respondieron todos al unísono.

Miré a mi padre y sonrió mientras se acercaba para darme un beso en la frente.

—Ni te preocupes, que estarán bien. Vamos, ir a ver qué os dicen.

Asentí, Eric me cogió de la mano y salimos de casa para ir al hospital.

Estos meses habían pasado tan rápido que me parecía mentira estar ya a punto de ver la cara de nuestro bebé, ese que mis hijas querían que fuera una niña, y Leo que fuera un niño, porque decía que él y Kabil solo tenían a Eric para apoyarles en las votaciones.

Es que me tenía que reír con ellos, porque sin tener los genes de Eric, como él decía, tenían todos un sentido del humor muy parecido al suyo.

Cuando llegamos al hospital, Eric se puso serio, pero es que hasta en esos momentos yo tenía que reírme con él.

—Vamos, cariño, que ese bebé no va a nacer solo.

—Claro que no. ¿Le vas a ayudar tú?

—No creo que me dejen, pero si lo hacen, claro que le ayudo.

—O te desmayas, porque creo que no tengo que recordarte cuando Camila se hizo un pequeño corte en el dedo con un folio, que te pusiste blanco como ese papel y corriste con ella en brazos diciendo que tenían que darle puntos.

—Insisto, soy padre primerizo. —Se encogió de hombros.

Tras dar mis datos, avisaron al médico que me iba a atender, nos llevaron a una sala para hacerme un chequeo y dijo que no era solo un aviso o una falsa alarma, sino que el bebé estaba listo para llegar al mundo.

No tardaron en ayudarme para que me acomodara en aquella camilla, controlándome las contracciones mientras seguía dilatando hasta que estuviera lista del todo. Incluso decían que era la embarazada más tranquila que habían visto nunca.

—Eso es que no me ven por dentro, que me tiemblan todos los órganos —respondí y las enfermeras se echaron a reír.

—Pero tienes cinco hijos ya —comentó una.

—Adoptados, adoptados. Si hubiera pasado por esto cinco veces antes, seguro que este habría nacido en casa con una simple tos. —Volteé los ojos y hubo más risas, entonces vi a Eric con el móvil en la mano—. ¿Qué haces?

—Acabo de avisar a mi primo, dice que vienen para acá. Y, no te lo vas a creer. —Me miró con una sonrisilla.

—Miedo me da. ¿Qué pasa?

—Tu padre e Isabel, que vienen con Yamil, Balam y los niños. Que dicen tus hijos que no quieren estar en casa

—Ah, que ahora resulta que solo son mis hijos. —Arqueé la ceja—. Con todo lo que insististe para que permitiera tener el papel de padre en sus vidas, ahora me sales con esto. Qué guasa tienes, cariño mío.

Sonrió, pero sabía que eso lo había dicho en broma.

No tardó en acercarse a mí, acariciarme la cabeza y darme un beso en la mejilla.

—Lo hemos hecho bien, pequeña. Lo mejor de nuestra vida ha sido tener a esos loquitos —sonrió.

—¿Y el bebé? —pregunté apoyando la cabeza en su hombro.

—El bebé es solo otra aventura más. Podemos con todo, ya lo sabes, juntos somos más fuertes.

Se quedó allí junto a mí para hacer esto unidos, para traer una nueva vida al mundo, esa que habíamos hecho entre los dos y que queríamos desde que supimos que estaba ahí, creciendo cada día.

Las contracciones no cesaban y cada vez las notaba más intensas; el pobre me veía sufrir con preocupación mientras me pasaba paños húmedos por la frente para intentar aliviar mi malestar. No se separaba de mí ni un instante, y me decía que, si pudiera, en ese momento se cambiaba por mí para sufrir él esos dolores.

Apenas unos minutos después, sentí una contracción tan fuerte que hizo que apretara la mano de Eric con todas mis fuerzas mientras lo miraba con los dientes igual de apretados. Él, por su parte, aguantaba el tipo sin quejarse.

—¿Lo sientes? ¡El bebé está llegando! —dije con la emoción de saber que por fin veríamos a esa personita que tantas ganas teníamos de conocer.

Eric asintió con una sonrisa y los ojos cargados de emoción, mientras se acercaba para darme un beso de piquito en los labios.

—Te quiero, pequeña, eres una campeona y lo estás haciendo genial. —Aquellas palabras fueron como una inyección de fuerza, y cuando el médico me dijo que era hora de empujar, comencé a hacerlo.

—¡Mamá, estamos aquí! —gritó Camila, que entró en la sala como si fuera su propia habitación, seguida del resto de mis hijos y mi padre, que estaba blanco y fatigado por correr detrás de ellos.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —preguntó Eric.

—No queríamos esperar en casa, y tampoco en la sala. Queremos estar con mamá —dijo Nayeli.

—No podéis, mis niños —dije, y comencé a gritar de nuevo por otra contracción.

—Mamá, no nos vamos a ir —contestó Leo, que claramente ejercía de hermano mayor y se preocupaba por todo.

A pesar del momento en el que me encontraba, allí recostada en una camilla, con las piernas abiertas y un médico entre ellas contemplando mi zona íntima para ayudar a mi bebé a llegar al mundo, me eché a reír al ver a los cinco negando porque no tenían la más mínima intención de moverse de allí.

—No he podido pararles, hija, lo siento —dijo mi padre—. Son pequeños y rápidos como ratones.

Me reí de nuevo, y Eric también.

—¿Pueden quedarse? —preguntó Eric mirando al médico— Son un poquito cabezones los cinco y no van a irse fácilmente —suspiró.

El médico sonrió y dijo que, si se portaban bien, podían quedarse en el pasillo y una de las enfermeras salió con ellos. Escuché algunas sillas moverse y supe que estaban todos mirando por el cristal de las puertas.

Me vino otra fuerte contracción y comencé a chillar aún más, el médico me pedía que empujara y yo lo hacía con todas mis fuerzas.

—Vamos, pequeña, ya casi está aquí —me dijo Eric, a quien seguía apretándole la mano, y me dio un beso en la frente.

Un último esfuerzo, y tras empujar con todas mis fuerzas, escuché apenas unos segundos después ese llanto que llenó la sala. Cerré los ojos sonriendo, agotada pero feliz, mientras mi marido me besaba la mejilla.

—Es un niño, Ingrid —murmuró Eric con la voz tomada por la emoción, mientras una enfermera me lo colocaba en los brazos.

Sonreí feliz y con las lágrimas cayendo por mis mejillas al ver a aquel bebé, ese que habíamos hecho Eric y yo con todo el amor que sentíamos el uno por el otro, una noche bajo la luna y las estrellas en mitad de la selva.

Desde luego que el nuestro era un amor lleno de aventuras, no había ninguna duda.

Escuchaba gritar a los niños desde el pasillo preguntando qué era. Eric se giró con una sonrisa de oreja a oreja y gritó.

—¡Es un niño!

—¡Bien! Ahora sí que somos cuatro contra cuatro —dijo Leo y me eché a reír.

—¿Tenéis un nombre? —preguntó la enfermera para poder hacer su ficha.

—Adam —respondí mirando a mi hijo y después a mi marido—. Se llama Adam, como su abuelo —sonreí.

Eric sonrió con lágrimas en los ojos y me besó en los labios.

—Te amo, pequeña, te amo con locura.

—Y yo a ti.

Después de que nos atendieran al pequeño Adam y a mí, nos llevaron a la habitación donde los niños ya sí pudieron ver a su hermanito, ese al que decían que iban a querer y cuidar entre todos.

Mi padre lloró emocionado diciéndome que, ojalá mi abuela pudiera verle, algo que yo también habría deseado.

Carola, Liam, sus hijos y los padres de este entraron también en la habitación para conocer a nuestro hijo, y fue el padre de Liam quien dijo que era igualito que Eric cuando nació.

Me sentía plena e inmensamente feliz, sintiéndome como la mujer más afortunada del mundo. Amaba a mi marido y a todos mis hijos tan profundamente como nunca creí que pudiera llegar a amar a alguien.

—¿Tenéis un nombre? —preguntó la enfermera para poder hacer su ficha.

—Adam —respondí mirando a mi hijo y después a mi marido—. Se llama Adam, como su abuelo —sonreí.

Eric sonrió con lágrimas en los ojos y me besó en los labios.

—Te amo, pequeña, te amo con locura.

—Y yo a ti.

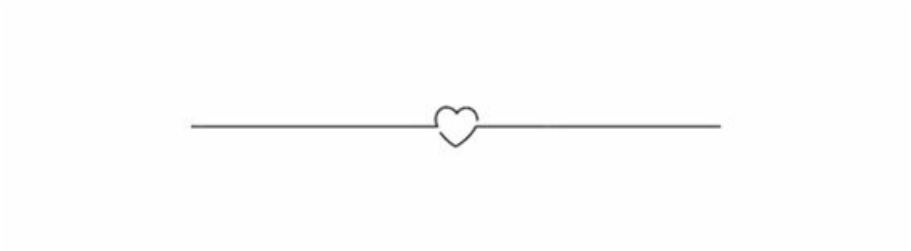
Después de que nos atendieran al pequeño Adam y a mí, nos llevaron a la habitación donde los niños ya sí pudieron ver a su hermanito, ese al que decían que iban a querer y cuidar entre todos.

Mi padre lloró emocionado diciéndome que, ojalá mi abuela pudiera verle, algo que yo también habría deseado.

Carola, Liam, sus hijos y los padres de este entraron también en la habitación para conocer a nuestro hijo, y fue el padre de Liam quien dijo que era igualito que Eric cuando nació.

Me sentía plena e inmensamente feliz, sintiéndome como la mujer más afortunada del mundo. Amaba a mi marido y a todos mis hijos tan profundamente como nunca creí que pudiera llegar a amar a alguien.

Capítulo 38



Tres meses habían pasado desde que nació Adam y estaban todos los niños encantados con su hermano pequeño. No sabía la cantidad de fotos que teníamos Eric y yo en nuestros móviles, y es que cada día que pasaba todos querían hacerse alguna con el bebé.

Ahora tenía que darle la razón al padre de Liam, pues Adam sí que era igual que su padre.

Mi pequeño iba a tener el cabello castaño y los ojos azules, además de que su piel tenía ese tono bronceado de mi marido.

Como decía Carola, mi hijo iba a ser un peligro para las mujeres cuando fuera mayor.

Estos últimos meses ha estado llenos de felicidad, de risas y locuras, además de ese amor que siempre ha existido entre Eric y yo. Él se mostraba realmente feliz con la familia que hemos formado, esa por la que dijo que siempre estaría dispuesto a darlo todo.

Estábamos todos en el salón viendo una película, ya que era sábado y era el día en el que nos pasábamos la tard tirados en el sofá extragrande que compramos y que se hacía cama, viendo películas y comiendo palomitas, chuches y chocolatinas.

Adam estaba en su cunita a mi lado, y Eric se turnaba conmigo para cogerle, cambiarle y acurrucarle en su pecho.

A los niños les encantaba estar así con nosotros, acurrucados todos juntos en el sofá, y a nosotros más, porque era un momento familiar que nos gustaba poder disfrutar.

Mi móvil sonó y vi que era un mensaje de Carola.

Carola: *¿Estáis en casa? Necesito veros.*

Fruncí el ceño porque no sabía qué podía haber pasado para que me dijera aquello, y más en el tono en el que lo había escrito. Para que se me entienda, Carola siempre empezaba sus mensajes con algo divertido después de un

«hola», pero esta vez…

—¿Qué pasa, pequeña? —preguntó Eric al ver mi cara.

—No lo sé, Carola quiere vernos.

Le dije que sí, que estábamos en casa y me respondió que estaría aquí en diez minutos, así que se lo hice saber a Eric.

La película se acabó un poco antes de que sonara el timbre, y cuando fui a abrir, Graciela, Miguel y Jorge me dieron un beso y entraron corriendo hacia el salón para ver a mis hijos.

—Siento presentarme así, pero necesito hablar con vosotros, Ingrid —me dijo Carola con el rostro serio, además de que vi que tenía los ojos vidriosos de haber llorado.

Fuimos a la cocina y no tardó en venir Eric.

—He dejado a todos en el sofá con las chuches y las palomitas, van a ver otra película —dijo mientras cargaba al pequeño Adam—. Hola, Carola. —Le dio un beso en la mejilla y un abrazo.

—Hola. ¿Cómo está este pequeñín? —Le acarició la mejilla a mi hijo y él sonrió un poquito.

—¿Quieres un café? —le pregunté.

—Mejor un zumo, no puedo tomar café.

—¿Y eso? —Fruncí el ceño, porque esta mujer no dejaba el café ni estando con fiebre.

—Estoy embarazada —respondió y se echó a llorar, sentada en el taburete y apoyando los codos en la isla mientras se cubría el rostro con las manos.

—Pero eso es una buena noticia, ¿no? —dijo Eric mientras me miraba con preocupación, esa misma que tenía yo.

—Lo sería, si no fuera porque tu primo se está follando a una enfermera compañera suya.

—¿Qué? —gritamos los dos al unísono.

—Que me está engañando, eso digo. Me está poniendo unos cuernos que ni los renos de Santa Claus. —Lloraba sin parar.

—A ver, Carola, que lo que dices me cuesta creerlo. —Eric se sentó a su lado.

—Claro, te cuesta porque es tu primo, pero yo sé lo que he visto, Eric. El otro día le llegó un mensaje al móvil, te juro que yo no le espío ni nada de eso, pero al ver el nombre de esa enfermera y lo que ponía en la notificación, te juro que me puse fatal. Hice una foto con mi móvil —dijo sacándolo del bolso y lo puso en la isla delante de nosotros.

—Gracias por lo del otro día, cuando quieras lo repetimos. —Leí.

—Esto no dice que mi primo se esté acostando con otra.

—¿Y qué crees que hicieron entonces? Porque ella quiere repetirlo. Que sé cómo folla tu primo, y ese jodido engancha —resopló y me tuve que contener de no reír, porque Eric también enganchaba en ese sentido.

—A ver, cariño, no hagas una montaña de esto ni des por hecho algo que igual no es —le pedí frotándole la espalda—. Y ahora dime de cuánto tiempo estás y desde cuándo lo sabes.

—Me enteré hace dos días, pero justo después, recibió ese mensaje, tenía la intención de contárselo anoche, pero al final no lo hice. Hoy, para colmo, tiene guardia en el hospital, a pesar de que él mismo fue quien dijo que los fines de semana eran para su familia. Estoy convencida de que me está engañando, Ingrid, no necesito más pruebas con confirmarlo. Además, tenemos tres hijos y otro en camino que nacerá en siete meses. Ahora sí que estoy jodida, y no cuando pensamos que era un estafador, porque lo que en realidad es, es un infiel de mierda —dijo llorando con tal desgarro, que me estaba empezando a preocupar.

—Vale, lo primero, cálmate, que esto al bebé no le sienta bien —le pedí—. Y lo segundo, no hagas suposiciones porque nos faltan datos.

—No, no me faltan datos, mi marido me está siendo infiel con otra. Por mí se puede quedar con ella, que la meta en su casa si quiere, me da igual. ¿Podemos quedarnos aquí el fin de semana? He traído un par de bolsas con ropa.

—Claro que podéis, pero creo que mejor deberías hablar antes con mi primo —dijo Eric.

—No, me niego. Si es tan cobarde como para no ser claro conmigo y decirme que ya no me quiere y que nos divorciemos, yo no voy a hacer su trabajo sucio.

—Carola, en serio, mi primo no haría algo así.

—¿Qué vas a decir tú? Seguro que te lo dijo y hasta te pidió que le cubrieras. No quieras tomarme por tonta, Eric, porque no, lo siento. Este mensaje no me lo he inventado. —Dio un golpe con el dedo en la pantalla de su móvil.

—Cariño, yo creo que deberías hablar con él, seguro que Liam no está haciendo nada de lo que crees —dije queriendo calmarla.

—Sé quién es esta enfermera —contestó mientras cogía el móvil y empezó a toquetear hasta que nos enseñó unas fotos—. Fiesta de cumpleaños de uno de los médicos, hace dos meses. ¿Veis quién es? Liam, y con el brazo alrededor de su amante. ¿Es que tengo que contratar un detective para que me diga lo que ya sé y os convenzáis? Ella le mira como si mi marido fuera un puto helado que llevarse a la boca. Claro que seguro que a la boca ya se ha llevado algo y el muy cabrón los disfruta.

—Carola, cálmate, por favor, piensa en el bebé.

—En mi bebé y en mis otros tres hijos estoy pensando. Quiero el divorcio, ahora sí que voy a dejar a Liam definitivamente. Qué tonta he sido. —No dejaba de llorar—. Qué tonta. ¿Para esto fue hace un año a buscarme a la selva? Que se hubiera evitado el viaje, porque al final le duró poco ese amor que decía tenerme. Búscame un buen abogado, Eric, por favor, quiero divorciarme de tu primo.

—A ver. —Eric me dio al niño y giró el taburete donde estaba sentada Carola para poder hablar de frente con ella—. No me gusta verte así de mal, igual que en aquel entonces le vi mal a él por lo que hice. Pero sé que Liam no te haría eso, tienes que creerme.

—Habla con él, Carola —le dije acariciándole la espalda.

—No puedo, de verdad que no. Ni siquiera debería haber venido. —Se secó las lágrimas.

—¿Cómo qué no? Eres como una hermana para mí, me habría enfadado si no vinieras a contármelo.

—Si quieres, puedo llamarle.

—No, Eric, no lo hagas. Cuando él vea que no estamos en casa, ya veré lo que le digo, pero… —En ese momento sonó su móvil y era Liam—. Dime —respondió, evitando que pudiera notar que había llorado—. Bueno si es para cubrirle a él, gracias por avisar. —Y colgó—. Qué mentiroso es —dijo con rabia—. Dice que tiene que cubrir la guardia de un compañero mañana. Es mentira, seguro que se ha ido el fin de semana con ella. —Volvió a llorar.

—Carola, no pienses así, que mi primo no te engañaría con otra, ni borracho.

—Vosotros os vais el lunes con los niños a Disneyland Paris, me dijiste. —Me miró.

—Sí, para celebrar el cumpleaños de Camila todos allí, que aunque tenemos uno aquí al lado, hemos decidido irnos a París para que los niños vean mundo.

—Búscame asientos para los cuatro en el avión, que nos vamos con vosotros. No quiero quedarme en casa dándole el gusto de que sepa que estoy esperándole. Y a la vuelta más vale que un abogado le haya dado los papeles de divorcio —le dijo a Eric—. No me puedo creer que, con lo enamorada que estoy de él, me haga esto.

No tenía consuelo y no dejaba de llorar, hasta que conseguimos que se calmara y, como los niños nos llamaron, fue ella la que se acercó a ver qué querían.

—Dime que no tiene razón, Eric, por favor, porque si tu primo está engañándola…

—No lo haría. No sé nada de esto, pero seguro que no es como ella cree. Busca esos asientos —dijo con su móvil en la mano.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a mi primo, si es verdad que está engañando a Carola, yo mismo me encargaré de arruinarle la vida. Pero si no, haré lo posible porque se reconcilien.

—No le digas lo del bebé —le pedí.

—Tiene que saberlo, está en su derecho. —Me dio un beso en la frente—. Voy a hablar al despacho.

Asentí y fui al salón con mis hijos y mi mejor amiga, esa que estaba rodeada por los brazos de Graciela y Miguel, mientras tenía a Jorge sentado sobre su regazo.

Me senté con ellos y cuando me miró, sonreí para que supiera que estaba con ella, pasase lo que pasase.

De verdad que me costaba creer que Liam pudiera haber cometido esa locura, pero si lo había hecho, al igual que dijo Eric, yo misma me encargaría de arruinarle la vida.

’,

ı

—Búscame asientos para los cuatro en el avión, que nos vamos con vosotros. No quiero quedarme en casa dándole el gusto de que sepa que estoy esperándole. Y a la vuelta más vale que un abogado le haya dado los papeles de divorcio —le dijo a Eric—. No me puedo creer que, con lo enamorada que estoy de él, me haga esto.

No tenía consuelo y no dejaba de llorar, hasta que conseguimos que se calmara y, como los niños nos llamaron, fue ella la que se acercó a ver qué querían.

—Dime que no tiene razón, Eric, por favor, porque si tu primo está engañándola…

—No lo haría. No sé nada de esto, pero seguro que no es como ella cree. Busca esos asientos —dijo con su móvil en la mano.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a mi primo, si es verdad que está engañando a Carola, yo mismo me encargaré de arruinarle la vida. Pero si no, haré lo posible porque se reconcilien.

—No le digas lo del bebé —le pedí.

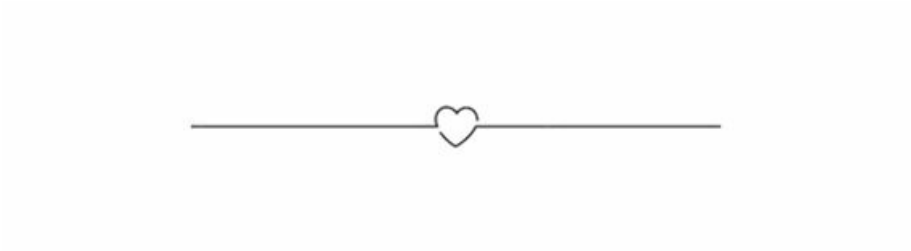
—Tiene que saberlo, está en su derecho. —Me dio un beso en la frente—. Voy a hablar al despacho.

Asentí y fui al salón con mis hijos y mi mejor amiga, esa que estaba rodeada por los brazos de Graciela y Miguel, mientras tenía a Jorge sentado sobre su regazo.

Me senté con ellos y cuando me miró, sonreí para que supiera que estaba con ella, pasase lo que pasase.

De verdad que me costaba creer que Liam pudiera haber cometido esa locura, pero si lo había hecho, al igual que dijo Eric, yo misma me encargaría de arruinarle la vida.

Capítulo 39



El día anterior llegamos a París, y a pesar de que los niños querían ir a conocerlo todo, conseguimos que nos hicieran caso y se quedaran en el hotel para descansar, pues el día de hoy iba a ser agotador para todos, de eso no me cabía la menor duda.

Carola y sus hijos también estaban con nosotros, y la verdad que me parecía perfecto porque Graciela, Miguel y Jorge también merecían esa oportunidad de vivir la mágica experiencia que era disfrutar de un parque lleno de vida y magia para los niños como era ese.

Eric habló con Liam, pero no conseguí que me dijera absolutamente nada, solo esperaba que a la vuelta de este viaje se solucionara todo, tanto si era porque Carola se equivocaba y Liam no le estaba siendo infiel, como si tenían que divorciarse.

Los niños se habían despertado temprano y con ganas de empezar el día, ese en el que todos felicitaron a mi pequeña Camila, que cumplía cinco años y, como ella decía, ya podía empezar en el cole de los mayores.

Era para comérsela, de verdad que sí.

El sol brillaba en el cielo despejado, justo lo que quería para ese día, uno que todos queríamos que fuera inolvidable para ella.

—¡Estamos en Disneyland! —gritó Mariana mientras daba saltitos con la camiseta de Minnie y una sonrisa de oreja a oreja.

Todas las niñas llevan una, al igual que las diademas con las orejas y el lazo de la famosa ratoncita, mientras que los niños llevaban una camiseta del pequeño bebé Yoda.

Eric, Carola y yo nos miramos, pues sabíamos que los ocho iban a disfrutar de lo lindo de este día.

Él llevaba el carrito de Adam, pero también iba con el brazo sobre mis hombros mientras yo le rodeaba con el mío por la cintura.

—Niños, todos atentos —dijo Eric poniendo ese tono serio en su voz para que supieran que lo que iba a decir era importante, pues eran muchos y no queríamos perder a ninguno—. Vamos a tener un día increíble, pero tenemos que mantenernos juntos, nadie puede despistarse o acabaréis en el barco pirata como polizones. ¿De acuerdo?

—Joder, con lo bien que ibas, todo serio —dijo Carola, y nos echamos a reír.

Los niños asintieron, pero yo sabía que el día iba a ser todo lo contrario a tranquilo.

Kabil y Jorge, que eran los más pequeños, se aferraban a nuestras manos, las de Carola y las mías, los llevábamos en el medio para no perderlos de vista.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nayeli, con una mirada traviesa mientras se daba la vuelta— ¿Podemos ir a ver a los personajes?

—Claro, pero primero vamos a visitar el castillo de la Bella Durmiente, nos hacemos fotos y después vamos a ver a los personajes —dije, y emprendimos el recorrido de ese día mágico.

Al llegar al castillo vimos que había mucha gente haciendo justo lo que íbamos a hacer nosotros, pasear y hacer fotos, y entonces…

—¡Es Mickey Mouse! —gritó Camila de tal manera que creí que nos dejaba sordos— ¡Es él, mami! ¡Es Mickey Mouse, mira! —seguía gritando, señalando al personaje más famoso de todos que estaba de pie frente a una de las atracciones.

Los niños corrieron hacia el ratón chillando cosas ininteligibles.

—Mira, ahí van como en *Braveheart*. ¡A por Mickey! —dijo Eric y nos echamos las dos a reír. No podía con mi marido, de verdad que no.

Los ocho llegaron hasta él y se amontonaron a su alrededor, saludándole y gritando de lo más felices, mientras él los saludaba y abrazaba.

Llegamos hasta ellos y aquel ratón gigante nos saludó a los tres con entusiasmo, incluso se asomó al carro y, al ver al bebé, llamó a Minnie, que no tardó en acercarse también, momento en el que los niños empezaron a chillar aún más al verla a ella. Les hicimos fotos y hasta dejamos que la ratoncita cogiera a Adam en brazos para que estuvieran todos en ese momento.

Se despidieron de nuestros niños con besos al aire y diciendo adiós con sus grandes manos, y emprendimos de nuevo el recorrido.

Paramos a comprar unos dulces y a tomarnos un café, y cuando me di cuenta, nos faltaban dos niños.

—¿Dónde están Miguel y Mariana? —pregunté mirando alrededor.

En ese momento escuchamos la risa de mi hija, y al girarnos los tres, los vimos subidos en el carrusel, riendo a carcajadas, girando como si nada, vamos, que parecía que habían ido allí solos.

—Miguel, barajos de ahí ahora mismo —gritó Carola mientras se acercaba, pero a la jodida le costaba contener la risa, porque estaba claro que disfrutaba tanto como Eric y yo de ver así de felices a estos niños que tanto habían pasado antes de que los adoptáramos.

—¡Noooo! ¡Esto es muy divertido, mamá! —respondió Miguel.

—Vale, gabinete de crisis, señoras —dijo Eric.

—¿Me acabas de llamar, señora? Lo que me faltaba —resopló Carola y nos echamos a reír.

—Vamos a necesitar un plan para no perderlos, que son ocho, pero parecen dieciséis —siguió Eric.

—Sí, sí, que como dice el padre de Ingrid, son pequeños y rápidos como los ratones —dijo Carola riendo.

Y conseguimos organizarnos, o al menos eso pensábamos, porque…

—¡Camila se ha ido! —Escuché que gritaba Nayeli, mirando hacia el lado opuesto.

Y al mirar hacia donde señalaba nuestra hija, vimos que efectivamente la cumpleañera se había ido corriendo y entré en pánico.

—¡Camila! —grité, buscando entre la multitud.

Me estaba matando, no la veía y noté que me invadía el pánico de tal manera que no podía respirar.

Hasta que vi a mi hija agarrada de la mano de Pluto, caminando feliz y sonriente con él.

—¡Mami, mira! ¡Es Pluto! —gritó.

—Ay, hija, no me hagas esto más, por Dios —le dije abrazándola—. Cariño, os hemos dicho que no tenéis que alejaros.

—Pero quería que viniera para hacerse fotos con nosotros, mami —me dijo con tristeza.

—Podemos buscarlos nosotros, mi vida, tú sola no te vayas a ningún lado.

—¡¡Pluto!! —Escuché que gritaban mis otros hijos y los de Carola a mi espalda.

No tardaron en llegar hasta donde estábamos y el perro gigante los abrazó a todos y posó en poses de lo más divertidas para las fotos con ellos, incluso cogiendo a Adam.

Después de ese susto que me había dado mi hija y por el que casi me muero, tomé una decisión dado que lo de ir a las atracciones lo primero iba a ser un fracaso.

—Vamos a ver a los personajes, pero todos juntos —advertí, por lo que recorrimos el parque parando en cada lugar en el que los niños veían un personaje para hacerse cientos de fotos con ellos.

Nos acomodamos en uno de los restaurantes que estaban repartidos por el parque y comimos perritos calientes con patatas fritas para reponer fuerzas antes de continuar con la visita.

—Mamá, tenemos que ir ya a la montaña rusa. Luego ya vamos a otras atracciones —dijo Nayeli cuando acabamos de comer.

—¿Quién quiere ir a la montaña rusa? —pregunté.

—¡Yo! —gritaron todos al unísono con entusiasmo.

—Pues vamos a la montaña rusa —dijo Eric.

Carola no estaba para muchas atracciones dado su estado, así que mientras Eric y yo nos quedábamos en la interminable fila esperando para subir a la montaña rusa, ella se quedaba esperando con Adam.

Tras la montaña rusa seguimos visitando todas las atracciones y los niños estaban la mar de entusiasmados disfrutando del día, ese en el que incluso paramos a tomar un café y comernos unos bollos y poner las velas para que Camila soplara por su cumpleaños, ese que sabía que nunca iba a olvidar.

Seguimos con el paseo y nos encontramos con algunos personajes más.

—¡Mira, Camila, es Elsa! —gritó Mariana, señalando a la famosa reina de Disney que pasaba por allí.

No pude evitar sonreír mientras veía a los niños corriendo hacia ella, que les hizo un gesto con la mano, regalándoles abrazos y besos mientras les preguntaba qué tal se lo estaban pasando.

—Este es el mejor día de todos —le dijo Camila abrazándola con toda la ternura que podía tener una niña de cinco años—. Me han traído para celebrar mi cumpleaños.

—¿En serio? —preguntó Elsa con una sonrisa, y Camila asintió— Entonces, deja que te haga un regalo. —Se quitó la corona que llevaba puesta, y se la colocó a mi hija tras quitarle las orejas de Minnie—. Ahora eres una princesa, pequeña Camila.

Mi hija se emocionó, la abrazó fuerte y yo sonreí en agradecimiento por ese bonito gesto que había tenido con mi pequeña.

Nos despedimos de Elsa mientras los niños cantaban su famosa canción y ella sonreía siguiendo con la letra y haciendo esos movimientos de la película.

De verdad que era de agradecer el modo en el que todos esos personajes que en este mágico lugar cobraban vida se mostraban tan cercanos a los niños.

La tarde pasó volando entre fotos, risas, abrazos y muchas locuras, la mayoría lideradas por mi marido, que parecía mentira que tuviera ya cuarenta y un años. De verdad que era más niño que los ocho que llevábamos con nosotros.

Nos sentamos en una de las cafeterías a tomar algo mientras contemplábamos el castillo y cómo se iba iluminando, y entonces vimos que se acercaba un príncipe hacia donde estábamos.

—Vaya, creo que ese príncipe está buscando a su princesa —dijo Eric al ver cómo el personaje buscaba a su alrededor.

—Ese no es un príncipe —dijo Graciela entrecerrando los ojos—. ¡Es papá! —gritó y salió corriendo, junto con Miguel y Jorge.

—¿Qué dice mi hija? —preguntó Carola mirando hacia donde habían ido.

A los niños les habíamos dicho que Liam esos días tenía mucho trabajo y por eso no podía acompañarnos, pero claro, al ver la sonrisa de medio lado que tenía Eric, me mosqueé un poquito.

—¿Tienes algo que ver con esto? —le pregunté en un susurro, señalando a Liam, que venía con Jorge en brazos y literalmente vestido como el príncipe de una de las películas Disney.

—No diré nada si no es en presencia de mi abogado —me respondió encogiéndose de hombros.

—Liam —dijo Carola.

—Hola, mi amor —sonrió él dejando al niño en el suelo, y apoyó la rodilla quedándose frente a mi amiga, que estaba sentada en la silla, en *shock* completamente.

—¿Qué haces aquí?

—Venir a decirte que eres mi princesa favorita, que no hay nadie más y que lo que viste es solo algo de una amiga hacia mí —contestó.

—No me mientas, que no soy estúpida, aunque bueno, eso ya empiezo a dudarlo —suspiró.

—No lo eres, y sí, cualquiera que hubiera visto ese mensaje y esa foto, pensaría lo mismo. Pero no hay nada entre nosotros. Lía descubrió que estaba embarazada justo cuando su novio la había dejado, la encontré llorando y solo le di consuelo para que supiera que no estaba sola, que todos sus compañeros estábamos ahí para ayudarla en a lo que necesitara.

»Él la dejó por otra mujer, y su caso me recordó a ti, cuando te dejó tu ex. Le hablé de eso, de cómo te conocí y lo felices que somos con nuestra familia. Le hice ver a Lía que a veces no es tan malo que una persona se vaya de nuestra vida, porque siempre puede llegar alguien mejor para sacarnos mil sonrisas.

»¿Sabes qué me dijo ella? Que mi mujer tenía mucha suerte de tenerme con ella. Pero no, la corregí, le dije que yo era el afortunado, porque solo tú me hiciste ver que el amor existe en formas diferentes, y que sin ti a mi lado sería una persona diferente, no sería feliz. Te amo, Carola, te amo como amé ni amaré nunca a nadie.

—Estoy embarazada.

—Lo sé, y no sabes lo feliz que me has hecho con este bebé al que ya quiero con todo mi corazón —dijo posando la mano en el vientre de Carola.

—Dios, soy una idiota. —Ella estaba llorando a mares.

—No, mi amor, solo dudaste y huiste, otra vez —sonrió.

—Lo siento, no soy una buena esposa para ti. —Seguía llorando.

—¿Por qué dices semejante mentira? Eres perfecta, cariño, eres todo lo que quiero en mi vida.

Y la besó, abrazándola con ese amor que sin duda sentía por ella. Graciela, Miguel y Jorge se acercaron también y aprovecharon para decirles que iban a tener un hermanito o hermanita. Todos gritaron emocionados y lloraron sabiendo que serían uno más en la familia.

Aquel había sido un día pensado para que los niños disfrutaran, y lo habían hecho, cada sonrisa que habíamos visto en ellos era la confirmación de que habían vivido la magia de un lugar como este en cada segundo que estuvieron aquí.

No habían dejado de reír y divertirse, de correr y saltar y de ser lo que eran, unos niños llenos de vida y energía

que querían vivir mil y una aventuras y locuras.

Pero lo más importante era que todo eso lo habían vivido como familia, esa que siempre formaríamos.

Aunque para mí, lo más mágico de este día era el modo en el que Liam había venido buscando a su mujer para asegurarle que la amaba por encima de todo y de todos.

Me alegraba por ella, porque merecía toda la felicidad que el universo quisiera darle.

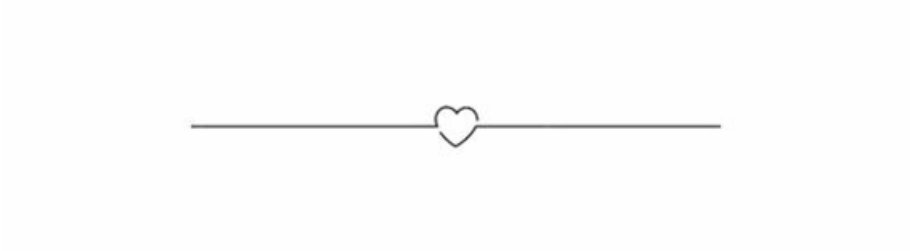
que querían vivir mil y una aventuras y locuras.

Pero lo más importante era que todo eso lo habían vivido como familia, esa que siempre formaríamos.

Aunque para mí, lo más mágico de este día era el modo en el que Liam había venido buscando a su mujer para asegurarle que la amaba por encima de todo y de todos.

Me alegraba por ella, porque merecía toda la felicidad que el universo quisiera darle.

Epílogo



Nueve años después…

Habían pasado diez años desde que Eric y yo nos diéramos el «sí, quiero», y podía decir sin el más mínimo temor a equivocarme, que nuestra vida era única, y estaba llena de risas, caos y aventuras.

Pero es que, en una casa con seis hijos, eso era lo más normal.

Miraba a mi alrededor y no podía evitar sonreír mientras observaba a mis seis hijos, esos que, por muy mayores que fueran, siempre serían mis niños.

Leo, el mayor, ya había cumplido diecinueve años y se había convertido en un joven muy maduro, siempre responsable y cuidando de los que lo rodean. Su forma de ser me hace reír cada día.

Por otro lado, Nayeli, con diecisiete años, se ha convertido en toda una mujercita, siempre tan reflexiva y con una madurez que sorprende a todos. A veces era la voz de la razón en nuestro mundo de locuras.

Mariana, a sus quince años, era un torbellino de energía, siempre corriendo de un lado a otro y provocando más de un susto, seguida por Camila, una preciosa adolescente de catorce años que aún conservaba ese mirada inocente que la caracterizaba. Sin duda, Camila era la que traía la serenidad a la casa, equilibrando la locura que Mariana dejaba a su paso.

Kabil, mi niño, ya era un hombrecito de doce años, y había salido tan travieso como su padre pero con un toque de dulzura que hacía que siempre se saliera con la suya.

Y, por último, Adam, el pequeño de todos, ese que llegó por sorpresa para llenar aún más de alegría y felicidad la casa, a sus nueve años, tenía el poder de derretirnos a todos con su risa contagiosa, igual que su padre.

A lo largo de estos años todos habíamos disfrutado de muchos viajes juntos, esa luna de miel que decidí aplazar por mi embarazo la llevamos a cabo, pero nos fuimos todos juntos a Italia, un lugar donde los niños se lo pasaron pipa comiendo auténtica *pizza* y pasta italiana, y haciéndose fotos subidos a una Vespa.

Viajamos cuando Adam tenía un año, por lo que incluso él vivió aquella luna de miel con nosotros, como yo quería que fuera.

Todos eran unos excelentes estudiantes, y estábamos orgullosos de las notas que traían.

Leo quería dedicarse al tema de informática, le encantaba y se le daba muy bien, por lo que estaba cursando una carrera de esa rama. Nayeli decía que quería ser veterinaria, al igual que Mariana, y soñaban con tener algún día su propia clínica.

Camila decía que quería ser maestra, y Kabil y Adam, policías.

Fueran lo que fuesen, siempre estaríamos orgullosos de nuestros hijos, esos a quienes amábamos por encima de todo.

Mi padre era un abuelo de diez, no había fallado en estos años y cuando le necesitábamos, ahí estaba para todos nosotros.

Se casó con Isabel dos años después de que Eric y yo nos casáramos, y adoptó legalmente a Kara, por lo que era mi hermana de manera oficial.

Se llevaba genial con todos mis hijos, y solía salir con Leo, así como con Graciela, la hija mayor de Carola. Kara estudiaba para ser enfermera, como su madre, y Liam decía que cuando acabase la carrera la metería en la clínica donde él aún seguía trabajando como cirujano.

Y hablando de la pareja que había hecho que mi vida fuera lo que es…

Liam y Carola siguieron tan enamorados como el primer día, nunca más hubo sombras de duda en su relación y al igual que nosotros, disfrutaban de la vida que tenían junto a sus cuatro hijos, esa que estaba llena de las mismas risas y locuras que la nuestra.

Graciela era toda una mujer de dieciocho años que quería tener su propio salón de belleza algún día, y se estaba formando para ello, dado que cuando hacíamos alguna fiesta temática, siempre le gustaba ver cómo su madre y yo maquillábamos a todos.

Miguel, a sus diecisiete años, tenía claro que seguiría los pasos de Liam y estudiaría medicina, decía que quería ser un gran cirujano en el futuro, como lo era su padre.

Jorge, por su parte, a sus trece años aún era pequeño para saber exactamente qué quería ser de mayor, pero todo apuntaba a que sería policía como mis hijos, Kabil y Adam, pues los tres estaban muy unidos.

Los padres de Liam aun conservaban ese hotel de lujo del que no se querían desprender, y Eric les echaba una

mano en todo, al igual que Carola y yo lo hacíamos también, pero nosotras seguíamos muy metidas en la ONG de nuestros maridos.

Todos los años hacíamos una recaudación de fondos y la fiesta se celebraba en el hotel de los padres de Liam, subastábamos algunas cosas que nos donaban y con ese dinero la ONG podía hacer una gran labor en aquellos rincones del mundo en los que estaba presente.

Hoy era una de esas noches mágicas en las que todos, sin excepción, estábamos en el hotel que marcó un antes y un después en mi vida.

El jardín lucía espectacular, decorado con guirnaldas de pequeñas bombillas que iluminaban todo. Las mesas altas cubiertas con elegantes manteles de lino blanco, y en el centro, unas hermosas flores silvestres.

Todos los invitados charlaban animadamente, reían y bebían el mejor vino del hotel mientras esperaban la subasta, esa en la que Carola y yo esperábamos recaudar dinero suficiente para poder construir un pequeño colegio en la aldea nueva donde estábamos trabajando.

Incluso mi padre estaba muy metido en esta labor, colaborando en lo que podía y poniéndonos en contacto con empresas de todo el mundo para que nos ayudaran con cada nuevo proyecto que íbamos a llevar a cabo.

—¿Alguien ha visto a Miguel? —preguntó Carola.

—Le vi hace un rato bailando con Mariana —dije, mirando hacia donde los había visto, pero ya no estaban.

—Primo, ¿yo qué te dije de las manos de tu hijo? —Eric arqueó la ceja.

—Joder. —Liam salió corriendo para buscar a su hijo y a mi hija, y finalmente los tres le seguimos.

Después de varios minutos buscándolos, acabamos encontrándolos en ese rincón apartado donde una vez Eric y yo estuvimos, donde nos dimos ese primer beso que hizo que hoy, tantos años después, estuviéramos juntos.

Y sí, nuestros hijos se estaban dando un beso que ya nada tenía que ver con aquel que se dieron cuando eran apenas unos niños de siete y cinco años.

—Yo no quiero decir nada, pero justo ahí fue donde Eric me besó la primera vez, y mirad dónde estamos —sonreí.

—Madre mía, y yo que pensaba que lo del beso en la selva había sido una chiquillada —dijo Carola.

—Pues se ve que vuestro hijo ha salido al padre. —Rio Eric—. Tozudo y convencido de que mi hija, es la muje de su vida.

—Tenemos que decirles algo, que solo son unos críos —comentó Carola.

—Para ser solo unos críos, no veas qué besazo de película le está dando tu hijo a mi hija. —Reí.

—Eso es porque ve a Liam dármelos a mí. —Miró a su marido—. Mira que te he dicho veces que no lo hagas delante de ellos —resopló.

y

—Mujer, puedo contenerme cuando se trata de follarte en la cocina o la mesa del salón, pero no me pidas que me coarte a la hora de besarte, porque eso sí que no lo voy a hacer.

—Nos acaban de pillar —avisé al ver que mi hija nos había visto, y que se escondía detrás de Miguel.

—Vale, normalidad todo el mundo, que vienen —dijo Liam al ver que Miguel cogía la mano de Mariana y se acercaban.

—Os echábamos en falta en la fiesta —sonreí.

—Sí, pensábamos que os habías fugado a Las Vegas o algo —soltó Eric, y le miramos los tres.

—Menos mal que he dicho que actuáramos con normalidad, primo —resopló Liam.

—Es que en él lo de ser un payaso es lo normal. —Volteé los ojos, y los chicos sonrieron.

—Sé que somos jóvenes —dijo Miguel, que eso de juntarse con mi hijo Leo le hacía ser mucho más maduro de lo que debía ser a su edad—. Pero tengo claro que la quiero y, como vosotros les decís a mamá y a Ingrid, nunca habrá otra chica mi vida.

Sonreímos los cuatro al escucharle y, por muy jóvenes que nos parecieran, asentimos dando así nuestro consentimiento a ese amor que, no teníamos la menor duda, había comenzado cuando eran apenas unos niños.

—Solo un consejo, Miguel —dijo Eric poniéndose más serio de lo normal—. Cuando queráis llegar a la tercera base, nos avisas a tu padre y a mí, que no queremos ser abuelos todavía.

—Y hasta aquí, la seriedad de mi marido —suspiré.

Regresamos todos a la fiesta y, al ver a los chicos cogidos de la mano, vi que Leo, Kara y Graciela sonreían, porque estaba claro que esos tres sabían que estaban juntos.

r —Joder, y nosotros sin darnos cuenta —dijo Carola.

—Digo yo que en algún momento nos lo habrían contado, vamos —sonreí.

Eric me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la mejilla.

Seguía pareciéndome increíble el hecho de que, mediante una serie de mentiras, este hombre había logrado conquistar mi corazón, pero aquí estábamos.

A pesar de que el futuro es algo que no se puede prever, estaba segura de que lo que Eric y yo habíamos construido juntos era lo más cercano a ese final feliz que cualquier pareja podría desear.

—Digo yo que en algún momento nos lo habrían contado, vamos —sonreí.

Eric me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la mejilla.

Seguía pareciéndome increíble el hecho de que, mediante una serie de mentiras, este hombre había logrado conquistar mi corazón, pero aquí estábamos.

A pesar de que el futuro es algo que no se puede prever, estaba segura de que lo que Eric y yo habíamos construido juntos era lo más cercano a ese final feliz que cualquier pareja podría desear.

RRSS:

Facebook: Ariadna Baker

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

RRSS:

Facebook: Ariadna Baker

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker